
UNA NOVELA EROTICA DE
ABEL SANTOS
tus MENTIRAS
Y
mis CUERNOS
(2)

MENTIRAS

Y

CUERNOS (2)

(Una historia de cuernos no consentidos)

Abel Santos

Mentiras y cuernos 2

Copyright © 2026 por Abel Santos

Abel.santos90@yahoo.com

De ninguna manera es legal reproducir, duplicar o transmitir cualquier parte de este documento, ya sea en medios electrónicos o en formato impreso. La grabación de esta publicación está estrictamente prohibida y no se permite el almacenamiento de este documento a menos que se cuente con el permiso por escrito del autor. Todos los derechos reservados. Este libro es un trabajo de ficción. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales es pura coincidencia. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia.

ÍNDICE

De regreso a casa con urgencia
Una larga charla
El contrato
Primeras experiencias (I)
La niña rica
Primeras experiencias (II)
Primeras desavenencias
Noche de discoteca
Un amigo muy amigo
Lío en el hospital
Nuevos problemas
El comienzo de las vacaciones
Día de playa
Noche de fiesta (I)
Noche de fiesta (II)
Las vísperas de un mal día
Un mal día de vacaciones
Decisiones y un notición
Amistades peligrosas
La versión de Elsa
De vuelta a casa
La paz del hogar antes de nuevos líos
Agradecimientos
Otras novelas del autor en Amazon

De regreso a casa con urgencia

ELSA

Volvía a casa en un Uber con los nervios atenazando mi estómago. Sergio acababa de enviarme unos mensajes incendiarios por *wasap*. Iban repletos de mayúsculas y me conminaban a regresar y a darle explicaciones de lo que había pasado aquella tarde. Me temblaba hasta la última fibra de mi cuerpo.

Lo peor de todo era la fotografía que acompañaba a los mensajes. Había sido tomada desde la puerta del salón, lo que significaba que estaba en casa mientras Sofía, Andrés y yo tonteábamos entre nosotros. Y si había tomado fotografías, también habría escuchado las conversaciones y habría espiado todo… ¡¡Todo!!

¿Cómo lo habría hecho? ¿Habría vuelto sin que ninguno nos diéramos cuenta? ¿O me había engañado con un viaje falso a Barcelona y no había salido de casa en todo el día?

Si la primera opción ya era grave, la segunda sería una total tragedia, porque significaría que tenía sospechas, y que había montado todo un show con tal de confirmarlas. Si esas sospechas se limitaban al teatro montado con Sofía para hacerle creer líos míos que no existían, el asunto no estaría tan mal. Al fin y al cabo entraba dentro de mi plan confesarle la verdad en algún momento. Pero si había algo más —quizás había visto al visitante de última hora—, iba a tener muy difícil justificar ciertas cosas.

El caso es que cuando vi el bate de beisbol, detrás de la puerta de la habitación de invitados, tendría que haber sospechado algo. Quizá así podría haber detenido aquel despropósito antes de que se saliera de madre. El dichoso garrote llevaba un lustro en el trastero.

Si lo había subido al piso era porque tramaba algo. ¿Por qué no le hice caso a mi instinto, maldita sea?

Fuera como fuese, iba a pasarlas canutas.

Mi plan estaba medido hasta el milímetro, pero no contemplaba tener que improvisar sobre la marcha. Aquella conversación que obviamente tendríamos que tener en algún momento, se precipitaba de repente y me pillaba desprevenida.

Atenazada por los nervios, las ideas se me entrecruzaban, chocando las de excusa con las de explicaciones, las de ataques por espiar mi intimidad con las de pedir perdón. Y no sabía por dónde debería empezar.

Hasta el conductor del Uber notó la zozobra en mi rostro.

—¿Está usted bien, señorita? —preguntó amablemente.

—Oh, sí, perfectamente —me vi obligada a mentir, rehuyendo la mirada del espejo retrovisor desde donde me escrutaba.

Por supuesto que no estaba bien.

Era consciente de que de la charla que mantuviéramos esa noche dependía nuestra relación. Y eso me estaba comiendo por dentro. Pero me obligaba a ser fuerte y a preparar respuestas. Amaba demasiado a Sergio como para perderlo. Pasara lo que pasase, tenía que luchar por nosotros. Porque por nosotros lo había hecho todo.

Todo, a excepción de las cosas que no podía contarle. Si llegaba a descubrir quién era el visitante fugaz con el que después había salido aquella noche, no habría vuelta atrás. Rezaba para que Sergio no lo hubiera visto. ¿De qué manera podría justificar los minutos que habíamos pasado a solas en el dormitorio de matrimonio? Ese dormitorio era nuestra fortaleza, el baluarte que nos mantenía unidos, a pesar de las discusiones que pudiéramos tener fuera de él.

Ofender ese espacio significaba la destrucción de nuestra pareja.

No, ni hablar. Ocurriera lo que ocurriese, le confesaría todo menos aquello. Y si, por desgracia, había llegado a verle, esa misma

noche haría las maletas y llamaría a alguna amiga —tal vez Sofía o incluso Nata—. Antes moriría que pasar por la vergüenza de que descubriera la verdad.

Por otro lado, y para compensar, me tranquilizaba recordar que no había llegado a pasar nada entre Andrés y yo. Tan solo le había agarrado el pene durante unos segundos, y esperaba que esa parte no la hubiera visto. Que yo supiera, Sergio no podía estar en la habitación donde había ocurrido. En un espacio tan reducido era imposible ocultarse y hacer fotografías. La única opción era bajo la cama —desde allí poco habría podido ver—, o dentro del armario —tan petado de cosas que era imposible que se metiera dentro un hombre de su envergadura.

Y si no había estado allí, no podría saber lo que había sucedido.

¿O sí?, me preguntaba, y me echaba a temblar.

Pero podía haber sido peor. De haber sucumbido con Andrés, y de haberlo visto Sergio, habría roto la baraja de una forma violenta. ¿Quizá con el bate de béisbol? De ninguna de las maneras Sergio lo habría podido digerir sin estar todavía «preparado».

Y de eso iba mi plan: de prepararle para encajar lo que ocurriría a partir de ese día en nuestra pareja. Su «preparación» era un proceso que comenzaría aquella misma noche, en el caso de que pudiera convencerle de que era la única forma de salvar nuestra relación.

Sin pretenderlo, mi mente voló hacia Andrés, mi compañero de la oficina. El puñetero *crush* de Sofía, por lo que acababa de descubrir.

«Andrés… —pensaba—. ¡Joder con el idiota de Andrés! Aunque he de reconocer que el muy capullo me pone a cien.»

La verdad es que había tenido que contener el deseo de follármelo esa misma tarde —y no era la primera vez que tenía que hacerlo—. A punto estuve de no conseguirlo. Llevaba tiempo jugando con él para tenerlo a punto en el caso de que Sergio aceptara la propuesta que iba a hacerle, y me moría por comerle el rabo y subirme sobre sus piernas para cabalgarle sin miramientos.

Me ponía super cachonda, no podía evitarlo, a pesar de saber que era un narcisista insufrible, chulito de discoteca de medio pelo, y que en cuanto me abriera de piernas se iban a enterar todos en la oficina. Esa tendencia a hablar de sus ligues a los amigotes me sacaba de quicio, aunque lo daría por bien hecho si conseguía correrme con su mazo dentro como imaginaba que lo haría. Tal y como me habían contado varias de mis compañeras a las que se había pasado por la piedra.

«Ufff… es un perfecto gilipollas… pero cómo folla el *hijodeputa*», era el comentario más habitual entre las que lo habían probado.

Un tipo tan diferente a Sergio no parecía pegarme, pero era por eso mismo que lo deseaba, por lo diferente que era de mi novio. A Sergio lo amaba y al cerdo de Andrés me lo comería vivo. Eran sentimientos totalmente contrapuestos.

Si lo pensaba bien, no entendía cómo había llegado a colgarme de Sergio de semejante manera, hasta el punto de que me moría con solo pensar que podía perderlo.

Sergio, mi niño… mi amor, mi futuro… El padre de mis hijos si algún día los tenía.

Mientras el coche recorría las calles de Madrid camino de nuestra casa, con los ojos acuosos eché la vista atrás.

*

Cuando conocí a Sergio en el bufete —al principio de nuestras respectivas becas—, me había parecido un tipo más bien feúcho y anodino. Sin mucha gracia y con poco que rascar. Sergio era, además, algo bajito para mi gusto. Con lo que me gusta vestir con taconazos, con él me he visto obligada a medir el tamaño de estos para no sobrepasarle en altura, lo cual confieso que me avergüenza.

Pero cuando participamos en un proyecto del bufete al alimón, la cosa empezó a cambiar. Nos quedábamos más tiempo del necesario tras acabar el trabajo con tal de hablar de nuestras cosas.

Incluso alargábamos la duración de las comidas a mediodía con tal de charlar y charlar.

Sergio era de clase baja, por otro lado, y eso no sabía si me atraía o me repelía, pero formaba parte del morbo que iba creciendo dentro de mí. También contaba el hecho de que tenía un buen tarugo entre las piernas y que, en cuanto me veía, su silueta se dibujara de inmediato bajo el pantalón.

El bueno de Sergio se pasaba el tiempo empalmado cuando estábamos juntos, y eso me ponía tremendamente.

Tanto creció el morbo dentro de mí que un buen día decidí que iba a follármelo como fuera. Tenía que averiguar a qué sabía acostarse con un chico de barrio con un tarugo interesante. ¿Lo sabría usar, además?

Pero por más que le metía ficha, su timidez le impedía lanzarse. Y pasaban los días y me pajeaba en la cama o en la ducha fantaseando con él. En más de una ocasión llegué a hacerme dos dedos diarios, uno de ellos a media mañana en el baño de la oficina tras haber tomado café juntos.

¿Pero por qué coño me ponía tan caliente aquel tipo tan poco interesante?

Fuera como fuese, follarme a Sergio se había convertido en una obsesión. Y lo iba a conseguir a toda costa, aunque estuviera a punto de casarme con el idiota de Carlos, un tipo que me convenía socialmente, pero que me repelía con solo mirarle a la cara.

Ponerle los cuernos a Carlos con Sergio no me suponía mayor problema, lo había hecho con otros en múltiples ocasiones y no me había dejado ningún sentimiento de culpa. Así que una muesca más en la culata de mi revólver no iba a cambiar las cosas. Me tiraría a Sergio, una vez o las que hicieran falta antes de la boda. Y si el chaval follaba bien, me lo seguiría tirando después de ella. Total, la concupiscencia ya no es delito —ni pecado— en el siglo XXI. Cuando me cansara de él, pasaría página y ya me buscaría la vida con otro.

Y seguí metiéndole ficha sin descanso.

Cuando menos me lo esperaba, surgió la oportunidad. Fue en la fiesta de fin de año del bufete. Los chicos del grupo se inventaron un juego picante e hicieron trampas para que yo fuera la primera en contar una historia libidinosa.

Busqué una de mis historias más picantes y la solté sin dudarlo. Por supuesto, pensaba contar una décima parte de lo ocurrido en el chalet de tío Juan aquel verano, ni de coña les iba a relatar toda la verdad. Pero, de pronto, cuando el presidente llamó a filas y nos quedamos solos Sergio y yo, decidí que era ahora o nunca. Tenía que contarle una historia tan caliente que se pusiera cachondo hasta la médula. Tanto, que me tuviera que arrastrar hasta los baños y echarme el polvo del siglo. Eso, suponiendo que tuviera sangre en las venas. Si no la tenía, qué se le iba a hacer, le mandaría a paseo y lo tacharía de mi lista. El mar está lleno de peces, me decía.

Le solté la historia de tío Juan y le añadí los aditivos necesarios, junto con algunos cambios, para ponerle a cien.

Como esperaba, le puse a tono.

Y no a cien, sino a doscientos.

Me abrí de piernas sentada en aquella butaca alta y Sergio no se hizo esperar. Me había recogido la falda para dejarle a la vista mis braguitas y él comenzó a rozarse conmigo, provocándome unos escalofríos que eran preludio y promesa de lo que se avecinaba.

Pero cuando estaba a punto de besarme, apareció el gilipollas de mi prometido, Carlos. Idiota de mí. Con el calentón olvidé que le había pedido que me fuera a buscar a la sala de fiestas. No había previsto que pudiera tirarme a Sergio aquella misma noche y perdí la ocasión.

El plan de la noche consistía, como en otras ocasiones, en apagar los calores de la fiesta con Carlos en su coche, obligándole a ponerse de rodillas y a comerme el coño como solo él sabía hacerlo, antes de subir a casa.

Y tonta de mí, lo había olvidado.

Con la llegada de mi prometido, mi corta historia con Sergio se fue a la mierda antes de empezar. Todo iba bien aquella noche, pero al final se había torcido.

Ahí comenzó mi viacrucis. Porque sin entender la razón, un sentimiento extraño nació en mi pecho. Ya no solo eran deseos de masturbarme lo que sentía al pensar en él, sino otras cosas. Miraba su foto o le veía pasar por la oficina y se me estremecía el corazón.

«Joder, Elsa, ¿qué coños te pasa? —me decía—. ¿De verdad te has enamorado?».

Aquella misma semana corté mi relación con Carlos. Aproveché una agria discusión a cuenta de la lista de invitados al banquete y le dije que era imposible, que no nos poníamos de acuerdo porque en el fondo ninguno de los dos quería aquella boda. El altercado, a voz en grito, duró tres horas. Y al final llegamos a la conclusión de que era cierto: nuestra unión sería un fracaso, a pesar de que nuestros padres se morían por vernos en el altar.

Una vez libre, decidí atacar a Sergio. Y esta vez fui más directa: me quité las bragas y se las metí en el cajón donde cada día guardaba el PC. Llevaba una nota adosada para que supiera que estaba libre y dispuesta a lo que fuera.

Aquella tarde follamos en una sala de reuniones del bufete. Después nos fuimos a dormir al piso que compartía con otro amigo… y seguimos follando toda la noche.

*

El sexo con Sergio no resultó ser nada del otro jueves, tengo que reconocerlo, pero para entonces estaba perdida. La presión en mi corazón me decía que ya no podría prescindir de él. Que le necesitaba cerca para poder respirar. Idiota de mí. Yo que había presumido de no sentir nada por ningún hombre, me había enamorado como una colegiala.

Y, después de casi ocho años, seguía sintiendo lo mismo.

O incluso más.

Por eso y viendo que, si no hacía algo, el miserable sexo que teníamos nos iba a terminar separando, ideé el plan para salvar nuestra relación. Un plan con sus luces y sus sombras, como todo plan que se precie, pero era lo único que tenía. Después se lo confié a Sofía para que me ayudara a ponerlo en práctica, y el resto vino rodado.

Pero me temía que al final las sombras habían vencido a las luces y mi novio se había olido el pastel.

Sergio debía de haber sospechado que algo no iba bien. Sofía era demasiado teatrera a veces, y seguro que exageró las historias de mis «encuentros» con los compañeros de la oficina. De modo que se habría mosqueado y debía de haber montado una trampa para pillarme infraganti.

Y vaya si me había pillado.

En lugar de ser yo la que le confesara todo de una forma programada, mi novio se había lanzado como un tren de mercancías y era él el que pedía explicaciones.

Era el momento de la verdad y me pillaba en fuera de juego.

A ver cómo conseguía salir de una conversación en la que había pensado mil veces, pero cuyos argumentos no conseguía hilvanar en esos momentos a causa del pánico.

Cuando el Uber se detuvo contra la acera, me bajé del coche tras darle una propina al chófer. Después entré en el portal y tomé el ascensor.

Las piernas me temblaban como un flan.

Mientras ascendía hacia nuestra planta, le daba vueltas a todas las explicaciones que había preparado para responder a sus preguntas. Buscaba sobre todo excusas para evitar decirle quién era el hombre con el que me había ido aquella noche.

Si lo había descubierto ya, o si me veía obligada a confesarle la verdad, no tardaría en bajar en aquel mismo ascensor, cargada con una maleta y buscando un sitio donde dormir.

Una larga charla

ELSA

Cuando abrí la puerta del piso, desde el recibidor divisé la tenue luz de la única lámpara encendida en el salón. Me descalcé y colgué la chaqueta y el bolso en el armario de la entrada. Luego caminé hacia dónde sabía que me esperaba Sergio. Iba descalza, las medias negras dejando pequeñas huellas de sudor sobre el parqué.

Cuando traspasé la puerta, mi novio, sentado en uno de los sofás, me miró con gesto serio. Con voz difusa, como sin querer ofender, le saludé.

—Hola, Sergio…

No titubeaba él cuando me conminó a pasar.

—Ven y siéntate en el sillón —replicó echándose para adelante en su asiento.

—Prefiero estar de pie, si no te importa —le dije asustada. En verdad sentía pavor de acercarme a él. No esperaba una reacción violenta por su parte, Sergio no era de ese tipo de hombres, pero estar a su lado en ese momento me intimidaba.

—De acuerdo… —replicó—. Pues quédate de pie, si quieres. Pero prepárate porque vas a responderme a muchas preguntas. Y esta vez no admitiré ni una sola mentira más.

—Va-vale… te prometo que diré la verdad… —aseguré con voz trémula.

*

SERGIO

Elsa entró de forma silenciosa en la casa. Se descalzó y dejó la ropa de abrigo en el armario de la entrada sin casi respirar. Hasta que no se asomó a la puerta del salón no se atrevió a decir palabra.

—Hola, Sergio… —dijo con voz queda, apesadumbrada.

Lo que ella no sabía era que ya no me creía ninguna de sus poses. Y la de niña abandonada, inocente de cualquier acusación, ya no colaba conmigo a esas alturas.

—Vas a responderme a todas mis preguntas —le dije tras aceptar que ella se quedara en pie en lugar de sentarse frente a mí —. Y no aceptaré más mentiras.

—Va-vale… te prometo que diré la verdad… —acató con un tartamudeo.

Pero cuando me disponía a plantearle la primera cuestión, se me adelantó.

—Mira, cielo, todo esto que ha pasado tiene una explicación… —dijo de carrerilla quitándome la palabra—. Si me dejas que te lo explique todo, podrás entenderlo más fácilmente… te prometo que…

La detuve con una mano.

—Para empezar —la corté—. Te prohíbo que vuelvas a llamarme «cielo» si no quieres que me levante y me vaya de casa.

Hizo un puchero que no me creí y aceptó con un movimiento de cabeza.

—Como quieras…

—Y para continuar, lo primero que necesito saber es lo que pasó entre tú y Loren. Pero esta vez quiero la verdad. ¿Te lo follaste?

Bajó la mirada y se cruzó de brazos en actitud defensiva.

—Sí… sí me lo… follé… —respondió con un gemido.

Tuve que ahogar el grito que salía por mi garganta.

—¿Y se la mamaste a la puerta de casa, pedazo de…? —por suerte conseguí morderme la lengua antes de insultarla. Me había propuesto no hacerlo, pero se me hacía realmente difícil—. ¿A la vista de todos los vecinos?

Entonces se descruzó de brazos y se atrevió a negarlo.

—¿Cómo? —preguntó con gesto de enfado—. ¡Por supuesto que no se la chupé a la puerta de casa! ¡Ni loca lo hubiera hecho! Seré lo que sea, pero no soy una puta. ¿Quién te ha dicho semejante patraña? ¿Ha sido Loren?

—¿Tú que crees? —la eché en cara—. Y si no se la mamaste, ¿qué hiciste durante veinte minutos dentro del coche y con las luces apagadas?

—Pues… —parecía estar pensándoselo, pero después lo soltó sin que la voz le vacilara. O era muy buena actriz o se había preparado la respuesta. Aunque, quien sabía, tal vez estuviera diciendo simplemente… la verdad—. En el coche estuvimos hablando de lo de las pollas gigantes del amigo de Loren. Fue cuando me habló de ellas y le pedí que me consiguiera un par del catálogo privado. Pero nada más. Si te han contado otra cosa, quien sea que lo haya hecho miente.

La respuesta consiguió sobrecogerme. Se parecía tremendamente a la primera versión de Loren. De nuevo me rondaba la idea de que mi examigo me hubiera engañado al señalarme a Elsa como una furcia irremediable. Retornaba la idea primitiva de que había inventado cosas tan solo para fastidiarme por mi chantaje.

Aunque había un punto que por fuerza tenía que ser verdad.

Ella acababa de reconocerlo.

—¿Y, entonces, cómo fue lo de follar con él? —pregunté de malos modos—. Hay que ser muy… «traidora…» —en el último segundo descarté la palabra «furcia», que casi se me escapa— para pedirle que te invitara al concierto, a sabiendas de que lo que buscabas era acabar en un descampado como una de… de… de «esas».

De nuevo, y sin un ápice de temblor en la voz, me corrigió.

—Eeeh, para el carro… ¿Cómo que «le pedí»? —rezongó—. Fue él el que me invitó a mí. Y se inventó lo de que iba a acompañarnos su mujer, cosa que luego era mentira. Y después, con sucias artimañas, que si «me he perdido», que si «era por aquí el sitio de las hamburguesas», que si «mejor aparco en el descampado y luego

vamos a pie»… al final pasó lo que pasó. Pero si soy culpable de algo fue de creer que era un tío decente, y de no haberte hecho caso de que no podía fiarme de él.

Me estaba dejando de piedra. ¿Hasta qué punto el cabronazo de Loren me había pintado a una Elsa como una zorra de bolso y esquina, cuando en realidad era solo una víctima? ¿O es que mi novia me estaba contando una verdad edulcorada para que no me largase de casa?

Entonces pensé en forzar la máquina.

—Vale, supongamos que te creo… —dije mientras juntaba un cúmulo de acusaciones para lanzárselas como una ametralladora—. Pero mientras te follaba, le pedías más desesperada porque nada te satisfacía. Y después te la metió por detrás. Y, al final, le limpiaste la lefa de la polla y de los huevos con la lengua.

Lo de «por detrás» lo había añadido de mi cosecha, Loren no había dicho nada al respecto, pero necesitaba ver su reacción.

Se movió inquieta y se mostró ofendida.

—¡¡Y una mierda!! —protestó, esta vez levantando la voz—. ¡Yo no hice nada de eso! ¿Ese canalla te ha contado esas mentiras y tú le has creído? Pues que sepas que por el culo no me la metió. Es más, por detrás sigo siendo virgen. Si algún día dejo de serlo será por ti y por nadie más, que lo sepas. Y de comer lefa, nada. Que ya sabes que a mí me da mucho asco. Yo solo me he tragado la leche de mi tío, ya te lo conté, y fue por la fuerza. Y algunas veces contigo, cuando te has puesto muy burro, pero siempre escupiéndola. ¡Menuda sarta de gilipolleces! ¿Que le pedía más, desesperada? ¿Tú te has creído todas las asquerosidades que te ha contado ese cerdo? Pues que sepas que no son ciertas esas marranadas.

¿Que no eran ciertas esas «marranadas», decía? ¿Y cómo le llamaba a abrirse de piernas en un coche en mitad de un descampado? ¿«Jugar al parchís»?

—¿Pues qué coño es follarte a un fulano al que apenas conoces? —contrataqué—. Y encima amigo mío, supuestamente. ¿No es eso una marranada?

—Por supuesto que lo es… —bajó la mirada y la voz—. Y te estoy pidiendo perdón por dejarme seducir por ese canalla.

Jadeé con la respiración entrecortada. Luego volví a la carga.

—Y dime… ¿te corriste con él? —pregunté temeroso por escuchar la respuesta—. Y no se te ocurra mentir...

—S-sí… —balbuceó y una astilla se me clavó en el corazón.

Y de repente volvió a defenderse con uñas y dientes.

—¡Pero no me hizo todas esas guarradas que te ha contado! —dijo levantando la voz de nuevo—. ¡Fue solo sexo vainilla! ¡Ni loca me habría comportado como una furcia! ¡Tienes que creerme, soy tu novia, nunca te mentiría en algo así!

A pesar de la indignación, no supe responder.

Me sentía estafado.

Pero estafado por el cerdo de Loren.

Por alguna razón, le daba más crédito a lo que contaba Elsa que a las patrañas de aquel hijo de su madre.

—Está bien —acepté a regañadientes, pero dispuesto a llegar hasta el final—. A lo mejor no pasó todo eso, pero Loren te folló hasta que se le enfriaron las pelotas. Y eso es imperdonable.

—Eso tampoco es verdad —replicó, pero esta vez de una manera más humilde—. Me echó solo dos polvos. Ya sé que no es excusa, pero al menos que sepas la verdad. Luego quiso seguir, eso también es cierto, pero le paré los pies.

—Y cuando dices que te corriste… ¿fueron las dos… veces?

—Lo siento… sí, las dos veces… —su voz era apenas audible, pero el daño me lo hizo igual.

La garganta se me había secado. Escucharla reconocer lo que había hecho era aterrador, pero por otro lado era un alivio. Al menos esta vez creía que decía la verdad.

La miré a los ojos y me quedé en silencio.

*

Como no repliqué, ella prosiguió:

—Y te pido perdón por eso… y por todo lo demás… —aquí soltó una lagrimita que no supe si tragarme—. Soy una miserable, lo admito, pero todo lo que hice fue por un bien mayor para los dos y…

—Por «todo lo demás» —la corté—, ¿te refieres a las mentiras que preparaste con Sofía para hacerme creer que te estabas tirando a media oficina?

—Sí, a eso me refiero…

—¿De verdad necesitabas hacer todo ese teatro? —pregunté levantándome del sofá y comenzando a dar vueltas por el salón, alterado—. ¿Tú sabes lo que me has hecho pasar pensando que eras una guarra *bajabraguetas*?

De nuevo humilló la mirada.

—Sí, lo sé… y lo siento… cari, te lo juro.

Tuve deseos de volver a decirle que no me llamara ni «cari», ni «cielo» ni nada por el estilo. Eran títulos que necesitaba ganarse antes de volver a pronunciarlos.

—¿Y tus líos de hoy con Andrés? —decidí meter el dedo en la llaga—. ¿También eso es mentira?

—¿Los líos de hoy… con Andrés? —alzó la mirada sorprendida, se sentía pillada—. ¿Qué líos…?

No me digné a responder. En su lugar le mostré dos fotografías. En una de ellas se masturbaba desesperada por el calentón que se había pillado con el chulito en la terraza. En la otra tenía en sus manos la polla del tipejo y la miraba extasiada.

Se mordió el labio, y de nuevo soltó una excusa, esta vez acompañada de una explicación:

—Vale, tienes razón… —mantenía la mirada en el suelo—. Ese idiota me pone muy burra, lo reconozco. Pero debes saber que nunca he tenido con él nada de lo que imaginas. Lo máximo a lo que he llegado es a cogerle el pene esta tarde, que es eso de la foto. Pero solo por un segundo, tú has sido testigo. El resto ha sido solo vacile, y reconozco que me muero por tirármelo, pero solo cuando tú me lo consientas…

¿Había dicho «cuando tú me lo consientas»?, me pregunté, ¿o la había oído mal? Mis ojos se abrían desencajados y la mandíbula se me había descolgado. No supe responder a eso.

Se dio cuenta Elsa de que se había pasado de frenada y rectificó:

—Bueno… si es que al final lo consientes…

Ahora no pude quedarme callado.

—¿Estás… hablando en serio… o te has vuelto loca? —tartamudeé—. ¿En serio esperas que te dé permiso para que te folles a un fulano… al que no le parto la cabeza porque acabaría en la cárcel?

Había casi susurrado. Y no fue por falta de furia, sino porque me encontraba en shock.

Entonces Elsa adoptó una posición erecta, orgullosa, y me tomó de los brazos. Luego se descaró:

—Por dios, Sergio, es lo que llevo intentando decirte desde que he entrado por la puerta. No es que me haya vuelto loca. Es que me estoy esforzando por salvar nuestra relación. Y he ideado algo para conseguirlo. Lo de tirarme a Andrés suena a barbaridad si lo pones fuera de contexto. Pero si me escuchas, quizá lo entiendas. Si no me dejas que te lo explique desde el principio, todo lo que hablemos te va a hacer odiarme. Pero si lo haces, aún nos queda una esperanza. Permíteme hablar, por favor. Te lo suplico… Hazlo por nosotros…

Me sentía superado por las circunstancias. Lo que estaba oyendo era muy fuerte. Pero no podía mandarla callar. Si lo hacía, la alternativa sería sacar las maletas y abandonar nuestra casa para siempre.

No es que se lo debiera, pero tenía que escuchar sus explicaciones. Aunque solo fuera por descubrir lo que había dentro de aquella cabecita trastornada.

—Va-vale… —respondí sin fuerzas—. Pero primero voy a ponerme una copa, creo que la voy a necesitar… ¿Tú quieres algo?

—Solo un vaso de agua… por favor…

—De acuerdo… —respondí.

Como un zombi, los brazos colgando y arrastrando los pies, me dirigí a la cocina para preparar el cubata más cargado que me hubiera tomado en la vida.

No sabía lo que se me venía encima, pero me temía que sería algo difícil de digerir.

*

SERGIO

Volví de la cocina con las bebidas, dispuesto a escuchar las barbaridades que Elsa tuviera que contarme. Me acababa de confesar que había follado con Loren. Lo había hecho con voz trémula y me había pedido perdón, pero no había notado arrepentimiento en sus ojos. ¿Qué más tendría que decirme?

Imaginaba que me hablaría del «plan» que había mencionado varias veces en su conversación con Sofía. Por fin, si nada lo impedía, iba a saber de qué iba el misterioso plan.

Por si acaso no podía soportar lo que iba a escuchar, le había dado un buen trago a la botella de ron antes de prepararme el cubata.

Una vez acomodados, aunque a distancia —uno en cada sofá —, le pedí a Elsa que comenzara. Lo rumió unos instantes, tal vez buscando las palabras, luego comenzó a hablar.

—Mira Sergio —me dijo con una suavidad que solo le recordaba de nuestros primeros tiempos—. Yo tengo claras dos cosas. La primera es que te quiero con locura… y por encima de todo.

La frase me sonó a lisonja. Quizá una forma de ablandarme por lo que vendría a continuación. Pero no podía cortarla nada más empezar, así que la animé a seguir.

—¿Y la segunda?

—La segunda es… —carraspeó—. La segunda es que me gusta follar… Siento ser tan cruda, pero es lo que hay: me muero por un buen polvo. Ya, ya sé que suena asqueroso, pero estamos en el siglo

XXI. Y por fin las mujeres podemos pensar en sexo como los hombres. Y para mí follar es como la vida misma. Necesito el sexo para poder vivir.

Me había dejado sin habla. ¿Qué podía yo argumentar contra eso? ¿Que las mujeres que adoraban follar eran unas zorras y que los hombres en su misma situación unos machotes?

Me habría tachado de machirulo patriarcal y con razón.

Así que dije lo único que podía argumentar.

—Pero, cari… —se me escapó el apelativo sin haberlo deseado —. ¿No es follar lo que hacemos nosotros?

Y entonces soltó la bomba.

—No, cielo, lo siento… —resopló tras aguantar la respiración unos segundos—. Lo que nosotros hacemos no es follar. Al menos no en el noventa y nueve por ciento de las veces.

¡No me jodas! ¿De qué coño hablaba? Yo había creído siempre que Elsa era muy reacia al sexo. Que si no follábamos más era porque a ella no le interesaba en absoluto. Y que con lo que hacíamos tenía más que suficiente.

Me estaba dejando alucinado, y solo acababa de empezar.

—Lo que nosotros hacemos es… —prosiguió—, ¿cómo lo diría? Verás, por hacer un símil, lo que hacemos nosotros comparado con follar es como comparar las lentejas con el caviar. Todo es alimento, pero entre las dos cosas hay años luz.

Me puse en pie, volvía a necesitar moverme por los nervios.

—¿Es por eso que ni algunos sábados quieres hacerlo? —la eché en cara.

—Sí, más o menos… —respondió—. Aunque tienes que reconocerme que a ti hay veces que tampoco te apetece… O que sí te apetece pero no te quedas satisfecho.

—¿Cómo que no me quedo satisfecho? —me quejé—. ¿Quién te ha dicho eso?

La sonrisilla que formó con los labios parecía burlarse de mí.

—Por dios, Sergio —replicó irónica—. Si más de una vez te haces una paja después de que terminamos. Te crees que no me

entero, pero casi se cae la cama de lo fuerte que te la meneas al correrte.

¡*Suputamadre*! Lo había sabido desde siempre, pero lo había callado como una… borré la palabreja antes de llegar a formularla, afortunadamente. Era una palabra asquerosa que no definía para nada a Elsa. A pesar de todo, la seguía queriendo y merecía mi respeto.

—O sea, que eso es lo que hay, ¿no? —sentencié sentándome sobre el brazo de mi sofá—. El sexo entre nosotros es morralla. ¿Y entonces que nos queda, separarnos?

Los ojos de Elsa mostraron algo parecido al pánico.

—¡No, por dios! —soltó sobresaltada y no me pareció que estuviera simulando—. ¡Separarnos es lo último! Ni loca quiero perderte. Y espero que tú tampoco lo hayas pensado. Me moriría sin ti.

Me estremeció esta confesión.

Además, en eso estábamos de acuerdo. Yo sin ella tampoco me veía.

Y decidí aclarar mi postura al respecto.

—Pues claro que no lo he pensado, cielo —volvió a escapárseme un apelativo cariñoso—. Ni por un segundo.

Sus ojos ahora mostraban ternura.

—Gracias, cari… —sonrió abiertamente y se mordió un labio. Los ojos le habían brillado como cuando nos decíamos que nos amábamos al principio de estar juntos.

—¿Entonces? —pregunté con reservas—. ¿Qué es lo que se supone que podemos hacer para evitar la separación?

Se levantó Elsa de su asiento, se acercó a mí y me rodeó la cabeza con sus brazos. Ella estaba de pie y yo sentado, así que apoyé mi cara en su vientre. Olía como los ángeles y podía escuchar su corazón latir con fuerza.

—Eso es lo que llevo pensando algún tiempo —hablaba despacio, cautelosa—. Y he llegado a una conclusión final, que es la que te quiero contar.

Hablábamos ahora en susurros, una conversación íntima de pareja que se ama.

—¿Estás hablando de eso que llamas el «plan»?

—Sssí… —arrastró la «s» sorprendida—. ¿Cómo lo has sabido?

—Por dios, Elsa, que he estado toda la tarde escuchándote hablar con Sofía.

—Ah, claro… —reconoció—. Lo había olvidado.

—Pues eso… —confirmé—. Y bueno, ¿me vas a hablar del plan de una vez o seguimos dándole vueltas?

—No, no le demos más vueltas… —Apretó su rostro contra mi cabeza y allí depositó una cadena de ligeros besos—. Lo que he pensado es que tenemos que abrir nuestra pareja…

Me solté de ella y pegué un brinco. De pasada cogí el cubata y apuré la mitad del vaso.

—¿Qué? —le dije tras tragar el licor—. ¿Abrir la pareja? ¿Follar con otros?

Se mordió el labio antes de responder.

—Sí, eso… más o menos… —susurró—. Follar con otros…

Solo con pensar en ello se me revolvió el estómago.

—¿Y eso es lo que tú llamas un plan? —le dije acusador—. ¡Pues vaya plan de mierda!

Pero ella me corrigió.

—No, ese no es el plan… O al menos es solo una parte.

*

SERGIO

Antes de proseguir, me dijo que era ella la que ahora necesitaba algo fuerte. Me ofrecí a ir a buscarlo y preparé dos copas. Yo necesitaba una segunda ronda.

Bebimos en silencio durante unos minutos.

Luego le pedí que se explicara.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —pregunté—. Porque tú me conoces bien. No es que yo sea celoso. Es que si tú estás con otro… aunque no esté seguro de que estás haciendo algo con él, me muero de la zozobra, como todo hijo de vecino…

—Claro que te conozco —aseguró—. Y por supuesto que sí eres celoso. «Muy» celoso, a decir verdad.

—De eso, nada… —me defendí.

—De eso, todo… —contratacó.

Callé un segundo.

Y al final tuve que darle la razón.

—Vale, está bien, soy un celoso compulsivo. Pero no tiene solución, ya lo sabes. Es lo que hay…

Y entonces llegó la sorpresa. Era el momento de la explicación definitiva.

—Y de eso va el famoso plan —comenzó después de darle un largo trago a su copa—. De, digamos, «entrenarte» para que puedas soportar que yo esté con otros hombres. Además de que tú puedas salir con otras chicas.

Negué con la cabeza insistentemente.

—No creo que consigas algo así… Ni en mil años…

—Espera —me cortó—. Deja que te explique los detalles.

Tomó aire y luego descargó lo que llevaba dentro desde hacía semanas. Habló como para sí, como si yo no estuviera delante.

—Estuve hablando con una amiga que tenía el mismo problema con su marido. Y me explicó cuál había sido la solución para ellos. Sí, no me mires con esa cara de incredulidad. Me comentó que desde hacía algunos años habían abierto la pareja. Como te puedes imaginar, los primeros tiempos no fueron fáciles. En su caso, era ella la que tenía tú mismo problema: no podía soportar que su marido estuviera con otras. Se sentía morir los días que él salía con alguna amiga. Y no es que por obligación fuera a acostarse con ella. A veces se trataba de bailar o de tomar unas copas. Pero la cosa era así, mi amiga se moría de celos hasta que él volvía. Además, a ella le costaba mucho estar con otros hombres. Eso

equivalía a decir que la pareja se había abierto a medias, solo para él, y era peor el remedio que la enfermedad.

»Acordaron acudir a un consejero matrimonial, y éste les dio la solución: tenían que dedicarse los dos a ella en exclusiva, al menos durante un tiempo. El marido de mi amiga no tendría que salir con otras mientras ella «aprendía». Y él, en ese tiempo, la tenía que ayudar a buscar ligues y a acostarse con ellos, si es que el ligue de turno le apetecía sexualmente. Era como una «preparación».

—Jo-der… —suspiré—. ¿Tú plan consiste en «prepararme»? ¿Es eso lo que hacías al fingir tus aventuras?

Se encogió de hombros.

—Bueno, sí y no… —prosiguió—. Lo que he hecho hasta ahora con la ayuda de Sofía era el principio. Luego tenía pensado que te confesaría que todo era falso y te lo explicaría. Quizá para entonces, entre tantas emociones por creer que estaba en la cama con otros, pues eso… a lo mejor ya estarías a punto para comenzar el entrenamiento.

Carraspeé nervioso. No todo encajaba en el cuento de hadas que me estaba relatando.

—¿Y Loren?

No tardó ni un segundo en responder.

—Lo de Loren fue un accidente, te lo prometo… —su sonrisa se había borrado—. Había pensado utilizarle a él al principio, sin saber que tu examigo era como una serpiente. Y me quemé, lo reconozco. Jugué con fuego y salí ardiendo. Así que en vista de que había salido mal, cambié de sujeto. Y nadie mejor que alguien de mi empresa. Alguien a quien tu conocías del tiempo en que estuvo detrás de mí como un perro salido.

—Andrés… —dije, y no era una pregunta.

—Sí, Andrés.

—No estás diciendo la verdad, Elsa, y me lo habías prometido —la acusé—. No le elegiste solo por lo que estás diciendo. Si lo elegiste, en realidad, fue porque te pone caliente como una cerda.

Se mordió el labio y bebió de su copa, luego se relamió con un movimiento super erótico.

—Está bien, el chico me pone… —reconoció—. Pero nunca pensé en tirármelo mientras nuestra pareja no estuviera abierta. Ni loca te hubiera puesto los cuernos una segunda vez.

—O sea, que si consiento que te lo tires, eso no serían cuernos… ¿no?

—Sí, eso es… Igual que si yo consintiera que te tiraras tú a Sofía.

—¿Qué? —el corazón me dio un vuelco—. ¿Qué tiene Sofía que ver en esto?

—Pues eso, que ya he visto cómo la miras… que sé que te gusta, pero que a mí no me importa si te la tiras después de abrirnos, no te vayas a creer.

Me estaba mosqueando, me ponía como ejemplo algo que no era cierto ni de lejos, con el único objetivo de tapar sus propias vergüenzas.

—Ni de coña… —me defendí—. Además, conozco a su marido Juanjo desde hace mucho, y el tío me cae bien. Jamás le haría esa faena.

—Vale, vale… no te pongas así… era solo un ejemplo.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Luego volvió a hablar.

—Además, el tener abierta la pareja tiene un aliciente añadido.

—¿Un aliciente?

—Sí…

—Te escucho, pero no sé si lo creeré.

*

SERGIO

Antes de que se explicase, abrí la puerta de la terraza mientras aguardaba su nueva ocurrencia. No supe si hacía calor o es que me

había encendido con la conversación. El ron de los cubatas tendría algo que ver igualmente, supuse.

Bebía Elsa a sorbitos cortos y parecía ensimismada en algún pensamiento remoto. Cuando me planté ante ella, me miró en silencio.

—¿No vas a continuar?

—Sí… me refería al aliciente del sexo entre nosotros —dijo y me detuvo con una mano antes de que le replicara con lo que pensaba al respecto—. No es una invención mía, te lo aseguro, es algo que les explicó el consejero matrimonial a mi amiga y a su marido.

—¿Y…?

—Pues a ver cómo te lo explico —se colocó un mechón detrás de la oreja, pensativa—. ¿Recuerdas la sesión de sexo que tuvimos la primera noche en que llegué tarde por estar con Loren?

—Demasiado bien la recuerdo… sigue…

—Pues es una derivada de la pareja abierta —explicó con tono de experta—. Si salimos con otros y tenemos sexo con ellos, después en la cama, al comentar los detalles, lo habitual es que surja una chispa en la que nos quememos como antorchas. No sexo vulgar, pura vainilla, sino sexo de verdad. Como el de esa noche entre nosotros. Ja, ja, ja… si hasta tuvimos que poner fundas a los sofás de lo guarros que los dejamos. ¿Recuerdas?

Sonreí por primera vez en aquel día aciago. Llevaba razón en eso, al sexo de aquella noche entre nosotros se le podía tildar de cualquier cosa, menos de vainilla. Le había azotado el culo hasta dejárselo en carne viva y yo me había tragado sus escupitajos como si fueran un manjar.

Al final nos meamos mutuamente en la ducha.

Bufé cachondo con solo recordarlo.

—Está bien —respondí conteniendo la respiración—. Eso te lo reconozco.

—Gracias, cari —replicó cogiéndome de una mano y acariciándola.

Parecía calmada y feliz de que la escuchara. No sabía que estaba muy lejos de convencerme.

—Pero lo de que yo salga con otras… lo veo complicado —le dije con gesto serio—. Para una mujer, sobre todo tan guapa como tú, llevarse a un tío a la cama es pan comido. Pero para alguien como yo, no lo es tanto. Hace mil años que no he salido de ligoteo. Y cuando salía iba de la mano de Loren. No tendría ni idea de cómo empezar de nuevo. No me comería una rosca mientras tu estarías rodeada de fulanos haciendo cola para echarte un polvo. Lo siento, no lo podría soportar. Con eso no habías contado y ahí se acaba tu sueño.

Me sonrió con ternura.

—Para eso es la «preparación» —replicó con expresión de niña buena—. Recuerda lo que he dicho de mi amiga. Su marido la ayudó a desinhibirse y a tener sexo con otros. Si aceptas lo que te propongo, yo te ayudaré el tiempo que necesites. Te conseguiré los ligues, si hace falta. Y yo mientras no iré con nadie, te lo prometo.

—¿Lo dices en serio? —repliqué sorprendido—. ¿Me llevarías a follar por ahí y tú no saldrías con nadie?

—Bueno, podría salir con amigos, pero volvería casta y pura, te lo aseguro… ja, ja, ja…

—No sé… —respondí con la mirada baja. Aunque lo que decía no sonaba tan mal.

Y un silencio se instaló entre los dos.

Parecía que estaba todo dicho.

¿Qué sería lo siguiente? ¿Decir sí o no? No tenía ni idea. Esperaba que ella nos guiara a ambos. Y que no se equivocara. Si decidíamos lanzarnos a la piscina con los ojos vendados, a buen seguro la íbamos a encontrar vacía y el tortazo sería tremendo.

*

ELSA

Miraba a Sergio mientras le acariciaba una mano. Se había quedado callado, pensativo. No me sorprendía su actitud. Tenía que encontrarse en shock el pobrecito. Iba a necesitar algún tiempo para digerir todas las emociones de aquel viernes —sábado ya desde hacía un buen rato.

Pero aun así tenía la esperanza de que se aviniera a razones y que, al menos, admitiera hacer una prueba. Que no iba a ser fácil, ya contaba con ello, pero que si no lo intentábamos nunca lo conseguiríamos, estaba más que cantado.

—¿Qué piensas? —le pregunté cautelosa.

—No sé, en nada… —respondió con la mirada perdida—. Y en todo al mismo tiempo.

—¿Quieres que lo intentemos?

Me miró un segundo y luego rehuyó mis ojos.

—No tengo ni idea… te lo digo de verdad…

Se le notaba perdido, tenía que decir algo que le permitiera coger aire. Darle un tiempo para que se lo pensara.

—Te propongo una cosa —le ofrecí—: Dentro de tres semanas tengo que pasar unos días en Bilbao para la convención anual del bufete. Piénsatelo hasta entonces y a mi vuelta tomamos una decisión, ¿qué te parece?

Su rostro mudó completamente. Se había quedado pálido. Ahora si me miró a los ojos.

—¿La convención…?

—Sí, la convención. La misma que tenemos todos los años antes de Semana Santa. Hemos hablado de ella, ¿lo habías olvidado?

Pero lo que a Sergio le picaba por dentro no era la dichosa convención, sospeché.

—¿Y va a ir también… Andrés?

Había imaginado que se trataba de eso.

—Sí, por supuesto… —le aclaré apretándole la mano—. Pero no quiero que te preocupes por ello. Ni loca te cambio yo a ti por ese

gilipuertas. No lo dudes, por favor, te quiero a ti, no a ese don juan de pacotilla. Por muy cachonda que me ponga.

Confirmó con un cabeceo.

Parecía que mi explicación le había convencido. Además, confiaba que en el tiempo que faltaba para el viaje, al no tener que tratar con los cuentos de cuernos de Sofía, su confianza en mí volvería y que la calma retornaría a nuestras vidas.

—Vale, lo hacemos así —aceptó—. Cuando vuelvas de Bilbao lo hablamos.

—Genial…

Era hora de irme a la cama. Estaba extenuada, aunque más por los nervios que por otra cosa. Pero cuando me disculpé y eché a andar para la habitación mientras él recogía los restos de las bebidas, Sergio me detuvo.

—Oye, una cosa…

Me giré con un mal presentimiento. Nuestra charla había ido bien. «Demasiado» bien, para ser exactos. Se lo agradecía a las alturas, a las que había rezado mientras volvía en el Uber. Pero, por supuesto, era imposible que no surgiera ningún problema.

Por fuerza tenía que torcerse algo.

Y mi estómago — la parte de mi cuerpo que nunca se equivocaba— me decía que se aproximaba tormenta.

Por supuesto, no se equivocó.

—Ese tipo que ha pasado unos minutos por casa y que luego volvió a buscarte, ¿quién era?

Respiré profundamente mientras rezaba por lo bajo. La frase que había preparado sonaba bien en mi cerebro. Pero tenía que pronunciarla sin que me temblara la voz. Cualquier titubeo, por tenue que fuera, Sergio lo detectaría y el lio estaba garantizado.

—¿Le viste? —pregunté aterrorizada.

—Pues no, estaba dentro del armario mientras Sofía y Andrés follaban.

Me guardé un suspiro, el primer peligro había pasado.

Ahora venía la segunda parte.

—Ah, claro… —dije intentando no ponerme colorada y luego le solté lo que había ensayado—: Bah, era Jorge, un amigo de la universidad. ¿No te he hablado de él nunca?

—No, nunca.

—Pues es que quedé con él para tomar unas copas —le expliqué cruzando los dedos—. Hacía tiempo que quería que nos viéramos y siempre le daba largas. Así que acepté su invitación para que no me diga que paso de los amigos.

Había preparado el discurso a ciegas. Lo había hecho basándome en que, si Sergio había escuchado mi conversación con Sofía, habría oído aquello que le había dicho: «bueno, el que faltaba…», antes de añadir: «le he dado varias largas últimamente, voy a llamarle y quedo con él esta noche».

Mientras soltaba la trola, Sergio me escuchaba sin hacer un solo gesto.

Al acabar, pareció masticarla un instante y luego insistió:

—¿Y por qué le metiste en nuestro cuarto? ¿Qué tenías que hablar con él ahí dentro?

Tenía que reconocer que Sergio no tenía ni un pelo de tonto. Además de ser *Cum laude* en sus estudios, disponía de despacho propio a los treinta y pocos en una empresa en la que la edad media para conseguirlo pasaba de los cincuenta.

No, de tonto no tenía ni un pelo.

Pero yo era una mujer, y el hombre más listo del mundo no supera a la más boba de nosotras. Y por supuesto que tenía una respuesta para esa pregunta.

Que colara o no era otro cantar.

—Pues ni te lo imaginas. El pobre se había chupado un atasco de cuidado para venir a buscarme y se meaba a más no poder. Intentó aparcar para buscar un bar, pero ya sabes que en este barrio lo de aparcar un viernes por la tarde como que no.

—¿Subió solo a mear? —su rostro al completo era una mueca de incredulidad.

—Pues sí… a eso subió —respondí sin un titubeo—. Y le dije que entrara en el baño de nuestro cuarto porque me dio vergüenza meterle en el de invitados.

—Vergüenza, ¿por qué? —se extrañó—. Si yo mismo lo había limpiado por la mañana.

Seguía mi guion, pero algunas cosas las tenía que ir improvisando:

—Oh, no, no… No es que estuviera sucio. Es que me temía que Sofía o Andrés aparecieran en pelotas delante de él. Jorge es un tío chapado a la antigua y muy amigo de Alberto. Cualquiera se arriesgaba a que nuestra casa quedara para él como un burdel del tres al cuarto. A saber si se chivaría después a mi primo. Qué vergüenza…

—Sí, menuda putada… —parecía que el rictus de su frente se iba alisando.

Ufff, parecía que funcionaba, quizá conseguiría colarle la trola, aunque aún le quedaban dudas:

—¿Y qué es lo que se dejó que tuviste que bajarle después?

Esa respuesta era fácil. Le podía decir cualquier cosa. Ni loca le iba a decir lo que de verdad se había dejado.

—Ah, ¿eso? —dije quitándole importancia—. Fue una pluma que se le debió de caer de la chaqueta. Pero no te creas, que era una *Mont Blanc*, una de esas de consultor pijo que cuestan un dineral.

—Le entiendo, yo también me moriría si pierdo mi pluma… —su gesto, sereno tras escuchar mis explicaciones, me aseguró que la tormenta había pasado—. Hala, venga, vete a la cama si quieres, yo voy en cuanto limpie todo esto.

—Okey, cari, pero no tardes… me apetece que hoy juguemos a eso que te gusta…

Su sonrisa se amplió como la de un niño.

—¿De verdad?

—Palabrita del niño Jesús... Recuerda que ya es técnicamente sábado —respondí guiñándole un ojo.

Su carcajada infantil me encantó.

Y debo reconocer que me puso bastante perra.

—Qué buena es mi chica… —replicó con risa boba.

Como una flecha salí del salón y me dirigí hacia la habitación. Si me quedaba un segundo más con él, corría el peligro de que se acordara de algún otro detalle y me pidiera nuevas explicaciones.

Y ni loca iba a poder inventar más cosas por ese día. Mi cerebro había llegado al límite, no daba para más.

Necesitaba un buen orgasmo para liberar la tensión acumulada.

Incluso dos, a ser posible.

Y pensaba conseguirlos retozando con mi único amor verdadero.

El contrato

Fijar el plazo para tomar una decisión resultó todo un acierto, ya que relajó la convivencia en casa. Era verdad que habían ocurrido cosas de difícil justificación y peor perdón. Pero había aceptado las explicaciones de Elsa, habíamos acordado que nos mantendríamos juntos porque nos amábamos, y lo que estuviera por venir tardaría cuatro semanas en llegar.

Tenía tiempo suficiente para pensarme las cosas con detenimiento, sopesar los pros y los contras y tomar una decisión que, de momento, se me hacía cuesta arriba. No obstante, sentía la tranquilidad y el convencimiento de que al final decidiría lo correcto.

Pero al final metí la pata, por supuesto, como solía hacerlo cuando se trataba de relaciones interpersonales.

Como dice el proverbio: «todo llega y todo pasa». Y a mí se me fue pasando el tiempo en la creencia de que aún quedaba mucho para la fecha límite. El final del plazo, como era de esperar, me pilló desprevenido y sin haber decidido nada.

Las primeras tres semanas ni había comenzado a cavilar el asunto.

Y a la semana siguiente, Elsa había salido de viaje hacia la ciudad donde se celebraba la convención anual de su bufete.

Durante todos y cada uno de los días en que Elsa estuvo fuera, no pude pensar en otra cosa que no fuera el hecho de que ella y Andrés estaban durmiendo bajo el mismo techo. Y que mi novia se ponía cachonda con solo pensar en él.

Me había jurado que ni se rebajaría a hablar con el tipejo, pero yo no me las prometía muy felices. Y eso que hablaba con ella tres veces al día. Una a primera hora de la mañana, durante el desayuno; la segunda a mediodía; y la tercera por la noche, justo antes de irnos a dormir.

—¿Le has visto hoy? —le preguntaba cada vez.

—Por dios, Sergio, cómo no voy a verle —respondía sobrepasada por mi insistencia—. Nos juntamos varias veces al día en la misma sala para las sesiones. Y también en el restaurante para las comidas. Por fuerza tengo que encontrármelo por allí.

—¿Y le has hablado?

—Ni una palabra, te lo prometo.

A pesar de lo que me aseguraba cuando charlábamos, ¿quién me decía que no ocurría nada entre horas, en ese tiempo muerto durante el que no estábamos conectados? Se me llevaban los demonios. Y, por desgracia, ahora no podía confiar en un testigo ocular que me tuviera al corriente. Sofía me había fallado y ya no tenía a nadie a quien recurrir.

Para mi tranquilidad, la semana de la convención pasó, y Elsa apareció por casa el sábado a mediodía.

—¡Ah de la casa! —gritó alegre desde el recibidor y salí de la habitación para fundirme en un abrazo con ella en mitad del pasillo.

Después de achucharnos sobre la cama —sin llegar a tener más sexo que el roce de nuestros cuerpos con la ropa puesta—, nos sentamos en el salón para finalizar el acuerdo pendiente.

—Y bien —me dijo—, ¿lo has pensado con calma? ¿Has tomado una decisión?

Los ojos le brillaban como cuando esperaba una noticia que la haría feliz.

—Pues sí y… no —respondí y su expresión mudó.

—Pero, cari, si has tenido casi un mes. ¿Todavía no sabes qué quieres hacer?

Me las apañé para buscar una respuesta que fuera lo más neutra posible, y que me concediera algo más de tiempo. Eran mañas de leguleyo, y de esas sabía yo un rato.

—Quiero decir que lo he pensado… —mentí—. Y que he concluido que aún nos quedan cosas por definir.

—Ah, ya… —apuntó ella con tono de sorna—. Flecos, ¿no? ¿Es así como lo llamáis los abogados?

No parecía que el truco —quizá porque lo usaba demasiado a menudo con ella— hubiera funcionado.

Aun así, me saqué un as de la manga.

—Verás, cielo… —dije—. No pienses que no le he dado vueltas al tema. Es más, he leído bastante literatura sobre el asunto.

—Sí, ya… —me vaciló—. Has leído esas novelas eróticas que tanto te gustan, ¿no? ¿De quién, en concreto? ¿Abel Santos, Lovia, Tanatos? ¿Y qué has encontrado en ellas?

Me había pillado. Pero tampoco era un secreto que ese tipo de novelas me gustaran. En otro tiempo había compartido alguna de sus escenas con ella y habíamos disfrutado juntos recreándolas.

—Ya, ríete —me defendí—. Pero lo que he encontrado es que para tener una pareja abierta hay que fijar límites antes de nada.

—¿Límites? —preguntó con ironía.

—Sí, límites… líneas rojas… Cosas que no se pueden hacer.

—Sé lo que significa la palabra límite, no hace falta que te esfuerces. ¿Y en qué límites has pensado, si puede saberse?

Me sentí pillado. Me había quedado en el título, pero no me había adentrado en el contenido.

—Eso es lo que te quería decir —improvisé—, que los límites los tenemos que definir entre los dos… y estar de acuerdo antes de firmar el contrato.

—Ah… ¿hay que firmar un contrato…? —su vacile ya era abierto—. ¿Y has escrito un borrador?

Dijo y se echó a reír.

—Ja, ja… muy graciosa… —volví a defenderme—. Me refiero a un contrato virtual, un pacto de caballeros… o entre dama y caballero, en este caso...

Resopló sonriente. Al menos no parecía dispuesta a estrangularme.

—Vale… —aceptó—. ¿Te parece que pidamos comida y mientras nos la zampamos pensamos en esos límites?

—Perfecto.

Hice la comanda en nuestra *app* favorita y un rato después nos hallábamos sobre la mesa de la cocina degustando cada uno sus platos favoritos.

*

Me observaba Elsa mientras comíamos, pero no decía nada. Estaba esperando que me arrancara a hablar. Pero yo prefería que lo hiciera ella, no tenía ni idea de por dónde empezar. Al final, supuse que aburrida de esperar, se decidió a iniciar la conversación.

—Vale, ¿pensamos en esos límites?

—De acuerdo… —acepté—. ¿Quién empieza?

—Tú mismo…

En fin, había intentado ganar tiempo, pero no había podido ser. Y ahora me tocaba improvisar. Era verdad que había leído sobre el tema, pero no recientemente. Tendría que estrujarme la mollera para recordar algún detalle de antiguos libros que pudiera utilizar. Y preferí empezar por lo más fácil.

Cogí el cuaderno y el bolígrafo que había preparado para ese momento y comencé a escribir.

—Dijiste que mientras yo no estuviera entrenado, o preparado, o lo que sea, tú no saldrías con nadie.

Elsa bebió un trago de su vaso y confirmó con la cabeza.

—Sí, eso es… —dijo—. Yo te acompañaré hasta donde pueda, y te ayudaré a buscar potenciales ligues. Y hasta que no estés preparado del todo, no follaré con nadie.

Hablaba de follar como si lo hiciera del tiempo.

—O sea, que yo podré follar por ahí y tú no —intenté dejarlo claro—, ¿o cómo va esto?

—Eso es… Mientras no estés mentalmente convencido, el único que follará fuera de casa serás tú.

—Vaya… suena demasiado bien. ¿Dónde está la trampa?

—No hay trampa ninguna, de verdad. Mi amiga lo hizo así con su marido y cogieron el ritmo enseguida. Ella se adaptó en unos

meses y después comenzaron a tener aventuras por separado.

—Bah, si en el fondo da igual. No creo que yo vaya a ligar con nadie. ¿Quién va a querer acostarse conmigo a estas alturas?

Sonrió con picardía.

—Ni te imaginas la cantidad de mujeres que se morirían porque solo las miraras.

—Las divorciadas, ¿no?

—Bueno, sí… Pero también alguna soltera que otra… Tú estás estupendo, aunque no te lo creas. Has ido ganando con el tiempo, como los buenos vinos. Y con ese aire de empollón tímido, en cuanto te pongas en el mercado te van a llover las ofertas. Te lo digo yo, que de esto entiendo.

Reímos al alimón. Ni loco me hubiera imaginado una conversación parecida con mi novia. Hablábamos de follarnos a todo lo que se moviera como si tal cosa. Llamadme anticuado, pero es que estos temas a mí me resultaban, cuando menos, «excéntricos». Demasiado modernos para mí.

—Hay una excepción importante en lo de salir con gente, sin embargo —añadió, y no me sorprendió porque era obvio que algún pero iba a haber.

—¿Qué excepción? —la miré de soslayo, con una mirada en plan «¿ya me la quieres colar?».

—Con amigos podremos salir los dos. No solo tú, sino también servidora.

—¿Por «amigos» te refieres a que no…?

—Exacto, citas sin sexo. Tomar copas, cenar, bailar… Todo menos cama…

—¿Tú también desde el principio?

—Por supuesto, no pretenderás que me encierre en una celda y me flagele como un fraile.

—No sé si me gusta eso.

—Vamos, no seas niño, ¿qué hay de malo en salir con gente? —me hablaba como a un adolescente—. Tú también sales con tus colegas de vez en cuando. ¿Me has visto a mí protestar? Ya lo has

dicho antes, es una cuestión de confianza, y estamos firmando un pacto justo para eso.

—Ya, pero una cosa es salir con «gente», en general y otra muy distinta en salir con un tío. En plan parejita.

—O una chica… porque tú también tendrás tus amigas en cuanto salgas al mercado.

Me estaba haciendo la envolvente, a mí, a un puñetero abogado. Pero no vi por donde atacar.

—Está bien, está bien… acepto… —admití sin mucho ánimo, aunque se me quedó la mosca tras la oreja. Aquel era un agujero negro en el que cabía casi de todo.

—Vale… —dijo satisfecha—. Apunta lo que hemos dicho. Ahora me toca a mí…

Lo pensó un instante mientras masticaba un trozo de pizza.

—Condones, que no se nos olvide, es importante.

—Eso, condones… —tomé nota sobre la marcha.

—No se mete nada en ningún agujero sin llevar un condón puesto.

—Ni se deja que se lo metan a una… —bromeé—. Aunque en la boca, tal vez…

—Bueno, en la boca se puede… —respondió—, pero con la higiene por delante.

Tomé nota y pasamos al siguiente punto, que me tocaba a mí en turno. Ya tenía un asunto importante preparado, aunque sabía que iba a escocer.

—Prohibido el sexo con conocidos —dije con la mirada huidiza —. Ni amigos, ni familiares, ni compañeros de trabajo, ni ex…

Suspiró ruidosamente.

—Vamos, que me estás vetando a Andrés… —dijo desencantada.

—A Andrés, sí —respondí—. Pero también a Mario, al baboso de Santi y hasta al vecino del cuarto. A cualquiera con el que me pueda cruzar por el pasillo o en el ascensor de casa, de la oficina o tomando copas. No tengo ganas de ir por ahí y que me miren a la

frente para medirme el tamaño de los cuernos. Y a Loren no necesito ni mencionarlo…

Volvió a suspirar.

—Vale, aceptado, qué se le va a hacer… —respondió con un gesto de resignación—. Bye, bye, Andresito…

—Andrés se lo puedes regalar a Sofía, seguro que te lo agradece… —bromeé—. A ver cuánto le dura.

—Vale… —dijo y se quedó pensativa.

Le tocaba a ella, pero no decía nada. Así que la animé:

—Tu turno, cari…

—Vale… —lo pensó un instante y luego propuso—: ¿Aceptamos *swinging*?

—¿*Swinging*? —pregunté sin entender.

—Sí, *swinging*, intercambio de parejas.

Mis ojos se me abrieron como platos.

—¿Follar dos tíos con la chica del otro? —salté apresurado—. Ni de coña… No podría soportar mirarte mientras otro te la mete. Y encima tú gimiendo a lo bestia como te gusta… Ni hablar…

—No tendría por qué ser los dos en la misma habitación, juntos pero no revueltos…

—Ufff… —resoplé—. Ni aun así, no creo que pudiera…

—Tal vez con el tiempo… —insistió.

—Bueno, con el tiempo no sé, pero por ahora me daría un infarto.

—Lo podemos dejar en pausa, si te parece… —dijo con más sentido común que el que yo exhibía en ese momento—. A lo mejor podemos hacerlo alguna vez. Nunca se sabe hasta donde podremos llegar.

Lo único a lo que nos llevaba esto era al divorcio, pensaba yo. Pero no quería llevarle la contraria. Al fin y al cabo era un tema a futuro.

—Vale, lo anoto y lo dejo en pausa… lo vamos hablando.

—Te toca a ti… —apuntó ella en cuanto dejé de escribir.

—Voy… —dije golpeándome con el boli en los labios, intentando pensar en algo con sentido. Al final lo encontré y lo solté sin filtros—: ¿Cuántas veces se folla con la misma persona? Por mi parte, una y se acabó.

Pero ella no estaba de acuerdo.

—De una, nada… —me corrigió—. Con lo que cuesta encontrar un buen polvo, cuando vas y lo consigues, resulta que no puedes repetir. Eso es una putada para uno mismo, pero también para el ligue de turno. Yo voto por cuatro o cinco, mínimo.

Ahora fui yo el que estuvo en desacuerdo.

—Eso es una barbaridad… —me quejé—. Tenemos que reducir los encuentros para evitar que surja algo más que ganas de follar.

—¿Tienes miedo a que se puedan crear lazos afectivos?

—A eso me refiero, tú lo has dicho mejor que yo. Las películas sobre este tema siempre acaban así. Uno de los dos se enamora de un ligue y la pareja a la mierda.

—Vale, lo acepto… —se avino a razones sin discutir, lo que me resultó al tiempo extraño y agradable—. ¿Y en cuánto lo dejamos, según tú?

—Por mí con dos sería suficiente.

—Ni hablar, tres es mi límite —rezongó.

Acepté su corrección. No quería tampoco tirar de la goma con el riesgo de que se rompiera.

—Vale, apunto… Tres veces máximo.

—Una cosa… —me interrumpió—. ¿Y si se queda cinco veces con alguien, pero en dos solo se toman copas y en las otras tres se folla? ¿Valen las cinco o a la tercera se cierra el cupo sea como sea?

—Eso es una cuestión de confianza —repliqué pensativo—. Si podemos fiarnos el uno del otro, pues a mí me valen las cinco, porque solo en tres ocurrió algo.

—Perfecto —afirmo complacida. Y por su disimulada sonrisa imaginé que estaba pensando en algo en concreto. No me gustó ese gesto, pero no era momento para discusiones profundas. Al fin y al cabo, ella no iba a follar por ahora. Era lo pactado.

Tomé nota de todo lo que decíamos y luego le cedí el turno.

—A ver… —buscó las palabras antes de hablar—. Los asuntos privados deben tener prioridad sobre los ligues.

—¿Qué significa eso?

—Pues te lo digo con un ejemplo: si quedas con una amiga para darle candela un día en que, por ejemplo, sea nuestro aniversario… Si a mí me apetece que lo celebremos juntos, pues le tienes que decir a tu amiga que se toque ella solita el chichi y que quedáis otro día.

—Ah, lo pillo… —dije—. Eso es importante, tomo nota.

Escribí y luego pensé en algo más. Cada vez se me ocurrían menos cosas, pero si yo decía algo, me aseguraba que ella diría algo más. Y con tanto límite, lo de follar por libre iba a quedar como una mera anécdota. Más un sueño de Elsa que otra cosa.

—Revisión de los límites de vez en cuando —apunté tras un periodo de reflexión—. Ahora en frío no tenemos ni idea de lo que nos podemos encontrar. Pero si empezamos a follar por ahí, seguro que aparecen cosas que a alguno de los dos le chirrían.

—Cierto… —aceptó—. Los límites hay que vigilarlos de forma continua. En cuanto alguno pida revisión, nos sentamos y le damos una nueva vuelta. Por mí, vale.

Llevaba escritas varias páginas del cuaderno y a mí ya no se me ocurría nada que añadir. Pero era el turno de Elsa y ella tenía todavía un punto en mente:

—Lo de contarnos lo que hacemos con otros, ¿cómo lo ves?

Casi me atraganté con el agua que bebía en esos momentos.

—Pues mira —respondí—. A mí lo de que me cuentes lo bien que te lo has pasado con la polla de otro, pues como que no… Ojos que no ven…

—Vale —replicó—. A mí, sin embargo, me gustaría saber lo tuyo. Además, como te dije, es la mejor forma de ponernos cachondos entre nosotros y tener sexo del bueno. Si te parece, tú me vas contando si quieres. Y yo, de momento, nada. Si alguna vez en el futuro te sientes más confiado y crees que aguantarás, me lo

dices y vamos viendo cómo hacerlo sin que te subas por las paredes. ¿Te cuadra?

Me pareció bien. Era algo como «un sí pero no, y si eso ya veremos» en el que cabía todo. Y de esa forma no tendría que soportar la humillación de que me contara los maravillosos orgasmos que conseguía con tipos de la calaña de Loren o Andrés.

Si es que llegábamos a ese punto, cosa que dudaba.

*

Una vez dimos por terminados los términos del «contrato», los releímos y nos dimos la mano formalmente. Quedaba sellado por las dos partes y con ambos satisfechos. Ella porque yo aceptaba abrir la pareja. Y yo porque me las iba a apañar para tardar en «aprender» y así ella seguiría sin follar fuera de casa.

Pero aquella tarde aún quedaba tela que cortar.

Ni borracho me hubiera esperado lo que tenía preparado.

—Pues ahora date una ducha y ponte guapo, que nos vamos por ahí a celebrarlo. Yo invito.

—¿Qué? —dije sin ganas—. ¿No podemos quedarnos en casa y hacemos un plan de peli y mantita?

—Ni hablar, so vago —me negó la mayor—. Ponte de traje y perfume caro que he reservado una mesa VIP en *RascaYou.* Hoy toca mover el esqueleto.

Un hormigueo me recorrió el estómago.

—¿Esa no es la discoteca de un amigo de Loren?

—Sí, esa… —respondió—. Está genial, te va a gustar. Es enorme y tiene varios ambientes. Y no creo que justo hoy nos vayamos a cruzar con ese idiota.

—¿Y si le encontramos?

—Pues, chico, le saludas, le das un golpecito en la espalda y cada uno por su lado —me vaciló—. A ver, saca ese espíritu de abogado aventurero. Seguro que algo se te ocurre.

Con pocas ganas me fui al cuarto para prepararme.

La duda de si ella se pondría el vestido de putón para salir esa noche me corroía por dentro.

Primeras experiencias (I)

Acerté de pleno. Con su disfraz de putón salimos hacia la aventura en aquella noche de sábado. No tenía ni idea de lo que me esperaba.

Sobre las diez de la noche llegábamos a la discoteca y le dejaba las llaves al aparcacoches. Le di cinco euros al chaval y le pedí en confianza: «cuídamelo que le tengo cariño». Me sonrió, se guardó los cinco euros en un suspiro y luego me dijo: «tranqui, colega, aquí tenemos parking privado en los bajos del local».

La mesa que había reservado Elsa estaba en una inmejorable situación. Lejos de la pista principal —la disco disponía de tres—, permitía hablar sin tener que gritar.

Brindamos con unos minis de champán y salimos a bailar. Elsa lo daba todo, se la veía eufórica. Yo la seguía de cerca, espantando a los moscones que se la arrimaban de forma intermitente.

—Eh, oye… —me saltaba alguno—. Que yo la he visto primero.

A lo que Elsa tenía que aclarar, señalándome con un dedo y partiéndose de la risa:

—Lo siento, es mi novio…

—¿Este es tu novio? —respondían incrédulos.

En la mayoría de las ocasiones el gañán de turno se apartaba al instante. Pero había alguno que no se lo creía y me tenía que poner serio para que nos dejara en paz.

—Si se ponen chulitos —me decía Elsa al oído—. Dame un morreo y se convencerán de quién eres.

—Ya… —respondí un tanto mosqueado.

Tras sudar un buen rato, nos volvimos a la mesa.

Y entonces comenzó mi viacrucis.

*

Elsa miró a nuestra derecha y luego me preguntó:

—Señálame un tío de los que andan por la barra. Uno que no esté con nadie.

—¿Por qué? —pregunté mosqueado.

—Tú elige a alguien que te guste y luego te lo cuento.

Con los nervios en el estómago, busqué entre los hombres que decía, pero ninguno me llamó la atención.

—No me gusta ninguno —dije y no mentía.

—Anda, no fastidies —rió—. Seguro que hay alguno que te dice algo más que el resto.

—Vale —la reté—. Pero solo si me dices para qué es.

—Es para un juego —respondió vacilona.

La escruté silencioso. No parecía que con solo un mini de champán pudiera estar achispada. Si me quería vacilar, lo hacía con toda la intención.

—¿Qué juego?

Resopló, pero al final tuvo que confesar.

—Es que quiero medir tu nivel de celos.

Joder, suspiré. Estaba claro que quería ligar. Y hacerlo delante de mí.

Podría haberme negado. Pero habría quedado mal después de un día de concordia familiar.

Así que decidí tirar hacia adelante y corregir sobre la marcha.

—Espero que no sobrepases ninguno de los límites —le advertí.

—Puede que alguno —me sonrió—. Pero solo un poquito. Y solo hoy.

Había compuesto con los dedos el símbolo internacional de «poco» y consiguió hacerme reír. Y entré en su juego, idiota de mí.

—El alto de la cabeza pelada —dije tras un nuevo vistazo a la barra.

—¿El del traje azul? —había dos calvos altos, uno con traje y otro en vaqueros y camisa de cuadros.

—Sí, ése…

—Vale… —aceptó y sacó algo del bolso.

Se trataba de las cajitas con los auriculares *bluetooth* de cada uno. Me pasó uno de los míos y ella se puso en la oreja derecha uno de los suyos, oculto por el pelo.

Me estaba poniendo nervioso solo con verla actuar tan decidida.

—¿Qué coños vas a hacer?

—Nada, cielo, no te preocupes —me aseguró—. Además, vamos a estar en contacto a través de los auriculares. En ningún momento vas a perder el control.

Animado por las palabras positivas de Elsa, me coloqué el auricular y ella me llamó con su móvil. En cuanto la comunicación entre los dos estuvo establecida, metió su teléfono en el bolso y se puso éste al hombro.

Luego se fue hacia la barra.

—¿Me oyes bien? —me preguntó por el auricular según se alejaba.

—Algo de interferencia y mucho ruido, pero más o menos —respondí.

—Perfecto.

*

Sin pizca de vergüenza, se situó al lado del calvorota, para lo que tuvo que echar a un par de tipos que hablaban a su lado. Los agredidos la miraron de soslayo, hablaron entre sí y luego rieron.

—Deja a ésta, que parece que tiene prisa —dijo uno de ellos. Se le oía de manera muy robótica, pero las palabras eran fácilmente inteligibles.

—Está buena, la *jodía* —le respondió el amigo—. ¿Le metemos ficha?

—No, tranqui, que ya están las nuestras al caer…

Estaba seguro de que las mujeres como Elsa debían de soportar comentarios como aquellos a diario. Y mucho más si eran tan espectaculares como mi novia. En cualquier caso, tenía que reconocer que esta vez se lo había buscado ella misma al empujarles de forma descarada.

—¡Chico! —decía al camarero entre tanto—. ¡Ponme un mini de champán, porfa!

El calvorota se había vuelto hacia ella y la miraba desvergonzado.

«¿De dónde ha salido esta pija?», imaginé que pensaría. Y eso que se trataba del tipo con traje. Si hubiera sido el otro, habría imaginado palabras más gruesas.

Elsa pagó el mini con tarjeta, lo cogió junto con la copa y se dispuso a darse la vuelta. Y casualmente, al girarse, pisó al calvo y el mini cayó sobre la barra, derramándose por toda ella.

El camarero había visto la jugada y saltó con una bayeta para solucionar el destrozo antes de que les alcanzara.

—Joder, tío —le dijo Elsa al calvo—. ¿Podrías tener más cuidado, no?

El tipo no se cortó.

—Venga ya, tía, si has sido tú la que me has pisado.

—Y una mierda —seguía protestando ella—. Parece mentira que un tío tan guapo sea tan grosero.

Me quedé paralizado. Mi novia estaba atacando al calvo. Pero atacándolo en plan bien, estaría pensando él. Seguro que el muy cerdo se imaginaba que acababa de ligar sin proponérselo. Qué simples somos los tíos, pensé. ¿Cómo se puede creer ese idiota que un bombón como mi novia va a caer rendida a sus pies en un minuto?

Pero aunque fuera teatro, me estaba poniendo de los nervios la forma en que los dos se miraban frente a frente.

Elsa me había dicho que aquello era una prueba de celos. Y vaya si lo era. Al ver aquello el estómago empezaba a revolvérseme.

Si a mis espaldas se comportaba como lo hacía estando yo delante, ¿qué coños habría hecho durante toda la semana en Bilbao?

Lo de haber aceptado abrir la pareja empezaba a saberme a error garrafal.

—Lo siento, nena —bajó el tono el calvo al ver que le echaban un piropo—. Es que me he asustado. Este traje es nuevo, si me lo mancho me pego un tiro. Pero no pasa nada, todo ha sido un susto. Quédate un rato y te invito a otro mini, o los que quieras…

¡Hijodeputa! ¡Eran tal para cual! Si Elsa había comenzado el ligoteo, el calvo la había cazado al vuelo. ¿Era así como se ligaba? ¿Me estaba enseñando mi novia a hacerlo? Confié en que así fuera, y que terminara el jueguecito lo antes posible.

—Vale, me apunto a ese mini —respondió Elsa con una sonrisa que podría derretir el hielo. Y luego le tendió una mano—. Soy Carla.

El calvo le cogió la mano con fuerza.

—Luis, encantado.

Sin soltarle la mano, Elsa se lanzó hacia él y le plantó dos besos en las mejillas. El tal Luis aprovechó la ocasión y le echó la mano libre a la parte baja de la espalda, apretando a mi novia contra él.

Cuando se separaron, las manos del saludo seguían enlazadas.

La punzada en mi corazón dolió de lo lindo.

—Joder, Elsa —dije y me di cuenta de que me estaría oyendo a través del auricular—. Vale ya de manitas, ¿no?

Se volvió mi novia hacia mí y me guiñó un ojo. Había soltado la mano del calvo, y aprovechó que el tipo le pedía al camarero un nuevo mini para hablarme.

—¿Qué te parece? —rió con una mano en la boca, como si tosiera—. ¿Estás aprendiendo algo?

—Joder, sí… —le dije—. Pero ya vale, ¿no?

—Espera, no te oigo bien —dijo, y sospeché que me estaba haciendo trampas—. Quito un momento el sonido porque me está atronando el ruido de fondo.

—No, espera, Elsa, no cortes… —le pedí, pero ya era tarde.

Había perdido la conexión con mi novia.

Loco de nervios, vi como el tal Luis le llenaba la copa a Elsa y, tras brindar, se cruzaban los brazos como en las películas antes de beber.

«¡*Mecagüentuputamadre*, calvo de mierda!», sollocé para mí.

*

La conversación entre mi novia y el calvo se hizo fluida. Ambos hablaban y reían con comentarios que eran un enigma para mí. Podían estar hablando de la subida de la bolsa o de los mejores rincones para follar en aquel antro.

Yo apostaba por lo segundo, pero al instante me decía que eran pensamientos negativos fruto de mis celos.

Al cabo de unos minutos, el tal Luis volvió a dedicar su atención al camarero —tal vez para pedirle más bebida— y Elsa volvió a habilitar el sonido.

—¿Qué tal? —escuché entre el ruido de fondo—. ¿Estás aprendiendo? El tío es un ligón de los buenos. Ya me ha dicho tres veces lo cómodo que es el sofá de su casa, recién comprado, asegura… ja, ja, ja…

Hablaba con una mano en la boca, aunque el tipo estaba a lo suyo y era imposible que la oyera.

—No estoy aprendiendo nada, Elsa —le dije enfurruñado—. Si al menos dejaras la voz activada, quizá sí podría aprender de esas bobadas que os decís.

—Es que hay demasiado ruido y hace eco… —se excusó—. Pero espera que ahora voy a atacar yo, ya verás que divertido, toma nota…

—¡Noooo…! —casi grité—. ¡De eso nada, Elsa…!

Pero mi novia ya se había desconectado de nuevo.

Y en cuanto el tipo hubo servido los nuevos minis, Elsa hizo lo que había prometido.

Comenzó por echarle los brazos al cuello. Después le aproximó la boca al oído y pareció susurrarle algo. Él muy cerdo tampoco se quedaba quieto. Le echó las dos manos a la cadera y la sujetó rozándose con ella.

Yo ya no estaba de los nervios, sino entrando en pánico.

Faltaban menos de diez centímetros —la distancia entre la mano derecha de él y una de las nalgas de Elsa— para que saliera como un kamikaze hacia la barra.

Pero el tipo bajó la mano izquierda, la que no podía ver desde mi posición.

El corazón me dio un vuelco.

El calvorota podía estar tocándole el culo y yo no lo podía ver.

Ahora era él el que la hablaba al oído. Y Elsa reía sin parar las posibles ocurrencias del puñetero idiota.

Cuando la mano visible desde mi posición bajó hacia la nalga con desparpajo —el tal Luis ya no disimulaba porque daba el ligue como hecho—, Elsa le hizo un quiebro de cadera y se lo sacudió sin dejarle tocar carne.

Eso me dio unos segundos de respiro.

Pero la sesión entre los dos no había terminado.

Ni mucho menos.

*

Tras hacerle la cobra, Elsa se separó del tipo y le soltó una parrafada. A continuación, echó a andar. Cuando estaba a varios metros de él, volvió a conectar conmigo.

—Me voy a hacer pis —me soltó sin ambages—. A mí el champán es que me revienta la vejiga. ¿Tú cómo vas?

—Hasta los huevos, Elsa, así voy yo… —le dije en tono lo más áspero que se me ocurrió—. Quiero que pares esto. Deja a ese tipo y vente para acá de inmediato.

—Vale, cari, no te pongas así… —respondió—. Si ya pensaba volverme a la mesa. Lo que pasa es que con las ganas de mear,

primero me voy al baño y luego voy contigo. Te vas a reír cuando te cuente…

—Vale, pero haz el favor…

—Que sí, amor, que sí… —me cortó y volvió a pasar de mí.

La miré un instante. Iba casi a la carrera. Mi chica era de vejiga floja, eso era verdad, y me constaba que si decía que se meaba, era que se meaba.

Pero al fijar mi atención en Elsa, había perdido la perspectiva de la situación. Y cuando vi al calvo apresurarse detrás de ella, ya era tarde.

Ambos habían girado hacia el pasillo de los baños —un pasadizo largo y en cuesta arriba— y desde mi posición ya no les veía.

Ahora, sin embargo, si podía escucharles.

—¡Carla, espera! —la llamaba el tipo.

—¡Vale, te espero! —respondía ella.

No me lo pensé, me levanté y salí a la carrera. Si los dos se metían en uno de los baños, iba a arder troya. ¿Como podía saber si Elsa me estaba diciendo la verdad? Podrían haber pactado irse al baño por separado y luego encontrarse cuando no les viera. Y yo esperando como un inocente cornudo, pensando que tenía la situación bajo control.

Peor fue cuando la comunicación por el móvil comenzó a hacer ruidos extraños hasta que la voz se perdió por completo. Tan solo crujidos de estática me llegaban por el auricular.

—¿¡Elsa!? —le dije mientras me apresuraba apartando a todo el que se me ponía por delante.

Mi novia no contestaba y supe que había perdido el control completamente.

Giré a la carrera hacia el pasillo de los baños, esperando encontrarme la típica cola femenina de los tugurios como aquel, pero me lo encontré completamente vacío.

Joder, el único aseo de mujeres sin cola y me había tocado a mí. Y justo en esos momentos. ¿Cómo podía saber si estaban juntos

en alguno de los baños o si cada uno había entrado en el suyo?

No sabía qué hacer. Podía subir y entrar en el aseo de hombres y ver si estaban por allí. Pero podría ocurrir que estuvieran en el de las chicas —existe la leyenda de que los polvos de las discotecas se echan en el baño femenino—, y mientras los buscaba bajo las puertas de los cubículos masculinos la fechoría estaría consumada.

Así que decidí quedarme al inicio de la cuesta a la espera de acontecimientos.

Tras un par de minutos, el calvo reapareció. Salía del baño de los hombres. Si Elsa salía de allí, igualmente, iba a estrangular a alguien y aquella noche dormiría en un calabozo.

Pero, sin esperarlo, la puerta del baño de las chicas se abrió y tras ella apareció una pareja de lesbianas picoteándose… y Elsa por detrás.

Mi novia nos descubrió a los dos a la vez: al calvo que la acechaba a la puerta del baño, y a mí que la esperaba al principio del pasillo. La comunicación por los auriculares seguía reducida a un montón de chispazos de estática.

Elsa nos miró a ambos, sin decidir a cuál de los dos hacer caso.

Le hice una seña con la mano para que bajara, pero el tal Luis había sido más rápido que yo. Lanzándose sobre ella, le cortó el paso y la sujetó por un brazo. Luego la habló al oído.

Mi primer impulso fue el de echar a correr, pero Elsa me detuvo con un gesto de la mano. «Quédate ahí», me pareció entenderle.

Me detuve tan solo una fracción de segundo, pero lo suficiente como para que el calvo la insistiera al oído. Y Elsa, con gesto serio por primera vez en esa noche, se dejó arrastrar y se metió en el baño tras el calvo.

Un sudor frío me recorrió por entero.

¿Había caído Elsa?

«Tu novia no es como tú crees», la voz de Lauren repicaba en mi cerebro.

Y entonces eché a correr, pensando que iba a matar al calvo y a quien se me pusiera por delante.

Pero algo se me echó encima desde atrás y me detuvo a la mitad del pasillo.

*

Mientras subía la cuesta, un grupo de gorilas —los que había visto a la puerta del local—, me habían adelantado y uno de ellos se había plantado delante de mí. El resto entraba en el baño de los hombres en tropel.

—Lo siento, señor —me dijo el gigantón—. Estos baños van a estar cerrados por unos minutos. Puede dirigirse a los de las otras dos pistas.

—Pero… —balbuceé—. Es que mi novia está…

No llegué a terminar la frase.

—Van a ser solo unos minutos, señor —me cortó—. Si su novia está en el baño, enseguida saldrá. Puede esperarla a la salida.

Estaba desesperado.

Elsa se había metido en el baño con un tipo que no conocía de nada. Y no tenía ni idea de porqué. Aunque tampoco había mucho que adivinar. Lo que más me amargaba era que la muy zorra lo hubiera hecho delante de mí. Habíamos pactado unas reglas y en pocas horas había incumplido un montón de ellas.

Y ni siquiera podía mostrar la furia que me quemaba por dentro.

Si me dejaba llevar por la ira, aquellos tipos de dos metros me iban a sacar de la discoteca a bofetadas. Y mi ruina sería total.

La impotencia me mataba.

Y como un perrillo apaleado me volví hacia la mesa.

Apuré los minis de champán pero solo conseguí arrancarles unas gotas. Luego me senté a esperar. Me moría del pánico.

¿Qué estaría pasando en aquellos baños? ¿Para que habrían entrado los gorilas en el de hombres?

De pronto, cuando menos me lo esperaba, vi venir a Elsa a la carrera.

Miré el reloj de reojo. No habían pasado ni seis minutos desde que se había metido en el baño con el calvo. Con mi mente analítica estudié el asunto a toda velocidad. En seis minutos no había tiempo para mucho. Aunque para una mamada con prisas daba más que de sobra.

No me dio tiempo a darle muchas vueltas, sin embargo. Elsa llegó a mi lado, me agarró de un brazo y tiró de mí hacia la salida del local. En pocos segundos estábamos en la calle y pidiéndole el Volvo al aparcacoches.

Veía a Elsa nerviosa, casi desquiciada, aparte de medio congelada. La noche había refrescado y no era para estar a la intemperie con su vestido de putón.

Cuando nos metimos en el coche, sin embargo, todo cambió.

Apenas había recorrido cien metros cuando Elsa mudó su expresión de susto por otra de hilaridad y se echó a reír a carcajadas.

—Ja, ja, ja, ja….

Su risa me dejó de piedra.

—¿Qué te pasa? —le dije alucinado.

Pero ella reía y reía sin poder parar y no respondía.

Cuando consiguió respirar un segundo, me soltó algo ininteligible.

—Corre todo lo que puedas, que todavía nos pillan. Ahora te cuento…

Y yo cada vez lo entendía menos.

*

Cinco minutos tuve que esperar a que dejara de partirse de la risa. Cuando lo consiguió, me mostré enfadado.

—Me gustaría saber de qué coño te ríes —le dije con el morro torcido.

—Jo, Sergio… —replicó con lágrimas en los ojos, aún le quedaban ganas de reír—. Cuando te lo cuente tú también te vas a

partir.

—Sí, seguro… —la abronqué—. Pues venga, cuenta, que estoy deseando descojonarme.

Carraspeó un instante y se recompuso.

Luego me explicó lo sucedido, que no tenía desperdicio.

—Resulta que cuando he salido de hacer pis —comenzó— me he encontrado al calvo que me esperaba a la salida del baño…

—Sí, eso ya lo he visto —la interrumpí con malas pulgas—. Y yo te pedí que bajaras y has pasado de mí.

—Es que verás… —me acariciaba el brazo para engatusarme—. Mientras estaba en la barra, me ha contado que si quería me invitaba a fumar un porro. Y yo no le he dicho que sí… pero tampoco que no.

—¿Un porro? —me sorprendí—. ¿Desde cuándo fumas porros?

—Ay, hijo, pues desde la universidad. ¿Tú nunca has echado un peta después de un examen? Pues no sabes lo que relaja —respondió sin disimulos—. Lo que pasa es que hace tiempo que no los pruebo, ya sé que se empieza por un porro y se puede acabar mal. Pero cuando Luis me ha dicho que podía conseguirme uno, he pensado: «¿por qué no?»

No me había gustado la familiaridad que se tomaba con el puñetero calvo. Le había llamado «Luis» como si fuera un amigo de toda la vida.

—Total —prosiguió—. Que habíamos quedado que cuando saliera de hacer pis, el me pasaría uno, no los llevaba encima y tenía que ir a buscarlo.

—¿Y los tenía en el baño?

—Ja, ja, ja… —volvía a partirse de la risa—. Pues ahí está la gracia. Que los porros no eran suyos. El muy gilipollas se los había encontrado escondidos en la cisterna de un wáter, dentro de uno de los cubículos. Y no tenía ni idea de quién pudiera ser el dueño, imaginaba que un camello. Así que cuando me ha dicho que entrara con él al baño te he pedido que me esperaras un segundo.

—«Esperar», una mierda —me quejé—. Me has dicho que os dejara en paz.

—Venga, Sergio, no empieces con tus celos. ¿No pensarás que me iba a meter a follar con el calvo estando tú en la puerta? Tampoco estoy tan salida, jolines…

—Bueno, sigue —bajé mi tono de voz, poco a poco me iba relajando.

—Pues nada, entramos al baño, me señala el cubículo y nos metemos dentro. Y el tío va y cierra la puerta con pestillo.

—No me jodas… —resoplé.

—Nada, tranquilo —me cortó—. Yo le he levantado un dedo para advertirle que no se pasara ni un pelo, pero no me ha dado tiempo ni a hablar. Ha quitado la tapa de la cisterna y allí había de todo menos agua: ¡trozos de «chocolate» envueltos en papel de plata!, ¡porros ya liados!, ¡papel de liar!, ¡cerillas!, ¡de todo…! ¡Un puñetero arsenal…!

—¿Y de verdad no era suyo?

—Pues eso es lo que ha dicho, que no… Que sería de algún camello, que pilláramos lo que quisiéramos y que se jodiera el dueño por idiota. Total, que él se ha metido un montón de porros en el bolsillo y yo solo he querido pillar un par. Tampoco era cuestión de abusar…

Me los enseñó y volvió a reír.

—Para morirse contigo… —la amonesté en broma—. Ahora resulta que eres porreta y yo no me había enterado.

—Ya ves, hijo, es que tú eres demasiado serio… Me tenía que haber casado con Carlos… —dijo con una sonrisa pícara—. Pero la cosa no acaba ahí, espera —continuó.

—Ah, ¿no? —la miré de reojo y la vi llevarse el porro a la nariz y aspirar su aroma.

—Qué va… —respondió tras el reconocimiento olfativo—. Porque de pronto han entrado en tropel un montón de gorilas en el baño y han empezado a empujar las puertas de los cubículos y a echar a la gente que estaba dentro.

—Ah, sí, a esos ya les he visto, casi me atropellan.

Volvió a carcajear y reanudó su relato entre risas.

—Por lo que hablaban entre ellos, alguien les ha debido de chivar lo de los porros y han entrado a saco a buscarlos. Es un tema muy serio, no te creas, si pilla la poli lo que tenía el camello escondido, les pueden cerrar el local.

»Pero fíjate la situación. Nosotros en el cubículo dónde estaban los porros y con la puerta cerrada. Si entran y nos pillan, acabamos en comisaría. Así que, Luis, que debe de estar de vuelta de todo, se baja los pantalones y los calzoncillos, se menea la pollina, que entre tú y yo era una mierda, y me dice: «quítate algo de ropa y sal de aquí como espantada…». Ja, ja, ja…

Yo no le veía la gracia, pero me moría por escuchar el final.

—¿Para qué leches se la tenía que menear?

—¿Pues para qué va a ser? —me miró como se mira a un niño de teta—. Tenía que simular que estaba follándome, que no pareciera que estábamos allí por los porros. Y con la minina toda arrugada no iba a colar mucho que digamos…

La historia tenía su gracia. En otro contexto, yo también me estaría riendo, pero no quería concederle el honor por lo que me había hecho pasar.

—¿Y cómo acabó la cosa? —la animé a seguir.

—Pues nada, abrimos la puerta y echamos a correr, Luis con la polla morcillona dando saltitos sobre sus huevos y yo con los zapatos en la mano y los pantis a medio muslo… Ja, ja, ja…

«Joder —rezongaba para mí—. Esta mujer se está volviendo loca». Cabía la posibilidad —aunque lejana— de que alguien la hubiera reconocido. Y entonces el que quedaría como un cornudo idiota sería yo.

—Vamos, nene… —me puso una mano en el cuello y me acarició al ver que no me reía con ella—. ¿No te habrás enfadado? Yo solo quería darte una lección de ligoteo, aparte de medir tu nivel de celos. Pero veo que te lo has tomado fatal.

—Fatal, no, Elsa —protesté—. Mucho peor… Si al menos no hubieras quitado la voz de los auriculares, me habría enterado de algo y no hubiera estado tan acojonado sin saber lo que ocurría.

—Mi amorcito… —me arrimó los labios y me besó en una mejilla—. Te prometo que te compensaré. Vamos a casa y nos fumamos los porritos. Y luego… ¡¡fiesta!! ¿Qué te parece?

Respiré profundo.

Al menos ese no era un mal plan.

Tenerla solo para mí durante toda una noche, casi nada.

—Vale, fumemos y follemos… —respondí.

Me sobaba la entrepierna y ésta se alzaba como empujada por un muelle.

Con la mano libre jugaba con el porro como juega un niño a simular que fuma.

La niña rica

El sábado siguiente tocaba comida en casa de los padres de Elsa. Al estacionar en las plazas del parking que nos reservaba mi suegro en el garaje de su casa —aparcar en la calle por su zona era misión imposible— nos encontramos con una sorpresa inesperada. Tío Juan acababa de estacionar su Mercedes último modelo en la plaza contigua.

Eso significaba que era un invitado más ese día.

Mientras le daba la mano, le eché un piropo a su cochazo.

—Vaya buga, es nuevo, ¿no?

—Totalmente, y no veas cómo anda… —rió tras apretarme la mano con una fuerza increíble para su edad—. Si quieres darle una vuelta no tienes más que pedirlo.

Le devolví otra sonrisa y lo olvidé al instante. Ni loco iba a aceptar nada del hombre que se había tirado a mi novia cuando apenas era una cría.

Elsa, tras mi saludo, se acercó a su tío y le dio dos besos en las mejillas.

—Hola, tío Juan, te veo estupendo, cada día más joven.

—Tú sí que estás guapa, bellezón, qué suerte tiene este jovencito de dormir contigo cada noche.

Elsa sonrió pero a mí se me agrió el saludo. ¿Por qué coños tenía que hacer comentarios tan atrevidos el muy cerdo? La duda de si el viejo sabría que se había follado a su sobrina en aquel hotel de carretera, creyendo que se trataba de Nata, me producía dolor de estómago.

Subimos los tres en el ascensor —su mujer tenía reunión de amigas ese día y no le acompañaba— y nos encontramos con que

Alberto y Lucy ya habían llegado. Éste abrazó a su padre, mientras su novia le daba dos fríos besos de compromiso.

—Hola, papá… —saludó.

—Hola, hijo, ¿qué tal?

Yo alucinaba con la clarividencia de Lucy. Se alejaba del tipejo como si supiera de qué pie cojeaba. Incluso no me extrañaba que lo hubiera probado en propia carne. Más de una pulla le habría soltado el muy asqueroso. Eso, si no le había echado la mano también.

La comida se me hizo eterna. En la mesa había más tensión que otras veces. Elsa, en particular, se mostraba silenciosa. Los que más hablaban eran los dos viejos hermanos, y más sobre sus empresas que sobre temas familiares.

Alberto, de vez en cuando, le decía algo a mi novia al oído y ella sonreía. Eran mensajes cortos, no una conversación. Aun así, me fastidiaba que lo hiciera en privado y que nadie más pudiera escucharlos.

De buena gana le habría dicho que los demás también queríamos oír el chiste para reírnos todos juntos.

Pero el protocolo me obligaba a callar y tragar.

Acabada la comida, los padres de Elsa anunciaron que iban a pasar media hora a casa de los vecinos. Les habían invitado a probar un torrefacto nuevo, pero volverían enseguida.

—No te preocupes, tía —les animó Alberto—. Mientras, yo iré preparando el café para nosotros en tu súper cafetera.

Los ancianos hicieron mutis y Alberto, acompañado de Elsa, se levantó para dirigirse a la cocina.

—Enseguida venimos con los cafés —me aseguró mi novia con un piquito—. No tardamos.

No me gustó nada el detalle de que mi novia siguiera a su primo como un corderito. Pero aún menos que tío Juan se apuntara al bombardeo.

—Os acompaño— dijo levantándose—. Quiero ver de cerca esa cafetera que le regalé a mi cuñada por catálogo y que no tengo el gusto de haber visto en persona.

Como otras veces, nos habían dejado solos a Lucy y a mí.

*

Un tanto apocado, me levanté de la mesa y me dediqué a recorrer alguno de los retratos familiares que colgaban de la pared. Lucy, más extrovertida, se unió a mí y buscó conversación.

Estaba tan guapa o más que siempre, con aquellas minifaldas que mostraban más muslo del que cubrían, y con un vuelo que harían volverse hasta a las piedras a su paso.

—Otra vez nos han dejado solos, ¿eh? —dijo escrutando el rostro de uno de los cuadros, que recordaba enormemente a alguno de los hermanos Molinaseca.

—Ya ves, es nuestro sino.

—Te diré que a mí me da igual. Yo prefiero estar sola que mal acompañada. Contigo, al menos, me siento más tranquila.

—¿Te refieres a alguien en particular?

Carraspeó antes de responder.

—Por dios, Sergio, ¿pero no te has dado cuenta de cómo me mira mi futuro suegro?

Vaya, me dije, así que no me había equivocado en mi percepción. El viejo canalla miraba demasiado hasta a su nuera.

—Si es que no sé ni cómo poner las piernas para que no me las mire con esas… ganas… —prosiguió—. ¿No se lo has notado?

—La verdad es que no lo he notado, no… —respondí—. Pero es que tampoco me he fijado mucho.

—Pues fíjate y después me cuentas…

Me sentía algo pícaro y no pude contener el comentario.

—De todas formas, Lucy… —me aventuré a riesgo de que se enfadara—. Con esas faldas que te gusta vestir, las miradas de los hombres se te van detrás aunque no quieran.

Me miró sin enfado en la expresión. Al menos no la había ofendido.

—¿También la tuya? —preguntó muy seria.

Me puse colorado al instante, pero conseguí reponerme sobre la marcha.

—Ya sabes tú que no, solo te miro como la prima de Elsa, que es lo que eres.

—Bueno, en fin, que me mire un hombre como tú, tampoco me importa… —suspiró y un picorcillo me recorrió el bajo vientre—. Al fin y al cabo eres joven y guapo. Pero un viejo baboso como él, es que me causa repelús.

Volví a ponerme colorado por la alusión a mi belleza.

—No me extraña, es un viejo raro, ¿a qué sí?… —dije para redirigir la charla.

—Ya te digo. Además… —se cortó antes de terminar la frase y cambió ésta por una pregunta—. ¿Te puedo contar algo en confianza?

Tragué saliva. Las confianzas con Lucy me apetecían, incluso me halagaban, pero al mismo tiempo me ponían nervioso.

—Claro… —respondí con cautela.

—Los vestidos y las faldas tan cortas me las compra Alberto —confesó sin apenas respirar.

Me quedé petrificado.

—¿En serio?

—Totalmente…

—¿Y eso…?

—Ni idea… —replicó con un susurro—. Y no es que me importe, a mí me gusta lucir las piernas, que de sobra sé que son bonitas, ¿no te parece?

¡Joder! ¿Tenía que dar una respuesta a eso? Pues a ver cómo lo hacía sin pasarme ni quedarme corto.

—Pues sí, prima, muy bonitas… —tosí para no parecer el baboso en que me estaba convirtiendo según hablábamos.

—Gracias… —sonrió complacida—. Pues eso, te decía que a mí me gusta lucir las piernas con faldas cortas, pero es que hay ocasiones especiales en que Alberto se empeña en que las lleve… ¿Y a qué no sabes cuando insiste más?

—A saber…

—Cuando vamos a visitar a sus padres.

¡Jo-der! Esa sí que era una historia caliente. Y muy creíble. Conociendo la leyenda de padre e hijo, a buen seguro que el muy cerdo de Alberto le servía a su padre en bandeja las piernas de su chica para alegrarle la vista.

—Y, claro… —parecía que todavía no había acabado la historia —, como ya sé de qué va el rollo, me tengo que andar tapando como puedo.

Me empalmaba sin remedio.

¿Por qué me contaba Lucy aquellas intimidades?

No había forma de evitarlo. Comer en aquella casa, dejarnos solos a Lucy y a mí, y acabar empalmado como un adolescente, era todo uno.

*

Afortunadamente, la novia de Alberto cambió de tercio. Echó un vistazo a su reloj de pulsera y luego soltó con gesto de fastidio:

—Pero bueno, cuánto tardan estos, ¿no? No se les habrá roto la cafetera de nuevo…

El comentario despertó mi desconfianza. Que Elsa se hubiera atrincherado en la cocina con su primo y su tío me hacía poca gracia. Pero que tardaran tanto en preparar los cafés era más que preocupante.

—Pues yo me meo… —añadió la chica a la que había denominado «sin filtros» por la claridad con la que hablaba—. Me voy a buscar un baño, el primero que encuentre. Al fin y al cabo en esta casa hay ocho o diez, alguno habrá disponible.

Y se echó a reír.

—Alguno habrá, seguro… —respondí con una sonrisa de educada correspondencia—, yo me quedo por aquí vigilando el fuerte.

Minutos después seguía sin aparecer nadie, y el silencio de la casa se me caía encima como una losa de cien kilos. El segundero avanzaba y las noticias de los cafés seguían sin llegar.

Al cabo, más que mosqueado, decidí dirigirme a la cocina.

Sorteé todos los obstáculos —el camino hacia aquella estancia de la casa era largo y había varias formas de hacerlo— y empujé una de las puertas abatibles con ojo de buey de las que disponía la cocina.

Pero estaba tan vacía como el salón del que venía.

Los nervios de mi estómago, hasta ahora retenidos, comenzaban a desatarse.

Volví a toda prisa al salón y lo que me encontré fue otra sorpresa. Las dos bandejas habituales con todos los utensilios para el café se encontraban sobre la mesa, pero alrededor de ella no había nadie.

¡Joder! Pero qué tipo de juego se traían conmigo. Supuse que me habría cruzado con ellos en el galimatías que era aquel enorme ático.

Los nervios del estómago ahora quemaban.

«¿Dónde coños se ha metido todo el mundo?», me pregunté cabreado.

Sin esperarlo, los visillos de una de las puertas de la terraza bailaron por la brisa y llamaron mi atención. Me fui hacia ellos y asomé la cabeza al exterior. Y allí encontré a Elsa.

No estaba sola, por supuesto.

Mi novia y su tío hablaban uno al lado del otro muy animados. Y muy «arrimados». «¿Qué pasa? ¿Tan sordo está tu tío para tener que acercarte tanto a él?», le dije con el pensamiento. Además, algo muy gracioso debían de estar compartiendo porque reían a carcajadas. Recordé la historia del calvo y los porros. Probablemente se la estaba relatando.

No entendía las confianzas tan estrechas entre los miembros de aquella familia. Pero observar a Elsa tan «unida» al tipejo que la

había follado sin descanso durante cuatro horas no me inspiraba mucha tranquilidad.

Salí a la terraza y caminé hacia su posición, junto a la barandilla que daba al paseo de la Castellana.

En cuanto me vieron llegar, se callaron como estatuas. Los gestos sonrientes de unos segundos antes, además, habían mudado a expresiones neutras.

«*¡Suputamadre!* —blasfemé para mí—. Y encima secretitos, no te jode.»

Sin decir nada, Elsa me cogió de un brazo —del otro llevaba a su tío— y nos empujó a los dos hacia el salón. Mientras yo cerraba la puerta de la terraza, Alberto y su novia aparecían desde el pasillo que comunicaba con las habitaciones. Lucy iba algo despeinada y lucía una amplia sonrisa.

Por la expresión de los dos se adivinaba el polvo que acababan de echar.

«Puto Alberto —me dije mosqueado—. ¿Es que Elsa se la ha puesto gorda y ha tenido que vaciar los huevos con su novia?»

Por fortuna, el resto de la sobremesa acabó pronto y cada uno se fue por su lado.

*

En el coche, camino de un cine, saqué la conversación que me quemaba por dentro.

—Se te ve muy unida a tu familia —le dije intentando que no se notara el retintín.

—Sí, en mi casa siempre ha sido así —respondió—. Desde que éramos niños y la familia era más grande. Ya sabes… primos segundos y toda la parafernalia. A veces nos juntábamos cincuenta o más.

—Los que se juntan los veranos en el chalet, ¿no?

—Sí, algo así.

No me importaba un pimiento el resto de los familiares. Y lo mucho que se quisieran entre ellos. En realidad era solo uno el que me traía por la calle de la amargura: su primo Alberto. Y ahora se añadía su padre, tío Juan.

—¿Sigues sin tener claro si tu tío se dio cuenta de que no se estaba follando a Nata, sino que te lo hacía a ti?

—Ostras, Sergio… —se enfurruñó—. ¿A qué viene eso ahora?

—No, a nada… —respondí simulando desinterés—. ¿No quieres responder?

Resopló de mala gana.

—A ver… Ya te he dicho que no lo sé… Y no esperarás que se lo pregunte… Pero, ¿qué se te pasa por esa cabecita? —me dio un par de capones suaves—. ¿Te pone celoso hasta mi tío?

—¿Celoso? ¿Tú tío? —devolví la pregunta con chulería—. Ni de coña… —y luego añadí—: Pero me gustaría que escuchases las cosas que comenta Lucy de él. Así ya no me llamarías celoso…

La había cagado al mencionar a la bicha.

—Vaya, ya salió… —me miró con malos humos—. Seguro que esa boba te ha ido con uno de sus chismes. Que seguro que se lo habrá inventado. Es que, mira, no la aguanto… Esa chica está loca y no sé cómo Alberto no la manda a paseo.

Me molestaba observar tanta inquina hacia la única persona que me caía bien de las comidas de los sábados. Pero preferí callar, no fuera que me echara en cara que la hacía demasiado caso.

Pensé ir por otro camino, sin embargo, para defenderla.

—Pues tú verás… Si su novio no la manda a paseo será porque estará enamorado de ella, imagino… Antes de tomar café le ha dado candela en algún baño de la casa, digo yo que la chavala le pondrá…

—Sí, porque está enamorado… —soltó irónica sin dejarme terminar—. Y porque es la heredera de una fortuna que dobla la de mi padre y mi tío juntos, no te fastidia…

Ahora sí que me quedé obnubilado.

—¿Qué me dices…? —pregunté casi sin habla.

—Pues sí, Sergio, que lo sepas.

Según entraba en el aparcamiento de *Kinépolis* le daba vueltas a lo que Elsa acababa de decir.

Y la creía a pies juntillas.

Ahora lo entendía.

El puto Alberto se follaba todo lo que se movía, y si se mantenía al lado de Lucy era solo por el dinero de su familia. Algo normal entre gentes de su clase, supuse. Pobre Lucy, estaba seguro de que ella no sospechaba nada y que amaba a su novio de verdad.

Al menos sabía que no era fingida la zozobra que traía cuando vino a verme al trabajo para contarme que llevaba días separada de su novio. Y que había creído estar embarazada.

Aparte de haber visto su sonrisa de felicidad el día que anunciaron que Alberto y ella se habían prometido.

Para mí estaba claro: Lucy era un alma buena, tan buena que la manejaban a su antojo. Y el cabronazo de Alberto un malnacido.

De buena gana le habría dicho cuatro verdades.

Primeras experiencias (II)

El comienzo de lo que Elsa había dado en llamar «las prácticas» no se hizo esperar. Parecía tener prisa por comenzar mi «entrenamiento» y así echar a andar nuestra condición de pareja abierta.

Tal vez era porque se encontraba caliente y con necesidad de que la echaran un buen polvo. No uno de esos polvos de los sábados en nuestra cama, sino algo más… ¿cómo decirlo?... más de todo: más morboso, más violento, más empotrador… y vete a saber que otras barbaridades añadidas que no podía ni imaginar.

«Tu novia sabe hacer cosas que no había visto en mi vida», había afirmado Loren, y a veces me daba por pensar qué habría de cierto en sus palabras, sabiendo que Elsa sostenía que mi examigo mentía en la mayoría de sus acusaciones.

Cuanto más lo pensaba, más me daba cuenta de lo poco que conocía las tendencias sexuales de mi novia.

A pesar de los años que llevábamos juntos.

Aquella mañana, Elsa me había llamado desde su oficina. Necesitaba mi DNI para unos trámites en el banco, al que iba a acudir poco después.

—Me paso por tu bufete y lo recojo —me dijo—. En la comida nos vemos y te lo devuelvo.

Y así lo hicimos.

Cuando Elsa entró en mi despacho, serían sobre las doce. Sonia —mi secretaria— se encontraba sentada en mi sillón y yo de pie a su lado e inclinado sobre ella. Estaba trabajando en un formulario para el que le había pedido apoyo en la pantalla del PC, y ella no solo me ayudaba a rellenarlo, sino que me daba una clase práctica para cuando necesitara hacerlo por mí mismo.

La sonrisa de mi novia al vernos tan «juntitos», como diría un par de horas después, le llegaba de oreja a oreja.

—Seguid a lo vuestro… —dijo tomando el DNI que le había dejado sobre la mesa para cuando llegara—. Yo cojo esto y ya me voy. Nos vemos en la comida —dijo con un guiño antes de girarse sobre los tacones y desaparecer como había venido.

Sonia y yo nos miramos perplejos y luego volvimos al formulario. La expresión de nuestros rostros mostraba idéntico estupor, pero ninguno dijo nada.

En los labios de mi secretaria se había pintado una sonrisa y parecía contenerse para no lanzar una carcajada. El comentario de Elsa había sido pícaro a todas luces.

*

Dos horas más tarde, Elsa y yo nos sentábamos a la mesa en un restaurante cercano. Habíamos preferido comer en algún sitio fuera del edificio donde trabajábamos para cambiar de menú. Comer cada día algo parecido terminaba por aburrir.

Ya estábamos con el primer plato, cuando se lanzó a la carga.

—Tienes una secretaria muy exuberante, ¿no?

La miré intrigado. No tenía claro por dónde venían los tiros, pero me hacía una idea. De celos no podía tratarse, eso seguro, acabábamos de firmar un acuerdo para abrir la pareja, y era imposible que se mosqueara a la mínima ocasión.

—Sí, es un cielo… y muy eficiente… —respondí sin tener que meditar la respuesta, ya que era la pura verdad.

—Sí, un cielo… con dos buenas tetas… —sonrió con malicia.

—Por dios, Elsa… no me fastidies —me defendí—. A ver si te piensas que me voy fijando en las tetas de todas mis compañeras de trabajo.

Su carcajada llamó no solo mi atención, sino la de las mesas contiguas.

—Venga, cari, no disimules… que te he visto cómo se las mirabas por encima del escote… —mostraba sus bonitos dientes mientras masticaba la lechuga de su ensalada al tiempo que sonreía —. Que la chica, otra cosa no, pero escote lleva un rato. ¿Siempre viste así de descocada?

—Me estás vacilando… —afirmé, más que pregunté.

—Que no, que no… que a Sonia la tengo muy calada… que es de las que les gusta que las miren —continuó sin dejar de sonreír y yo me maravillé de su desvergüenza. ¿No era que la miraran lo que buscaba cuando se ponía el vestido de putón?—. Pero que no me importa, ¿eh? Que si tiene buenos melones, por mí no te cortes… Además…

—Además, ¿qué? —pregunté más bien acongojado. Lo de la pareja abierta no terminaba de entrarme. Si consistía en hacer cosas que el otro le echaría en cara cuando menos se lo esperaba, no era lo que yo creía. Tenía razón Elsa sobre que necesitaba entrenamiento. Y cuando me esperaba una reprimenda por haberle mirado las tetas a Sonia —que en parte era cierto—, me encontré justo lo contrario.

—Pues que creo que puede ser una buena oportunidad para que empieces a practicar —soltó sin rodeos—. Sonia sería un buen campo de pruebas.

—No fastidies, amor —respondí tragando saliva—. No te referirás a…

—Pues claro, cari… —me dio dos golpecitos en la mano—. Deberías meterle ficha para ver qué sacas… Sería una práctica perfecta. Y un buen cliché: «El ejecutivo con su secretaria…» —hizo un gesto de comillas con los dedos al decirlo—. Sí, me gusta cómo suena…

La miré alucinado. No terminaba de creer que hablara en serio. Aunque, a decir verdad, es lo que habíamos acordado. Yo tendría que comenzar a ligar lo antes posible. Llevarme a otras mujeres a la cama para que nuestra relación con terceros fuera homogénea, ya que ella se iba a tirar a muchos en cuanto se pusiera a ello. Si no lo

hacía así, jamás llegaría a ser un novio o un marido «liberal» con todas las de la ley.

Aunque a mi parecer había un detalle que fallaba en su planteamiento.

—¿Pero no dijimos que hacerlo con compañeros del trabajo eran una línea roja que no debíamos traspasar?

—Bueno… —respondió colocándose un mechón rebelde por detrás de la oreja—. Pero en este caso podemos hacer una excepción. Sería solo un lunar en nuestro contrato. Además, si estamos los dos de acuerdo, ¿qué problema hay?

Seguía sin gustarme el asunto.

—No sé, no lo veo claro, amor… Además, Sonia está casada y le va bien con su marido. Ni de coña va a aceptar así por las buenas acostarse conmigo.

Sonrió abiertamente.

—Tranquilo, cari, si tampoco te estoy diciendo que te la tires… —Su sonrisa era lobuna. Se la veía decidida a convencerme de que diera mi primer paso en la nueva etapa de nuestra relación.

—Ah, ¿no? —Ahora sí que no la entendía. Si no hablaba de eso, ¿de qué coño hablaba?

No tardaría en comprenderlo.

—Para empezar se trataría de algo sencillo —Su sonrisa, cada vez más amplia, no me deparaba nada bueno—. Mira, con que consigas que te regale sus bragas, daría la prueba por cumplida… y con sobresaliente.

—¿Sus… bragas…? —me atraganté.

—Sí, sus bragas… —aclaró—. Pero no unas bragas lavadas y planchadas, ni hablar. Eso no tendría emoción. Tendrían que ser las que lleva puestas, calentitas y aromáticas, como os gustan a los chicos.

Su nueva carcajada volvió a volcar la atención de las mesas contiguas sobre nosotros.

—Joder… —suspiré—. ¿Hablas en serio?

—Completamente.

—Y… ¿si me niego?

—Lo siento, no puedes negarte…

—Vale, no me niego… —intenté negociar—. ¿Pero qué pasa si lo intento y no lo consigo?

Lo pensó un instante antes de responder.

—En fin, si no lo consigues no pasaría nada… —volvía su sonrisa pícara—. Pero si lo haces, tendrías un premio.

Había hecho con dos dedos el símbolo de un círculo y había introducido otro dedo dentro. Mi entrepierna dio un respingo.

—¿Y qué premio sería? —pregunté con la esperanza de que fuera lo que parecía.

—Pues lo que imaginas, por supuesto —acercó su rostro al mío y bajó el volumen—. El premio por las bragas será lo siguiente: lo primero, mandaré a la mierda al amigo con el que he quedado este viernes.

—¿Has quedado con un amigo?

—Sssí… —confirmó arrastrando la «s»—. Pero le diré que me ha bajado la regla y que me duele la cabeza.

Me gustó la idea, aunque, ¿por qué no me había dicho antes que había quedado con alguien? Habíamos estado de acuerdo en que salir con amigos sin mantener sexo estaba permitido desde el principio, pero al menos le habría agradecido un aviso.

—¿Por qué no me lo has dicho? —la amonesté, aunque sin acritud.

—Te lo estoy diciendo ahora. Y he quedado para el viernes, me parece suficiente antelación, ¿no?

Era lo que me había imaginado. El agujero negro del «amigo» por el que cabían un roto y un descosido.

—Está bien —me vi obligado a admitir con un suspiro—. ¿Y qué es lo segundo?

Me tomó de una mano para comunicarme su gran «regalo»:

—Te concederé la noche de sexo más larga que puedas recordar —explicó—. Y jugaremos con mis «amiguitos», esos que me consiguió Loren. ¿Qué te parece?

¿Que qué me parecía?

Estaba tan empalmado que mi pantalón amenazaba con romperse.

No podía decirle que no, por supuesto.

—Me gusta la propuesta… —acepté—. Aunque no tengo ni idea de cómo le voy a sacar las bragas a Sonia.

Se recostó sobre el respaldo de su silla y luego respondió con suficiencia.

—Eso es cosa tuya… —dijo—. Pero date prisa que hoy es martes, solo tienes tres días y medio para conseguirlas. Si no, le diré a mi amigo que todo Ok, que nos vemos el viernes.

Tragué saliva, que más bien me supo a alquitrán.

Tenía que conseguir aquellas bragas como fuera.

Aquel amigo se iba a quedar a dos velas, por mis cojones que se quedaría.

*

La tarde del martes me la pasé vigilando a Sonia a través de la pared de cristal del despacho. Habitualmente dejaba las lamas del estor abiertas, a no ser que mantuviera una reunión privada. Así es como estaban ahora, y a través de ellas la miraba trabajar en su ordenador, hablar por teléfono o charlar con las visitas.

Por supuesto, en lo que más me fijaba ese día era en la parte inferior de su anatomía. Sonia era muy de faldas. De faldas que se subían mucho al sentarse. Y sus piernas estaban de muy buen ver. No tan espléndidas como las de Lucy —tenía que admitir— pero más que deseables. Y las bragas me las dejaba a la vista en más de una ocasión.

Sabía que no lo hacía aposta, pero el resultado era el mismo.

Como era de esperar, ese día no conseguí encontrar una excusa para entrarle y pedirle semejante regalo. No era tan fácil como decirle: dame tus bragas, morena, que me muero por echarle un polvo a mi novia como premio.

El miércoles pasó algo parecido. Todo el día vigilándola y barajando las potenciales excusas que se me ocurrían —todas peregrinas hasta el extremo— y volviendo a casa sin la dichosa prenda.

—¿Cómo va la operación «bragas»? —me preguntaba Elsa mientras cenábamos.

Y yo le respondía lo mismo cada vez: «Estoy en ello».

El jueves por la mañana tuve una revelación y me puse a la faena. Fue al saltarme una ventana de *spam* en el explorador de Internet. Se trataba de un anuncio de *Victoria's Secret*. Le di varias vueltas a la idea original y a mediodía ya tenía madurado un pretexto. Tras la comida, seguí rumiando el asunto para dejarlo pulido hasta última hora de la tarde, momento en el cual atacaría.

Y en mi mente, al menos, no sonaba tan mal.

Sobre las seis y media, cuando la oficina ya empezaba a vaciarse, llamé a Sonia al despacho con una burda excusa de trabajo. Las lamas del estor las había cerrado por la mediodía, mientras ella salía a comer. Ni por asomo quería que nos vieran desde el exterior, pero tampoco que ella sospechara que había preparado el escenario a propósito.

Cuando mi secretaria entró en el despacho, le comenté unos asuntos que necesitaba que me tramitara y, cuando se levantaba de la silla para marcharse, la detuve.

—Una cosa, Sonia… —dije carraspeando.

—¿Sí…? —respondió girándose sobre los tacones.

Tragué saliva. Me la estaba jugando, pero con tal de alejar a Elsa de su amiguito, haría lo que fuera.

—Es que… —comencé titubeante—. Quería pedirte un favor. No es de trabajo, sino algo personal.

Dio Sonia un paso hacia adelante, confiada.

—Tú dirás…

—Verás… —la expliqué siguiendo el guion que había preparado —. El sábado Elsa y yo celebramos el aniversario del día en que nos conocimos.

Se trataba de una solemne mentira, estábamos en primavera y mi chica y yo nos habíamos conocido en pleno enero.

—Y quería comprarle algo de… lencería —concluí.

—Una buena elección —confirmó mi secretaria—. ¿Y has pensado en qué le vas a comprar?

Esta pregunta me supo a gloria, me lo había dejado a huevo para seguir metiendo ficha.

—Pues es ahí donde te necesito… para que me ayudes a elegir algo —dije como introducción, y luego apostillé—: Ya sé que tú tienes muy buen gusto para la ropa interior, por eso te pido este favor…

Ya estaba, había soltado la primera parte de mi anzuelo. Tocaba ver si picaba el pez antes de tirar del sedal.

Sonrió Sonia de una forma indefinida y luego se interesó por mi comentario:

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo, y supe lo que venía a continuación—. ¿Cómo es que sabes que tengo buen gusto para la ropa interior? Como lo indica la palabra, se trata de ropa «íntima», y por eso no está a la vista.

Ahora su sonrisa era franca y algo pícara. Había conseguido que no se enfadara, lo que ya era un gran logro.

Pero la respuesta a su pregunta llevaba alguna enjundia. Había pensado en ella largo rato. Podía decirle, por ejemplo, que alguna otra compañera me lo había comentado. Pero ella preguntaría el nombre de la «cotilla», y la cosa se iría enredando sin saber dónde acabaría.

Así que solo había un camino:

—En fin, Sonia… espero que no te enfades… —preparé el párrafo que venía a continuación.

Inclinó la cabeza, como animándome a seguir, mantenía la boca abierta con expresión de asombro.

—Tú te sientas al otro lado de ese ventanal —proseguí carraspeando, al tiempo que señalaba el muro de cristal—. Y… bueno… tus faldas no son demasiado largas…

Sonia soltó una carcajada. Era otra buena señal.

—¡No me fastidies que me miras las bragas mientras trabajo!

Respondí a su risa con otra similar y simulé un sonrojo que en realidad no necesitaba fingir, ya que estaba traspasado por la vergüenza.

Pero no había vuelta atrás, así que tomé aire y seguí con el guion.

—¡No, por dios! —me excusé—. Por supuesto que no me paso el día mirándote, pero es que a veces, sin querer…

—Vamos, que se me ve todo… —concluyó poniéndose los papeles que llevaba sobre el regazo, a modo de escudo.

Sonreí con un suspiro, Sonia me estaba siguiendo el rollo en lugar de montarme un jaleo. ¡Era genial!

—Todo, no, mujer… pero mucho… sí, eso lo reconozco… —dije y luego añadí antes de que replicara—: Y debo decirte que tus bragas son de muy buen gusto.

Nueva risa de ella y otro suspiro de alivio por mi parte.

—Vaya, gracias, Sergio, nunca esperaba que me hicieran semejante piropo… ja, ja, ja… Así que te gustan mis bragas, ¿eh?

Me frotaba las manos mentalmente, aquello iba viento en popa.

Aunque todavía quedaba lo más difícil.

*

Tenía que reconocer que el jugueteo con Sonia —una mujer de treinta y bastantes, pero más que atractiva—, era de lo más excitante. Al final, iba a tener que darle la razón a Elsa en que aquello de que ligar por libre podía ser muy divertido.

Mi erección no podía ser mayor —y más evidente—, así que me veía obligado a mantenerme tras la mesa del escritorio para que Sonia no lo notase. Y mejor así, si me acercaba a ella podría haberla espantado creyendo que buscaba algo más que hablar de su ropa íntima.

—¿Qué te voy a decir? —continué con mi guion—. Claro que me gustan. Y es por eso que me he decidido a pedirte ayuda.

Al ver que la cosa se alargaba, acabó por sentarse, pero se cruzó de piernas por si la volvía a mirar.

—¿Qué necesitas saber? —preguntó dejando sobre mi mesa los documentos que antes resguardaban su anatomía.

—No sé… —me sinceré—. Cualquier dato que me permita pedirlas cuando vaya a comprarlas a la tienda.

—Ah, ya entiendo… —dijo mirándose al escote—. Lo que pasa es que no te creas que me conozco las marcas o los modelos. Yo voy a la tienda y elijo lo que me gusta. Incluso hay veces que me regalan.

—¿Tu marido?

—Oh, no… él no —soltó una crítica como si estuviéramos entre amigos, cuando en realidad llevaba escaso tiempo siendo mi asistente—. Mi marido es un soso y no me regala cosas así. No como tú, que quieres ver guapa a tu chica y te tomas la molestia.

Joder, me decía, al final hasta voy a quedar de novio detallista.

Tenía que sujetarme la mandíbula para no echarme a reír.

—Espera que miro lo que llevo hoy puesto, por ejemplo —prosiguió desabrochándose un par de botones de la blusa y agrandando el escote.

Tuve que darle la razón a Elsa sobre que mi secretaria tenía dos buenos melones. Y muy tiesitos, a pesar de la edad.

Durante unos segundos se dedicó a buscar algo en las costuras del sujetador, supuse que una etiqueta. Y yo me empalmaba más y más sin poder remediarlo.

Pero la cosa no iba bien. Yo necesitaba las bragas, no el sujetador. Me temía que Elsa no se iba a conformar con que le llevara un sostén, por muy talla especial que fuera.

Afortunadamente, no encontró etiqueta alguna en la prenda superior.

—Nada, que pena… —dijo—. No hay etiqueta, qué fastidio. Y el sujetador va a juego con las braguitas, hubiera sido suficiente con encontrarla en él.

Y entonces decidí tirarme a la piscina. Si me estrellaba, al menos lo habría intentado.

—Y… ¿podrías mirar en las braguitas? —pregunté con le rubor de las mejillas abrasándome—. A lo mejor en ellas encuentras algo.

Sonia sonrió pícaramente, pero no dijo que no.

Se puso en pie y de tres pasos se acercó a la puerta, cerrándola con pestillo. A continuación me dio la espalda y se levantó la falda, que sujetó entre la barbilla y el pecho. Con las dos manos estuvo revisando en la costurilla y llegó a la misma conclusión.

—Nada, tampoco… —dijo con expresión de pesadumbre, dejando caer la falda y girándose hacia mí.

—Qué pena… —afirmé.

Me encontraba en una encrucijada.

En ese momento, continuar con el juego era entrar en arenas movedizas. Pero llegados a este punto no podía dar un paso atrás. Ni siquiera para coger carrerilla.

Así que me desvergoncé del todo:

—¿Y no te importaría dejarme vértelas? —le dije con la cara tan dura como el cemento armado—. Es por hacerme a la idea de si es lo que estoy buscando.

Sonia se echó a reír de nuevo, pero tampoco dijo que «no».

—Ja, ja, ja… —rió y se puso colorada—. Jo, Sergio, no te voy a engañar, me da un poco de corte…

—Por dios, mujer… —insistí—. Si estamos entre amigos… y nadie nos ve.

Lo pensó un instante mordiéndose el labio.

Luego se decidió.

—Vale, pero solo tres segundos. Ni uno más, de verdad…

Se recogió la falda con las manos y se la levantó hasta la cintura. Al mismo tiempo comenzó a contar.

—Uno…

No me lo podía creer. Tenía a mi secretaria —una madurita que estaba como un queso— con la falda levantada delante de mí, dentro de un despacho con pestillo y sin que nadie pudiera vernos. Si aquello no era el guion de una película porno, no sabía que otra cosa podría ser.

—Dos…

Mi erección, por otro lado, amenazaba con estallar. Si Sonia conseguía pulsar el clic que parecía que alcanzaría de un momento a otro, iba a terminar corriéndome en los pantalones.

Menudo papelón, me dije. Si lo hacía y Sonia lo detectaba, no iba a hablarme en la vida. Eso si no pedía el cambio de departamento.

—Tres…

Antes de que la falda cayera a plomo, me dio tiempo a admirar la textura y el color de sus bragas. Se trataba de una prenda de encaje de color negro. Y a decir verdad, muy sensual. Me recordaba a las que solía usar Elsa cuando se vestía de putón.

Las piernas de la mujer, por otro lado, demandaban ser lamidas desde la punta de los pies. Y sin necesidad de quitarle las medias —abiertas—, de un color piel transparente y que se la pondrían dura hasta a un muerto.

Cuando el telón cayó, Sonia hizo la pregunta de rigor.

—¿Te han gustado?

Me faltaba el aire. Necesitaba resoplar para sujetar el orgasmo. Pero conseguí responder de forma neutra, como solía hacer cuando negociaba con un cliente.

—Sí, mucho… ¡Gracias!

Decía la verdad y me sentía flotar. Me había puesto cachondo la muy guarra. Empezaba a pensar que tenía por secretaria a otra de esas mujeres que se las dan de puritanas hasta que encuentran a un tío que las remueve por dentro. Y ese tío ahora era yo.

«Mi marido es un soso…», había dicho. Y era posible que en esos momentos viera en mí un hombre mucho más interesante que su consorte, incluso un empotrador malote. Ese tipo de tíos que vuelven locas a las mujeres.

Pero volviendo a la realidad, aparte de estar pasándomelo genial, la cosa no marchaba tan bien. Estaba muy lejos de conseguir mi objetivo

Hasta que ella me echó un capote sin saberlo:

—¿Quieres que me ponga otras mañana y te las enseño? —preguntó y sentí cómo la punta de mi polla babeaba—. Si te parece, busco algunas que tengan etiqueta para que puedas tomar nota.

—Cla-claro… —respondí apretando los dientes para retener el semen y no ponerme perdido.

—Vale, pues mañana las traigo… —dijo y se volvió hacia la puerta—. Y ahora me voy que he quedado con mi marido. Tenemos que ir al súper.

—Por supuesto… —dije, y luego añadí, lo más amigablemente que pude—: Y dale recuerdos a tu chico.

—De tu parte.

Sonia abrió el pestillo de la puerta y, cuando ya iba a salir, se giró hacia mí. Por muy poco no llegó a observar el movimiento que hacía con una mano para recolocarme el miembro dentro del pantalón.

—Una cosa… —dijo y la miré con ojos de carnero degollado—. ¿Qué color te apetece que me ponga? ¿O te da igual?

Sin saberlo, Sonia había presionado el «clic».

Mi polla no soportó la tensión y comenzó a escupir sin remedio. Acababa de liarla, pero no podía hacer nada, excepto permanecer sentado tras el escritorio.

—Bueno, no sé… —respondí disimulando las sacudidas del orgasmo—. Quizá algún color «provocador» —hice el signo de las comillas con los dedos—. Rojo, tal vez, si es que tienes…

—Sí, rojas tengo… —respondió sin ningún rubor. Parecía que aquel juego le estaba gustando incluso más que a mí—. Lo que no sé es si tendrán etiqueta o no.

—Bueno, lo que tú decidas me parecerá bien.

Esperé a verla desaparecer de mi despacho y de su escritorio y salí corriendo hacia el baño. Allí me limpié la corrida como pude, consiguiendo que no traspasara al pantalón.

A pesar de todo, me sentía henchido de orgullo. Hacía tiempo que no lo pasaba tan bien tonteando. Aquello no era un ligue, pero lo parecía. Ni el sexo con la hijastra de Loren se le podía comparar en la intensidad del morbo. Manejar a una criatura, obligada además, no era lo mismo que entrarle a una mujer adulta y ver cómo tus fichas van obteniendo el premio paso a paso.

Otra sesión como aquella e iba a terminar pidiéndole que me la mamara bajo la mesa.

*

Aquella noche, ante la pregunta diaria de Elsa, me apeteció vacilarla, aunque sin dar detalles.

—¿Que cómo va la cosa? —le dije poniendo gesto de suficiencia—. Pues solo te diré que a tu amigo le vayas anunciando que se busque la vida, porque ya intuyes un fuerte dolor de cabeza para el viernes.

—¿Tanto? —sonrió y no supe si se sentía feliz por mis noticias o si se arrepentía de haberme ofrecido un premio que la hiciera perder una cita.

El viernes por la mañana, Sonia me hizo un guiño cuando pasé por su escritorio. Yo llegaba de visitar a unos clientes a la hora de comer.

—He traído lo que quedamos —me dijo—. Después de comer te lo enseño.

Mi erección ganó centímetros. Había dicho «te lo enseño», y no «lo hablamos» o «te cuento». Aunque podía ser que Sonia se hubiera limitado a hacerle una foto a su ropa íntima y que fuera eso lo que me iba a mostrar.

Habría que ver en su momento.

Me moría de las ganas de descifrar el misterio.

La tarde se mostró agitada, varias reuniones me mantuvieron ocupado hasta eso de las cinco. Los nervios me carcomían. Sonia no era de las que tiraban el lápiz los viernes a las tres, pero nunca se sabía si ese día llevaba prisa.

Por suerte —o porque ella también lo deseaba—, en cuanto supo que las reuniones del día se habían acabado, se coló en mi despacho y cerró la puerta con pestillo.

—Bueno, a ver… —dijo acercándose a mi mesa—. Espero haber acertado con lo que me he puesto hoy…

Me quedé muy quieto. ¿Había dicho «me he puesto»? Eso significaba que el asunto no iba de fotos. Mi entrepierna despertó y no me atreví ni a respirar hasta ver qué pasaba.

Miró hacia todas partes para asegurarse de que nadie nos observaba, cosa imposible a todas luces, y luego se descaró.

—Venga, cuento de nuevo hasta tres… —dijo y sin mayor preámbulo se subió la falda hasta la cadera.

—Uno… dos… y tres…

Lo que vi me dejó obnubilado. Se trataba de unas bragas color fucsia. De encaje, por supuesto. Y a Sonia le quedaban como hechas a medida. Las medias, además, iban a juego y el conjunto era demoledor. Si no salté y se las arranqué con los dientes era porque

no tocaba. Estábamos hablando de intimidades «entre amigos», no de follar como adolescentes salidos.

Cuando la falda cayó, mi mandíbula se había descolgado por completo. Una babilla se me escurría por la comisura de los labios.

—¡Jo-der…! —dije sin poder contenerme.

Sonia soltó una carcajada, vanidosa.

—Te han gustado, ¿eh? —preguntó dando un saltito como una niña a la que acaban de regalarle un caramelo.

—Mucho, Sonia… Más que eso, me han encantado… —le dije y no mentía. Aunque quería más y no podía callármelo—. Pero, chica, en tres segundos no me ha dado tiempo a hacerme una idea… —hablaba despacio, con cautela, temía que pudiera espantarla si me mostraba como un baboso—. ¿Podrías volver a enseñármelas?

Noté como tragaba saliva. Si yo iba cachondo, ella no lo iba menos.

—¿Más? —dijo agobiada—. Bueno, te las enseño otra vez, pero míralas rápido que me da mucha vergüenza.

—Por supuesto, mujer, pero no cuentes esta vez, que yo te aviso cuando haya visto los detalles.

—Va-vale… —respondió ella traspasada por el rubor, y después se levantó la falda para dejarme mirarla.

Mi polla volvía a estar tan dura como el día anterior.

O quizás el doble.

Le miraba la entrepierna y lo que me pedía el cuerpo era sacármela y hacerme una paja hasta ponerle las bragas perdidas.

Tuve que apretar los dientes para no saltar sobre ella.

—El problema —apuntaba sin bajarse la falda, a pesar de que debía de llevar casi un minuto con ella levantada— es que tampoco tienen etiqueta. Es que a veces se la quito porque me araña la piel, ya sabes… Pero es que me parecían tan bonitas que no he querido traer otras…

—Sí, claro… —le decía por darle la razón, aunque no tenía ni idea de lo que hablaba. Me encontraba en otro mundo en ese

instante.

—Y el caso es que sí tengo conjuntos de braguita y sujetador con etiqueta —proseguía mientras yo radiografiaba su cuerpo medio desnudo con mirada alucinada—, pero es que estas son las más bonitas de todas, y sabía que te iban a gustar.

—Por supuesto, me gustan… un… montón… —tartamudeé—. A Elsa le van a encantar, te lo agradezco.

Pasaron otros dos minutos en los que ella mantenía la falda arriba y yo le miraba las piernas, la silueta del coño bajo la tela, el monte de venus… Lo que menos miraba eran las bragas. Al cabo, ella debió de cansarse.

—¿Ya…? —preguntó temerosa de desagradarme—. ¿Te vale así?

—Sí, bueno… —susurré para alargar el tiempo con su intimidad al aire—. Porque si no hay etiquetas… ¿una foto no me dejarías sacarte, no?

Soltó la falda de repente y dio un respingo.

—No, por dios, fotos no… —se veían perlas de sudor surcando su frente—. Que luego no sabe una donde acaban.

—Claro, claro… —carraspeé dando por bueno lo visto—. Pues nada, mujer, te agradezco mucho la ayuda, de verdad. Ya te contaré lo que opina Elsa si consigo una lencería tan bonita.

Ahora hablaba como Sergio, un director del bufete serio y formal, no como el salido que la había estado mirando sin parpadear y con la polla escalándole hasta el ombligo.

—Vale, pues entonces me voy…

Ya estaba. No había nada que hacer. Había fracasado. Me había puesto las botas y la experiencia me iba a servir para unas cuantas pajas.

Pero me quedaba sin bragas.

Iba a perder la apuesta.

Pero cuando Sonia descorrió el pestillo y se disponía a salir, decidí jugarme la última carta.

—¿Porque dejarme las bragas para que las use como muestra, no…?

Sonia me miró alucinada. Hacia rato que había perdido la sonrisa. Y yo no sabía discernir si era por vergüenza, enfado o es que simplemente se había puesto cachonda.

—Oh, no, eso no… —se apresuró a negar—. No puedo irme a casa en el metro sin bragas. Sería una barbaridad.

—Bueno, claro… —le di la razón y me mordí la lengua, desesperado.

Sonia salió a la carrera del despacho y la vi perderse en el exterior, aunque me sorprendió la dirección que había tomado. En lugar de dirigirse hacia su escritorio para apagar el ordenador y marcharse, parecía ir directa hacia la zona de los baños.

*

Miré el reloj. Las seis. Hora más que suficiente para un viernes. Me senté delante del ordenador decidido a apagarlo. Y en ese momento me entró un correo.

Uno de esos correos que hay que responder al instante si no quieres meterte en líos. Me iba a llevar un buen rato escribir la respuesta, pero esperar hasta el lunes no era una opción.

Me encontraba en ello, cuando Sonia apareció de nuevo en el despacho, cerró la puerta tras de sí y una vez más aseguró el pestillo.

La miré esperando una explicación. Y ella no se anduvo por las ramas.

—Mira, que he pensado que sí… —dijo sin mediar más palabras —. Que te las voy a dejar para que puedas llevarlas de muestra. Lo hago por tu chica, ¿eh?, que sé que se merece lo mejor.

—Claro, claro… —respondí con un escalofrío.

Una sonrisa se dibujó en mi mente, aunque conseguí que no aflorara a mi rostro. «Lo hacía por mi chica», decía. «¡Y unos

cojones! —pensé—. Lo haces porque te has puesto a doscientos, pedazo de zorra».

—Y gracias… —le dije en lugar de lo que estaba pensando—. No sabes cuánto te lo agradezco.

Por dentro, mi corazón estaba gritando: «¡¡Lo conseguí!!».

—Pero me las tienes que devolver el lunes sin falta… —añadió —. A mi marido le encantan y no quiero ni pensar si no me las ve puestas de vez en cuando.

—Por supuesto, Sonia —le aseguré sujetando la risa—. El lunes las tienes aquí como un clavo.

Sin girarse esta vez, se metió los pulgares por los laterales de la falda y, con un movimiento de caderas muy femenino, tiró de la cinturilla de las bragas y en un instante las tenía en sus manos. En el movimiento no había enseñado ni un centímetro de piel por encima de las rodillas.

A continuación se acercó a mi escritorio y las dejó junto al PC. Y, con la mirada baja, se dirigió hacia la puerta y se perdió por ella. Las mejillas le ardían por el rubor.

—Cierra la puerta cuando salgas, por favor —le había dicho y ella había cumplido mi petición.

En cuanto lo hizo, di un bote sobre la butaca.

¡Había ganado!

*

Elsa me había puesto a prueba y, aunque había tenido que hacer malabares, había conseguido el premio gordo. Más gordo, aún, sabiendo que Sonia era una mujer formal, casada y sin tanta zorrería como llevaban encima Sofía o la misma Elsa.

Si hubiera sido difícil conseguir algo incluso de una chica más… «ligerita», obtenerlo de una tía decente había costado lo indecible, pero el resultado sabía cien veces mejor.

Mientras pensaba en todo esto, me había llevado las bonitas bragas a la nariz. Aspiré el olor a hembra y el aroma me aceleró el corazón.

Pero aún me restaba una sorpresa.

El tacto de las bragas era húmedo, sobre todo en la entrepierna. Me fijé en ella y comprobé que rezumaba flujo, aunque éste había sido frotado. Una traza de papel higiénico, enganchada en un dobladillo, había dejado una prueba fehaciente de que su dueña había estado limpiándolas a conciencia antes de dejármelas.

—*¡Suputamadre!* —exclamé para mí—. La hija de puta se ha puesto más cachonda que yo… No me ha dado las bragas a la primera porque estaban chorreando…

No me extrañaba que Sonia hubiera tardado tanto tiempo en volver del baño. Debía de haberse hecho un dedo a la desesperada, antes de limpiar las bragas de todo el chapoteo que debía caerle del coño.

Empalmado como un toro, llegué a casa con mi trofeo en un bolsillo. Cuando se lo mostré a Elsa, ella también lo olió antes de darme su parabién.

—Vale, es cierto, son unas bragas usadas… —rió—. Y muy usadas… Seguro que tu secre se ha puesto calentita y las ha puesto perdidas. Y por supuesto me vas a tener que explicar cómo las has conseguido…

—Como quieras… —respondí—. Pero empieza por darle puerta a tu amiguito y vamos a la cama. Ni de coña aguanto yo hasta mañana sábado. Ya te doy hoy un adelanto, y si mañana te apetece, te doy la segunda dosis. De paso te voy contando lo de Sonia.

Aquella noche sonaron cohetes de todos los colores. La cama acabó desordenada, como la canción de Rosana. Por la mañana del sábado conté cuatro condones anudados que rodaban por el suelo. Las bragas de Sonia y las pollas de mentira de Loren acompañaban a los preservativos, y rezumaban humedad reseca.

Primeras desavenencias

No todo podían ser parabienes, sin embargo. En toda relación hay luces y sombras. Y entre nosotros, a pesar de nuestra nueva relación, no podía ser menos.

Las sombras aparecieron a la semana siguiente.

Estaba tomando café en el bar del edificio mientras leía unos documentos de trabajo, cuando Sofía apareció con una bandeja en la mano.

—¿Puedo sentarme contigo?

La miré de soslayo. No era Sofía la persona que más me apetecía ver en esos momentos, pero tampoco podía hacerle un feo. Aun así, miré alrededor por si no venía sola.

—Por supuesto… ¿Te acompaña Elsa?

—No, tu chica ha salido a visitar a un cliente —dijo mientras se sentaba.

Nos quedamos en silencio, se notaba que nuestra antigua complicidad se había evaporado. Cada uno degustaba su café y su tostada. Yo había dejado los documentos a un lado para no parecer maleducado.

—Sergio… —se atrevió a romper el silencio—. Quería pedirte perdón… Yo…

—Haces bien, porque me la jugaste… —respondí de mal talante.

Dio un hipido de congoja, pero le apliqué la incredulidad que solía utilizar con Elsa. «Trucos de mujeres, no, que nos conocemos», pensaba para mí.

—Vale, soy una mala amiga, tienes toda la razón por odiarme —dijo tras recomponerse—. Pero yo solo era la mensajera. Era Elsa la que lo manejaba todo. Me explicaba el argumento y me dejaba

ponerle los detalles. Yo a veces los suavizaba para no hacerte más daño, te lo prometo.

Mi mosqueo crecía con su explicación, a pesar de lo que ella se creyera.

—No, Sofi, lo que hiciste mal no fue contarme los cuentos que te dictaba Elsa —repliqué—, sino no decirme la verdad. Si lo hubieras hecho, habríamos buscado una solución para sus problemas. Porque no sé si sabrás que últimamente se comporta de una forma muy extraña. Se le han metido en la cabeza ideas raras…

Bebió de su café antes de responder.

—Sí, ya me ha comentado que te ha pedido lo de abrir la pareja —dijo—. Pero, ¿por qué dices que se comporta de una forma muy extraña? ¿No es cierto que habéis llegado a un pacto?

—Sí, eso sí… —respondí—. A lo que me refiero es que de pronto se muere por tener sexo a todas horas, pero con otros hombres. Antes nunca se había comportado como una…

—Oye, oye… —me cortó—. No se te ocurra llamarla «guarra» o algo por el estilo. Tampoco te pases.

Vaya, ya aparecían las actitudes corporativistas. Las había echado en falta.

—Elsa no es ni más ni menos —continuó— que una mujer ejercitando sus derechos sobre su propio cuerpo.

—Si llamas «derechos sobre su propio cuerpo» a dejarse follar por mi amigo Loren en un descampado, pues apaga y vámonos. *¡Vive le féminism!*

Bajó la mirada y no respondió. No es que le hubiera ganado la partida. En realidad se le notaba que no quería discutir.

En medio de aquel silencio consideré que me había pasado.

Tocaba disculparse.

—Lo siento, Sofi… —dije y volvió a mirarme a los ojos—. Tienes razón, me he pasado tres pueblos. Te pido perdón. Estoy pagando contigo mis problemas con Elsa, y tú no tienes la culpa.

Le había hecho una carantoña en el brazo y ella la toleró.

—Está bien, disculpas aceptadas… —replicó—. Y sobre lo de ayudarte con ella me temo que no puedo hacer nada. Son cosas vuestras, de vuestra pareja, yo no puedo meterme en medio sin que se monten más líos.

—Y que te lleves las culpas, encima… —le reconocí—. Tienes toda la razón…

Un silencio espeso se adueñó de nuestra mesa de nuevo.

Con tal de no permanecer callado, se me ocurrió una pregunta incómoda. Tal vez se enfadaría si la hacía, pero me corroía la curiosidad.

—Por cierto, ¿qué tal con Andrés? —dije—. ¿Habéis seguido con lo que empezasteis el otro día en el cuarto de invitados?

Su expresión mudó. Se había puesto colorada hasta la raíz.

—Ah, vaya… —replicó resignada—. Había olvidado que nos estuviste espiando desde el armario.

—No era lo que pretendía, lo siento… —me disculpé por la indiscreción—. Pero ese armario era el único lugar de la casa donde podía esconderme. No me gustaría que te enfadaras por ello, no era nada personal contra ti.

Se encogió de hombros.

—No estoy enfadada. Es que me avergüenza lo que puedas pensar de mí después de aquello. Y, por favor, de esto a Juanjo ni una palabra, te lo ruego…

—Por mí no te preocupes, no voy a meterme en vuestra vida, prometido.

—Te lo agradezco…

Había conseguido Sofía cambiar de tercio, se notaba su intención de escabullirse del tema, pero yo no iba a dejarla escapar.

—Faltaría más… —repliqué—. Pero no me has respondido. ¿Seguís juntos Andrés y tú ahora que no está Elsa de por medio… o ya no os veis?

Se mordió el labio y me salió por dónde menos esperaba.

—Mira, prefiero no hablar del tema —rehusó explicarse—. Si quieres saber de Andrés, mejor le preguntas a Elsa.

El disparo a mi línea de flotación acertó de lleno.

—¿Cómo que a Elsa? —pregunté extrañado—. ¿Qué tiene que ver Elsa con Andrés ahora? Ya te habrá dicho que es una línea roja en nuestro pacto…

Me miró descarada.

—Sí, es una línea roja lo de acostarse con él. Pero que yo sepa no hay línea roja en que sean amigos. Que es lo que son. Y no creo que eso vaya a cambiar.

Se me estaba revolviendo el estómago.

La primera en la frente.

Ya me había imaginado yo que el agujero de los amigos «sin sexo» nos iba a traer problemas.

—¿Qué pasa? —siguió hurgando en la herida—. ¿No lo sabías?

En vez de responder, le lancé una monserga. Pretendía descargar mi furia contra el idiota de Andrés, y tal vez se me notó demasiado el desasosiego que me provocaba el tipejo.

—Mira, Sofi, la verdad es que no sé cómo a mujeres de una pieza como vosotras os puede gustar ese gañán. Es que no me lo puedo explicar. Un tipo sin clase, malencarado y que encima hace trampas mientras folla —me refería a la corrida que le había derramado por la cara contra su voluntad—. Si fuerais unas niñatas, entendería que os gustaran los malotes, pero vosotras tenéis ya una edad como para ser *milfs*, no adolescentes salidas.

Se lo había dejado a huevo.

Y no dudó en darme la estocada.

—Pues mira, te seré sincera, a mí me gusta porque tiene un buen rabo y sabe usarlo. A tu chica no tengo ni idea, pero algo tendrá el Andresito para que la ponga tan perra.

El color de mi rostro desapareció como por ensalmo.

*

La conversación acabó un par de minutos después. Estaba claro que era mejor no alargar el desayuno, podríamos terminar tarifando y

habríamos roto el pacto de concordia con el que habíamos empezado.

Las preguntas difíciles me las guardé para la noche en casa.

Y tras rumiarlo durante la cena y la serie de Netflix de después, me atreví a preguntar mientras Elsa y yo revisábamos los móviles cada uno en su lado de la cama.

—Por cierto, Elsa —le dije sin mirarla—. ¿Qué pasa con Andrés?

Elsa me devolvió la pelota también sin mirarme.

—¿Pues qué va a pasar? —replicó fingiendo desinterés—. Nada que yo sepa…

Trataba de escabullirse, pero no estaba dispuesto a permitírselo.

—Me ha dicho Sofi que seguís siendo amigos.

—Ah, sí, ya me ha dicho Sofi que habéis desayunado juntos —seguía sin mirarme—. Y que la has atacado a saco.

—¿Atacarla? —me mosqueó esta afirmación—. Más bien será al revés. Yo me he limitado a excusarme por echarle las culpas de mis problemas contigo.

Me miró por fin.

—Pues has hecho bien, espiarla mientras intimaba con alguien no era para menos.

Me encantaba el eufemismo «intimaba» para evitar decir «follaba».

Pero su respuesta me había mosqueado. La habilidad para generar conflictos donde no los había y así eludir la cuestión principal era propia de un mal político… y de Elsa.

—Olvídate de Sofi y volvamos al tema —le dije para atraerla a lo importante—. ¿Es cierto que Andrés y tú seguís siendo amigos?

Bufó un instante. El tema la incomodaba, no tenía que jurarlo.

Al cabo decidió responder:

—Pues sí, Sergio, Andrés y yo somos amigos —pareció retarme —. Pero no cómo tú crees, no seas mal pensado.

—Y entonces, ¿cómo? —insistí.

Dejó el móvil sobre la cama y se giró hacia mí.

—Mira, amor, Andrés y yo trabajamos juntos en la misma empresa —comenzó—. Mantenemos reuniones, visitamos clientes, hasta asistimos a comidas de trabajo juntos. ¿Qué esperas? ¿Que me comporte como una momia y no abra la boca? Tenemos una «relación», pero una relación laboral, ¿puedes entenderlo?

—Sí, por supuesto…

—Pues entonces deja de preguntarme por él. Y también de preocuparte.

Su explicación era pasable, pero tenía que cerrarle todas las puertas posibles, no fuera a encontrar un subterfugio para colarme el mochuelo. Que dejara ese tipo de tretas para abogados como yo mismo.

—Vale, estoy de acuerdo —aseguré, pero no me resistí a ser el que dijera la última palabra—. Pero de salir con él, nada, ¿eh? Que te veo venir. Lo de «no salir» con personas cercanas y del entorno del trabajo también cuenta para las salidas con «solo amigos», recuerda.

Me miró con mala cara.

—¿Cómo que no se puede salir en plan «solo amigos»? —protestó—. ¿Quién ha dicho eso?

Estaba claro. Me la había estado preparando desde el principio.

Pero no me la iba a dejar colar.

—Pues nosotros, por supuesto…

Elsa no estaba de acuerdo, sin embargo.

—De eso, nada… —rezongó—. Esa regla solo se aplicaba a los ligues de cama.

—Para nada, aplicaba a todos, fueran ligues o solo amigos.

—Ni de coña…

Me puse en pie de un salto.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—A por el cuadernillo de las normas.

Lo traje, lo repasamos y al final se demostró que yo llevaba razón.

Al menos en el cuaderno estaba anotado.

—No recuerdo que dijéramos eso… —se resignó, pero sin convencerse del todo.

—Pues es lo que hay… —repliqué satisfecho de haber ganado la partida.

—Está bien… —bufó, pero no tuvo más remedio que aceptarlo.

Me alegré de que se rindiera tan rápido esta vez, no me apetecía abrir de nuevo la caja de los truenos.

Volvimos a nuestros respectivos móviles. Escuchaba la susurrante musiquilla de los videos de *Tiktok* que reproducía uno tras otro. Y de pronto recordé la pregunta que se había quedado en el aire en mi conversación con Sofía.

—Y, por cierto… ¿Andrés y Sofi?

Giró la cabeza por un instante, luego la devolvió a su posición original.

—Pues Andrés y Sofi, nada de nada… —respondió.

—¿No han proseguido con la relación que comenzaron en el cuarto de invitados?

Había hecho la pregunta con retintín, y Elsa la había cazado al vuelo incluso sin mirarme.

—Muy gracioso… —su sonrisa había sido leve, pero no había podido contenerla. No era mala señal.

—Venga, cari —la insistí—. Me muero por saber si esos dos tortolitos siguen follando…

—Ay, yo qué sé… —se quejó—. Déjame en paz…

Le introduje la mano por el camisón y le hice cosquillas. Elsa se retorció.

—Ja, ja, ja… ¡no! ¡para!

—Pues dímelo… —exigí.

—Vale, vale… —se rindió—. Pero no me hagas más cosquillas, sabes que no las soporto.

La miré fijamente y al final confesó.

—Pues lo que ocurre con Andrés y Sofi es muy sencillo —explicó—. Andrés se la folla de vez en cuando y luego… nada. La muy boba no termina de hacerse a la idea de que el tío pasa de ella. Y él, que no es tonto, la tiene en el banquillo para follársela solo cuando no tiene mejor sitio donde meterla.

—Pobre Sofi —me lamenté y no fingía.

—Nada de pobre —replicó—. Ella solita se lo ha buscado.

Quedaba una pregunta más, aunque algo incómoda.

—¿Y Juanjo? —dije, aunque más bien lo pensé en voz alta—. Seguro que todo el mundo sabe lo que pasa y el pobre debe cargar con los cuernos con más pena que gloria.

—No sé, es posible —respondió Elsa—. Pero si es así pronto se quedará tranquilo. Se ha despedido del trabajo, la semana próxima comienza en una empresa que está en la otra punta de Madrid.

—¡Guau! —exclamé—. Está claro que es por eso…

—Yo no estoy segura de que sea así, pero tampoco pienso preguntárselo.

—Pues yo sí estoy seguro —repliqué—. Es lo que yo haría en su caso.

El silencio retornó a la habitación y cada uno volvió a su móvil.

*

Minutos más tarde, Elsa decidió volver a la conversación. Esta vez iba a conseguir amargarme la noche.

—Por cierto, el miércoles no me esperes a cenar, he quedado con un amigo…

La sorpresa me pilló desprevenido. ¿Una cita a mitad de semana?

—¿Un miércoles?

—¿Por qué no? —replicó.

—No sé, se me hace raro… —respondí, y luego añadí—: ¿Y con quién vas, puede saberse?

Me miró incrédula.

—¿Lo dices en serio? —espetó irónica—. ¿No decías que no querías saber nada de mis citas?

Respiré profundo. En realidad me fastidiaba saber, aunque también no saber. Era un «sí, pero no» bastante desagradable.

—Te dije que no quería conocer los detalles, no con quien sales.

—Ya, eso lo dices ahora porque son citas de «solo amigos». Ya veremos cuando lleguemos a «lo otro»…

—¿Me lo vas a decir o no?

Volvió a suspirar con un mohín de protesta, pero no se negó a responder.

—Pues es Jorge, el amigo con el que quedé el viernes de las bragas de tu secretaria —explicó con desgana—. Le dejé plantado ese día y se ha empeñado en que quedáramos este miércoles.

—Ya… Jorge…

Me sonaba ese nombre, aunque no sabía de qué.

De pronto caí.

—¿Ese Jorge no es el compañero de la universidad que te vino a recoger el viernes fatídico? ¿El que estuvo cinco minutos contigo en el cuarto?

Se mordió el labio un instante, aunque no supe adivinar a qué se debía el gesto.

—Sí, ese Jorge…

Entonces me vino a la cabeza una ocurrencia y se la solté sin filtros:

—¿Puedo acompañaros?

Esta vez el móvil golpeó contra la cama cuando ella lo dejó caer con mala baba.

—¡Por supuesto que no! —refunfuñó—. Es una cita mía, no tuya.

Se había enfadado realmente, había que andarse con cuidado. Aunque me apetecía vacilarla un poco más.

—¿Y Jorge es… uno de esos ligues a los que te tirarás cuando seas libre?

Bufó como un miura, estaba llegando a su límite.

—Eso no te lo voy a responder… —dijo cruzándose de brazos, en esa postura defensiva que reconocía en ella cuando se enfadaba —. Si me lo tiro o no es mi problema, y tú tendrás que aguantarte…

—Vale, vale… —le dije resignado—. Tampoco es para ponerse así…

—Pues no preguntes lo que no debes…

Pero me quedaba hilo para una última puntada.

—Por mí, mientras el tipo mantenga la bragueta cerrada el mayor tiempo posible, me conformo…

Me dio un sopapo en el brazo, se dio la vuelta y se metió bajo las sábanas de espaldas a mí.

—Buenas noches —soltó apagando la lamparita de su mesilla.

*

El miércoles la esperé despierto en la cama. Imposible dormir sabiendo que Elsa estaba con otro. No estaba yo tan seguro de haber hecho bien en aceptar lo de abrir la pareja. Y eso que la parte dura estaba lejos de comenzar.

Había dicho al salir que volvería pronto, pero no tenía ni idea de a qué hora le llamaría ella «pronto». Así que decidí esperarla con los ojos abiertos.

Sobre las doce me asomé al balcón. No la espiaba esta vez, simplemente hacía una bonita noche y se agradecía el frescor nocturno.

A punto estaba de volver al dormitorio cuando un coche se detuvo junto a la acera y activó los intermitentes de ambos lados. Asomé la cabeza sobre la barandilla, pero supe que no era el coche del tal Jorge.

«No es ella. El coche de su amigo era oscuro como el de Loren. Por eso se montó el follón cuando le llamé. Este es un rojo chillón»,

me dije.

Cuál no sería mi sorpresa cuando la puerta del copiloto se abrió y Elsa apareció por ella.

«¡Joder! —exclamé para mí—. ¿Ha cambiado de coche, o es que este Jorge no es el mismo que el del otro día? Qué raro, si el coche oscuro de aquel día era muy nuevo…».

Si lo pensaba bien, cabían varias posibilidades: que Elsa me hubiera contado una trola sobre con quién había salido esa noche, que el tal Jorge tuviera un arsenal de coches y eligiera según la ocasión o que yo me hubiera liado con los colores. Seguramente había sido esto último, me dije, entre otras cosas yo era conocido por la facilidad para los despistes.

Me fui a la cama y esperé a escuchar el sonido de la cerradura de la puerta.

Miré el reloj, no era demasiado tarde.

Después seguí el rumor de sus pasos por el parqué.

—Hola, cielo… ¿todavía despierto? —susurró al entrar en el dormitorio como si hubiera niños durmiendo.

—Ya ves… viendo una serie en el móvil —mentí.

—Voy a ducharme, me acuesto enseguida.

No me gustó la vuelta de la costumbre que había mantenido en los tiempos en que Loren se la tiraba. La misma que había repetido cuando fingía que se follaba a Andrés.

Lo de ducharse antes de meterse en la cama era señal de algo.

Y era algo que me traía recuerdos desagradables.

Cuando finalmente se metió en la cama —cuarto de hora más tarde—, le lancé una pulla.

—Qué habrás estado haciendo para tener que ducharte…

Me miró con expresión de reproche.

—Pues no he hecho nada que no esté en el pacto… —gruñó—. Cenar, bailar, tomar una copa… ¿Quieres que repasemos los puntos del cuadernillo?

—No, no hace falta… —ironicé.

—Si vas a empezar así, voy a tener que salir con mis amigos sin que tú lo sepas.

—Oh, por supuesto… —me burlé—. Y mientras te espere, me preguntaré si estarás trabajando un fin de semana a las cuatro de la madrugada.

Resopló con el labio inferior hacia afuera, haciendo que su flequillo se moviera ligeramente. Estaba realmente mosqueada.

—A ver, cielo… —me dijo sin rodeos, apoyándose en el colchón sobre un codo—. Creo que estás más verde de lo que había creído. Necesitas practicar urgentemente.

—¿Tú crees?

—Por supuesto… —me espetó antes de darse la vuelta hacia su lado de la cama—. El sábado no quedes con nadie, tenemos salida tú y yo. Y compra condones porque esa noche tienes que triunfar sea como sea.

No es que me gustara este tipo de planes, pero al menos no eran tan fastidiosos como el hecho de saber que era ella quien estaba con otros.

Las iba a pasar canutas por su afán de hacerme ligar con extrañas, pero haría lo que pudiera y luego a dormir. A dormir con Elsa, se entiende.

Y le habría ganado unos días al calendario.

Noche de discoteca

El sábado por la mañana, mi novia me recordó que esa noche tocaba fiesta. Me preguntó adónde me apetecía ir y, ante mi falta de ideas, me propuso de nuevo *RascaYou*. Ni de coña, le dije, allí el peligro es ahora doble. Podíamos encontrarnos no solo a Loren, sino al calvorota de los porros.

—Pues elige tú —insistió—. Y que sea rapidito…

Tras darle mil vueltas, mencioné una disco de mis viejos tiempos —no sabía si seguiría abierta, le advertí— y corrió a reservar mesa.

Hubo suerte, la discoteca seguía existiendo y pudo conseguir una reserva sin problemas. Me resultaba extraño lo de «reservar mesa» y así se lo dije. En mi época de correrías no había mesas en ese tipo de salas. Y la llamada de Elsa corroboró mi intuición.

—No tienen mesas —comentó, y mi sonrisa de suficiencia demostraba cuánto me gustaba llevar la razón—, pero nos asignan una mesita alta, ¡sorpresa! Aunque, eso sí, sin taburetes.

—Bah… —necesitaba decir la última palabra—. Eso no es una mesa, como mucho un soporta-copas.

—Lo que sea —respondió—. Pero es mejor que nada. Lo de andar de acá para allá con el cubata en la mano es cosa de macarras de los ochenta.

El sábado sobre las diez dejábamos el Volvo en un parking público cercano a la sala. El local debía de ser aún más cutre de lo que recordaba, por no tener no tenía ni aparcacoches.

Esperando en la cola para entrar me hizo una pregunta que tendría que haber esperado:

—¿Compraste condones como te dije?

Me mordí el labio, me había pillado.

—Me temo que no, lo olvidé… —respondí contrito.

—¡Jolines, Sergio, era lo único que tenías que hacer!

—¿Qué más da? —repliqué—. Si no nos van a hacer falta.

—Eso nunca se sabe…

Minutos después nos movíamos al unísono sobre la pista de baile. De lejos vigilaba nuestra mesa con los minis de champán para que nadie nos los birlase. Y me lamentaba de que Elsa se hubiese aficionado tanto a las burbujas doradas —la bebida preferida de Loren— porque a mí se me subían enseguida, y tras el subidón me provocaban sueño.

Casi una hora más tarde, cansado de mover los huesos al ritmo de una música que no me motivaba, me volví a la mesita. Mientras, Elsa se había puesto en la cola de los lavabos. Aunque el local no era especialmente pequeño, solo había un baño por sexo —en *RascaYou* eran cuatro— y la cola de las chicas era visible desde cualquier punto de la sala.

Apoyado en la mesita para descansar las piernas, veía a Elsa charlar con una mujer en la cuarentena. Lo hacían con confianza, como si se conocieran, aunque a mí no me sonaba de nada. Quizá era una conocida de la oficina, me dije. Compañera del colegio no era, eso seguro, aquella mujer le sacaba a Elsa una década por lo menos.

Las perdí de vista cuando la cola giró hacia el pasillo de los lavabos. Y aún tuve que esperar un cuarto de hora más. Me dolían los pies, había decidido que le propondría a Elsa que nos volviéramos a casa en cuanto apareciera. Total, era difícil que aquella noche ocurriera nada especial.

Y me moría de sueño.

Cuando la vi apresurarse hacia la mesa un rato después, miré instintivamente mi reloj. Había tardado casi media hora desde que la dejé en la cola. Más tarde supe que no había empleado todo ese tiempo en vaciar la vejiga, sino también en charlar con la cuarentona después de salir del baño.

Iba a decirle que me quería marchar, pero no me dio tiempo. Elsa me tomó de una mano y tiró de mí.

—Ven, te quiero presentar a alguien.

—¿De qué va esto? —protesté, intentando resistirme pero sin perderle el paso—. No tengo ganas de conocer a nadie.

—Venga, cari, no seas soso… —replicó y luego acercó su boca a mi oído—. Y sígueme la corriente. Diga lo que diga, no pongas cara de acelga.

—Va-vale… —acepté tratando de andar a su ritmo—. Pero tranqui, tía, que me vas a arrancar el brazo.

En una segunda pista que desde nuestra mesa no se divisaba, nos encontramos a un grupo de chicas —algunas más jóvenes que otras— disfrazadas de cupido. Vestían túnicas blancas recogidas en el centro por un cinturón azul cielo. En la cabeza portaban diademas con motivos adecuados para la ocasión: pollas de plástico engarzadas en muelles que hacían que se balancearan al ritmo de la música.

—¿Es una despedida de soltera? —pregunté, mi boca contra su oído.

—Eso es, un entorno genial para lo que quiero que hagas esta noche.

Me santigüé mentalmente. Aquello era otra de las encerronas de Elsa.

Y la vergüenza me pintó de rojo las mejillas.

*

Sin dejar de tirar de mi brazo, Elsa me acercó hacia una de las mujeres del grupo. La reconocí enseguida como la «amiga» de la cola de los baños. La mujer, al vernos aparecer, se levantó del sillón que compartía con otras dos y nos pidió que la siguiéramos. Una vez en una zona donde la música no molestaba, comenzaron las presentaciones.

—Mira, Mamen, este es mi «amigo Marco», el chico del que te he hablado.

Era la primera sorpresa de la noche. Me había presentado como un «amigo» y de nombre «Marco». Y había resaltado las palabras para que me las metiera en la mollera. A saber lo que se traía entre manos.

—«Marco»… —resaltó de nuevo mi alias—. Esta es Mamen…

Iba a darle la mano, pero Elsa, con un ligero empujón en la espalda, me lanzó sobre ella. No tuve más remedio que plantarle un par de besos a la buena señora, que podría ser madre ya de dos o tres hijos, a tenor de la edad.

Una *milf* de libro, mona y bien conservada, pero que los cuarenta ya los habría cumplido hacía algún tiempo.

—Encantado, Mamen —dije mientras la besaba.

—Un placer, Marco —replicó ella con una sonrisa de dentífrico.

Sospechando lo que ocurría, miré de reojo a mi novia. Mis ojos decían claramente: «no me jodas que quieres que me tire a este carcamal». Elsa debió de leerme el pensamiento, me dio un pellizco en el culo y me obligó a sonreír.

—¿Qué te parece? —le preguntó a Mamen—. ¿A que no te he mentido?

La mujer me miró de arriba abajo.

—Genial, muy mono. Es perfecto…

Me sentía traicionado.

Vale que ella me tuviera que buscar los ligues, pero sabía que las mujeres de cierta edad no me hacían mucha gracia. Esas carnes flojas y esos coños arrugados y abiertos, casi sin labios, me producían repulsa hasta en los videos porno.

Como para tener que follarme uno de ellos.

No obstante, a Elsa parecía importarle un pimiento lo que yo pensara. Ni se molestaba en mirarme para pedir mi opinión.

Comencé a sudar de la humillación.

Pero no me dio tiempo a darle vueltas.

La segunda sorpresa de la noche comenzó al instante siguiente. Las dos mujeres se miraron y entonces Mamen soltó una frase que me dejó de piedra:

—Voy a buscar a mi hermana.

—Vale, te esperamos aquí.

Joder, aquello se complicaba. Con una tercera mujer en el grupo ya seríamos cuatro. Y los números pares nunca han sido buenos para según qué cosas.

Nos quedamos plantados, yo mirando a Elsa a la espera de explicaciones que no llegaban. Y ella disimulando hasta que se decidió a hablar.

—Tranquilo, cari, no es a Mamen a la que te tienes que tirar… —susurró adivinando mi angustia—. A la que tienes que «hacer feliz» es a esa otra que viene con ella.

Giré la cabeza y un escalofrío me recorrió la espalda, al tiempo que mi miembro se removía en su escondite.

La chica que acompañaba a Mamen era más joven que ella —unos veinticinco o veintiséis—, vestía un vestido blanco como el resto de las chicas de la fiesta, aunque tan corto que apenas le cubría el borde de las medias, de colores llamativos, dejando su encaje de fantasía a la vista.

Era un disfraz de guarrilla que le quedaba tremendamente sexy.

Por otro lado, su melena rubia de bote le caía fantásticamente sobre los hombros. Pero lo que más llamaba la atención era el título en la banda que le cruzaba el pecho: «SOY LA NOVIA».

—Esa sí es tu chica para esta noche —me susurró Elsa al oído con una sonrisa lobuna.

¡Joder! ¿Me había preparado una cita para tirarme a la novia de una despedida de soltera? ¿Se había vuelto loca? Aunque no tenía muy claro cuál de las dos estaba más loca. La tal Mamen había dicho

que se iba a buscar a «su hermana». ¿Era una encerrona solo para mí, o también para la casadera?

*

Cuando Mamen y su hermana se unieron a nosotros, la madurita hizo las presentaciones.

—Luna, este es Marco… —dijo—. Marco, te presento a mi hermana Luna. Se casa mañana por la tarde.

¡Suputamadre! No me cupo la menor duda de que Mamen me estaba sirviendo a su hermana en bandeja.

Estiré la mano para saludar a la chica y cogí la que ella me tendía. Pero Elsa me atizó un segundo pellizco al tiempo que me empujaba. Estaba claro lo que pretendía. Así que me incliné sobre Luna y le propiné dos sonoros besos en las mejillas, muy cerca de las comisuras de los labios.

La futura esposa se puso colorada, trastabilló por mi ímpetu y tuvo que agarrarse a su hermana para no caer. Claramente, la chica estaba más que achispada. Pedazo de zorras, ¿iban a echarme a la chavala en los brazos y para que no se resistiera la habían emborrachado?

Después de sujetarla, Mamen acercó la boca al oído de su hermana y le dijo algo que no entendí. A pesar de ello, sí pillé una de las palabras que sobresalían sobre el resto: «*boy*».

«*¡Suputamadre!*», blasfemé para mis adentros. Elsa me estaba ofreciendo como un vulgar *boy* a la reina de la despedida. ¿De verdad quería que me follara a aquel bombón? ¿O era solo una vacilada?

Escruté los ojos de mi chica a la búsqueda de una respuesta. En lugar de hallarla, Elsa los abrió y me repitió su anterior frase sin necesidad de pronunciarla: «tú sígueme la corriente».

Mientras mi novia y yo intercambiábamos miradas, Mamen y Luna tomaron la iniciativa y volvieron a dejarme de piedra. La madurita desabrochó el único botón de mi chaqueta y luego cogió la

mano de su hermana, depositándola sobre mi pecho. Durante unos segundos me examinaron como se examina a un caballo en una feria.

—¿Qué te parece? —preguntó de nuevo la madurita a la joven en un susurro, que esta vez sí pude oír.

—No está nada mal… —respondió Luna imitando el tono de su hermana, aunque no pudo disimular el mini pedo que llevaba—. Además, es guapo… Y pesa la mitad que mi Dani… ja, ja, ja…

—¿Quieres probarlo ahora? —preguntó Mamen y se me pusieron los pelos de punta—. ¿O prefieres que nos lo llevemos a casa y lo hacemos allí?

—Mejor ahora… —dijo la chavala—. En casa puede aparecer cualquiera…

¡Joder! ¡Me sentía como un objeto! Hablaban de mí como si yo no estuviera delante. Tentado estuve de echar a correr más de una vez, pero Elsa me tenía bien sujeto por la espalda para evitarlo.

Levantó la mirada la madurita y le dio una respuesta a Elsa con un movimiento de cabeza que equivalía a un «sí, nos vale».

Entonces Mamen se puso en movimiento y se alejó del grupo. Los que quedamos a la espera de lo que hubiera ido a hacer —no había dado explicaciones—, mirábamos para todos lados en silencio. Parecíamos desconocidos en un ascensor.

A los pocos minutos, la madurita reapareció. Portaba una tarjeta en la mano que nos mostró sonriente.

—Vamos, todo listo… —dijo a Elsa, mientras cogía a su hermana de un brazo y tiraba de ella.

Tragué saliva.

Aquello se había salido de madre.

Y con el corte que llevaba encima, mi soldadito se encontraba colgón y sin fuelle.

Estaba a punto de hacer el ridículo más grande de mi historia

*

La tarjeta era la llave de un reservado. Entramos los cuatro en él y de un solo vistazo lo recorrí por entero. El espacio no era muy grande, pero estaba decorado de manera muy efectiva y cómoda. Un enorme sillón de cuero marrón presidía uno de los extremos, a juego con una butaca individual situada en ángulo recto. En el otro, una encimera con bebida variada, hielo y muchos vasos. A su lado, una bandeja con canapés y sándwiches completaba el ajuar.

Tras una ligera puerta, observé un lavabo y un inodoro, «para después», imaginé. Y, para finalizar, la enorme televisión colgada en la pared entre altavoces por los que llegaba la música de la sala.

No había estado nunca en uno de estos reservados de discoteca y me sentía fuera de juego. Aquel rincón donde podían desatarse los vicios más peregrinos no debía de ser precisamente barato, fue lo máximo que me sugirió la estancia.

Miré a Elsa pidiendo explicaciones, reglas, lo que fuera; algo que me diera una pista sobre lo que tendría que hacer a continuación. Mi novia, sin embargo, parecía haberse desentendido del asunto en cuanto entramos en el privado. Por fin, conseguí que me acercara la boca al oído y me soltara una frase que no decía nada, aunque me dejaba claro de qué iba la fiesta:

—Haz todo lo que te pidan… —me susurró—. No creo que quieran llegar hasta el final. Y consigue que la jovencita se lo pase bien… eres su *boy*… el regalo de las amigas.

Sonreía de oreja a oreja, aunque a mí no me hacía ni puñetera gracia. Luego se sentó en un extremo del sofá y se dedicó a su móvil, pasando de mí y de las dos hermanas.

Me sentía solo y aislado. Estaba al servicio de una chavala que se iba a casar al día siguiente, y de una hermana madura a la que debían de gustarles los chulazos del porno de despedidas de solteras. Si no, no entendía a qué venía aquello.

Las hermanas se habían arrinconado entre el mostrador y la pared del fondo. La mayor instaba a la joven a beber un chupito con un líquido ambarino, cosa que hizo de un solo trago.

«¿La está infundiendo valor o es que quiere emborracharla aún más?», me pregunté. Y en cuanto vi cómo le servía el tercer chupito, supe que ambas cosas.

Cuando Luna apuró el tercer trago, Mamen se giró hacia mí y me hizo la señal universal de «acércate». Sin saber por qué no me negaba, mis pies se movieron hacia la novia, que me miraba con sus ojos abiertos como platos, tan inocentes como si fuera virgen.

«Joder, espero que no lo sea —me dije—. Menudo papelón si encima lo es.»

La madurita nos colocó frente a frente y me quitó la chaqueta. A continuación me desabrochó la camisa y la sacó de la cintura de mis pantalones. Tras esto, elevó las manos de su hermana para que me tocara los pectorales. Rogué para que no notara que no estaba tan duro como un *boy* de verdad, pero enseguida comprendí que ninguna de las dos estaba muy acostumbradas a ir con hombres que no fueran los de casa. Y los imaginé bajitos y regordetes, a tenor del comentario de Luna: «pesa la mitad que mi Dani».

—¿Está bueno, eh? —le dijo Mamen a su hermana, siempre al oído como si quisiera que yo no la escuchase—. Acaríciale, no vas a tener muchas oportunidades de estar con un macizo como éste.

La palabra «macizo» a punto estuvo de sacarme una carcajada.

No tardé en comprender la verdad. Aquellas dos chicas eran dos chonis de libro. Pero a esas alturas, calentándome a marchas forzadas, aceptaba lo que dijeran de mí sin pestañear.

La chavala ronroneaba mientras me sobaba a conciencia.

—Ufff… que piel… y que bien huele… —le susurraba a la hermana mayor tras lamerme las tetillas con su lengua juguetona.

Y no dejaba de mirarme a los ojos. Su mirada se iba encendiendo sin prisa pero sin pausa: se estaba poniendo más que cachonda, si no lo estaba ya de antemano.

Tras el primer escarceo con las manos y la boca de la casadera, la hermana mayor se las tomó y las llevó a mi entrepierna. El sobeteo por encima de la ropa tuvo un resultado doble. Luna y

Mamen resoplaron al notar mi erección. Y ésta se multiplicó al notar las miradas lujuriosas de las dos mujeres.

No lo dudé un instante. Le levante la cara a Luna por la barbilla y le busqué la boca. Ella me la abrió sin resistencia. En un instante se la estaba comiendo a conciencia, con un soniquete de saliva intercambiada que ponía los pelos de punta.

Luna volcaba a un lado el cuello y se entregaba con un ronroneo de gatito. Apretaba los ojos como una virgen el día de su primer polvo.

—Así, así… —decía Mamen—. Cómele bien la boca, chico… que Luna lo disfrute…

Yo no me hacía de rogar. Aquella boca de dientes como de leche sabía a una mezcla de tabaco, alcohol y carmín. Estaba tan caliente que la piel se le deshacía entre mis labios, y me encantó ese tacto maleable. Podría habérsela comido durante toda la noche si hubiera hecho falta.

Mi timidez anterior se había convertido en desvergüenza.

—Mmmm…. Mmmmm… —gemía bajito la chavala mientras la babeaba con deseo.

Mientras, la madurita me desabrochaba el cinturón, antes de empujar hacia abajo el pantalón sin bajarme la cremallera. O tenía prisa por ver lo que había debajo o quería evitar que los pantalones se me cayeran sobre los tobillos.

Cuando mi polla estuvo a la vista, dura y enhiesta como un cuerno de toro, la madurita bufó excitada. Un segundo más tarde, mis huevos sobresalían igualmente por la cinturilla del pantalón.

—Ufff… —le dijo a su hermana cogiéndole las manos y llevándoselas a mi rabo—. Toca, toca, la tiene como a ti te gusta, dura como una piedra…

—Mmmm… síiii… —suspiró la chavala.

Luna estaba sobrepasada. Por un lado se dejaba comer la boca, y por otro palpaba mi rabo y mis testículos, masajeándolos con fervor.

No lo dudé un instante, bajé mis manos y las introduje bajo su vestido. La hermana, mientras, le sacaba por la cabeza la banda que la identificaba como reina de la fiesta.

Cuando me harté de tocarle la hendidura entre los labios por encima de las bragas, las aparté a un lado y me apropié por completo de su coño. Un coño completamente húmedo… y ardiendo como un volcán.

—Aaahhh… —gimió Luna con su boca dentro de la mía.

Le introduje primero un dedo. Luego el segundo. Luna suspiró con un nuevo bufido de placer que me llenó la boca de babas. Y no paraba de pajearme ayudada por su hermana, quien le movía una de las manos arriba y abajo para masajear la piel del tronco. La otra se la había amarrado a mis huevos para que los amasara mientras me masturbaba.

—Vamos, Luna —le decía Mamen al oído—. Fóllate a este chico, es todo tuyo…

Joder, no habría sabido decir cuál de las dos estaba más caliente: la novia o la hermana.

Cuando quise meter el tercer dedo, Luna arqueó la pierna para dejarme espacio, pero gimió con mi lengua dentro de su boca.

—Auuuu… —gimió—. Espera, duele…

Lo comprendí al instante. Era un chochito apretado al máximo, poco follado, mejor no forzar la máquina. Aunque quedaba confirmado que no era virgen: mientras la follaba con los dos primeros dedos, no había encontrado ningún impedimento, y eso confirmaba que ya la habían desvirgado, por fortuna.

No supe cuánto tiempo había pasado en aquella faena, pero parecía que Mamen quería dar un siguiente paso. Sujetó a su hermana por los hombros y despacio, con cautela para no espantarla, la empujó hacia abajo.

Al adivinar la intención de Mamen, mi polla dio un respingo feliz.

En ese momento noté el imán de una mirada en mi espalda y giré la cabeza. Elsa atendía a su móvil en el sofá como minutos antes, pero había levantado el rostro y me guiñaba un ojo.

«Dale fuerte a la chavala», parecía decir sin palabras.

«Te vas a enterar cuando salga de ésta», le respondí yo de idéntica manera.

*

Mamen insistía en arrodillar a su hermana pequeña, pero Luna se resistía a los intentos de la mayor.

—No, chupar no… —decía con un mohín de disgusto, agarrándose a mis muslos para no hincarse de rodillas.

—Vamos, nena —le susurraba enérgica su hermana—, deja de quejarte y métete esa maravilla en la boca. Luego me lo agradecerás.

No esperé a que la madurita convenciera a la chica. La empujé de la cabeza y, en cuanto estuvo de rodillas, le abrí la boca con un pulgar y luego se la metí dentro sin contemplaciones.

—Aaauuugg… —gimió la casadera.

Pareció ahogarse Luna en cuanto mi rabo le llegó a la garganta, pero yo estaba tan encendido que no atendía a razones. Mamen no se quedó quieta, sino que me ayudó a follarme la boca de su hermana, cosa que me mataba de morbo. Le había cogido la cabeza con una mano en cada lado de la cara, y me la sujetaba para que le reventara la garganta como una fiera, tan encendido me encontraba.

—Así, así… —decía la madurita—. Fóllasela bien…

—Aaaggg…. Aggghhh… —jadeaba la novia entre babas, toses y arcadas.

Luna se seguía resistiendo, sobre todo cuando se la sacaba de la boca para dejarla respirar. Y para rebajarle los humos le sacudí una bofetada.

«¡Plas!».

—Quieta, fiera…

No era una bofetada de verdad, pero debió picarle a la pobre porque dejó de resistirse. La hermana soltó una risotada, cachonda como una perra.

—Así, genial, que sepa quién manda… —soltó con los ojos inyectados en sangre.

Una vez domesticada, me dediqué a follar la preciosa boca de la jovencita, ahora con suavidad, dibujando formas en sus mejillas con la punta del rabo. Mezclaba su saliva con el goteo de preseminal que notaba salir por el orificio del glande. Y ella escupía por la barbilla el fluido sobrante con expresión de asco.

Tras unos minutos de romperle la boca, me eché hacia atrás.

—No pares, no pares… —me animó la hermana.

—Ufff… no puedo… necesito descansar, estoy a punto de correrme.

—Okey entonces, no te corras, aguanta un poco más por favor… —me rogó la madurita.

Mamen se puso en pie —había presenciado la mamada en cuclillas— y elevó a Luna tirando de uno de sus brazos. Luego la llevó hasta la butaca y la sentó en ella. Luna echó la cabeza hacia el respaldo; jadeaba apresurada para recuperar la respiración.

Mientras Mamen le quitaba las bragas, vi a Elsa elevar la mirada del móvil con disimulo. Su sonrisa parecía la confirmación de que todo iba bien, al menos según lo previsto por ella. Una vez desnuda bajo la falda, Mamen levantó a la jovencita las piernas y le subió el vestido. Un tirón del sujetador y las dos tetas, pequeñas y delicadas, quedaron a la vista.

Pero lo que más me excitó fue ver el coño de la chavala abrirse ante mí. Lo había sobado a placer, pero aún no lo había contemplado.

La visión consiguió maravillarme.

Era lo que se esperaba del coño de una novia preparada para su noche de bodas: depilado con láser y con unos labios gordezuelos y apretados como los de una muñeca. Daba ganas de comerse aquel manjar.

Y Mamen debía de pensar lo mismo.

—Vamos, cómele el coño a mi hermanita… —me pidió con un susurro al oído—. Hazla feliz como tú sabes…

Debía de querer que la tomara por sorpresa, pero Luna la había oído.

—No, Mamen, por favor… —se quejó la chavala—. Quedamos en que solo le haría una paja… y hasta se la he mamado… ¿Qué más quieres?

La hermana mayor no se dejó amilanar.

—Ssshhh… tú tranquila —le respondió y me hizo una seña para que empezara, antes de sujetarle las manos por encima de la cabeza para que no se resistiera.

Muerto de morbo por lo que hacía la madurita, me arrodillé a los pies de la butaca y me lancé a por aquel manjar. Le relamí con la lengua desde el culo hasta el clítoris y la chica dio un respingo de cadera sobre la butaca.

Con la polla golpeándome el vientre me dediqué a comerme aquellos pliegues divinos. No dejé un solo rincón sin saborear. Tenía un aroma peculiar aquel coño. Una mezcla entre jugos femeninos, perfume barato y jabón.

El flujo manaba de aquella fuente como si alguien hubiera dejado el grifo abierto, y yo lo bebía sin saciarme. Luna se retorcía de gusto, las manos sujetas por su hermana para evitar que se rebelara.

Y yo le propinaba una bofetada que otra para que dejara de pelear.

—Así, dale fuerte, Marquito… —aplaudía Mamen cada cachete —. Que a ella le gusta que la controlen…

Tras las primeras protestas, no parecía Luna muy dispuesta a intentar huir. Muy al contrario, se había liberado de una mano y con ella se masajeaba los labios superiores y el clítoris, acompañando a mi lengua en sus recorrido de abajo arriba y al revés.

Mientras le llenaba de babas los pliegues del coño, viendo que la jovencita no se resistía, Mamen se puso en pie y se acercó a Elsa.

—¿Tienes un condón? —le preguntó en un susurro tan leve que entre los gemidos de Luna me costó entender.

—Pues no… —respondió Elsa tan susurrante como la otra—. Pensaba que no querías que llegase al final.

Supuse que Elsa se estaba acordando de mí en ese instante. «El pedazo de gilipollas de Sergio, mira que le advertí que comprara condones», imaginé que rezongaría para sus adentros.

—He cambiado de opinión —replicó la madurita—. Tiene que follársela… pero bien, además… —dijo acompañando la frase con un gesto de manos que dejaba muy claro a qué se refería.

Arrimó la boca al oído de mi novia y ahora sí que me fue imposible oír lo que decía.

—No fastidies… —exclamó Elsa en un murmullo llevándose una mano a la boca.

—Sí, es lo que hay, ¿te importa sí…? —volvió a aplicar el boca-oído y me perdí la pregunta.

—Vale, sin problema… —respondió mi novia—. Pero lo del condón… Lo único que se me ocurre es ir al baño y comprar en la máquina expendedora, si es que quedan…

—No, déjalo… —replicó Mamen convencida—. Si tardas se enfriará la niña. Que se la saque cuando vaya a correrse… No creo que por una vez la vaya a hacer un bombo.

—Claro, mujer, no creo… —respondió Elsa y Mamen se puso en pie.

Cuando la hermana mayor se volvió a nuestro lado y se arrodilló para sujetar de nuevo la pierna de su hermana, Luna comenzaba a correrse en mi boca.

—Oooohhh… me corro… me corro… —jadeaba Luna apretando los ojos y aguantando la respiración—. No pares… me corroooo…

Yo me dispuse a subirla al paraíso.

Pero Mamen me mandó detener la faena.

Y la fiesta se cortó antes de empezar.

—Para, que no se corra… —dijo muy seria—. Aún no es el momento… deja que lo desee…

—No… por favor… chúpame, por tu padre…, chúpame… —gemía la casadera—. Mamen, dile que siga, por diossss…

No entendí lo que pretendía Mamen.

¿Quería dejar a medias a su hermana? «Esa sí que sería una putada, con lo que jode un orgasmo interrumpido», me decía.

Pero no era esa su intención.

Y al instante lo comprendí.

Tiró de mis pantalones la madurita y me los bajó hasta las rodillas. Luego me empujó para que me arrimara a su hermana y apuntó mi polla entre sus labios. Antes de introducirla en el orificio, tiró de la piel hacia atrás para que el glande asomara. Luna permanecía con los ojos cerrados, la cabeza arqueada hacia atrás, como a la espera de que el orgasmo la rompiera por dentro.

—Ahora… —dijo Mamen en mi oído y la chica abrió los ojos adivinando que algo no iba según lo pactado.

Con una mano, la madurita le abrió el orificio a la chavala, y con la otra me empujó por el culo para que me adentrara en su vientre.

—No, no… —susurró Luna, casi sin fuerza—. Habíamos dicho que follar noooo…

Pero Mamen volvía a sujetar las manos de la novia para que no se defendiera.

Sin hacer caso a sus protestas, la alcé los muslos y la penetré despacio. Aquel chochito estaba tan cerrado que, a pesar de la humedad, me obligó a moverme tres veces hacia atrás y hacia

adelante para adaptarlo al tamaño de mi polla. Al cuarto empujón, mis huevos tocaron su perineo.

—Uffff…. —resoplé complacido.

Y Luna soltó un gemido brutal cuando mi carne la llenó por dentro.

—Hummmm…. —gemía retorciéndose—. Ooooohhhhhh….

La hermana le sujetaba las piernas en alto para facilitarme la penetración, al tiempo que le susurraba al oído.

—Ssshhh… —la mandaba callar—. No pienses en nada, déjate llevar. Disfruta de esta polla que te han regalado.

—Hummm…. Uffff… —se retorcía Luna de placer. Pero luego protestaba—. Dijimos que solo una paja, que follar no… Le estoy poniendo los cuernos a mi novio…

Muy seria, Mamen le respondía mientras me animaba con una mano para que aligerara mis movimientos dentro de ella…

—¿Y qué crees que está haciendo él, so boba? —le respondió la hermana mayor—. Pues follándose a una morena que le han pagado entre todos los amigos. Menudo cabronazo el Dani, no seas boba y devuélvele la pelota, por cerdo…

—¿Qué…? —decía Luna con una babilla saliéndole por la comisura de los labios, mientras su cabeza golpeaba contra el respaldo de la butaca por mis acometidas—. No… me… lo creo… Aaaahhhh….

—Me han enviado fotos… —le aseguró Mamen—. Luego te las enseño.

Mientras culeaba a la futura esposa con furia, casi con saña, noté una sombra a mi espalda. De reojo observé que se trataba de Elsa, que se había puesto en pie y por fin hacía algo más que mirar las noticias en el teléfono. Los clics de la cámara de su móvil me dieron una pista de lo que ocurría: mi novia sacaba fotos de la jovencita mientras mi polla entraba y salía de su coño. También debía de estar grabando video, imaginé.

Mamen la miró desde su posición arrodillada a los pies de la butaca y correspondió a Elsa con una sonrisa.

—Gracias… —le dijo con un movimiento de labios sin voz.

No necesité mayor explicación. Le estaban devolviendo al puñetero novio la jugada: «Tú te follas a otra, pues a tu novia te la revientan a polvos, gilipollas».

Enardecido, cerré los ojos y me abstraje de todo lo que sucedía a mi alrededor. Aquel coño húmedo ardía, Luna mostraba los estremecimientos previos al orgasmo y yo no tardaría mucho en seguirla. Y le comía las dos tetas por turnos para ayudarla a subir a la gloria.

Cuando la chica comenzó a correrse como una cerda, la hermana la izó una pierna para que sus sacudidas no me cerraran el camino hacia el coño. Yo sujeté la otra y seguí luchando por follarla mientras su vagina palpitaba y se contraía ante mis ataques.

—Aaaahhh…. Ooohhh…. Hummmm —gemía Luna apretando los ojos y mordiéndose el labio hasta casi hacerse sangre. El cuello se le arqueaba hacia atrás y su cabeza golpeaba el respaldo del sofá rítmicamente. Su cadera no paraba de estremecerse dando botes sobre la butaca.

—Dale, dale… no pares —me azuzaba Mamen—. Haz que mi hermana no olvide este día….

—Ahhh… Ohhh…. Hummmm… —seguía gritando la jovencita con el cuello arqueado hacia atrás y sus venas hinchadas.

La corrida era de las grandes.

Y parecía no acabar nunca.

Yo no paraba de penetrarla, enloquecido, empotrándola contra el respaldo de la butaca.

Cuando el orgasmo de la casadera terminó, empezó el mío.

—Joder… joder… me voy… *suputamadre*… —gruñí avisando de lo que ocurría entre mis piernas—. Hummmm… ¿Dónde… se lo… echo?

—Dentro ni de coña… —saltó Mamen agrandando los ojos—. No jodas, que le haces un bombo y la tenemos… Y sobre la ropa tampoco, que va a oler y queda aún mucha noche.

Me incorporé echándome hacia atrás y sacándosela de dentro.

Luna, por su parte, ronroneaba con la sonrisa de la relajación post-coital. Se la veía feliz y se había quedado adormecida. Cualquier cosa que le hicieran le importaría muy poco.

—¡Pues ven tú para acá…! —dije apretándome el tronco para evitar que la polla comenzara a disparar.

—Noooo, espera… —exclamó Mamen mientras me iba a por ella. Se había tropezado e intentaba huir de mí sin éxito.

Por fin la alcancé y la sujeté por el pelo.

—Deja de protestar, zorra… —la espeté con una bofetada de las que antes me pedía para la hermana—. Y abre la boca, joder…

Apretó los ojos sabiendo lo que venía. Y le metí la polla en la boca un segundo antes de comenzar a disparar chorros de lefa caliente. Mamen tosía y daba arcadas mientras se tragaba toda la que podía. La que no, le escurría por la barbilla.

—Para… paraaaa… —protestaba antes de que una nueva bofetada la convenciera de no seguir peleando.

—Calla, coño… chupa y traga, *hostias*…. —le decía con tirones de pelo, mientras resegaba mi polla sobre sus labios soltando descargas.

Cuando mi rabo dejó de manar, la atraje hacia mí y golpeé su boca con la polla a modo de porra. Mamen ya no luchaba, tan solo me relamía el glande con la lengua, sumisa. Con él entre sus labios, succionó hasta sacarme la última gota. Luego relamió los restos de semen que manchaban el tronco y los huevos.

—Así me gusta, que chupes como una zorrita… —la guiaba sujetándole la cabeza para que no huyera.

Su expresión se había vuelto descarada y guarra, parecía una fulana de bolso y esquina con la boca sucia de leche.

Mientras la hermana mayor relamía los restos, Luna se levantó con los ojos espantados, se recolocó la ropa y huyó hacia el baño. Aún Mamen me relamía la polla mientras oíamos mear a la hermana pequeña.

*

Solté del pelo a la madurita y me eché hacia atrás.

—Ufff… —bufé complacido—. Cómo la mamas, guarra… Te mereces una medalla…

Sonreía satisfecha mirándome a los ojos, y se chupaba los dedos con restos de semen.

Elsa, a mi lado, me ofreció toallitas para que me limpiara. Le entregó varias a Mamen también y ésta escupió el semen de la boca sobre ellas, antes de pasárselas por los labios.

—¿Cómo vamos de hora? —preguntó Elsa a la cuarentona.

—Vamos bien —dijo mirando a un reloj de pared tras tomar más toallitas y rematar su limpieza—. Nos queda media hora.

Luna salió del baño y se abrazó a su hermana. Aproveché que se había quedado libre para meterme dentro y eché la meada de después de un buen polvo. Y aquel polvo había sido de los buenos.

Finalmente le tocó el turno a Mamen, que se limpió a conciencia, haciendo gárgaras para eliminar mis restos de su boca.

Minutos después nos habíamos recolocado la ropa. Mamen y su hermana habían formado corrillo con Elsa y murmuraban cosas ininteligibles para mí. La madurita le había dado algo a mi novia y ésta lo había apretado en un puño.

Después, Mamen y Luna me dieron dos besos de despedida.

—Gracias, lo he pasado muy bien… —me dijo Luna. La borrachera parecía habérsele evaporado, quizá la había quemado completamente con el largo orgasmo.

—Encantada… ha sido un placer… —fueron las palabras de Mamen al despedirse con un abrazo.

—Lo mismo digo… —correspondí con dos castos besos en las mejillas.

Las hermanas salieron del reservado y se perdieron en el exterior.

Una vez a solas, miré a Elsa con gesto acusador, pero sin poder disimular la sonrisa que se me escapaba.

—Esta me la vas a pagar.

—Cuando quieras —respondió ella—. ¿Te apetece otra copa? Invito yo.

Mostraba los papeles verdes que antes apretaba en un puño. Era lo que Mamen le había pasado.

—¿No me jodas que eso es…?

—¡Tacháaan…! —canturreó Elsa con un gesto cómico mientras estiraba dos billetes de cien entre sus manos—. ¿Qué te parece?

—¡Les has sacado doscientos pavos por follarme a ese bombón!

—Ja, ja, ja… —reía sin poder parar—. Y me han pedido el número de móvil para otra despedida que tienen el mes próximo…

Elsa no paraba de reír, con ese tipo de risa suya que amenazaba con dejarla sin respiración.

—Le habrás dado un número falso, ¿no serás tan cabrona…?

—Ah…vete tú a saber… —respondió guiñándome un ojo.

Siguió riendo y abandonamos el reservado. El olor a sexo del interior, en contraste con el aroma a sudor de la discoteca, nos persiguió durante unos metros y luego dejamos de notarlo.

Y de la mano nos fuimos para casa.

*

Más tarde, ya en el coche, la presioné para que me contara cómo había sucedido todo. Sentía curiosidad sobre cómo habíamos llegado a aquel reservado.

—Ha sido mientras esperábamos en la cola de los baños —comenzó—. Le han entrado unos mensajes a Mamen y sin querer los he visto. Eran fotografías de la despedida de soltero del novio de la chica.

—¿El tal Dani?

—Sí, Dani… —confirmó y después continuó—: Mamen se ha dado cuenta de que la miraba y me ha contado todo. Que era del grupo de la despedida —aunque eso ya se le veía en la ropa— y que ella era la hermana de la novia, Luna. Y que el «gordito», como ella ha llamado al novio de la chica, le había puesto las pilas a su hermana para que no se pasara en la despedida de soltera. Y luego va, los amigos le regalan una escort, y el tío se lo pasa genial con ella.

—Lo normal, ¿no…? —sonreí.

—Sí, lo normal si el que se divierte es el chico y la puta la chica, no te fastidia…

—Bueno, vale, era una broma… no te pongas así… sigue…

—Pues que va la buena de Mamen y me dice: si no fuera porque lo he pensado tarde, le regalaría un *boy* a mi hermana. Que al menos le haga una paja y luego le mando las fotos a Dani para que se joda…

A esas alturas, Elsa ya no podía resistir la risa.

—Te estoy viendo venir…

—Pues me ves bien… —se mordió el labio sin conseguir dejar de reír—. Le he dicho que estaba con un amigo que había sido *boy*, pero que ya estaba retirado. Y que aún sabías manejar la herramienta, a pesar de no dedicarte ya a eso… ja, ja, ja… Que podía convencerte para que les hicieras una rebaja… ja, ja, ja…

—*Tuputaleche*… —blasfemé—. Así que me has vendido para darle en el morro al novio con las manos de la novia sobre mi polla…

—Ja, ja, ja… —reía sin parar—. Más o menos… Cien euros por una paja y un poco de sobeteo y morreo…

Todavía me daban escalofríos al recordarlo.

—Pero, al final… —algo no cuadraba—. ¿Por qué ha cambiado de opinión y te ha pedido que la follara?

Parecía obvia la respuesta, pero me apetecía corroborar mi sospecha.

—Pues porque ha llegado un nuevo mensaje mientras le dabas candela a la hermana pequeña. Y ahora era un vídeo en el que se veía al «gordito» follándose a la puta mientras los amigos le animaban todos a una…

—Y te ha pedido —acabé la frase por ella— que tú nos grabaras mientras lo hacíamos para ponerse a su altura, claro…

—Exacto… Ja, ja, ja…

—Pobre cría —me lamenté—. Como ese vídeo circule por Internet va a quedar como una guarra… Se va a enterar que se la han follado el día antes de su boda hasta en Singapur…

—Bah, tranquilo… —me sacó de mi error—. Mamen me ha asegurado que editarán el video para pixelar la cara de su hermana. Que el gordito sepa que se trata de Luna, pero que nadie más pueda reconocerla. Y tu cara ya me he encargado yo de que no saliera…

—¡Pedazo de zorras! —dije soltando una carcajada.

De camino a casa no pude evitar la risa floja, sentía los huevos vacíos y una sensación de serenidad por ello.

Una noche extraña, pensaba, aunque productiva.

Había echado un polvo y no me había sentido cohibido a pesar de que Elsa había estado presente.

No era un mal comienzo para experimentar el sexo fuera de casa.

Un amigo muy amigo

El dulce recuerdo del polvo en el reservado de la discoteca perduró durante días. Con solo recordar cómo le recogía a Mamen el semen de la cara con los dedos para luego metérselos en la boca y obligarla a lamerlos me ponía de lo más burro. Tanto, que había fantaseado con ello mientras me hacía alguna que otra paja en la ducha.

La parte negativa en esos días era que Elsa salía a menudo y que no tenía forma de saber si eran salidas de «amigos», como sostenía, o si había algo más.

—Si no hay confianza, apaga y vámonos —repetía Elsa como un mantra cada vez que me surgían dudas.

Echaba de menos los tiempos en que tenía un apoyo en Sofía. Vale que todo lo que me había contado eran mentiras, pero al menos había alguien al otro lado del móvil, alguien con quien charlar y descargar la angustia. En la situación actual me lo tenía que tragar yo todo en solitario. Pasarlo mal sin tener un oído amigo a quien explicarle como me sentía.

Así que se me ocurrió competir con la misma moneda. Si ella salía mucho, pues yo saldría más… pero con ella. De esa manera, cada salida de los dos era una cita menos de Elsa con un tercero.

Aunque ella se resistía, por supuesto, y cada vez me costaba más convencerla.

—¿No me vas a dejar en paz ni un solo finde? —se quejaba. Simulaba hacerlo en broma, pero yo sabía que en el fondo hablaba en serio.

Aquella noche de viernes conseguí que aceptara y me sentía feliz. Habíamos reservado mesa en *RascaYou*. Era un mejor local que mi vieja disco, al menos allí podíamos disponer de una mesa de verdad, a pesar de que la diferencia de precios era notable.

Habíamos llegado tarde, después de cenar en un restaurante cercano, y tras unos minutos de baile —ya cansados—, decidimos sentarnos y disfrutar de las copas y de la música.

—Que bailen los jóvenes —apunté con un suspiro.

Mientras bebíamos de nuestros vasos en silencio, noté sobresaltarse la mirada de Elsa, depositándola en alguien por detrás de mí. Casi a la vez, unas manos cubrieron mis ojos.

—¡Adivina quién soy!

No quise adivinar y pregunté directamente.

—Eso digo yo, ¿quién coño eres?

Elsa me miró echándome en cara mi falta de educación. El tipo que tenía a mi espalda estaba bromeando, pero en ningún momento había actuado con falta de respeto.

Me volví al tiempo que el desconocido retiraba las manos de mis ojos y no pude evitar la exclamación:

—¡Chema! —me levanté de la silla, me eché contra él y nos fundimos en un cálido abrazo—. ¿Pero de dónde sales tú, cabronazo?

—¡Pues del mismo sitio que tú! —bromeó mi amigo—. Llevamos una década sin vernos y de pronto apareces por mi disco favorita. ¡No me lo podía creer! Pero, ¿no me vas a presentar a esta preciosidad? —dijo apuntando hacia Elsa.

Hice las presentaciones pertinentes y Elsa le dio dos besos a mi amigo con una sonrisa enigmática. Parecía preguntar: «¿cuántos amigos tienes que no conozco?».

—Chema es un compañero del colegio —le expliqué para saciar su curiosidad.

—Dile la verdad… —rió mi amigo—. Más que compañeros, éramos compinches. Allí donde se montaba un lío, el dúo Chema-Sergio estaba metido hasta las trancas. Los profesores nos temían, ¿eh, colega?

Yo cabeceaba dándole la razón y Elsa nos miraba con incredulidad. En su cabecita no debía de caber el hecho de saber que su chico, tan buenecito él, había sido un joven travieso.

—Está hablando de primaria —le expliqué y entonces su cara mudó a un «ah, vale, ahora sí me lo creo».

—Y además vecinos de escalera… —puntualizó Chema—. El terror de la vecindad con el balón golpeando la fachada a todas horas, ¿te acuerdas? Ja, ja, ja…

Chema era un tipo simpático, gran conversador y le caía bien a todo el mundo. No en vano su profesión se enmarcaba en el terreno de las relaciones públicas.

Le pregunté si había ido con alguien a la disco y respondió que se suponía que sí, pero que le habían dejado plantado. Así que le invité a que se sentara con nosotros y aceptó sin reservas.

—Voy a por una copa —le dije.

—Ah, no, tranqui, ya tengo una… —se acercó a la barra y se trajo consigo una botella de cerveza recién estrenada. Aprovechamos el momento para hacer un brindis.

—¡Por los reencuentros! —exclamamos al unísono Chema y yo y Elsa nos acompañó.

En pocos minutos éramos un trío de amigos como si no nos hubiéramos separado en toda la vida. Chema y yo íbamos comentando los chascarrillos de nuestra infancia y adolescencia, y Elsa se integró en la conversación con una facilidad pasmosa. Reía nuestras gracias y preguntaba por los detalles escabrosos. Y, si en algún momento se quedaba fuera de juego, Chema la rescataba con maestría y la devolvía al redil.

Tan bien iba la noche que cuando Chema propuso que saliéramos a bailar, mi chica y yo le seguimos encantados. A pesar del cansancio, la euforia se había adueñado de nuestros cuerpos y bailábamos y tarareábamos como si hubiéramos rejuvenecido una década.

La noche se había revolucionado con la locura de Chema, un tipo genial donde los hubiera.

*

UNOS DÍAS ANTES

Aquella mañana me había levantado especialmente mosqueado. Elsa había salido con otro de sus amiguitos —en este caso no me había dado explicaciones de quién se trataba— y había vuelto a las cuatro de la madrugada. Cuando la interrogué, sostuvo que no tenía nada que reprocharle, tan solo había salido con un amigo y con gente de su cuadrilla y que había seguido las reglas al pie de la letra.

¿Qué podía hacer? Podía ser verdad o no, eso nunca lo sabría. Tenía dos opciones: creerla y aguantarme o hacerle una revisión ginecológica para ver si se la habían tirado cada vez que saliera.

Había que idear algo. Algo parecido a lo que se suponía que hacía Sofía, pero esta vez sin engaños.

Y esa misma mañana, mientras tomaba café, tuve una idea que sonó muy bien en mi cabeza. Lo que necesitaba era conseguirle un «amigo» a Elsa con el que congeniara y que accediera a salir con ella de vez en cuando. Alguien de confianza. En pocas palabras, un amigo que fuera más amigo mío que suyo. De esa manera dejaría de salir con otros, por una parte, mientras yo sabría lo que hacía en las salidas, por otra. Con saber cómo se comportaba me valdría. Si lo hacía de forma recatada, y no como una fresca loca por follar, me quedaría más tranquilo.

Pero si era lo contrario, tendría pruebas para cargarme el jueguecito de la pareja abierta que me fastidiaba más cada día que pasaba.

Así que comencé a darle vueltas sobre quién podría ser esa persona que no me fallara. Tenía que ser un amigo de entera confianza. Me preocupaba fiarme de cualquiera y que me pagara con la misma moneda que Loren.

Al no dar con una solución al rompecabezas, se me ocurrió echar un vistazo a la vieja agenda de papel que había utilizado antes de disponer de mi primer smartphone.

Y de pronto encontré a alguien que daba el perfil.

Se llamaba Chema y era mi mejor amigo del colegio, además de ser vecinos en la casa de mis padres. Si nos habíamos separado en diferentes pandillas y dejado de vernos fue por su tendencia sexual. Chema era gay y, una vez en la adolescencia, nuestros

intereses habían cambiado de dirección. A partir de entonces nuestra relación había sido más que esporádica.

Coincidía, por otro lado, que hacía un par de meses me lo había encontrado en una reunión con una empresa cliente, compañía en la que él trabajaba como Director de Comunicación. Y habíamos pasado todo un día en varias reuniones de trabajo.

Era un primer paso, al menos no le llamaría como un fantasma del pasado, sino como el amigo al que había reencontrado hacía poco por motivos profesionales.

Sin dudarlo un instante, marqué su número y le invité a comer.

Al día siguiente nos encontrábamos a la mesa de un restaurante de campanillas. Me iba a costar una pasta, pero la inversión valdría la pena.

Tras las primeras palabras de saludo, decidí lanzarme a la piscina.

—El día que nos vimos me dijiste que sigues soltero, que no tienes pareja, ¿cierto?

—Sí, totalmente solo —sonrió—. A mí no me quiere nadie… ja, ja, ja…

Reímos la broma. La verdad era que Chema estaba de muy buen ver. Moreno, alto y de cuerpo fibroso, sería una perla para cualquier mujer. En el caso de que le hubieran gustado las mujeres. Supuse que se cuidaría con la alimentación y que acudiría al gym casi a diario. Siempre he dado por hecho que los gays se preocupan más de su aspecto que los heteros. Y si comparabas a Chema conmigo, eso se confirmaba. Ya me hubiera gustado estar la mitad de estupendo que se le veía a él.

—Vamos, anda, que no debes pasártelo tú bien ni nada, con todo el mar lleno de peces para pescar lo que te apetezca.

Volvimos a reír y entré en materia.

—Chema, colega… si te he llamado es porque te necesito.

Le detallé todo lo que necesitaba saber acerca de mi novia y nuestra recién estrenada libertad de pareja. Después le expliqué que

necesitaba un amigo de confianza y le comenté los pormenores imprescindibles para que lo entendiera.

—¿Me estás pidiendo que saque a tu chica a pasear por ahí? —preguntó con cara de incredulidad.

—Algo así… —tragué saliva—. Pero tampoco que te cases con ella, ¿eh…? Ja, ja, ja… Con que la des una vuelta y la saques a bailar un par de veces al mes sería más que suficiente. Ya sabes, a esas fiestecitas que me has comentado que te montas.

La sonrisa de Chema era arrebatadora. Si hubiera sido gay, no creo que me hubiera liado con otro que no fuera él. Y lo bueno es que esa sonrisa atraía tanto a hombres como a mujeres. Qué chasco se llevarían las pobres que quisieran ligárselo cuando vieran lo que se iban a perder, reí para mí.

—Y supongo que quieres que la vigile cuando salimos, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas…

Le terminé de explicar la situación, mis temores de que no me estuviera siendo fiel, a pesar de que sostenía lo contrario.

—Pero, Sergio, ¿cómo te va a ser fiel si sois una pareja abierta? Lo normal es que se tire a todo lo que le apetezca.

Le di la razón, pero le aclaré que habíamos pactado un tiempo de abstinencia por su parte mientras yo me aclimataba a la nueva situación. Que tenía prohibido tener sexo, al menos de momento. Y, que si lo tenía, sería una puesta de cuernos en toda regla.

Por fin le encajaron todas las piezas.

—Me parece que ya lo pillo… Tú lo que quieres es que te la entretenga para que no se encame con quien le apetezca.

—Exacto… —le confirmé—. Y que me cuentes qué hace, si cumple, cómo se comporta… En fin, te lo puedes imaginar…

—Ya veo… —replicó pensativo—. Menudo papelón, amigo… Si lo llego a saber, salgo corriendo… ja, ja, ja…

Me mordí el labio, preocupado por su respuesta.

—Y, bueno, ¿qué me dices? ¿Me harás el favor?

Recordaba a Chema como, además de todo, un buen tío y mejor amigo. Y en esta ocasión demostró serlo.

—En fin, no sé, puedo probar y ver qué pasa… —respondió—. Al menos espero que tu chica sea normal, además de guapa. Quiero decir que le guste divertirse y que no sea una siesa. Te advierto que si es una aburrida te la devuelvo el primer día… ja, ja, ja.

—Ya te aseguro yo que no, con Elsa la diversión está garantizada —repliqué—. Le gusta mucho la marcha. Demasiado, por desgracia…

—Está bien, probemos… —confirmó finalmente—. ¿Cómo hacemos para que me la presentes?

*

ACTUALIDAD

Veía a Chema bailar con Elsa y me congratulaba de que se hubieran caído tan bien. Desde el primer instante habían congeniado como si se conocieran de toda la vida.

Había acertado de plano con mi elección.

Con suerte, los dos saldrían juntos a partir de ese día y yo sabría de qué pie cojeaba ella. Si en sus salidas guardaba nuestro acuerdo o, si por el contrario, me ponía los cuernos sin pudor.

—Me voy al servicio… —les dije mientras bailaban salsa cadera contra cadera—. Ahora vuelvo…

—Vale… —respondió Elsa con sus muslos entre los de Chema —. ¡Lambada…!

Si no hubiera sabido que mi amigo era gay me habría mosqueado. Pero sabía que solo actuaba bajo el guion que yo mismo le había sugerido. No tenía nada que temer.

Al volver del servicio minutos después, me encontré a Elsa sola en nuestra mesa. Me asustó pensar que hubiera habido algún cambio en mi plan. ¿Se habrían enfadado en mi ausencia?

Por suerte no era así.

—Chema se ha ido a saludar a unos amigos… —respondió mi novia cuando le pregunté por él—. Son aquellos dos de la barra…

Miré al trío de hombres y me di cuenta de lo que ocurría entre ellos: la forma en que se agarraban por las cinturas indicaba que les unía algo más que una simple amistad. Sonreí para mis adentros. Confirmado: mi novia estaba en buenas manos.

—Por cierto… —me dijo Elsa acercando su boca a mi oído—. ¿No tienes amigos más «normales»?

Me mosqueó la pregunta. ¿Habría descubierto su condición de gay?

—¿A qué… te refieres? —pregunté preocupado.

—Pues a que me parece que este es de la cuerda de Loren, ¿no te parece?

Respiré aliviado. Iba por un camino equivocado. Y me pareció que debía comentarle yo mismo la verdad, mejor que la supiera por mí para evitar mosqueos si se enteraba por su cuenta.

—No, no creo que debas preocuparte por eso…

—Ah, ¿no? —me cortó con sonrisa irónica—. Pues que sepas que nos conocemos desde hace solo dos horas y ya me ha pedido el número de teléfono. Menudo morro, ha sido irte tú al servicio y pasarme su móvil para que se lo tecleara.

Sonreí para mis adentros. Chema no había hecho más que seguir mis indicaciones. Toda iba por buen camino. Aunque por supuesto esto no debía saberlo Elsa.

—Tranquila… —le dije con sonrisa burlona—. Con Chema no hay nada que temer…

—Ah, ¿no…?

—No…

—¿Y eso…?

—Porque Chema es… gay… —le dije con puntos suspensivos para incrementar el misterio.

Elsa abrió los ojos con incredulidad.

—¿Qué me dices? —saltó—. Pero… ¿gay… gay…?

—Pues sí, cari… maricón del todo…

—Ah… —replicó pensativa—. Pues la verdad, no lo parecía por cómo se me arrimaba antes en la pista.

—Bah, ni caso… —la tranquilicé—. Puedes darle el móvil, no hay peligro. Es un buen colega y además un gran tipo, no como Loren.

—Vaya, qué cosas se encuentra una… —no parecía terminar de creérselo—. Pues vale, si tú lo dices, se lo daré. Tampoco creo que me vaya a llamar una vez al día… Si le gusta más el pescado que la carne, pues eso… ja, ja, ja…

Me encantaba oírla bromear.

—¿Qué tal te cae? —le pregunté por asegurarme—. ¿Te parece majo?

—Sí, muy majo… —confirmó sin dejar de mirarle en la barra donde bromeaba con sus amigos—. No entiendo cómo no me habías hablado nunca de él. Me recuerda a Loren de alguna manera…

—Bueno, así es la vida. La gente va y viene y de Chema no sabía nada desde hacía un montón de tiempo. Qué casualidad encontrármelo aquí. Qué grande es el mundo… y al tiempo que pequeño, ¿no?

—Ya te digo…

Esa noche nos quedamos hasta tarde. Yo miraba desde la mesa a la parejita mientras se agitaban en la pista. Me sentía feliz y confiado. En cuanto aquellos dos salieran un par de veces, obtendría más datos sobre las salidas de Elsa que el que tenía desde hacía semanas.

Podría dormir tranquilo.

Lío en el hospital

El tiempo fue pasando y en poco tiempo Chema y Elsa ya habían salido un par de veces. Tras sus encuentros, hablaba con mi amigo por teléfono y de momento me había dado buenas referencias. Elsa era una juerguista de primera, pero no cruzaba ninguna línea roja. Y eso que entre sus colegas había bastantes heteros a los que les iban los coños como a un tonto una tiza.

En cuanto a lo que a mí se refería, Elsa no descansaba ni un segundo en su afán por educarme en la esencia de las parejas abiertas. En ocasiones se pasaba y me ponía en situaciones que eran vergonzosas y hasta ridículas. Mi estancia en una clínica privada para una revisión general fue un buen ejemplo.

Dos semanas antes me había entregado un presente sorpresa.

—¿Un cheque regalo para una revisión médica? —le pregunté —. ¿Para qué quiero yo esto?

—Pues, cielo, para qué va a ser… —respondió—. Para que te hagan un chequeo de pies a cabeza.

—Pero… si yo estoy genial… —repliqué con escaso interés—. ¿Y de dónde lo has sacado…?

Me explicó que una famosa clínica les había dado una charla en su empresa para promocionar la marca. Al final de ésta, habían sorteado el cheque-revisión y le había tocado a ella.

—Tú estás genial —estuvo de acuerdo—. Pero he pensado que con los antecedentes de enfermedades raras en tu familia —en eso llevaba razón—, la revisión mejor te la haces tú. No te creas, que por lo visto la revisioncita de marras cuesta casi dos mil euros. No es para hacerle ascos.

Silbé alucinado.

—Joder, pues sí que tiene que ser la leche…

—Lo que pasa es que te tienes que quedar ingresado dos noches. Aunque tampoco es mucho, ¿no?

Me fastidió ese detalle, iba a tener que gastar dos días de vacaciones, cosa que me apetecía más bien poco. Aun así, al final acepté. Me encantaba que mi chica me cuidara, eso significaba que no mentía cuando decía lo mucho que me amaba.

—Ya tengo las fechas y el menú de pruebas… —me comentó tras gestionar en persona los detalles—. Será en quince días.

Lo había preparado todo al milímetro. Pasaría en la clínica el viernes y el sábado por la noche, y de esa manera solo perdería un día de trabajo.

Llegó el día y ese viernes me acompañó al hospital. Tras el ingreso, se marchó a la oficina después de propinarme un morreo de despedida. Por la tarde, sobre las tres, reapareció por la habitación.

—¿Qué tal todo? —preguntó.

—Un poco aburrido… te puedes imaginar. Estoy harto de leer las noticias en el móvil. Y de ver videos en *Youtube*. Pero en fin, todo sea por no desaprovechar los dichosos dos mil euros.

Rió mi ocurrencia y me regaló un nuevo morreo.

—Anda, cari, tienes que ser buen chico… —dijo con sus labios en los míos.

Después anunció que se bajaba al restaurante.

—¿No has comido? —le pregunté.

—No, me he venido directamente de la oficina. Me han dicho que en el restaurante de esta clínica se come bastante aceptable.

Cuando regresó una hora más tarde, una enfermera manipulaba el gotero al tiempo que me ponía una vía en el brazo. Yo me encontraba sentado en la cama con las piernas colgando por un lateral, y la muchacha —una morenaza de veintipocos con una bata blanca que no la tapaba demasiado—, se afanaba entre cánulas, agujas y esparadrapo.

Cuando la chica acabó su trabajo, se despidió con amabilidad y salió de la habitación con una sonrisa que levantaría a un muerto.

—Vaya con la enfermerita cañón —dijo Elsa acercándose a mí y metiendo la mano por debajo de mi batín de paciente—. Como se arrimaba la jodida niña… y tú loquito perdido, que te he visto. ¡Andáaa…!, ya veo que te la ha puesto curiosa… Vaya, vaya…

Me manoseaba el miembro mientras hablaba, parecía sopesarlo.

¿Me estaba tocando la polla para medir su tamaño?, me pregunté. No diría que no llevase razón, la chica estaba de muy buen ver y me había estimulado, pero de eso a ponerme cachondo iba un trecho.

—No digas tonterías, cari… —repliqué—. La chavala ha hecho su trabajo, no te inventes cosas raras.

—Pues no sé qué decirte… —sonreía con su habitual picardía de ciertos momentos; estaba a punto de soltarme una de las suyas, lo veía venir—. La enfermerita cachonda se ha arrimado a tus piernas más de lo necesario, me parece a mí. A saber si buscaba algo…

—¿Qué…? ¿Te has vuelto loca?

—Vamos, nene, no disimules, que poco más y te clava el chochito en las rodillas.

Bufé excitado. La enfermerita cachonda, como la llamaba Elsa, no me la había puesto dura. Pero escucharla a ella, detallando de manera lasciva unos hechos no del todo ciertos, pero con algún matiz verídico, sí que me la había levantado.

Su sonrisa mordaz, mientras parecía cavilar, me previno de que se avecinaba tormenta.

Y no tardó en iniciarse.

—Se me está ocurriendo algo… —dijo mordisqueándose una uña—. No sé si decírtelo.

—Joder, Elsa, ¿no estarás con tus tonterías otra vez? Mira que a mí no me metes en más líos como con mi secretaria. Desde que le saqué las bragas casi ni nos hablamos en persona, solo por correo. No veas que vergüenza nos hemos cogido.

—Bueno, pues no te lo digo…

Elsa sabía manejar perfectamente los «*tempos*», y con su «sí, pero no» había conseguido despertar mi curiosidad.

—Vale, tú como siempre… —me quejé—. Tiras la piedra y escondes la mano. Ahora no puedes callarte, cabrita. Suelta lo que has pensado si no quieres que te estrangule.

Rió Elsa y luego comenzó a vacilarme, como hacía siempre que quería meterme en un lío.

—Verás… —empezó con su sonrisa traviesa, mientras me sobaba un muslo por debajo del batín—. ¿Recuerdas que te dije que mañana sábado he quedado con un amigo para celebrar su cumpleaños?

—Sí, lo recuerdo… —repliqué de mal humor—. Y seguro que es el mismo con el que quedaste el sábado de las bragas de Sonia.

—No, no es el mismo. Este chico es un compañero de la sucursal de Barcelona, no tiene nada que ver.

—¿No sales con Chema?

—No, esta vez Chema tiene lío, creo que con uno de sus ligues…

Que hiciera lo que le saliera de las narices con su sexualidad me fastidiaba, pero que encima me lo paseara por el morro me ponía de los nervios. Aunque ella mantenía que era parte de nuestra nueva condición: contarnos las aventuras para disfrutar juntos de ellas. Me preocupaba que algún día tuviera la osadía de invitarme a acompañarla y a mirar, como había leído en algunas novelas eróticas que hacían los cornudos consentidos, cosa que yo estaba muy lejos de ser. Tarde o temprano iba a convertirme en un cornudo, lo aceptaba, pero de consentido nada.

—Vale, un amigo del trabajo, cojonudo… —solté ceñudo—. ¿Y qué pasa con ese amigo?

—Bueno… Si puedes ofrecerme algo mejor… —sonreía lujuriosa —, tal vez me lo piense y le deje plantado…

Se había apropiado de mi polla y la apretaba con dulzura, consiguiendo que fuera creciendo a paso ligero. Si se empeñaba en hacerme una paja, con las enfermeras entrando y saliendo de la habitación sin previo aviso, me temía que daríamos el espectáculo.

—¿Que te ofrezca algo mejor? —me extrañé—. ¿Qué puedo darte que sea mejor que lo que tienes entre las manos?

Encajó la broma con una sonrisa y me apretó con más fuerza, arrancándome un «auuu… más suave, nena». Luego se apoyó en el borde de la cama y comenzó a besuquearme en los labios, con una lengüita juguetona que entraba y salía de mi boca.

—Hay una cosa que puedes hacer… —entrecerraba los ojos, poniendo cara de zorrita. Ahora viene lo bueno, me dije… y no me equivoqué—: A lo mejor podrías hacerle alguna «cosita» a esa enfermerita cachonda y luego me lo contabas el domingo por la mañana. Y ya juntitos, podríamos hacer algo parecido para recordarlo.

Mi polla dio un rebote como si tuviera vida propia y duplicó su tamaño en un segundo.

—Ostras, nene… —rió libidinosa lamiéndome los labios—. Parece que te ha gustado mi idea.

—Joder, cielo… —repliqué—. No es que me disguste, precisamente, pero ¿por quién me has tomado? Ni *Rocco Siffredi* se ligaría a una chavala en tan poco tiempo.

—Tú verás… —dijo y volvió a besarme.

Al final acepté su propuesta, aunque no tenía ni idea de cómo me las iba a apañar. Seguro que la chica tenía tíos guardando cola para hacerle cosquillas por debajo del uniforme, y muchos de ellos en el mismo hospital. Era un asunto complicado, pero intentaría lo que fuera por evitar otra de las aventuras de Elsa.

Volvía a mí el espíritu combativo que había guiado mis pasos para sacarle las bragas a mi secretaria.

*

ELSA

El viernes me fui para casa sobre las ocho. La enfermera que se había resegado contra Sergio —aunque él mantuviera lo contrario— había vuelto tan solo una vez por la habitación. Y en la segunda ocasión se había cuidado de no acercarse demasiado a mi chico al ver que yo no la quitaba ojo. ¿No era esa suficiente prueba de que la chavala había buscado el contacto la primera vez?

No es que la enfermera fuera una zorrita —yo no había dicho eso—, pero que no le hacía ascos a tíos como mi novio, un hombre en la treintena con una pinta que quitaba el sentido, estaba más que cantado. Porque tengo que reconocer que Sergio iba ganando con la edad. No era un hombre de mucho deporte, pero el que hacía le sentaba fenomenal. Además, aunque guapo no era, las entradas en las sienes y la barba de tres días le hacían más que atractivo.

Vamos, que una niñata como aquella se daría con un canto en los dientes si mi chico le dedicaba tan solo una ojeada. La chica estaba para darla un repaso, eso lo reconocía. Se la veía estupenda de la cabeza a los pies, a pesar de aquel ridículo uniforme, tan corto que más parecía de actriz porno.

A decir verdad, yo no sé lo que le ven los hombres al uniforme de enfermera, a mí siempre me ha parecido vulgar y sin estilo. Sobre todo si la mujer no sabe vestirlo y termina pareciendo una chacha.

¡Hombres!

Cuando me despedí con un beso, tenía claro que Sergio no tenía nada que hacer con ella, y que perdería la apuesta. Pero al menos habría practicado un poco, con eso me conformaba.

El sábado por la mañana me pasé un rato para ver cómo iban las cosas, y al parecer todo seguía su curso. Por la tarde le harían la última prueba y el domingo a primera hora le darían el alta.

Por curiosidad, sin esperar que hubiera ocurrido nada, le pregunté a Sergio cómo iba su aventura con la chiquita. Mi chico respondió que no la había visto en toda la mañana. Había

preguntado por ella y le habían dicho que tenía turno de tarde, como toda la semana.

A la hora de comer me disculpé, había quedado con mis padres en su casa. Iba a tener que soportar la presencia de la insustancial de Lucy durante el almuerzo, pero lo daba por bien hecho si también podía charlar con mi primo Alberto, que cada día estaba más guapo.

Tras la comida, me fui de compras sola por el centro comercial ABC Serrano y me di unos caprichos. Iba sin prisa, había acordado con Sergio que me pasaría a última hora y no necesitaba correr.

Sobre las nueve entraba en la habitación y me llevé una sorpresa: la cama de Sergio se hallaba vacía. Me extrañó, se suponía que la última prueba iban a hacérsela bastante antes. ¿Estaría todavía por los pasillos, perdido, a la espera de que alguien le hiciera caso? «Mi pobre niño…», suspiré agobiada.

Pero de pronto supe que Sergio no había salido de la habitación.

Fue cuando escuché los jadeos dentro del baño.

Jadeos de hombre, por un lado.

Y de zorrita, por el otro.

Me quedé petrificada y me acerqué hasta la puerta. Luego pegué la oreja a la madera y escuché lo que se cocía en el interior. No pude evitar el escalofrío que me recorrió por entero.

—Deja de gemir, niña… —susurraba mi novio—. Que nos van a oír por todo el hospital.

—Ah-ah-ah-ah… —respondía ella, jadeante—. Es que no puedo, me estás matando… ¿De dónde has sacado esa polla tan gorda?

—Joder, pues como la de todo el mundo… —replicaba él—. ¿Tu novio no la tiene así de gorda?

—¡Qué va…! ¡Qué más quisiera yo...!

Los jadeos seguían a menor volumen, solo rotos por los «plas» «plas» propios del golpeteo de los dos cuerpos, y los gemidos de una zorrita corriéndose como una perra.

—Uyyyy… ayyyy… hummmm… joder… *hostias*… dame… dame… no pares, coño… no… pareeesss… aaaahhhh…

Finalmente, los gemidos desaparecieron.

—Venga, ¿te has corrido ya? —preguntaba él tras el paréntesis.

—Sí, acabo de correrme, es el tercero que me viene… ¿No lo has notado?

—Bueno, solo un poco, tú gimes igual siempre, te corras o no te corras… Pero da igual… ahora me toca a mí… ¿Dónde te lo echo?

—Dentro ni se te ocurra, ya lo hemos hablado… —respondía la enfermera—. Que follemos sin condón ya es una guarrada… pero que me llenes de leche y me dejes preñada ni de coña… Échalo en el lavabo, lo has prometido…

La réplica de Sergio me produjo otro escalofrío.

—Cincuenta más si te lo tragas…

Se produjo un silencio, pero duró muy poco.

—¡Cien! —respondió ella.

—¡Y una mierda…! —rezongó Sergio—. Sesenta y vas que te matas.

—Vale, sesenta…

Acto seguido escuché gruñir a mi novio como un cerdito, a buen seguro se estaba corriendo en la boca de la putita. Imaginaba que sería la enfermera que se le arrimaba el día anterior, pero no podía estar segura. Si se tratara de otra, sería la leche, iba a tener que darle a mi chico un premio especial por «atracción fatal» en la rama sanitaria.

Tras acallarse los jadeos, les siguieron los ecos de grifos, inodoro y cadena del wáter. Imaginé que Sergio estaría echando su meada de después, como era habitual. Mientras, ella se estaría lavando la boca, a tenor de las toses y arcadas que se escuchaban.

«No le gusta la leche a la muy puta —me dije—, pero por sesenta eurazos no le ha hecho ascos».

Imaginando que de un momento a otro saldrían del baño, me apresuré hacia el fondo de la habitación, situándome por detrás de

la cama. Me hacía la despistada, como si no hubiera escuchado nada.

Aun así, cuando la enfermerita cañón —la misma del día anterior, como imaginaba— salió del baño, nuestras miradas se cruzaron. La muy guarra llevaba los botones inferiores del uniforme desabrochados, y se iba estirando las medias para eliminar las arrugas.

«Menudo polvo te han echado, zorra, por mucho que lo disimules se te nota a la legua», le dije con la mirada.

La putita, avergonzada, bajó la cabeza y se escurrió hacia la salida como si la persiguiera el diablo. Por el muslo que asomaba por debajo de la falda, un reguero de flujo le goteaba desde la entrepierna.

«A ver cómo le explicas a ese novio que dices tener por qué hueles a la lefa de otro tío —proseguía mi cantinela silenciosa—. Mejor que esta noche le des puerta si no quieres que te pille, so guarra».

Lo medité un instante. Sentía una doble emoción.

Por un lado, estaba apenada por tener que cancelar la cita de esa noche. Había perdido la apuesta con Sergio y tendría que cumplir.

Por el otro, sorprendida por la conquista de mi novio. El muy cabrito se había follado a la enfermerita cachonda. Cuando le había planteado la oferta de cancelar mi cita si lo lograba, ni de lejos me había creído que en dos días iba a conseguirlo.

Pero lo había logrado.

¿Me sentía celosa?, pensaba. Ni de coña. No debería. Quizá un poco picada en el orgullo, pero nada más. Lo de la pareja abierta no entraba en discusión. Tenía claro que Sergio tenía que aprender mucho al respecto, incluyendo la gestión de sus emociones, celos y otras zarandajas propias de la monogamia. Pero en ningún momento se me había ocurrido que a mí me hiciera falta un poco de práctica antes de poder autodenominarme «liberada» de las ligaduras patriarcales.

Porque algo de eso me quedaba todavía.

Algo parecido a los celos, aunque con matices.

Y no me gustaba.

Dejé a un lado mis reflexiones en cuanto vi aparecer a Sergio rascándose la entrepierna, como buen macho que acaba de follar. Me moría por saber cómo diablos lo había conseguido, y en tan poco tiempo. Y mi cita de esa noche tendría que postergarse sin remedio.

Era el premio que le había prometido.

Lo di por bien hecho, sin embargo. Si aquello servía para mi propósito de que nuestra vida en pareja abierta funcionara, cualquier otra cuestión descendía a un segundo o tercer nivel de prioridad.

*

SERGIO

Salía del baño tras el polvo con la enfermerita cachonda, como la había denominado Elsa, cuando me encontré con ella en la habitación. Mi sorpresa fue mayúscula, a pesar de que era de cajón que tendría que aparecer de un momento a otro. A Daniela, la enfermera, le había mentido al decirle que esa noche no tendría ninguna visita. Sabía que en otro caso ni de coña se habría quitado las bragas para que le diera su merecido.

—Hola, cielo… —le dije a mi novia con una tímida sonrisa—. ¿Llevas mucho tiempo aquí?

Elsa se puso a dar palmadas, y no necesité mayor explicación: llevaba el tiempo suficiente como para saber lo que había pasado dentro del baño.

—Me lo tienes que contar… —dijo tras el aplauso—. No me explico cómo te has llevado al huerto a una chica como ésa en tan poco tiempo. Si hubiera sido una gordita con bigote y desesperada, pues me lo creería. Pero tirarte a la enfermerita cañón ha sido una proeza, enhorabuena... Así que canta, canta…

—De eso nada —me resistí—. El acuerdo era que yo te lo contaba mañana en la cama y con los dildos en la mano.

Se me echó encima como una loba. Me había arrimado la entrepierna y la noté ardiendo. Se había puesto calentita. Y comenzó a besarme en el cuello.

—Ni de coña… —soltó mordiéndome el lóbulo de una oreja—. Necesito saber… y tú me lo vas a contar… cerdito…

—Vale… —acepté a medias—. Pero quiero ver como llamas a tu amigo y le dices que no irás a la cita, que de pronto te ha entrado un jodido dolor de cabeza.

Pero ella iba siempre por delante.

—Acabo de hacerlo, ¿ves? —me mostró el chat de *wasap* con su amigo en el móvil—. Así que cuéntamelo todo y a lo mejor me quedo a dormir aquí contigo. Aunque ya te advierto que mucho sueño no tengo…

Reímos a coro antes de sentarnos en el borde de la cama.

Ella quería escuchar y a mí me apetecía contarle.

Era una historia propia de peli porno.

*

SERGIO

Pues, mira —comencé la historia—, me acababan de subir de la prueba de la tarde. Aún estaba medio dormido por la sedación cuando Daniela ha entrado. Ha revisado los niveles de las bolsas conectadas a la vía y después ha mirado si estaba despierto.

Me ha mosqueado su actitud, así que me he hecho el dormido. Por alguna razón he supuesto que si necesitaba verme adormilado era porque algo tramaba.

Y he acertado.

La muy zorrita se ha acercado a la ventana, la ha abierto y, cruzándose de brazos se ha encendido un cigarro. Me ha

decepcionado, fumar un pitillo tampoco era razón para tanta cautela. Podría haberme pedido que no dijera nada y yo la habría dejado sin problemas. Tenía que haber algo más.

Bingo de nuevo.

Tras apagar la colilla y tirarla por la ventana, ha sacado el móvil, ha encendido un nuevo cigarro y ha llamado a una amiga. Estaba claro, la guarrilla lo que quería era tomarse un rato de descanso. Y con el gilipollas de Sergio dormido como un tronco, pues ha debido de decirse: «aquí me quedo».

Tan tranquila estaba creyéndome fuera de juego, que la boba ha puesto el manos libres del móvil, se lo ha metido en el bolsillo superior de la bata, y se ha puesto a charlar con otra amiga, mordiéndose una uña y expulsando humo como una camionera.

Han hablado de varias cosas, ropitas y otros asuntos de esos de los que habláis las chicas. Pero de pronto ha surgido un tema que ha sido la piedra de toque.

—¿Y al concierto de Barcelona? —le ha preguntado la amiga—. ¿Al final vas a ir o no?

—Imposible —ha respondido ella resoplando—. Entre viaje y entrada necesitaría doscientos pavos por lo menos. Y estoy pelada, hasta que no cobre no puedo tirar de largo.

—Pues piénsatelo —decía la otra—. Ya sabes que tu chico sí va a ir.

—Sí, ya lo sé… el muy asqueroso…

—Y que también va Paula…

No te imaginas la cara de mala leche que se le ha puesto. He imaginado que su novio y la tal Paula la deben traer de cabeza.

—Ya, ya sé que Paula va también —ha respondido—. Pero si se pasa con Luis, dímelo, que la voy a coger por los pelos y se los voy a arrancar uno a uno…

Así han seguido un buen rato. Para cuando han colgado, la pobre Daniela estaba de los nervios, convencida de que su novio le iba a poner los cuernos con la tal Paula, sí o sí. Casi lloraba la pobre.

Y entonces he tenido la idea de la tarde.

Cuando ha tirado su tercer cigarro y ha cerrado la ventana, le he soltado sin que se lo esperara:

—¿Puedo decirte una cosa, Daniela? —he preguntado con reservas.

Tenías que haber visto la cara de susto que ha puesto la chica al darse cuenta de que no estaba dormido y que lo había escuchado todo.

—Di-dime… —ha dicho restregándose las manos de puro nerviosa.

—¿Tú tienes Bizum?

*

SERGIO

Se ha quedado como alelada, la pobre. Su cara no podía mostrar más extrañeza. Y yo esperaba sacar provecho de haberla pillado con la guardia baja.

—Pues… sí… —ha titubeado—. ¿Pero… por qué…?

He respirado profundo para darme ánimos y después he carraspeado. Era el momento de tirarse a la piscina y rezar para que tuviera agua.

—Pues porque yo podría ayudarte con lo de los doscientos euros para que vayas a Barcelona, y así controlar a tu novio y a su amiga Paula.

Ha torcido el gesto. Se le ha notado que esperaba que le pidiera algo a cambio. Nadie da duros a peseta, parecía decir su expresión.

—Y… —tragaba saliva la pobre sin parar—… ¿y qué quieres a cambio?

—Nada, poca cosa —he respondido—. Con una mamada me bastaría.

La chica se ha puesto colorada como un tomate y ha salido a la carrera.

«Joder, ya la he cagado —me he dicho—. ¡La que se va a liar!».

Cinco minutos más tarde, la puerta se ha abierto despacio. Me temí que regresaba con el director del hospital a montarme un pollo antes de ponerme una denuncia. Pero cuando ha asomado su cabecita con cautela y he comprobado que venía sola —medio encogida y con la misma cara de susto que cuando se fue—, sabía que la tenía en mis manos.

—Va-vale… —ha dicho—. Una mamada… pero solo eso…

—Claro, solo eso… —he respondido ufano.

Ha sacado el móvil —la muy jodida no ha querido cobrar a posteriori, no se fiaba de mí— y me ha pasado su número. Le he enviado el bizum y en cuanto un pitido le ha anunciado que el dinero había llegado, ha preguntado con timidez:

—¿Dónde… lo hacemos…?

—Vamos al baño —he respondido—. Ahí dentro podemos echar el pestillo.

—¿Y si alguien nos pilla?

—Tranqui, esta noche ya no va a visitarme nadie. ¿Hay alguna otra compañera que se encargue de esta habitación?

—No, ninguna, aparte de la que trae la cena, pero puedo avisar que no te la sirvan para traértela yo.

Después de avisar, nos hemos metido en el baño. La muy zorra se ha puesto de rodillas enseguida, se la veía con ganas de acabar. La mamada que me ha hecho, todo hay que decirlo, ha estado bastante bien. Pero me estaba sabiendo a poco. Además, no quería engañarte y decir que me la había cepillado sin ser verdad, así que he dado un paso atrás.

—Cien euros más si me dejas que te la meta…

Se ha puesto en pie y me ha mirado nerviosa. Se la veía traspasada de la vergüenza y he tenido que insistir.

—Venga, mujer, si nadie se va a enterar. Con cien pavos más puedes invitar a tu novio a unas copas y así ni se acordará de Paula.

La he debido de convencer, aunque no del todo.

—¿Tienes un condón? —me ha preguntado.

—Yo no, ¿y tú?

Se mordía una uña al hablar.

—Yo tampoco… —me rehuía la mirada, estaba a punto de caer —. Pero puedo ir a buscar alguno por ahí.

La he cogido de una muñeca y la he atraído hacia mí.

—Por dios, niña, si no va a hacer falta… —intentaba convencerla—. Cuando me vaya a correr te la saco y ya está.

Lo ha pensado unos segundos, luego ha aceptado.

—Venga, primero los cien —me ha dicho y se los he enviado a toda velocidad.

Se ha bajado las bragas y ha mirado alrededor para dejarlas en algún sitio donde no se mancharan. Con solo verle las medias blancas con ligas a medio muslo no te puedes imaginar lo dura que se me ha puesto. El doble de como la tenía mientras me la chupaba.

—Siéntate en el inodoro y levanta las piernas —la he dicho—. Te lo voy a comer antes para que estés mojadita.

Mientras se lo he comido se ha corrido por primera vez. No veas cómo gritaba la *hijadesumadre*. Como una puta cerda en el matadero. La he tenido que decir más de una vez que se mordiera la lengua, que iba a atraer hasta a la chica de la recepción.

Después de comérselo, me la he follado… pero bien. Primero de frente, luego la he puesto en cuatro y más tarde la he dado fuerte contra la pared. En esta postura se me ha corrido por segunda vez. No veas lo que me ha costado sujetarla para que no se me derrumbara por el suelo con el orgasmo, mientras la seguía dando candela para que se lo pasara en grande la muy puta.

Después la he vuelto a poner en el inodoro, he vuelto a follarla de frente y se ha corrido de nuevo. Tres veces en total. Cuando me ha llegado el turno a mí, la he tenido que dar sesenta euros más

para que me dejara que le llenara la boca de leche. No veas como regateaba la *hijadeputa*.

¿Ah? ¿Qué esa parte la has oído? Qué cabrita, pues menos mal que has llegado a tiempo, porque si no seguro que no me habrías creído.

Ja, ja, ja…

*

SERGIO

Terminaba de contarle la historia a Elsa en una posición más que indecente. Se había vencido sobre mí y yo me había recostado. Nuestras bocas se comían la una a la otra mientras le relataba y mi mano le hurgaba el coño con un mete saca que le arrancaba gemidos de placer.

Ella me había metido la mano dentro de los bóxer y me pajeaba despacio, sin prisa. Cuándo noté los espasmos previos a su corrida, supe que era el momento de parar. Mejor que se fuera a casa con las ganas y pillarla cachonda por la mañana.

Nunca me hubiera imaginado que mis aventuras con otras mujeres la fueran a poner tan caliente. Desde luego, a mí no me ocurría lo mismo con sus amiguitos y prefería no saber.

Con dulces palabras la convencí y salió de la habitación con un par de piquitos cariñosos.

Media hora más tarde me enviaba una foto entrando en casa.

«Ya ves que yo cumplo —me decía en un mensaje adjunto—, mañana te toca cumplir a ti».

Sonreí ante su ocurrencia y le devolví mi mensaje de buenas noches.

«Cuenta con ello y duerme bien, necesito que mañana estés al cien.»

«No sé, vengo muy cachonda, a lo mejor me toco un poco fantaseando con la enfermerita y contigo», respondió y no quise

replicar. Yo no me encontraba mejor que ella. Iba a tener que masturbarme para apagar los calores de todo el día, aunque sería un desperdicio hacerlo a solas.

*

La mañana del domingo fue realmente tórrida. Parecía confirmarse lo que Elsa había pronosticado: tras tener una aventura, compartirla en la cama y emulándola si hacía falta, el sexo entre los dos ganaba en intensidad.

A mediodía, ya secos de todos los jugos corporales, decidimos pedir algo de Glovo para hacer un alto en el camino.

Por la tarde, la siesta volvió a convertirse en un cuerpo a cuerpo sin cuartel, esta vez sobre los sillones y la alfombra del salón.

Unos polvos memorables, doy fe de ello.

Nos mirábamos sonrientes al acabar y Elsa me guiñó un ojo.

—¿Tenía yo razón o no? —preguntó jactanciosa.

Me levanté de la alfombra, le di un piquito y, sin querer admitirlo, me fui directo a la ducha.

Nuevos problemas

Una semana más tarde, Elsa salía de nuevo con Chema. Era viernes y volvió sobre las cuatro de la mañana. Era éste un horario que comenzaba a ser habitual y que a mí me desagradaba. Entre las diez que salía de casa y las cuatro, que volvía, daba tiempo para muchas cosas.

Al día siguiente, mientras Elsa se preparaba en el baño para ir guapa a casa de sus padres, llamé a mi amigo.

—¡Qué tal, colega! —me dijo tras descolgar.

—Pues no sé qué decirte… —respondí, forzando el tono de preocupación.

Chema lo entendió a la primera.

—Si es por tu chica, te aseguro que no tienes de qué preocuparte.

—Ya, pero es que cada vez vuelve más tarde. Anoche eran más de las cuatro cuando entró por la puerta. ¿Dónde estuvisteis?

Me comentó el nombre de la sala de fiestas y, por supuesto, no la reconocí.

—¿Y… todo bien? —insistí.

—Que sí, hombre, que todo estuvo bien y sin líos… —replicó y esperé a que se extendiera algo más, con frases tópicas no me iba a conformar—. Ayer nos juntamos con colegas de mi empresa. Y no veas qué bien se lo pasó tu chica...

—¿Muchos tíos? —le corté.

—Bueno, pues sí, no te voy a engañar… Y también chicas, que conste.

—Me lo imaginaba…

—Pero no pasó nada, Sergio, confía en mí… —trató de tranquilizarme—. Tu chica sabe manejarse entre machitos… Te lo

puedes imaginar, muchos moscones a su alrededor, como es natural. Elsa era la chica más llamativa de la reunión. Pero nada que temer, te lo aseguro, entre lo bien que se maneja ella y mi apoyo por si alguno iba pasado de copas y se excedía, no hubo sobresaltos.

La explicación de Chema consiguió calmar mi ansiedad. Sabía que podía confiar en él. Mi amigo no iba a jugármela como el zorrón de Sofía.

—De acuerdo, pero espero que no te enfades si te pregunto más veces.

—Por supuesto que no, cuenta conmigo…

Acababa de colgar, cuando Elsa salió del cuarto de baño tan guapa como siempre y me hizo un pase de modelos.

—¿Qué tal?

—Tremenda, cari… tremenda… —respondí.

Vaya una pregunta estúpida. Elsa estaba como un tren, para variar. Estrenaba ropa nueva y muy sexy. «Demasiado» sexy, para mi gusto.

Me ponía nervioso pensar que se pudiera arreglar así para su primo Alberto.

Lo mismo que hacía Lucy cuando su novio la vestía al gusto de tío Juan.

*

La comida de ese día fue bastante distendida. Más de lo habitual, por lo menos. La ausencia de tío Juan y de su hermano, el padre de Elsa, pareció que nos sentó genial a todos, y las formalidades —exceso de seriedad, en ocasiones— brillaron por su ausencia.

Ese día tocaba hablar de las inminentes vacaciones.

—Entonces, ¿cuándo os vais al chalet de tus padres, Alberto? —preguntó la madre de Elsa.

—La semana que viene —respondió su sobrino.

—¿Y os quedáis hasta finales de agosto? —añadió mi suegra.

—Ni idea… —respondió Lucy tomando de la mano a su novio—. De momento pasaremos allí unos días… Después ya veremos…

—Eso es… —confirmó Alberto—. Estamos barajando la posibilidad de hacer un crucero por el Adriático.

—Guau… —silbó Elsa, quien no había dejado de observar a la parejita haciendo planes—. ¡Qué bien os lo montáis!

—¿Vosotros no tenéis ningún plan todavía? —le preguntó su madre.

—La verdad es que no… —respondí yo—. Hasta ahora no nos hemos puesto de acuerdo en qué haremos. Y eso que cogemos vacaciones en agosto también.

—Pues ya vais tarde… —sonrió Lucy, a lo que Elsa respondió torciendo el morro.

Entonces intervino Alberto. Su idea no era mala, pero consiguió erizarme los vellos de la nuca.

—¿Por qué no os venís unos días con nosotros al chalet de Jávea? —sugirió—. Allí hay bastante marcha, ya lo sabéis. Y si después queréis hacer algo más, seguro que conseguís montaros un buen plan, solos o con amigos.

Esta vez fue mi gesto el que se torció, mientras Elsa comenzaba a dar palmadas de alegría.

—¿Pasar unos días en casa de tus padres? —preguntó emocionada—. ¿¡Lo dices en serio!?

—Totalmente… —confirmó Alberto.

—Por supuesto… —insistió Lucy—. Este año irá mucha gente joven, no como otros años, que está lleno de carcamales…

La madre de Alberto la miró sin mucho aprecio, la acababan de llamar carcamal, y había sido, cómo no, la chica «sin filtros».

—¡Sería un plan genial…! ¿Verdad, Sergio? —dijo Elsa poniendo una mano sobre mi antebrazo para que no se me ocurriera contradecirla.

Tenía que callarme para no levantar polémica delante de todos, pero pasar unos días en la casa donde se había gestado la

aberración de tío Juan follándose a su sobrina —mi novia, para más señas—, me provocaba escalofríos.

Desde luego, no era un plan que me volviera loco de contento.

—Sí, sería genial… —aseguré con la boca pequeña.

—Lo que pasa es que a estas alturas el chalet ya estará lleno… —apuntó Elsa—. Si lo hubiéramos sabido antes…

—Bah, tú por eso no te preocupes… —la tranquilizó Alberto—. Ya no va tanta gente por allí como en los viejos tiempos. Además, si hace falta yo os busco una solución. Para vosotros os consigo una habitación de las buenas sí o sí, faltaría más.

—¡Claro! —añadió Lucy, quien no sabía lo poco que la apreciaba su prima política—. Alberto es ahora el cabeza de la familia… Él os consigue lo que haga falta.

Elsa no cabía en sí de gozo. Daba saltitos sobre la silla y, para mi pesar, con cada saltito sus tetas, apretadas en un vestido dos tallas menores que la suya, le rebotaban sin parar, atrayendo los ojos de halcón de su primo.

«*Mecagüenlaleche*», me dije acongojado. No solo se trataba de pasar tiempo en un sitio que me incomodaba, sino también el hecho de saber que Alberto se iba a poner las botas mirando a mi chica con los escuetos bikinis que le gustaba lucir.

—Pues no se hable más, ¿verdad, Sergio? —sentenció mi novia —. Nos vamos al menos un par de semanas. Después ya veremos…

*

No hubo forma de convencerla de hacer un plan diferente, por nuestra cuenta. Elsa se había encariñado —por no decir «encoñado»— por volver al chalet de su tío. Y eso a pesar de que siempre había afirmado que lo que ocurrió en aquella casa había marcado —para mal— su primera juventud.

Al final tuve que aguantarme y aceptar su decisión.

Para variar.

El problema añadido era que perdía el control sobre ella a través de Chema. Si nosotros nos desplazábamos y mi amigo se quedaba en Madrid, ¿cómo iba a saber lo que ocurría cuando salía por su cuenta como últimamente no paraba de hacer?

Tocaba hablar con Chema, no cabía otra.

Y lo hice el lunes siguiente.

—¿Qué tal, colega? —le dije cuando respondió a mi llamada.

—Ahí andamos, un poco liado… —respondió—. Pero como sé que no me llamas solo para saludar, dime lo que sea rápido, que me esperan para una reunión en diez minutos.

Era mi amigo en estado puro. De los que no se andan con rodeos y van directos al grano. Así que me vi obligado a hacerle un resumen rápido.

—Pero, Sergio, ¿cómo me pides eso? —negó de entrada para mi decepción—. Si yo tengo ya planes para esas fechas. Y no van a ser en Jávea, por desgracia…

—Ya me imagino, pero era por intentarlo… —repliqué desinflado—. Sé que te gusta viajar a lo grande. ¿Adónde te vas esta vez, a la Polinesia?

—Ja, ja, ja… cómo me conoces… —me vaciló—. Pero no, esta vez no te creerás dónde voy a pasar unos días…

—Pues tú dirás…

—¡En Benidorm!

—¿¡Qué!? —me eché a reír sin poder contenerme. Si no me estaba vacilando, estaría a tiro de piedra de Elsa y de mí—. ¿Y qué tienes tú por la tierra de los jubilados?

Me permití burlarme de él, y se hizo el ofendido.

—Sí, sí… ríete… —me acusaba, y sin embargo él se reía más que yo—. De jubilados, nada. No te imaginas la marcha que hay allí en verano… Y me han prestado un ático en uno de los rascacielos más emblemáticos. La de fiestas que pienso montarme… Ya te vendrás con tu chica a alguna de ellas, estáis los dos invitados, por supuesto… Y entre Jávea y Benidorm hay menos de una hora.

—Ya lo creo que me apuntaré a alguna… —le aseguré encantado—. Pero ya sabes que a Elsa le gusta volar libre, me temo que será más ella la que te visite de vez en cuando.

—Por mí lo que digáis. Ya sabes que te la cuidaré como siempre.

Nos despedimos acordando que ya hablaríamos cuando nos afincáramos cada uno en su residencia vacacional.

Acababa de resolver un problema.

Respiraba más tranquilo.

*

Aún me aguardaban sorpresas antes de iniciar las vacaciones. La última llegó la mañana del día planificado para salir hacia Alicante.

Cuando el móvil comenzó a vibrar lo miré de reojo. Al ver el nombre que aparecía en pantalla, respondí de inmediato.

—¿Amy? —dije sin disimular el asombro al descolgar.

—Hola, Sergio… —dijo con voz aflautada y débil.

Me puse en guardia, sabía de los trucos de las mujeres cuando pretenden algo. Y por muy joven que fuera Amy, se trataba de una mujer como cualquier otra. Aunque, a decir verdad, no tenía ni idea de por qué me llamaba aquella chavala de la que no había sabido en meses. Había supuesto que no volvería a tener noticias de ella, teniendo en cuenta quién era su padrastro.

—¿Estás bien? —pregunté—. Te noto rara.

Pero Amy no parecía querer ir al meollo de la cuestión.

—No, no estoy bien… —respondió—. ¿Podemos vernos en algún sitio para hablar?

No me apetecía para nada verme con ella. Y menos a sabiendas de que si se enteraba Loren, íbamos a tener un lio de los gordos. No podía olvidar la última imagen que tenía de la chica, en una grabación en la que se la estaba mamando a su padrastro.

Y por si eso fuera poco, esa misma tarde salía de viaje y necesitaba cerrar los últimos asuntos con urgencia. Solo así podría

comenzar las ansiadas vacaciones sin tener que llevarme trabajo pendiente.

—Lo siento, Amy —repliqué—. Pero me es imposible verte… ando muy liado…

—No tiene por qué ser hoy… —se agarró a un clavo ardiendo —. Puede ser mañana o pasado… o cuando tú puedas…

—Imposible, de verdad… —no sabía qué hacer para quitármela de encima, y tampoco me apetecía tratarla con desprecio. Lo que hice fue quedarme en un término medio—. ¿Por qué no me cuentas lo que te pasa y vemos cómo arreglarlo?

Se quedó callada por unos segundos.

Tuve incluso que animarla a hablar.

—¿Amy? —dije pensando que ya no estaba al otro lado de la línea.

—Sí… estoy aquí…

—Venga, cuéntame… ya veré si puedo ayudarte…

La oí respirar fuerte y por fin se decidió a explicarse.

—Estoy muy enfadada con Loren… —comenzó—. Bueno, más que enfadada, decepcionada…

—¿Y eso? —me mosqueé—. ¿Te ha hecho algo?

Si me decía que mi examigo la había maltratado o algo similar, sin pensarlo atrasaría la salida de las vacaciones y me iría a por él. Era bastante más fuerte que yo, pero no me iba a quedar con las ganas de cogerle por las solapas y decirle cuatro verdades.

Y ya me las apañaría para explicarle a Elsa todo el meollo.

—No, a mí no… —respondió con un hipido—. A mí no me ha hecho nada…

—¿Entonces?

Los sollozos de la chiquilla ya eran notorios.

—Es que… —gimió sin poder contenerse— tú me lo advertiste y no quise hacerte caso…

Empezaba a adivinar de qué iba la cosa.

—¿Con quién te ha engañado?

Y no me equivocaba.

El sollozo esta vez fue tremendo y el cuerpo por dentro se me deshizo. La pobre chavala no fingía el dolor. Lo estaba pasando realmente mal.

—¡Con mi mejor amiga…!

Si me hubieran dado un puñetazo en el estómago no se me habría cortado la respiración de la manera en que lo hizo. Si se trataba de una de sus amigas, estaba claro que era otra criaja como ella, tal vez menor de edad.

—No me fastidies… —dije con un bufido—. ¿Una compañera del colegio?

Intentaba averiguar su edad. Si se trataba de una menor, iba a llamar a Loren a continuación para pedirle explicaciones.

—Sí, es una compañera, pero es mayor de edad, ese no es el problema…

Había adivinado lo que se me pasaba por la cabeza y se había apresurado a aclararlo.

—Mira, Amy… —me puse en plan paternal—. Loren no es más que un tipo de los muchos que pasarán por tu vida. Si te ha engañado, para mí no es una sorpresa. Y hasta es mejor que haya sido ahora que no dentro de un tiempo. Cuanto antes te desengañes, mejor. Deberías olvidarte de él y dedicarte a tu novio, que se le ve que es un buen chaval. Y si Loren se pone gallito, incluso deberías decirle a tu madre lo que ha pasado. Aunque al principio se disguste, al final te comprenderá y te ayudará. Ante todo, es tu madre…

—No creo… —me cortó—. Mi madre solo vive por él. La muy boba ni se entera de lo cabronazo que es. O, si se entera, se lo pasa por alto. Está totalmente encoñada.

Lo decía con despecho.

No quise corregirla y decir que lo del «encoñamiento» podría aplicársele a ella igualmente. Eso sería hurgar en la herida.

—Pues pasar por esto tú sola te va a costar diez veces más que si le pides ayuda. Deberías pensártelo.

Un nuevo hipido se le escapó.

—No creo, no siento que pueda ayudarme, además…

Se había callado y la animé a proseguir.

—Además, ¿qué…?

—Además… —respondió—. Estoy pensando irme de casa…

El mundo se me cayó a los pies. ¿Qué podía decirle yo a aquella cría para que no hiciera semejante locura? Imposible convencerla, me temía, y mucho menos por teléfono.

—Amy, por dios, no hagas barbaridades… ¿De qué vas a vivir?

—No sé… ya se me ocurrirá algo…

—¿Y tu novio? —imaginé que el chaval tendría casa y que tal vez sería una buena opción, al menos temporalmente.

—Mi novio se ha vuelto a Estados Unidos… —replicó triste—. No sé si estamos juntos o ya no, la verdad…

El asunto se iba enredando poco a poco. La madeja no dejaba de crecer como una bola de nieve. Si seguíamos hablando unos minutos más iba a verme envuelto en los enredos de la familia de Loren, y era un extremo que no me apetecía en absoluto.

Sin saber por dónde salir, se me ocurrió lo único factible: ganar tiempo. En cuestiones de procrastinación era un experto. Y eso es lo que hice.

—Mira, te propongo una cosa…

—Dime…

Inspiré profundo, tenía que cerrar aquella conversación cuanto antes, pero sin dejar heridas abiertas. Rogué a las alturas y le solté una propuesta que en el fondo estaba vacía, pero que quizá me permitiría salir del atolladero por el momento.

Después ya veríamos.

—Es lo siguiente —le dije—: Ahora no puedo verte porque esta tarde salimos de vacaciones y no volveremos hasta finales de agosto. Durante este mes no hagas nada de lo que puedas arrepentirte. Y cuando vuelva de las vacaciones, nos vemos y lo hablamos con más calma, ¿qué te parece?

Me escuchó a regañadientes, después le hice prometer que no se movería de su casa ni que armaría ningún lio más. Incluso le sugería que no le dijera nada a su madre por el momento.

Aceptó sin tapujos, afortunadamente. Imaginé que no tenía mucho entre lo que elegir. Así que lo que yo le proponía era más de lo que tenía.

—Hablamos a la vuelta.

—Vale… —gimoteó una última vez.

—Chao, Amy, cuídate —concluí.

—Bye…

Colgué el móvil y me volví a mis quehaceres, lo último del día para salir de viaje sin cargas profesionales. Aun así, no me pude quitar de encima el run-run de la llamada de Amy en todo el día.

Esperaba que al día siguiente la habría olvidado por completo.

Y que podría entregarme a la hamaca y el sol.

Era tiempo de asueto, no de preocupaciones por problemas que no me incumbían.

No sabía lo equivocado que estaba.

El tiempo comenzó a correr en mi contra en el mismo momento en que corté la llamada.

El comienzo de las vacaciones

Llegamos tarde al palacete de los Molinaseca y casi todos se habían retirado a sus habitaciones. Yo estaba destrozado después de un día de carreras para dejarlo todo cerrado en la oficina. Y los cuatrocientos kilómetros que me había chupado en el coche —Elsa se negaba a conducir aunque disponía de carnet— añadían combustible al cansancio que llevaba al entrar en la habitación que nos tenían reservada.

—Es genial… —silbó Elsa cuando entramos en un dormitorio el doble de grande del que le habían asignado el verano en que su tío se aprovechó de ella.

—¿Eso de ahí es un baño privado…? —pregunté sin creerme que cada habitación dispusiera de aseo propio. No por nada, salvo porque el número de dormitorios de aquel palacete era mareante.

—Por supuesto, aunque no es solo un baño —rió Elsa—. Es una sala de relajación con jacuzzi incorporado. ¿Qué te parece?

Eché un vistazo y quedé maravillado, como no podía ser de otra manera.

Pero mi prioridad en esos momentos era dormir.

—Me voy a acostar, pero ya… —dije—. Estoy que me caigo…

—Y yo… pero antes tengo que desmaquillarme… Ahora te veo, no te duermas…

Minutos más tarde, sin atender a su petición, me encontraba roncando y girado hacia mi lado de la cama. A lo cansado que me encontraba se había añadido que el colchón era uno de los más cómodos en que había dormido en mi vida.

*

No recuerdo si soñé, tan solo que al despertar se me echó encima el silencio y la soledad que invadían la habitación. Desorientado, me incorporé en el colchón sobre los codos y observé el lado de la cama de Elsa.

Se hallaba completamente vacío, como había presentido un instante antes con los ojos aún cerrados.

Con el sopor del sueño interrumpido miré por todos lados. Nada. Ni siquiera en el baño de la habitación. Supuse que Elsa habría bajado a la cocina a beber agua. Y esperaba que subiera un vaso lleno de la nevera para mí también. Tenía la costumbre de beber durante las madrugadas y no me apetecía el agua del grifo del baño, tan llena de cal como es habitual en los pueblos de la costa mediterránea.

Mientras aguardaba el regreso de Elsa, recordaba sus palabras al tomar posesión del dormitorio: «la habitación contigua a ésta es en la que mi tío me exigió que convenciera a Nata para que tuviera sexo con él, a cambio de no echarnos de la casa».

Las imágenes de Nata —una chica que no conocía— se reprodujeron ante mí. En mi fantasía mamaba con ansia de una polla grande con huevos colgones de hombre «maduro». No me atrevía a llamarle «viejo». Desde que conocí a tío Juan, cuando contaba cincuenta y bastantes, siempre lo había considerado un hombre vital, con más energía que otros más jóvenes. En la vida y en el trabajo, pero también en la cama, supuse.

Tras pensar en Nata, la imagen de Elsa tomaba su lugar, esta vez con las piernas abiertas sobre la cama, el antifaz cubriéndole los ojos. Y el madurito follándola con tanta intensidad que amenazaba con partirla en dos, al tiempo que la susurraba al oído: «que rica estás, *hijadeputa*».

Esta visión me desasosegaba y me impedía conciliar de nuevo el sueño.

Media hora más tarde, cansado de esperar, me puse en pie y me calcé las chanclas de playa. Miré la hora en el móvil: las dos de

la madrugada. Vaya horas para salir a pasear, pensé, me iba a tener que enfadar con Elsa si pretendía hacerlo a menudo.

Descendí las escaleras hasta la planta baja y asomé la cabeza por la cocina y el salón. La oscuridad y el silencio reinante me convenció de que no se encontraba por allí.

Bebí agua de la nevera y luego dudé el paso siguiente. Había dos posibilidades: salir al jardín o volver a la habitación. Al fin y al cabo, Elsa conocía la casa mejor que yo, tarde o temprano volvería al dormitorio. Mi cuerpo me aconsejaba la segunda opción. Pero mi corazón me empujó hacia la primera.

Salí de la cocina y crucé el gran salón hasta llegar a uno de los ventanales que daban al jardín, cerrados durante la noche. No tuve que salir al exterior para descubrir a Elsa, que se hallaba en una tumbona al borde de la piscina y muy bien acompañada.

Se encontraba mi chica recostada en una tumbona, medio inclinada ésta hacia atrás. Llevaba poca ropa, tan solo una ligera bata y por dentro, supuse, la ropa íntima o un bikini. La flanqueaban por ambos lados su primo Alberto y tío Juan, los dos sentados en sendas hamacas, con los pies pisando la hierba y de cara a Elsa. Era una reunión familiar sin mayor importancia, muy parecida a las de las tardes de sobremesa en casa de los padres de mi novia.

Corrí el ventanal y una brisa leve removió los visillos. El mismo aire trajo hacia mí las voces de los insomnes del jardín.

Los dos hombres hablaban con sus voces graves, muy parecidas entre sí —por su parentesco, supuse— y Elsa reía sus comentarios. Me apeteció unirme al grupo, la noche estaba en calma y el fresco del agua invitaba a acercarse y disfrutar de una tertulia de madrugada.

Nada más lejos de lo que creía.

En cuanto Alberto detectó mi presencia, hizo una señal a los otros dos y el silencio se adueñó del ambiente. Solo algún ave nocturna se atrevía a romper el súbito mutismo. Me pregunté de qué diablos hablarían y que fuera tan privado como para no compartirlo conmigo.

Con un resquemor en las tripas, me acerqué hacia ellos y la única que me saludó fue Elsa. Los otros dos se limitaron a mover la cabeza.

—Hola, cari…

No sabiendo qué decir, solté lo primero que se me ocurrió.

—Qué bien os lo pasáis, ¿no? —reí mi propio chiste—. Podríais avisar.

—Bah, es solo por no aguantar el calor de la casa —respondió mi novia, amorosa, cogiéndome de una mano—. Con lo bien que se está aquí… No te he dicho nada porque roncabas, que lo sepas.

Los tres mantenían vasos en las manos. El de Elsa parecía contener agua, pero en el de los otros dos se veía un licor dorado, quizá whisky o ron negrita, ambos a pelo, sin hielo.

Tío Juan chupaba de su eterno puro y soplaba un humo de olor desagradable. La figura de su tío fumando era exactamente la que había imaginado cuando Elsa me contó su «obscena aventura» en un verano ya remoto.

—En esa mesa tienes botellas y algún vaso limpio —apuntó Alberto—. También limonada, por si el alcohol es demasiado fuerte para ti.

Me molestó la frase del capullo de Alberto, dicha de manera falsamente inocente. Aunque peor fue la risita con la que la acompañó Elsa. Pero seguía teniendo sed, así que la dejé pasar y opté por la limonada. Me incliné sobre la mesa para alcanzar la jarra y el vaso y entonces lo vi.

Tío Juan se encontraba empalmado como un colegial salido. El bulto que escondía entre las piernas era muy difícil de disimular, por más que lo intentara inclinándose hacia adelante.

Era una polla de un tamaño insospechado para un hombre de su edad.

De las que duelen al entrar, que diría una mujer.

De forma instintiva giré la cabeza y con la mirada busqué la entrepierna de su hijo. Imposible saber si se encontraba igual que la

de tío Juan, sin embargo, ya que se cubría las piernas con una toalla.

Aquellos dos me ponían de los nervios. Era hora de salir de allí. Y llevarme a Elsa conmigo, a ser posible. Tío Juan se la había follado una vez, y ni mi novia tenía muy claro de si se había dado cuenta de que era ella y no Nata la que le ofrecía el coño a cambio de una habitación. Eso era suficiente razón como para detestarle y tratar de alejarle de mi novia.

Apuré la limonada y acaricié el rostro de Elsa con el dorso de una mano.

—¿Te vienes a la cama? —le dije—. Es un pelín tarde.

Elsa acercó mi mano a sus labios y depositó un delicado beso sobre ella. Era ese tipo de detalles los que me hacían reconciliarme con ella cuando teníamos alguna diferencia. Los detalles que nunca sabía si eran sentidos o si solo los utilizaba para manipularme.

—No me apetece todavía, cari… —dijo tras el beso, lo que me dejó claro que éste había sido de los segundos—. Vete tú, yo voy enseguida.

—Pues yo sí que me voy —dijo de improviso Alberto, apurando los restos de su licor y poniéndose en pie—. Mañana tengo partido de pádel a primera hora. Se estiró con un amplio bostezo y soltó la toalla. Su entrepierna se encontraba neutral. Aunque a saber cómo habría estado unos instantes antes bajo la toalla.

—Hasta mañana —dijimos el trío que aún quedábamos en el jardín, viéndole marchar hacia el ventanal del balcón que yo acababa de abrir.

*

Tras el abandono de Alberto, me había quedado entre dos aguas. No sabía si acompañarle hacia la casa o quedarme con Elsa y su tío.

Cuando iba a decidirme a tomar asiento y esperar a que le entrara sueño a mi novia, una figura apareció entre las sombras. Venía desde la puerta de la cocina.

—Hola, gentes… —saludó Lucy con su desparpajo habitual.

Vestía un mini salto de cama, bajo el que se le adivinaban dos redondos pechos con pezones enhiestos que miraban al cielo. No llevaba sujetador, pero tampoco era tan raro que se lo hubiera quitado para acostarse. Por debajo imaginé que al menos llevaría las bragas, aunque no habría puesto la mano en el fuego por ello. Las morenas piernas de la chavala brillaban doradas a la luz de la luna.

—Alberto acaba de entrar en la casa —le anunció Elsa—, se iba para la habitación.

—Sí, ya le he visto —respondió Lucy rebuscando entre las bebidas—. Me lo he encontrado cuando subía las escaleras. Pero he pensado que me apetece más una copa al fresco que la sesión de sexo que me ha ofrecido.

Nadie le rió la broma, aunque a mí me encantó la forma en que sabía decir las cosas más extremas sin quedar mal. Habría dado un brazo por tener la mitad de desparpajo que aquella chica.

Se sirvió del licor ambarino, que resultó ser ron, y luego se sentó en la tumbona que su novio ocupaba unos minutos antes. Apretaba los muslos para no enseñar más de lo que se veía a simple vista.

—Pero no os calléis, que no muerdo —rió bajito—. ¿De qué hablabais?

—De la vida… —rió tío Juan con su voz grave.

—Vaya, qué profundos… —sonrió Lucy—. Pues eso me recuerda un tema que le ocurrió a una amiga… Una chica que…

Aburrido por la cháchara que imaginé comenzaría en ese mismo instante y, sintiendo que mi chica se encontraba más arropada ahora que la acompañaba Lucy, me agaché a darle un beso y me despedí de ella.

—Me voy a la piltra… no tardes mucho, ¿vale? —le susurré al oído.

—Vale, no tardo —me respondió y me alejé hacia la casa diciendo adiós a tío Juan y a Lucy con un movimiento de mano.

Me acosté y conté ovejitas a la espera de lo primero que llegara: Elsa o el sueño.

*

Pero Elsa no volvía y mi sueño no llegaba por eso justamente: porque mi novia seguía en el jardín con el viejo truhán. Afortunadamente, se encontraba arropada por Lucy. Con una sola chica, el muy asqueroso se podría atrever. Pero dudaba de que lo hiciera si estaban las dos.

Tras comprobar que ya eran las cuatro de la mañana, la inquietud comenzó a comerme por dentro. Bajar de nuevo al jardín no me parecía muy de recibo, iba a quedar como el imbécil que a Elsa le encantaba que fuera para poder echarme en cara mis celos. Pero recordé que al llegar me habían hablado de un lugar privilegiado desde donde se veía todo el jardín, incluida la piscina.

No se encontraba este mirador en ninguna habitación, sino en el rellano de la escalera de la misma planta donde se ubicaban los dormitorios.

Me calcé las chanclas y salí al exterior.

Llegué al mirador y corrí a un lado el visillo.

Y entonces los vi.

En el grupo que dejé en el jardín tiempo antes ya no eran tres, sino dos. Tío Juan y Elsa seguían en la misma posición en que les había dejado, pero Lucy se había evaporado.

Un calorcillo me subió por el estómago hasta llegarme a la garganta.

¿Qué coños tenía mi novia que hablar a solas con su tío a las cuatro de la mañana, a sabiendas de que era un truhán de primer orden? ¿Se había vuelto loca? ¡Esta vez me iba a oír!

Sin pensarlo, me lancé escaleras abajo, dispuesto a reventar la reunión.

Hice el mismo camino que la primera vez, cruzando el salón y saliendo por el ventanal.

Pero al llegar al jardín lo encontré completamente vacío.

Ni un alma por la piscina ni en los alrededores.

Tan solo las tumbonas y las bebidas abandonadas sobre la mesa eran testigo mudo de la reunión que se había mantenido hasta un momento antes. Imaginé que tío y sobrina habrían entrado por la puerta principal, sin recordar que la del salón la había dejado abierta en mi anterior visita.

Aunque había una segunda posibilidad: que no hubieran entrado en la casa.

Aturdido, volví a entrar por el salón y cerré el ventanal. Luego agucé el oído por si escuchaba pasos dentro del palacete. Nada. Ni el volar de una mosca se escuchaba por allí.

Recorrí todas las plantas a la búsqueda de Elsa, pero no la encontré en ninguna de ellas.

Miré hacia la biblioteca y un gusanillo me recorrió el estómago. ¿Me atrevería a subir por aquellas escaleras que nadie pisaba si no era por invitación expresa del amo de la mansión?

Imposible, ni de coña lo haría. Tan solo de pensarlo el repelús me erizaba la piel.

Desesperado, me volví a la habitación. No me cabía otra que esperar.

Y al entrar me llevé una sorpresa.

—Jolines, cari, ¿dónde te metes a estas horas? —preguntó medio dormida Elsa, acostada en su lado de la cama.

Me tuve que sujetar para no soltarle una fresca.

—He ido a mear —respondí—. Duérmete, cielo, que ahora me meto en la cama.

Entré al baño y comencé a gritar sin control, pero sin emitir el mínimo sonido. Me tuve que sujetar para no darle patadas a todo lo que hubiera alrededor. Era lo único que podía hacer para relajarme.

Cuando me tranquilicé, eché la meada que había inventado cuando hablé con Elsa. Después volví al dormitorio y me quedé a los pies de la cama, inmóvil y en silencio.

La observé en la penumbra oyéndola respirar. Me sentía aún algo inquieto, pero feliz. Me había puesto de los nervios por una bobada. Idiota de mí. Elsa estaba en la cama y dormía como una niña. No haciendo las barbaridades que había imaginado un instante antes.

Minutos más tarde respiraba a su lado y acompasaba ambas respiraciones hasta que caí dormido.

Día de playa

Al día siguiente me esperaba una nueva sorpresa. Y la recibí después de desayunar.

Había salido a por el periódico y volvía cargado con él, tres revistas de coches, una bolsa de chucherías y dos chocolatinas. Ir al kiosco era para mí una perdición, Elsa me lo recordaba siempre que podía y yo solía ignorarla.

Pero esa mañana, cuando me tropecé con mi novia en el jardín, en lugar de echarme la bronca como siempre, tiró del brazo de una chica que la acompañaba y me la presentó sonriente:

—Mira, Sergio, esta es mi amiga Natalia, Nata para los amigos… —tiraba de su amiga para que se acercara—. Nata, este es Sergio, el amor de mi vida del que te he hablado.

No pude por menos que ponerme colorado mientras Nata y yo nos dábamos dos castos besos en las mejillas. Elsa siempre me ponía por las nubes delante de extraños y eso me incomodaba.

—Hola, Sergio, encantada.

—Hola, Nata, lo mismo digo.

«¿Así que esta era la famosa Nata?», pensé.

—Nata se va a quedar en la casa un par de semanas —comentó mirándome a mí—. Nosotros nos iremos antes, aunque no es seguro —le explicó esta vez a su amiga—. Pero aquí ya conoces a mucha gente, así que no creo que te aburras.

No pude evitar que la chavala me cayera bien. Era una chica no demasiado sexy, pero bastante guapa. Y portaba un aura de buena persona. No entendía cómo Elsa la había presentado como la bruja del cuento cuando me relataba la aciaga aventura del fatídico verano en que tío Juan se las había follado a las dos.

Minutos después nos separamos de ella, necesitaba tomar posesión de su cuarto y darse una ducha.

Elsa y yo nos sentamos en sendas tumbonas.

—¿No decías que hacía mucho que no sabías nada de tu amiga? —pregunté.

—Por dios, Sergio, eso era de cuando te conté la famosa historia —respondió con una sonrisa en plan «es que no te enteras, hijo»—. ¿Cuánto hace de eso, cinco… seis años?

—Pues al año de entrar en el bufete, en la fiesta de Navidad —repliqué—. Haz las cuentas.

—Pufff… media vida… —confirmó—. Pues lo que seguro que también te he contado, pero que no me has escuchado para variar, es que Nata reapareció hace unos meses y que ha retomado el contacto con nosotros.

La miré sorprendido.

—¿También con tu tío?

—Sí… —sonrió—, también con mi tío… Pero no seas mal pensado que te veo venir.

—¿Yo…? —me excusé con expresión inocente, antes de decidir que tenía que hurgar en la herida—. De todas formas, había asumido que te llevabas mal con ella, que te había defraudado.

—Y llevabas toda la razón —confirmó—. Pero el tiempo lo cura todo —soltó el cliché sin despeinarse—. Así que ya lo he olvidado. Si alguna vez la cogí manía, es porque éramos muy jóvenes. Ahora ya somos mayores para andarnos con esas tonterías, ¿no te parece?

—Si tú lo dices… —acepté sin creérmelo del todo.

—Pues eso, que sepas que volvemos a ser amigas —anunció y luego cambió de tema. ¿Te parece si nos vamos a la playa y pasamos allí la mañana?

—Por mí, perfecto…

—Pues vamos a la habitación a coger los trastos, que te voy a llevar a una cala que te va a gustar. Aparte de que es una gozada, suele estar medio vacía, incluso en agosto.

*

Para llegar a la dichosa cala tuvimos que bajar por un camino de cabras, más parecido a un terraplén que a una carretera. Al final se llegaba a un descampado no muy grande que actuaba como parking. Y se encontraba casi vacío, aparte de dos o tres coches y una furgoneta hippie. La playa, al fondo, se veía casi desierta. Demasiado vacía para tratarse del mes de agosto, pensé.

—¿Ves cómo aquí no hay casi nadie? —dijo Elsa.

Cuando me fijé en algunos paseantes a la orilla del mar, supe a qué se debía.

—¿¡Me has traído a una playa nudista!?

—Venga, Sergio —se echó a reír—, no me fastidies que eres tan estrecho como para escandalizarte.

En realidad no me escandalizaba, pero me fastidiaba que me tomara el pelo. ¿Qué es lo que pretendía, exhibirse? «Bueno —pensé —, tampoco la van a ver tantos, la playa está vacía».

Minutos más tarde habíamos extendido las toallas y nos sentábamos sobre ellas.

—Me temo que llevas demasiada ropa —dijo tras quitarse el sujetador del bikini—. Ese bañador te sobra.

—Me importa un huevo —respondí—. No me lo quito ni de coña.

—¿Qué pasa, te da miedo enseñar la «cosita»? —rió—. Vamos, hombre, si hay pocas chicas que te la puedan ver tal como me imagino que estará: arrugadita y medio dormida… ja, ja, ja…

La carcajada final me fastidió sobremanera. Si ella se reía de mi polla, no quería ni pensar cuando la vieran otros. Y es que por las mañanas, como Elsa había mencionado, mi «cosa» tardaba en despertar y su tamaño lucía al mínimo. Era algo que solo se sabía en privado, pero que me parecía vergonzante ante extraños.

Finalmente, ante la insistencia de Elsa, accedí a quitarme el bañador, aunque me di un par de meneos al colgajo para que

despertara.

Ella, por su parte, se había quedado en topless, pero con la braguita del bikini puesta. Lo había hecho así porque yo me había puesto muy pesado.

—Pero si no hay casi nadie —se quejaba ella cuando le insistía —. ¿Quién me lo va a ver? Además, lo tengo estupendo, me lo depilé antes de venir de vacaciones.

—Sí que hay alguien —señalé a algunos paseantes al borde del mar—. Y el parking está comenzando a llenarse.

Accedió ante mi presión y lo primero que hicimos tras llegar a un acuerdo —topless sí, desnudez ni hablar—, fue ponernos crema el uno al otro. Después nos tendimos y tomamos el sol que comenzaba a pegar con ganas.

No habrían pasado más de diez minutos, cuando escuché una voz que me sacó de un duermevela delicioso con el ruido del mar de fondo.

—Oiga, señorita… —decía alguien delante de nosotros—. Esto es una playa nudista. Aquí no se puede llevar ropa.

Abrí los ojos y me encontré con tres viejos completamente desnudos y con las manos en la espalda. El más joven de los tres sobrepasaba la edad de jubilación. Lo que más impresionaba de ellos eran sus badajos, de un tamaño más que considerable, sobre todo para su edad.

Elsa se incorporó sobre uno de sus codos y con la mano libre hizo visera para poder verles sin que la molestara el sol.

—Sí, señorita, mi amigo lleva razón —apuntó otro de los vejetes—. Esto es una playa nudista y usted lleva ropa. Debería quitarse la braguita del bikini.

Elsa sonrió beatífica, como si tuviera un grupo de niños delante. Luego les habló como a tales.

—Es que no puedo, amigos… —dijo sonriente y con voz melosa —. Estoy en «esos días», ustedes ya me entienden. Sería muy desagradable ir manchando por ahí, ¿no creen?

Los tipos se miraron entre sí. Y entonces habló el que aún no había intervenido.

—Ah, si es así, vale… —miró de nuevo a sus amigos y continuó —. ¿A que sí, chicos? Una señorita tiene derecho a guardar su intimidad sin que nadie le fastidie cuando está indispuesta.

Los otros dos asintieron y los tres se quedaron callados.

Lo que más me molestó de la escena era que los vejetes me habían ninguneado en todo momento. Como si yo no estuviera allí. No me dio tiempo ni a decir «hola» y ya se habían marchado, pero ganas me dieron de mandarles a la mierda en la distancia.

Una vez se alejaron de la misma forma en que habían llegado, Elsa se volvió hacia mí y me soltó una pulla:

—¿Ves cómo llevo razón? —dijo quisquillosa—. Aquí, si no vas desnudo, se te echan a degüello. Y menos mal que te he convencido para que te quitaras el bañador, a ver que excusa hubieras puesto tú… ja, ja, ja…

—Putos viejos… —dije con una mueca de fastidio y volví a tumbarme, esta vez boca abajo para tomar el sol por la espalda.

Un minuto más tarde, vi a Elsa ponerse en pie.

—Me voy al agua, ¿te vienes?

—No, ahora no tengo ganas —respondí—. Ve tú por delante y luego ya iré yo.

Fue una decisión nefasta.

*

Elsa jugueteaba con las olas, dejándose vencer por ellas y luego resurgiendo triunfante. El agua debía de estar excelente de temperatura y se la veía disfrutar. Lo que me preocupaba era que, en medio de sus juegos, se iba alejando de la posición donde habíamos asentado las toallas y cada vez me costaba más divisarla a lo lejos.

Además, cuanto más se alejaba de mí, más cerca se encontraba de los viejos que, haciendo corro al borde del agua, no perdían ripio de sus evoluciones.

«Joder, Elsa —le dije mentalmente—, ¿pero es que no ves que esos cerdos se están poniendo las botas?».

Con creciente angustia, noté como los vejetes cada vez entraban más en el mar. Lo hacían con disimulo, jugando entre ellos a echarse agua. Y en pocos instantes ya se encontraban a escasa distancia de Elsa.

La sangre se me subió a la cabeza cuando los tres al unísono comenzaron a salpicar a mi novia, riendo y jugando como chiquillos. Aunque lo peor fue cuando ella, entre carcajadas, les siguió el juego y empezó a devolverles las salpicaduras.

Daba la sensación de que era lo que había buscado desde el principio. Sentirse deseada, aunque fuera por unos viejos babosos, la debía de poner muy cerda.

No solo no detenía a los viejos, sino que les retaba.

Tentado estuve de correr hacia ella, el comportamiento de los tipos me parecía execrable, y el de Elsa, humillante. No pude hacerlo, sin embargo, me había quedado con la bolsa donde habíamos depositado los móviles, las carteras y otras pertenencias. Debería haberlas dejado en el coche, como ella me aconsejó, pero me había opuesto por si nos robaban y ahora pagaba las consecuencias.

Unirme a Elsa en el agua con la bolsa a cuestas era un peligro, sobre todo si se me caía al agua y se mojaban los móviles. Y amonestar a los vejetes desde la orilla, en plan «salvador de damas en peligro», me iba a costar una buena bronca de mi novia, que aduciría que no me necesitaba, que sabía defenderse por sí misma.

Así que me tocaba mirar desde la distancia y aguantarme.

Tras unos segundos de juegos, los vejetes habían rodeado a mi novia y cada vez se acercaban más a ella. El hormigueo habitual de mi estómago cuando Elsa cruzaba una línea roja se despertó.

Alcé una mano para hacerle una señal. Le decía con ella que volviera, pero Elsa no me miraba, tan solo tenía ojos y risas para los tres tipos.

Cuando ya estaban a centímetros de mi novia, las risas del grupo cesaron. Desde la distancia no podía ver lo que ocurría entre ellos, pero me dio la sensación de que algunos, si no todos, podían estar tocándola.

Me puse en pie para intentar distinguir lo que ocurría en el agua, pero en la distancia y con el sol de frente se me hacía imposible.

Una pareja que paseaba por la playa se detuvo y se quedaron mirando al grupo. Estaba claro que algo «interesante» sucedía bajo las olas. Lo peor es que la pareja me molestaba el ángulo de visión. Me tenía que mover hacia un lado para poder ver.

Volví a levantar la mano para llamar a mi chica, pero ella seguía sin mirarme. Y al final no pude resistirlo. Cogí la bolsa con los móviles y demás enseres y eché a andar hacia el grupo.

En ese instante, la pareja de mirones reanudó su camino al borde del mar, justo cuando yo llegaba a la posición que habían ocupado ellos.

Volví a hacerle señas a Elsa para que saliera del agua y se alejara de los tres babosos. Pero se hallaban demasiado lejos de la orilla y, si quería que me mirase, iba a tener que gritar.

*

Enfrascado en el espectáculo que estaba dando Elsa, no observé que una sombra se me acercaba por la espalda. Solo me di cuenta de que un tipo se había parado junto a mí cuando soltó el primer exabrupto.

—¡*Hostia*, tío…! —exclamó junto con un eructo—. ¿Esa de ahí no es la chica que estaba contigo en la toalla? ¿No será tu mujer…?

Me volví con un escalofrío y miré de arriba abajo al tipo que reía y bebía de una lata de cerveza extralarga mientras señalaba al

grupito.

El hombre, en pelotas como todo el mundo en aquella playa, era a todas luces un borrachín que rondaría la sesentena. Poseía una barriga cervecera pronunciada y un mini pito que apenas se le notaba bajo los pliegues de la panza.

Sentí un profundo asco al verle tan cerca de mí, como si fuéramos colegas.

—Lárgate, tío… —le dije con una indignación más dirigida hacia mi novia que hacia él—. Nadie te ha dado vela en este entierro…

—Pero, hombre, no te pongas así… —cabeceó y tuvo que hacer una cabriola para no caer al suelo por la melopea.

—¡Que te pires, coño…! —le insistí.

Pero no parecía dispuesto a largarse, el espectáculo de mi chica con los tres vejetes le debía de estar gustando porque a su pito se le veía crecer.

Antes de volver a mandarle a la mierda, el borrachín me dio un consejo.

—Yo que tú me metía en el agua y la sacaba de ahí —apuntó entre trago y trago.

—¿¡Te puedes largar, joder…!? —volví a recriminarle.

—Vale, vale… yo te lo decía como amigo… —se excusó poniendo las manos en alto como para hacer las paces—. Esos tres vejetes parecen inofensivos, pero son peligrosos. No sería la primera vez que se follan a alguna chavala los muy cabrones… Empiezan jugando… y acaban empujando de lo lindo…

Por primera vez le miré. Lo que acababa de decir me había puesto la piel de gallina.

—Sí, no me mires así… —aseguró dando un paso adelante al ver que bajaba la guardia—. A veces se las tiran en el agua, pero lo normal es que se las lleven detrás de unas rocas. Mira, aquellas…

Señalaba a unas grandes piedras al final de la cala, separando la playa de la montaña que la rodeaba.

—¿Qué bobadas dices…? —tartajeé sin perder de vista al grupo del agua por el rabillo del ojo.

—¿Bobadas…? —protestó bebiendo de nuevo y haciendo una nueva cabriola para no desplomarse sobre la arena—. Pues que sepas que mientras se tiran a sus ligues, se le arriman bastantes tíos a mirar… o a lo que se pueda… A mí me han dejado alguna vez que me pajee cerca de la afortunada… Y en una ocasión una francesa me dio un lametazo en el capullo…

El estómago se me había revuelto. No estaba claro si era debido a lo que ocurría en el agua o a lo que me contaba el borrachín.

*

Abandoné mi atención sobre el tipejo, que no dejaba de eructar, y me acerqué a la orilla, metiendo los pies en el agua.

—¡Elsa! —grité, aunque no me atreví a hacerlo con fuerza. Había ya bastante gente en la cala y no me apetecía que se me arrimaran más pesados como el borrachín.

—¿Tu chica se llama Elsa…? —preguntó el gordinflón acercándose a mí por la espalda y riendo de forma desaforada—. Pues mira qué casualidad, la francesa que me lamió el capullo también se llamaba así.

De un salto me situé delante del tipo y le solté una bofetada a mano abierta. El pobre trastabilló y se cayó de culo, perdiendo el bote de cerveza en la caída.

—¡*Mecagüentóstusmuertos*, tío! —soltó el buen hombre, y luego aclaró—: ¡Que esa lata estaba recién abierta…! Me has jodido un par de pavos, colega, me los tienes que pagar.

Me hablaba a mí, pero al mismo tiempo no perdía ripio de lo que ocurría en el agua

—*Hostias*, colega, que a tu novia se le arriman cada vez más los viejos… mira, mira… y yo diría que van empalmados…

Señalaba al grupo del agua y, alejándome de él, volví a gritar.

—¡Elsa!

—¡Sácala, tío…! —soltó el borracho desde el suelo—. Sácala que esos son capaces de follársela ahí mismo.

Al oír esto mi indignación se multiplicó. No porque fuera falso lo que decía, sino por recordármelo.

—¡Vete a tomar por culo…! —le solté con malas pulgas.

—Bueno, hombre, perdona… —se excusó—. No me he dado cuenta de que a lo mejor eres de esos a los que les gusta que se follen a sus chicas mientras ellos miran…

La piel de todo el cuerpo se me puso de gallina. Acababa de insinuar que era un cornudo consentido. Y eso me ofendió sobremanera, tal vez porque no estaba tan lejos de serlo con todo eso de la pareja abierta.

Más indignado conmigo mismo que con el borrachín, me fui hacia él y le pateé el culo.

—¡Te he dicho que te pires…!

A la primera patada se quedó petrificado, pero cuando le propiné la segunda echó a correr despavorido.

—¡Vale, vale, ya lo he pillado, me voy… joder, qué carácter! —soltó mientras se alejaba—. Al próximo le va a ayudar *suputamadre*…

Me giré de nuevo hacia el agua y mi sorpresa fue que Elsa salía a la carrera y se me echaba encima. Por suerte llevaba puesto aún la braguita del bikini. En el agua, los tres vejetes la miraban desilusionados. Y, efectivamente, sus pingajos de antes ya no eran tales, sino que lucían unas erecciones más que impresionantes para su edad.

—¡Te pillé! —dijo sonriente y me mojó por entero en un abrazo cargado de humedad, algas y sal.

—Joder, Elsa, ya te vale… —la regañé—. ¿Por qué no me hacías caso cuando te llamaba?

—Ah, ¿me estabas llamando? —se disculpó a su manera: negándolo todo—. Desde ahí dentro no se oye nada con el ruido de

las olas. Por cierto, ¿Quién era el gordinflón que estaba contigo? ¿Le conoces?

No quise darle demasiadas explicaciones, no merecía la pena. Si le explicaba lo que el tipejo había soltado por su boca la íbamos a tener. Por más razón que tuviera el borrachín.

—Qué va… es solo un borracho pesado…

—¿Nos vamos hacia las toallas? —preguntó y tirándome de una mano me llevó con ella.

La seguí sin hacerme de rogar. Quería alejarme de los viejos lo antes posible, a riesgo de tener que darles una patada en el culo como al gordito.

Pero algo no estaba en su sitio. No entendía por qué, pero mi miembro se había despertado y al andar golpeaba mis muslos de forma rítmica. Elsa se dio cuenta enseguida.

—Pero bueno… ¿Qué le ha pasado a tu «cosita», no habrás estado mirando a las chicas de la playa y por eso se te ha puesto así?

Oteé alrededor. La «chica» más joven no debía de bajar de los cincuenta y sus tetas pacerían ubres pinchadas como un globo.

—Ufff, seguro… —repliqué—. Me ha gustado sobre todo la gordita del pelo afro.

—¿La de los ciento veinte kilos, por lo menos? —rió.

—Esa misma…

Le conminé a mi pene para que se relajara, pues amenazaba con levantarse hacia el cielo contra mi voluntad. La escena con los vejetes me la había empinado como hacía tiempo no la tenía.

Era extraño, al tiempo que vergonzoso.

*

Tras sentarnos en las toallas, busqué la manera de que la erección no se me notara demasiado. Y la única solución que encontré fue ponerme boca abajo.

Los siguientes minutos nos mantuvimos en silencio.

Pero algo flotaba en el aire que me mantenía alerta.

Las imágenes de Elsa jugando con los viejos en el agua no se me habían disipado.

Mi calentón tampoco.

Y mi enfado por haberme excitado, menos aún.

—¿Nos vamos a casa a comer? —dije de repente, incorporándome.

—¿Tan pronto? —replicó ella—. Además, hoy no quiero comer en casa, mejor buscamos un bar y comemos por ahí, ¿no te parece?

—Por mí, vale…

Acepté la propuesta y, cogiendo las toallas y la bolsa, me las coloqué delante de la entrepierna. Tiré de una de sus manos para que me siguiera y llegamos al coche en un abrir y cerrar de ojos.

—Ostras, hijo, qué prisas te han entrado…

Al llegar al Volvo, abrí el portón trasero y deposité lo que llevaba en las manos. Luego la seguí y me miró sin entender por qué lo hacía.

—¿Quieres que conduzca yo? —dijo al ver que no me iba hacia la puerta del conductor—. Ya sabes que no me va…

—Espera, ahora veremos quien conduce —le dije abriendo la puerta trasera de su lado y sujetándola por un brazo.

—¿Pero… qué… haces…? —dijo abriendo mucho los ojos.

Antes de que se diera cuenta de lo que pasaba, la lanceé al interior del coche y me lancé sobre ella. Cerré la puerta con los pies y en menos de lo que se tarda en contar le quité la braguita del bikini y me colé entre sus piernas.

—Ostras, Sergio, ¿no puedes esperar a llegar a casa? ¿Tan cachondo estás? Aquí nos van a ver…

Esperé a penetrarla con dureza antes de responder. Mi calentón no admitía esperas.

—Ufff… —resoplé—. A casa ni de coña, te voy a echar un polvo aquí mismo y en casa si hace falta te echo otro.

Diez minutos duró la faena, entrando y saliendo de su coño con una fuerza que incluso a mí me resultaba violenta.

—Jolines, cari, más despacio, más despacio…

«¿Le decías eso a los viejos? ¿Más despacio, cerditos?», pensé indignado, pero me lo callé.

Ver a Elsa rodeada por aquellos cabroncetes me había puesto a doscientos. Y mientras el borrachín me contaba la forma en que ligaban los muy babosos, la idea de follarla cuanto antes me había enloquecido hasta que pude tenerla entre mis piernas.

Elsa, como era habitual, terminó por rendirse y se corrió antes que yo.

Cuando me tocó el turno, comprendí que con las prisas no me había puesto condón.

—¿Dónde lo echo? —pregunté sofocado por el esfuerzo que hacía para sujetar la corrida.

—Échalo en la calle, no pringues el coche que luego huele…

—¿Y si me ven?

—Pues que te vean…

Llevaba razón, desde que habíamos llegado por la mañana, no habíamos parado de descubrir cerdadas. Una más no iba a cambiar el panorama.

Abrí la puerta, me asomé al exterior y, pajeándome enfebrecido escupí todo el semen que llevaba acumulando desde que llegamos a la playa por la mañana.

Jadeante, volví a cerrar la puerta y me apoyé en mi chica, que ya se había incorporado en el asiento.

—¿Te has quedado bien? —me preguntó acariciándome el pelo.

—De puta madre… —respondí, aún con la respiración entrecortada.

—Pues eso es lo que importa —replicó—. ¿Ves cómo llevo razón? Siendo libres nos tenemos más ganas. Y lo disfrutamos más.

La besé con suavidad y le apreté uno de los pechos con cariño.

—No sé… —le dije no muy convencido. Aunque tal vez llevara razón, ya empezaba a dudar de mis convicciones.

Sin más dilación, nos recolocamos la ropa y salimos de aquella cala nudista que me había resultado repugnante desde antes de llegar. No pensaba volver allí en mi vida.

Los putos viejos que se buscaran a otra a quien perseguir.

Noche de fiesta (I)

Cuando lo recuerdo con la perspectiva del tiempo, me doy cuenta de que la locura se desató en aquellas vacaciones casi desde el inicio. Siempre lo he atribuido a la mala influencia de aquel palacete. Una casa solariega donde el exceso y la desvergüenza estaban a la orden del día, en la línea del carácter de su amo: tío Juan.

Los dos o tres días siguientes a la aventura de la playa nudista transcurrieron en la mayor calma, sin embargo. Fueron días de sol, hamaca y limonada.

El tiempo transcurría despacio y en paz. Pero llegó el viernes y se desató la locura. Ese día se había preparado una fiesta en el palacete. En ella se celebraba el cumpleaños de tío Juan, aunque imaginé que se trataba de una burda excusa, ya que el tío de Elsa cumplía años en enero.

La casa se llenó de gente que empezó a llegar antes de la puesta de sol. En pocos minutos, el jardín era un hervidero de invitados, camareros y alguna que otra distracción que me recordó a los típicos payasos de las fiestas infantiles, pero con un espectáculo para adultos.

Por «espectáculo para adultos» me refiero a juegos cargados de erotismo, más o menos velado, pero que hacían reír y hervir la sangre a los invitados.

Una idea del amo del lugar, a todas luces.

Elsa y yo habíamos pasado los primeros minutos de la fiesta cada uno por su lado, pero la busqué y nos unimos para no sentirnos solos entre tanto desconocido.

Nata, por su parte, brindaba al otro lado de la piscina, charlando amigablemente con Alberto y tío Juan. Cuando comenzaba a mosquearme por la familiaridad con la que se comportaba el trío, apareció Lucy y se unió al grupo.

Entonces Elsa saltó como un resorte.

—Mírala… —dijo en un tono despectivo que me fastidió, para variar—. Con ese vestidito de furcia que no le cubre ni las bragas. Más parece el salto de cama de una noche de bodas.

No me había fijado hasta ese momento, pero el comentario de mi novia sobre el atuendo de Lucy me empujó a estudiarla de arriba abajo.

La novia de Alberto llevaba un vestido veraniego de poca tela y muy vaporoso. Era realmente erótico, pero no tan corto como había querido insinuar Elsa. La inquina en sus palabras hacia la novia de Alberto era para mí habitual, pero esta vez no me quise callar.

—Pues yo no la veo tan mal… —repliqué—. Si te fijas las hay peores. Y supongo que debajo de ese vestido llevará un bikini, lo normal por si la fiesta se desmadra y acabamos todos en la piscina.

—Ni hablar… —respondió con premura—. No lleva un bikini debajo. La he mirado antes cuando se agachaba y lleva un tanga brasileño minúsculo. Si fuera sin bragas no iría tan desnuda.

Me quedé callado, se veía que Elsa se había estudiado la vestimenta de Lucy para luego criticarla con quien tocara. Y me tocaba a mí para empezar.

—Y luego las sandalias de medio tacón, con esos calcetines tobilleros de color rosa… —prosiguió—. Si será hortera…

No sé por qué, pero seguí defendiendo a la que consideraba mi amiga.

—Por dios, nena… —contrataqué—. Esos calcetines rosas le hacen juego con el vestido. Y se llevan mucho ahora los calcetines con sandalias en las chicas. ¿Es que no ves *Tiktok* últimamente?

Pero Elsa no quería dar su brazo a torcer. Y en vez de echarse atrás, metió una marcha más y me dejó helado.

—Esa niña lo que necesita es que le den una lección… —dijo y la miré sin comprender—. Tan chulita ella, como si no hubiera roto un plato en su vida. Lo que necesita es un tío que la eche un buen polvo y que la baje del pedestal. Que se cree la virgen Lucía, y en el

fondo seguro que es como todas, que le gusta más un rabo que un caramelo a un niño.

Los escalofríos me iban y me venían sin poderlos controlar.

¿Había dicho «alguien que la eche un polvo»? ¿A una chavala comprometida y a pocos meses de su boda?

No me lo podía creer.

Y entonces me descaré.

—Mira, Elsa, lo tuyo con esa niña es demasiado. Yo no sé qué te habrá hecho…

No me dejó terminar.

—¡Lo tengo…!

La miré sin entender.

—¿Qué es lo que tienes?

—Pues tengo que se me acaba de ocurrir quién la puede echar el polvo que la baje a la tierra…

—Pues Alberto, quién va a ser… —repliqué sin dudarlo.

Apuntó con un dedo a mi pecho y me clavó la uña varias veces con suaves golpecitos.

—No, nada de Alberto, querido… Tú eres quien se la va a follar…

Casi me da un ataque al oír estas palabras. Porque tenía claro que no las decía en broma. Que algo estaba pasando por su cabecita y que ese algo me iba a meter en líos.

*

Elsa me miraba a los ojos con los suyos inyectados en sangre. Y me seguía señalando. Yo balbuceé una réplica para defenderme.

—¿Qué bobadas… dices? —protesté—. ¿Ya estás con tus tonterías…?

—De tonterías, nada… —se arrimó a mí y pegó sus labios a los míos, haciendo resurgir mi virilidad bajo el pantalón. Luego habló con su aliento en mi aliento—. Si te tiraras a mi querida prima, esa sí

que sería una práctica alucinante. Con ella te coronabas, cari, vaya si te coronabas…

Las piernas me temblaban.

—Pero ¿cómo quieres que me tire a la novia de Alberto…? —me estaba cagando de miedo porque sabía que Elsa hablaba en serio—. Aunque lo consiguiera, lo cual es una utopía, si me pillan tu primo y tu tío son capaces de tirarme al mar desde un avión. Menudo carácter se gasta tu familia… Además… Lucy es de la familia, es una línea roja en nuestro pacto.

—No pasa nada… —replicó—. Si estamos de acuerdo, las líneas rojas no cuentan.

—Que no, Elsa —seguí en mis trece—. Que no me la tiro…

Lo pensó un instante Elsa y decidió dar marcha atrás.

Pero solo lo justo.

—Vale, pues no te la tires… —Me había echado los brazos al cuello y me tenía completamente empalmado—. Bastaría con que le dieses un repaso… unos besitos… un toqueteo por debajo de la ropa… esas cosas…

Tragué saliva.

—Pero, cielo, no puedes estar hablando en serio… —casi lloriqueaba—. Ni siquiera eso es posible. ¿Tú te crees que una chica prometida y a punto de casarse me va a dejar que me dé el lote con ella así por las buenas?

Pero las armas de Elsa eran de mucho calibre, y las utilizó para doblegarme. Con mucha suavidad y mucho peloteo, pero con energía.

—Anda, no te quites méritos… Que yo he visto que Lucy te hace ojitos… —dijo con una sonrisa lobuna mientras vigilaba al grupito de cuatro al otro lado de la piscina—. Y tú no disimules, que tampoco le haces ascos a la chica, que te he visto muchas veces mirarle las piernas a la muy zorra…

Tragué saliva de nuevo. Se veía que mi novia era más observadora de lo que parecía —mujer al fin y al cabo— y se había

dado cuenta de que Lucy me hacía tilín. Pero lo que ella no sabía era que se trataba de un tilín «de amiga», nada sucio.

—Bueno, tiene unas piernas muy bonitas… Tampoco es tan raro que se las mire… —dije para justificarme.

Pero Elsa no me escuchaba. Me propinó un par de piquitos y me susurró al oído:

—Recuerda lo que ocurrió con la enfermerita… —bisbiseaba en la oreja, besándome en un lóbulo, a sabiendas de que eso me mataba—. Al principio no sabías cómo convencerla, pero luego terminaste dándole lo suyo en el baño. Tú puedes más de lo que te crees. Y esta noche es el momento ideal para que le des a Lucy la lección que se merece.

No respondí a esta última insinuación.

No hubiera sabido que replicar.

Pero no fue por eso que callé, sino porque una repentina tormenta se desató en el jardín, cargada de truenos y un viento que lo volaba todo, y los invitados salimos a la carrera para refugiarnos en el interior de la casa, donde continuó la fiesta como si no hubiera pasado nada.

Durante la carrera, empujados por la multitud, había perdido el contacto con Elsa

*

A pesar de que el jardín era inmenso y el sitio ideal para tanta gente, la planta sótano del palacete —preparada para las fiestas de invierno— no desmerecía en absoluto.

En pocos instantes, el grupo de flamencos que un rato antes rasgaban sus guitarras sobre el césped, se habían acomodado en el gran salón y los invitados les hacíamos corro.

Una animadora iba tirando de los espectadores por turnos y los hacía salir al centro de la pista a bailar, a veces en solitario, otras en pareja. Lo que más aceptación tenía entre los participantes eran las sevillanas.

Yo me había situado estratégicamente al fondo del corrillo para no ser elegido, pero sacudía las palmas y seguía el ritmo alegremente como uno más.

De repente, un movimiento de la multitud me empujó hacia atrás. Al desplazarme de espaldas me tropecé y por fortuna pude dejarme caer sobre un mullido sofá de cuero negro. Una auténtica delicia de asiento que supuse debía de costar una fortuna.

Y allí decidí quedarme, al menos de momento.

Los elegidos para salir a la pista fueron desfilando, aunque no podía verlos. De vez en cuando la multitud se abría y por ella aparecían los que terminaban turno y volvían al corrillo.

Cuando menos lo esperaba, el corro se abrió una vez más y la que salió casi rebotada de la pista fue Lucy. El corazón me dio un vuelco y a punto estuve de levantarme y saludarla. Decliné hacerlo, sin embargo, al comprender que ella no me había visto y que seguía metida en el espectáculo, doblando palmas y tarareando las canciones.

Me recorrió un escalofrío al ver como la multitud empujaba hacia atrás, haciendo retroceder a Lucy hasta situarla a centímetros de mí. Estaba tan cerca que desde mi altura podía admirar las preciosas piernas de la novia de Alberto.

Como le había dicho a Elsa unos minutos antes, el vestido de la chica no era tan corto como ella había recalcado. En realidad, éste colgaba a unos quince centímetros sobre las corvas de la chavala.

¡Pero qué corvas!

Maravillosas.

No podía dejar de admirarlas, así como el resto de sus piernas, seda pura desde el talón del pie hasta el nacimiento de los muslos. Si hubiera sabido que no traería consecuencias, las habría recorrido con la lengua hasta quedarme sin saliva.

Me estaba volviendo loco con solo imaginarlo.

Y era peor si fantaseaba sobre lo que habría por debajo del sugerente vestido. Elsa había dicho que le había visto unas escuetas braguitas brasileñas y no dudaba de que dijera la verdad.

Pero ni borracho me hubiera atrevido a hacer la barbaridad de agacharme para mirarla por debajo. Mis tiempos de adolescente salido habían pasado a la historia años atrás.

A no ser que alguien me empujara a ello.

¿Y quién, si no, iba a empujarme?

*

Mientras disfrutaba de las vistas, por el rabillo del ojo descubrí a alguien que me hacía señas al otro lado de una columna. Se trataba de Elsa, por supuesto. Debía de haberme visto disfrutar de las piernas de Lucy y me impelía a dar un paso hacia adelante.

Le hice una seña con las manos para que se acercara, pero ella me señaló la columna como un obstáculo insalvable. Para hacer lo que le pedía, tendría que traspasar la multitud, pero estaba justo en la zona en la que se habían ubicado los flamencos con las guitarras.

Era un excusa creíble, aunque habría podido dar la vuelta al corro y haber venido por el otro lado.

Pero en ese momento no caí en ello.

Para cuando me di cuenta de por qué se había negado a acercarse ya sería tarde.

En ese momento lo único que me importaba era no hacer el ridículo como me pedía ella que hiciera. Porque con sus señas, me pedía que metiera la mano por debajo de la falda de Lucy.

«Ni de coña», decía para mí y gesticulaba para que le llegara el mensaje a mi novia. Pero Elsa insistía, Lucy retrocedía un pasito de vez en cuando empujada por la multitud, y yo me estaba poniendo a doscientos por hora por momentos.

Y al final sucumbí.

Con un ligero temblor en el brazo, levanté la mano derecha y la posé sobre el borde de la falda, con la palma hacia arriba. Durante unos segundos estuve recorriendo el perímetro del vestido, temiendo que en mi cabeza sonara el «clic» que haría que mi miembro reventara y que me pusiera perdido bajo los pantalones.

La reacción de mi novia fue de triunfo. Con un brazo hizo la señal de fuerza y se mordió el labio, instándome a seguir. La reacción de Lucy fue nula. Aunque me temblaba el pulso al imaginar que se pudiera volver y montarme una bronca monumental, estaba seguro de que ni se habría enterado de mi sutil roce.

Miré a Elsa y me hizo un gesto inequívoco: «mete la mano por dentro de la falda y tócala».

Un nuevo escalofrío me recorrió por entero. Pero esta vez estaba demasiado cachondo como para resistirme. Y la misma calentura me animó a seguir hacia adelante.

Sin pensarlo, metí la mano bajo la falda y acaricié la tela del vestido por el interior. Me faltaban agallas para tocar piel, al menos de momento, pero con el roce de la tela ya tenía suficiente contacto para soñar con atreverme.

Los gestos de ánimo de Elsa al otro lado de la columna eran exagerados. Parecía estar más entusiasmada que yo mismo.

Pero la que me preocupaba no era ella, sino Lucy. Miré hacia arriba para intentar adivinar si la novia de Alberto se estaba dando cuenta de mis maniobras, pero deduje que aún no. La prima política de Elsa seguía a lo suyo, dando palmas y tarareando las canciones.

Tragando saliva, decidí dar un nuevo paso.

*

Subí la mano que ya estaba por debajo de la falda y la introduje entre los muslos de Lucy, posándola sobre uno de ellos. La chica, que unos segundos antes movía las piernas al ritmo de la música, dejó de hacerlo. Estaba claro que se había dado cuenta de lo que ocurría bajo su vestido.

Elsa, en la distancia, me animaba con gestos obscenos.

Cerré los ojos, si en ese momento Lucy se volvía y me daba una bofetada, iba a armarse la marimorena. Todo por culpa de mi novia, aunque dudaba de poder señalarla como culpable, por ser la que me había empujado a aquella situación embarazosa.

Los segundos pasaban y la bofetada de Lucy no llegaba.

Y ante esa ausencia seguía envalentonándome. Era imposible que no se hubiera dado cuenta de mi contacto, si no había reaccionado a él era porque lo aceptaba.

Así que emprendí una huida hacia adelante.

Con la suavidad con la que se acaricia a un niño, acaricié el muslo izquierdo hasta la rodilla, de abajo arriba y de arriba abajo. Notaba las piernas de Lucy duras, estáticas, como si se hubiera quedado congelada. Y ya no se movían al ritmo de la música.

Las rodillas le temblaban, además.

¿Le estaría gustando el roce?, me pregunté.

Cambié de pierna, convencido de que no habría respuesta a mi manoseo, y realicé idéntica exploración. Con la palma de la mano noté como se le erizaba la piel. Y aquella positiva reacción alimentó mi descaro.

Creyéndome inmune a todo, subí la mano y acaricié ambas nalgas por turnos, antes de insertarla entre los muslos, tocando una braga húmeda hasta decir basta. «Joder —me dije—, parece que la he puesto calentita».

Pero entonces si hubo respuesta.

Un ligero movimiento de la cadera de Lucy me anunció que se venía un terremoto.

De nuevo cerré los ojos, aterrado. Era el momento que había imaginado segundos antes, ese en el que la chica se volvía y me soltaba el bofetón del siglo, seguido por sus gritos acusándome de pervertido.

La cadera siguió su curso e imaginé, sin poder ver, que se estaba volviendo.

Apreté la mandíbula y me dispuse a recibir la bofetada.

*

Pero de nuevo me equivoqué. Lucy no se había girado hacia mí, sino que con un imperceptible movimiento se abrió de piernas.

¡Su puta madre!

Me lo estaba poniendo en bandeja. No solo aceptaba mi atrevimiento, sino que pedía más.

Miré hacia Elsa y la sonreí. Mi gesto hablaba por mí: «¡victoria!».

Volvió ella a animarme, pero desvié la vista para dedicarme a Lucy.

Una vez que sabía que la novia de Alberto aceptaba mi manoseo, ya no sentía el pavor de instantes antes. Y de forma descarada acaricié su vulva por encima de la escasa tela de las bragas. Recorrí el valle entre sus labios una y otra vez, con suavidad pero con firmeza.

Y Lucy abrió más las piernas, ahuecando los muslos para facilitarme el acceso.

«Quiero más», parecía decir su gesto.

Ni corto ni perezoso, separé el hilo de las bragas entre sus labios y me colé por debajo. Antes de meterle el primer dedo dentro del coño ya noté el flujo viscoso que manaba de él. Se estaba derramando como un río, señal de que se había puesto como una moto.

Así que decidí proporcionarle placer con un segundo dedo.

Noté su estremecimiento cuando éste entraba, y después, cuando comencé a follarla con los dos de una forma sutil, pero con brío, me pareció escuchar escaparse un gemido de sus labios.

Me encontraba en la gloria. Gozando del interior de aquel coño suave, húmedo, caliente… Como es normal cuando estrenas un orificio femenino, tenía la sensación de que era el coño más exquisito que había disfrutado en mi vida.

Sin embargo, cuando menos lo esperaba, Lucy dio un paso hacia adelante. Antes de que me diera cuenta ya se había alejado de mí dos pasos, haciendo volar la falda de su vestido al contacto con mi mano, que se había quedado en el aire huérfana del calor entre sus piernas.

Giré la cabeza y busqué a Elsa con la mirada. Quería decirle algo como: «¿lo ves?, ha durado poco». Pero mi novia había

desaparecido. Me enfadé al no encontrarla en su sitio. Sobre todo ahora que Lucy me abandonaba.

Pero al volver mi atención hacia la chica, me llevé una sorpresa.

La prima de Elsa se había detenido y me miraba de reojo. Sus gestos con la cabeza me invitaban a seguirla.

Un hormigueo recorrió mis testículos.

Temí en esos instantes por el potencial «clic» que me llevara a un orgasmo indeseado.

Y por ello no me moví.

Lucy, a todas luces con prisa, me hizo un gesto con una mano, cubriéndola con su cuerpo para que nadie se diera cuenta. «¡Vamos!, ¿a qué esperas?», decía su mirada angustiosa.

Acaté al fin su orden y me puse en pie. Ella se giró una vez más para comprobar que la seguía. Y esta vez me encontró a algunos pasos detrás de ella, sin saber adónde íbamos.

*

Subió hacia la planta baja, atacando la escalera con la cabeza gacha para evitar que nadie la detuviera. Después se dirigió hacia la escalera de caracol que conducía hasta la planta de las habitaciones.

Yo la seguía como un perrito faldero, mirándola por debajo del vestido cuya falda oscilaba con el vaivén de los escalones. Y alucinaba recordando que un poco antes yo había acariciado aquellas nalgas sonrosadas que descubría bajo su ropa.

Me preguntaba hacia dónde íbamos o qué podía esperar de Lucy. No tenía ni idea. Pero había decidido no elucubrar, lo que tuviera que ser, sería. Al menos, de momento no me había abofeteado ni llamado pervertido a voces.

Instantes más tarde empujaba la puerta de su habitación, me cedía el paso y luego la cerraba tras de sí con el pestillo de seguridad. Cualquier cosa podía ocurrir a continuación.

—¿Te importa sentarte? —me dijo señalando un sillón de orejas frente a los pies de la cama—. Tengo que hablar contigo.

Me senté cauteloso, vislumbrando que era el momento de la verdad. Una verdad que se me antojaba amenazadora.

Lucy se había quedado de pie, se había cruzado de brazos y se mordía el labio inferior pensándose lo que iba a decir. Y de pronto soltó lo que esperaba:

—¿Pero se puede saber lo que haces? —dijo de muy malas pulgas—. ¿Es que te has vuelto loco?

Ya estaba, se había desatado la tormenta perfecta.

Había tardado en llegar, pero se estaba cumpliendo a rajatabla lo que había imaginado, si exceptuábamos la bofetada inicial.

Intenté responder, pero me aturullé.

—Yo… lo… lo siento, Lucy… de verdad… —Era imposible dar una excusa que tuviera sentido, así que tras los primeros balbuceos opté por callar y aceptar mi castigo.

Bajé la mirada, declarándome culpable.

Y entonces soltó una frase que me congeló la sangre en las venas.

—¡Pero es que no te das cuenta de lo que has hecho! —dijo, antes de dar el campanazo—: ¡Me has metido mano y me has puesto cachonda como a una puta perra!

Se había puesto en jarras, mucho más agresiva por momentos.

—¿Q-qué…? —dije atribulado y levantando la cabeza.

—¿No dices nada…? —me señaló con un dedo acusador—. ¿Es que no me crees?

Claro que la creía, ¿pero qué podía decir?

—Pues mira… —dijo antes de levantarse la falda y mostrarme las bragas encharcadas—. Mira lo que me has hecho…

Se había humedecido las manos con flujo y me lo mostraba rozándose los dedos para apoyar sus argumentos.

—¡Esto es lo que has conseguido! ¡Que me moje como una perra en celo!

Me puse en pie cuando empezó a hipar. Por nada del mundo querría haberle hecho daño. La cogí por los hombros y la atraje hacia mí.

—Lo siento… lo siento…

—¿Y ahora que voy a hacer…? —gemía bajito con su cabeza en mi pecho, pero al menos ya no hipaba.

—Yo… te juro que no quería… no sabía… —le dije por decir algo—. Pero te prometo que si no le dices nada a Alberto, no volverá a ocurrir. Haré lo que tú quieras, cogeré mis cosas y Elsa y yo nos iremos…

—¿Cómo…? —espetó levantando la mirada. Se la veía de pronto enfadada—. ¿Estás diciendo que te vas a ir y me dejas así, tirada como una puta? ¡De eso nada, esto tienes que solucionarlo tú, que para eso me lo has provocado…!

No sabía a qué se refería. ¿Estaba sugiriendo que acabara la faena?

—Haré lo que quieras, Lucy, lo que quieras… —le seguí la corriente a la espera de comprender lo que pedía.

Entonces dejó caer la falda sobre sus muslos y se arrimó a mí, melosa.

—¿Lo dices… en serio…? —hipaba bajito.

—¡Por supuesto…! —respondí muy digno.

Se arrimó aún más a mí y esquivó mi mirada cuando me preguntó:

—¿Tú… me lo comerías…? —me estaba metiendo mano bajo el polo y me acariciaba la espalda—. Lo necesito, Sergio, me has dejado fatal. Hazme este favor y te lo agradeceré por siempre…

Mi polla cabeceaba con vida propia y golpeaba contra su ombligo.

—Por… por supuesto… —respondí—. Si es lo que quieres…

—Y no se lo digas a Alberto… —añadió—. Nos mataría a los dos.

—A Alberto ni una palabra, te lo prometo… —aseguré.

*

Su reacción no se hizo esperar. Se metió las manos bajo la falda y con un gesto femenino se sacó las bragas por los pies. Las empujó debajo de la cama y a continuación se tendió en el borde del colchón, las sandalias sobre el suelo.

—¿No vas a desnudarte? —pregunté, inocente.

—No… para qué, no hay tiempo… —respiraba agitada—. Ven… ven… ¿a qué esperas…?

Cuando se subió la falda y se abrió de piernas casi me da un infarto. Mi erección se encontraba casi al doscientos por cien.

Me arrodillé entre sus muslos y se los acaricié con lentitud. Luego recorrí con la lengua desde la rodilla hasta la vulva por el interior. Lucy se retorcía con suavidad y murmuraba ligeros quejidos.

Y me sujetaba la cabeza para impedirme escapar.

—Mmmm… síiii…. muy bien… así… así… ooohhh… —ronroneaba con ligeros suspiros.

Me fije en sus pies. Me encantaba la forma en que le quedaban los calcetines dentro de las sandalias. Eran muy femeninos, a pesar de lo que dijera Elsa, quien me daba la sensación de que envidiaba a la chica, tal vez por su juventud.

Cuando terminé el recorrido por los muslos, elevé su pierna izquierda con una mano y mordisqueé suavemente los pliegues del labio vaginal de ese lado.

Lucy dio un bote sobre la cama.

Le había gustado.

Así que repetí la operación con la otra pierna. Cuando hube levantado ambos muslos, tiré de sus manos para que los sujetara por las corvas. El valle entre sus labios estaba ahora mejor situado para atacarlo. Me incliné sobre él, le separé los pliegues para abrir el orificio vaginal e incrusté allí mi lengua lo más profundo que pude, moviéndola como la de una serpiente.

Lucy arqueó el cuello sobre la cama y su cabeza comenzó a moverse enloquecida de un lado al otro. Estaba claro que no mentía

cuando decía que estaba cachonda como una perra.

—Por favor… chúpame… chúpame… —gimió apretando los ojos —. No esperes más, por favor… no me hagas esperar que me muero…

No me hice de rogar. Me volqué sobre ella y le sujeté de las nalgas con las dos manos. Sus pies apuntaban al techo cuando bajé mi cabeza entre los muslos y comencé a lamerla, desesperado.

A lamer aquel chochazo de hembra joven.

Tenía la esperanza de poder profanar aquel coño de otra manera en cuanto acabara de correrse. De momento, me conformaba con hacerlo con dos dedos, que la follaban despacio mientras mis labios besaban sus rincones para matarla de gusto.

Movía la lengua entre sus pliegues con rapidez. Succionaba su clítoris cuando la quería hacer saltar de placer. La follaba con los dedos. Y sorbía su flujo que me sabía a gloria. Era un flujo de mujer lozana y cachonda, no había mejor licor en el mundo que aquel manantial.

—Sí, sí… chupa, por dios, chúpame… —gemía ella, demasiado alto para mi gusto.

Hice una parada y le puse una de sus manos sobre la boca. Ella lo entendió y se mordió el antebrazo para evitar los gritos. Y de pronto llegamos al punto que hacía rato que esperaba.

—Me corro, Sergio… me corro… no pares… no pares… me corrrooo…

Ataqué con mayor ímpetu con la lengua entre los labios y sobre el clítoris, a la espera de verla botar sobre el colchón, la noción perdida por el orgasmo. Y conté los segundos: 5…4…3…2…

Pero la escena se detuvo de repente.

Alguien intentaba abrir la puerta, dándose cuenta de que se hallaba asegurada con el pestillo.

Me detuve y giré la cabeza. Lucy hizo lo mismo, el rostro traspasado por el clímax interrumpido. De tan roja la cara parecía que iba a darle una convulsión.

Y cuando escuchamos los dos sonoros golpes contra la madera, seguidos de una voz masculina, el pánico se adueñó de nosotros.

—¡Lucy! —se oyó decir a Alberto—. ¿Estás ahí?

*

Me eché hacia atrás y me puse en pie de un salto. Y lo mismo hizo Lucy, que se había levantado de la cama y alisaba la colcha al tiempo que se sacudía el vestido para adecentarlo mientras me guiaba.

—¡Sal a la terraza y luego cierra la puerta desde fuera…! —ordenaba en susurros.

—¡Lucy! —vociferaba de nuevo Alberto.

—¡Ya voy, cariño, dame un segundo, no estoy presentable…!

Luego se dirigió a mí.

—Agáchate en un borde, detrás de la cortina, es un mirador pequeño y te pueden ver desde la calle.

Obedecí a rajatabla e instantes después Alberto entraba en la habitación como un huracán. El terror volvió a hacerme temblar. ¿Sabría algo de lo que hacíamos en el dormitorio?

Lucy, avezada en lidiar a su novio, se adelantó a sus protestas preguntando con malas pulgas.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le dijo sin dejarle hablar—. ¿A qué vienen tantas prisas?

—¿Que a qué vienen? —preguntó él bajando el tono, menos chulito al tener a su chica delante—. ¡Pues vienen a que me estoy meando, joder!

Lucy volvió a dejarme admirado. Por una vez me ponía de parte de una mujer, con sus sucios trucos, en una discusión de pareja.

—¡Pues haber meado en algún baño de la planta baja! —le soltó sin cortarse ni un pelo.

Alberto había entrado en el baño como un miura y Lucy detrás de él. Aquella chica estaba harta de torear en peores plazas, se le

notaba a la legua.

—¡Todos los baños están ocupados por los invitados a la fiesta! —rezongó el primo de Elsa—. ¡Hay más cola que en una discoteca los sábados!

Después soltó la temida pregunta:

—¿Se puede saber por qué te has encerrado? ¿Qué leches hacías?

Y la chica sin filtros improvisó sobre la marcha con maestría.

—Pues me encerrado por eso mismo, porque se me han intentado colar dos tíos medio borrachos. No sabía por lo que era, pero ahora que lo dices igual buscaban un baño desesperados.

Me mordí la lengua para no echarme a reír. Aquella chavala tenía tablas, vaya si las tenía.

Vi salir a los dos del baño y a Alberto abrochándose los pantalones. Lucy se le acercó melosa y le susurró al oído algo que escuché a duras penas.

—¿Por qué no te quedas… un rato… y me haces gorrinadas…? Anda, no me digas que no… que tengo muchas ganas…

—Por dios, Lucy… —volvió a rezongar el heredero de Molinaseca y esta vez lo escuché a la perfección—. Tengo invitados a los que atender… Imposible quedarme… Luego hacemos lo que quieras…

Lucy se cuadró en jarras ante él.

—Ya, invitados, ¿no? —le dijo frunciendo el ceño—. ¿Y no serán «invitadas», más bien?

Alberto se zafó de ella y la atacó donde más dolía.

—Lucy, no empieces otra vez. No me vengas con tus celos que terminamos mal…

Me supo fatal el argumento de Alberto. Sobre todo porque era el mismo que utilizaba Elsa cuando quería desarmar alguno de mis reproches: el problema era siempre del otro por culpa de sus celos. Lamentable. Debía de ser cosa de familia, me dije resoplando para no saltar desde mi escondite.

*

Segundos después, Alberto había desaparecido y Lucy volvió a cerrar la puerta con el pestillo.

—Ya puedes salir de ahí —anunció y abandoné mi escondite.

Cerré la ventana de la terraza y busqué una excusa para huir del cuarto.

—Bueno, es mejor que me vaya… —dije sin mirarla—. Puede que Elsa me esté buscando.

Pero Lucy tenía otros planes.

—¿No vas a terminar lo que has empezado? —me dijo colocándose en mi camino a la puerta—. ¿No serás tan cabrón, no…?

—Lo siento, Lucy —me disculpé—. Pero es mejor que se lo pidas a tu novio cuando vuelva más tarde. Te ha prometido que te hará lo que tú quieras.

—¿Pedírselo a Alberto? —compuso un gesto despectivo—. Alberto no me ha comido el coño en la vida… Dice que le da mucho asco… Será cabrito, el mismo asco que me da a mí cuando me echa su leche, no te fastidia... Y me aguanto y me la trago sin rechistar…

Sentí pena por aquella chavala tan alegre, pero que ahora se mostraba más bien tristona, a falta de una buena corrida para relajarse.

—Está bien —acepté—, pues si quieres lo hacemos y luego me voy. Pero tiene que ser rápido, no sea que vuelva Alberto…

—Sí, por favor…

La tomé de una mano y la atraje hacia el sillón orejero.

—Ven, siéntate aquí…

—Prefiero la cama…

—Es mejor el sillón —insistí—. Así acabamos antes.

No era acabar antes lo que buscaba, sino controlar mi instinto. Hacía unos minutos había planeado follarla aprovechando la relajación del orgasmo. Pero tras verla tan vulnerable, discutiendo con su novio, me arrepentía de mi propósito y prefería alejar la

tentación para no fastidiarla aún más. Sobre la cama no habría podido resistirme, de eso estaba seguro.

La senté en el sillón y le separé las piernas antes de levantarle la falda. Y sin más preludios recomencé donde lo había dejado.

No tardó Lucy en correrse, se veía que estaba realmente a punto. Tras el clímax, me puse en pie y ella se cubrió con la falda. Puede parecer increíble, pero se la notaba avergonzada. Quizá no arrepentida, pero al menos pudorosa.

—Ahora, sí… —me dijo con una mirada dulce como la miel, con la mano empujando la entrepierna del vestido para que no goteara —. Es mejor que te vayas… Pero vigila que no te vea salir nadie de aquí, por favor…

Tenía ya la mano sobre el pomo de la puerta cuando me detuvo.

—Y, Sergio… —dijo y me volví hacia ella—. Gracias… Ha estado muy bien… eres un buen amigo.

—De nada, Lucy… —respondí—. Eres una chica estupenda… No sabe Alberto el tesoro que tiene… Debería tratarte como a una reina…

—Qué bueno eres…

Salí con sigilo del cuarto y me escabullí hasta nuestro dormitorio.

No esperaba encontrarme allí a Elsa, pero me habría encantado hacerlo.

Noche de fiesta (II)

Marqué el número de mi novia en el móvil y me saltó por dos veces el buzón de voz. «Joder, ¿qué pasa contigo, Elsa?, ¿dónde te metes y por qué tienes el móvil apagado?», rezongué.

Entré en *wasap* para enviarle un mensaje. Llevaba los testículos a reventar después de la aventura con su prima política. Necesitaba explicarle lo que había pasado entre los dos y después retozar sobre la alfombra.

Al abrir la *app*, sin embargo, me encontré los mensajes que había enviado ella hacía un buen rato.

ELSA: Cari, te escribo esto para que sepas que voy a salir esta noche con unos amigos.

La sangre comenzó a subírseme a la cabeza.

ELSA: Me han venido a buscar y luego me traerán, así no perderé el tiempo pidiendo un Uber o lo que tengan por aquí.

ELSA: Espero que te lo hayas pasado bien con Lucy, luego me cuentas. No creo que vuelva tarde.

ELSA: Te quiero. Besitos.

Lancé el móvil sobre la cama sin poder contenerme. La muy zorra había vuelto a jugármela. Me había lanzado en los brazos de su «querida» prima para deshacerse de mí y largarse de juerga a traición con sus amiguitos.

Ahora entendía sus excusas para no acercarse a mí desde detrás de la columna.

Por cierto, ¿qué amiguitos tendría en aquél pueblo? Tan solo se me ocurrían dos nombres: Alberto y Nata. A tío Juan lo descartaba porque le había visto un momento antes circulando entre los pasillos y guiando a los invitados despistados que buscaban un baño.

De pronto me acordé de alguien.

Sí, era posible que dispusiera de algún amigo no muy lejos del palacete.

Marqué un número en el móvil y al instante recibí respuesta.

—¡Hola Sergio! —saludó Chema con su habitual desparpajo—. Imagino por lo que me llamas y la respuesta es «sí, está aquí conmigo».

—¿Puedes decirle que se ponga un momento, por favor?

—Pues va a ser difícil porque está en medio de la pista dándolo todo con tres amigas junto a otro millón de personas. Si me meto en medio me pueden aplastar entre todos.

Ciertamente, de fondo se oía un alboroto ensordecedor de música y voces.

—Pero me ha pedido que si llamabas te dijera que se ha quedado sin batería —continuó— y que me dejes a mí cualquier mensaje para ella. Ah, y que no volverá tarde a casa…

—¿Dónde estáis? —dije rebajando el tono para no parecer desesperado. Al fin y al cabo a Chema se lo había presentado yo mismo.

—Es una disco nueva y enorme, chaval… —respondió sin querer darme su nombre—. Pero no vale la pena que vengas, de verdad. Para cuando quieras llegar ella estará de vuelta, os cruzaríais por el camino.

—Vale, confío en ti… —respondí—. Cuídamela…

—Pues claro, tío, cuenta conmigo…

Le colgué sin más y luego volví a tirar el móvil sobre la cama.

Los huevos me dolían y no había con quién descargarlos.

Aquella noche llevaba un buen calentón, imposible esperar a Elsa para aliviarme. Lo más probable es que llegara cansada y me mandara a paseo cuando le pidiera guerra.

Era mejor que me aliviara yo mismo. En caso contrario iba a pasar una noche de perros con un hierro al rojo vivo clavado en las pelotas.

*

Dicho y hecho. Segundos después me hallaba frente al lavabo. Me había bajado los pantalones hasta las rodillas y había apoyado la cabeza en el armarito de baño. Con una mano me agarraba al lavabo y con la otra me masturbaba con urgencia.

A aquella velocidad no iba a tardar en correrme ni tres minutos.

Pero aquella noche nada podía acabar bien.

Alguien la había gafado.

Y una voz de mujer detuvo mi paja cuando me hallaba a medias.

—¿¡Hola!? —exclamaba de forma contenida la dulce voz—. ¿Hay alguien aquí? ¿Elsa?

A toda prisa me subí el pantalón y salí del baño, maldiciendo mi falta de precaución a la hora de echar el pestillo, que se había quedado abierto.

Mi erección tenía que ser evidente, pero no era momento para pensar en los detalles. Mucho peor habría sido que me hubiera pillado en plena faena, quienquiera que fuera la chica que preguntaba por Elsa.

—Hola, Sergio… —dijo y descubrí que se trataba de Nata—. Perdona que os moleste…

Aquella vocecilla aflautada reforzaba mi opinión sobre la amiga de Elsa. Se me hacía raro que aquella mujer fuera la zorra marchosa que me había pintado mi novia en su relato.

—Oh, no es molestia… —me mostré cordial a la espera de saber a qué venía—. Pero es que Elsa no está. De hecho ha salido con amigos y anda por el paseo de la playa, tomando unas copas, supongo…

Había mentido, me fastidiaba tener que dar demasiadas explicaciones.

—Oh, no pasa nada… —dijo—. En realidad solo venía para ver si me dejabais entrar un momento al baño. No sé si sabes que con la fiesta están todos petados y lo mío no puede esperar… Cosas de

chicas, ya sabes… Y como en mi habitación no hay baño privado, pues…

Vaya, me dije, parecía que la excusa de Alberto no era tal excusa y que el ingente número de baños del palacete eran insuficientes. De todas formas, me extrañaba que a Nata la hubieran asignado una habitación sin baño, quizá la única del casoplón. ¿Dónde la habrían metido, en la habitación de la asistenta?

—Claro, mujer, ahí lo tienes… —le dije con una amplia sonrisa para que no se sintiera incómoda—. Faltaría más…

Mientras Nata pasaba al baño, abrí las puertas de la terraza de par en par y me asomé al mirador, que era la mitad que el de la habitación de Alberto. La tormenta hacía tiempo que había cesado y se agradecía el aire fresco de la noche con aroma a tierra mojada.

Absorto como me hallaba, contemplando a los últimos invitados disfrutando sobre el césped, no me fijé en que la amiga de Elsa se había unido a mí en la contemplación.

—¿Se está bien en esta casa, verdad? —dijo y un sobresalto me estremeció el corazón.

—Uy… sí… ja, ja, ja… —respondí con una mano en el pecho—. Perdona, es que no te he visto venir y me has dado un buen susto.

—Oh, lo siento… ha sido sin querer…

—Nada, mujer, es culpa mía…

*

Nos quedamos unos instantes en silencio. Me preguntaba si aquella chica era tan «fácil» como me la había pintado Elsa en el relato del fatídico verano o si, como parecía, era una chica más… «formal». Tal vez me estaba pasando de macho alfa, pero sin quererlo Nata había interrumpido mi paja y tener a una mujer a mi lado y a solas era mucha tentación. Si además era tan inclinada al sexo como había contado Elsa, quizá podría…

—Hace mucho que no venías por aquí, ¿me equivoco? —dije para iniciar una conversación.

—Sí, hace mucho…

—¿Y eso por qué? —me hacía el despistado, como si no supiera nada, intentando descubrir hasta dónde era capaz de contarme—. Es un sitio genial, si yo pudiera vendría aquí cada verano…

Mentía como un bellaco, pero era solo para tirarle de la lengua.

—Cosas de la vida… —respondió ella como lo hubiera hecho una mujer que le doblara la edad.

—Ya veo… —volví a mentir—. Te echaste novio… o te casaste… y, claro, ya no es lo mismo…

Nata se dio prisa en corregirme.

—Oh, no, no… —replicó—. De novios, nada… Yo soy una chica solitaria.

—Vaya, pues será porque no quieres —le solté el típico chiste machista a la espera de que se lo tomara en positivo—. Porque a guapa no te gana nadie…

Rió bajito antes de responder.

—Qué va… —respondió aún sonriente, pero con la mirada huidiza—. No soy tan guapa… Además…

—¿Además…? —la parafraseé.

—Además no quiero novios… estoy mejor así, sin nadie…

—Ah, claro, lo entiendo…

En ese momento me fijé en algo que no cuadraba en su atuendo. La noche había refrescado tras la lluvia, pero aún hacía calor. Sin embargo, Nata llevaba un pañuelo al cuello, como si tuviera frío.

Iba a preguntarle por qué lo llevaba —tal vez era por algún problema de salud y pretendía ser amable—, y entonces ella debió de darse cuenta de mi fijación. De forma automática, se llevó una mano al pañuelo y se lo recolocó con esmero.

Pero al hacerlo me descubrió lo que podía ser el secreto que quería guardar con la prenda: la señal roja que había quedado al descubierto mientras se atusaba el pañuelo era más que evidente.

Era una señal de… joder, ¿estrangulamiento?

«Una de dos —me dije— o esta chica ha intentado suicidarse hace poco o es que le gusta el sexo salvaje.»

Se había vuelto hacia mí mientras se atusaba el pañuelo.

Y el mirador no era muy ancho.

Ello provocó que nuestros cuerpos se encontraran a muy escasa distancia, casi tocándose.

Y había descubierto que, aunque pareciera tímida, le iba la marcha.

Las imágenes de unas horas antes, cuando metía la mano por debajo de la falda de Lucy, volvieron en tropel. Y cachondo como estaba, además de envalentonado, me dio por pensar que quizá se me presentaba una segunda oportunidad esa noche.

Que el *karma* me era propicio, en una palabra.

Los ojos de Nata y los míos se habían enganchado y no había forma de separarlos. Y un ligero movimiento de su rostro pareció buscar el mío. Aquello parecía una película romántica. Y no en vano me había doctorado en ese tipo de películas desde que había conocido a Elsa.

Lo que tocaba en ese momento era acercar mi boca un par de centímetros y esperar su reacción. Y ésta fue la que esperaba: sus labios se acercaron algo más a los míos. Mi erección, enorme desde que había comenzado la fiesta, volvió a despuntar.

Y cuando Nata cerró los ojos no lo dudé y me lancé a por ella.

Llegué a pegar mis labios con los suyos y a acariciarlos con la lengua.

Pero cuando mi mano intentó sujetarla por la nuca para atraerla hacia mí, Nata hizo un quiebro y se escurrió hacia la habitación.

—Lo siento… lo siento… —decía mientras huía hacia la puerta —. No debería estar aquí.

—¡Nata, espera…! —intenté retenerla—. Ha sido culpa mía, perdona… espera…

Pero la chica ya no me oía. El golpe de la puerta al cerrarse me dejaba claro que esa noche no iba a conseguir ligar.

Había un influjo en aquel palacete, como dije más arriba. Pero era un influjo que estaba en mi contra. Me daba a probar la miel para a continuación quitármela de los labios.

Así que, de nuevo, volvía a la casilla de salida: tocaba aliviarme por mi cuenta. Esta vez cerré la puerta con pestillo y momentos después gruñía sobre el lavabo corriéndome con la fiereza de un animal enjaulado.

*

Una vez solucionado el tema que me traía mártir, tenía que decidir que hacer: si irme a dormir o esperar despierto a que llegara Elsa. Eran casi las dos y en el palacete todo era silencio. La fiesta se había dado por concluida unos minutos antes.

Y no tenía nada de sueño.

Me dirigí al mirador de la planta y observé que junto a la piscina se encontraban tres de los habituales y alguien que no reconocí: tío Juan —con su puro de antes de dormir, para variar—, Alberto, Lucy y una desconocida.

Me sentía genial. Después de aliviarme a solas, me encontraba animado. El haber estado con dos chicas, aunque no llegara a nada con ellas, y el notar las pelotas vacías, me conferían una euforia imposible de sentir en otras circunstancias.

¿Por qué no?, me dije.

Y sin pensármelo dos veces me lancé hacia el jardín.

Al acercarme a la escalera de caracol, escuché voces que se aproximaban. Una de ellas pertenecía a tío Juan. La otra a una mujer desconocida, tal vez la que había visto en el jardín.

Me oculté en un rincón oscuro y esperé a que pasaran, no me apetecía darme de cara con tío Juan, aquel hombre me provocaba repelús. Segundos después, el viejo y la desconocida, una chica que no llegaba a la treintena, pasaron a mi lado y se dirigieron hacia la escalera que conducía a la biblioteca, el santuario del padre de Alberto.

Este la llevaba sujeta por la cintura y le sobaba el culo con descaro.

«Puto viejo, ¿dónde coños se lleva a la chavala?», me pregunté.

Me acerqué lo más que pude y lo que vi me sacó de dudas. Al llegar al rellano superior, mientras la chica se paraba y abría la puerta con una llave que le había entregado el viejo, éste le había elevado el vestido y le metía la mano entre las piernas.

—*¡Mecagoentusmuertos!*, niña… —dijo el anciano—. ¡Hay que ver qué burro me pones!

—Venga, tío Juan —respondió ella con una risita—. No corra tanto, que no va a dejar nada para después.

Los dos rieron y se perdieron tras la puerta.

El corazón me latía con fuerza. Aquella escena no se diferenciaba mucho de las que me había relatado Elsa en su momento.

Tentado estuve de subir y aplicar la oreja a la puerta. No obstante, me pareció fuera de lugar y abandoné la idea. Si aquel carcamal quería tirarse a la chavala y a ella no le importaba —algo sacaría a cambio, seguro—, allá ella.

*

Seguí mi camino escaleras abajo y en un instante me acercaba al grupo que aún quedaba en el jardín.

—Buenas noches… —saludé.

—Hola, Sergio… —devolvió Lucy el saludo.

Alberto, como era su costumbre, tan solo asintió con la cabeza. Y de nuevo aprovechó la ocasión para burlarse de mí.

—Ahí tienes limonada, por si te apetece…

Su risita acompañó el comentario y me toco las narices.

—Oh, no… esta noche no me apetece limonada —respondí sin inmutarme—, ¿qué tenéis que sea más fuerte?

—Hay de todo… —saltó Lucy y se puso en pie—. ¿Qué quieres que te ponga?

La reacción de la novia de Alberto multiplicó mi ego.

Y provocó un rictus de enojo en el rostro de Alberto.

Disfruté de lo segundo más que de lo primero.

—Ponme ron con hielo, si es posible.

—Por supuesto —dijo ella, solícita.

Miraba a Alberto mientras su prometida se esforzaba por atenderme. Por fuera mantenía una sonrisa forzada, pero se le veía mosqueado.

Quien se reía ahora —por dentro— era yo.

«Tan listo que te crees, gilipollas, mira a tu chica —le decía sin palabras—. Mira cómo se desvive por mí. ¿Y sabes por qué? Pues porque la he comido el coño como hace un hombre de verdad, no un idiota como tú. Tenías que haberla oído gritar, subnormal. Ríete ahora, ríete si puedes».

Mantenía Lucy el mismo vestido de toda la tarde, a pesar de que tenía que haberle quedado húmedo tras el sexo. La miré de arriba abajo y me pregunté si se habría recolocado las bragas o si las habría olvidado bajo la cama. Tratándose de ella me creía cualquier cosa.

Tomé el vaso de sus manos y ella me sonrió. Creí ver un brillo de picardía en su mirada.

«Ya lo ves, Albertito —volví a dirigirme al heredero con el pensamiento—. Comiendo en la palma de mi mano la tengo. Bobo, que eres un bobo».

Lucy volvió a sentarse en la tumbona junto a su prometido y me señaló una segunda mesita cerca de la de las bebidas.

—Ahí tienes algo de picar, si te apetece. Canapés, sobre todo, ha sobrado comida como para un regimiento…

El primo de Elsa no había abierto la boca mientras su prometida me servía.

Después nos quedamos en silencio.

No salía ningún tema de conversación, como solía ocurrir cuando yo estaba presente. Por suerte, apareció Nata y el ambiente cambió. Fue llegar ella y comenzar los comentarios sobre la fiesta, las vacaciones, la playa…

La escuchaba hablar avergonzado por lo que había pasado en la habitación, cobra incluida, pero ella rehuía mis ojos y se comportaba como si no hubiera pasado nada.

Cuando la conversación estaba en su apogeo, Lucy se puso en pie.

—Me apetece dar un paseo —dijo—. Alberto, ¿te vienes?

No parecía Alberto tener muchas ganas de pasear con su novia, me pareció por su gesto.

—No, lo siento, estoy molido de todo el día. Vete tú, cielo, que eres más de andar…

Y entonces la chica sin filtros se sacó un as de la manga.

—¿Me acompañas, tú, Sergio? Es por no ir sola de noche…

No sabía que responder. Alberto me había echado una mirada de las que matan.

Así que intenté darle cuerda antes de aceptar.

—¿Por dónde vas a ir? ¿Vas a bajar al pueblo?

—Oh, no, al pueblo no… —respondió con rapidez—. Es solo por aquí, una vuelta a la manzana y poco más para bajar el exceso de comida.

Me lo había dejado a huevo.

Ni de lejos se podía considerar aquello una cita.

Aun así, le pregunté a Alberto por si acaso.

—¿Te importa si la acompaño?

La respuesta fue la esperada, lo contrario habría sido mostrar inseguridad, y eso no casaba con Alberto.

—Por supuesto que no, daros una vuelta, pero ojo que suele haber rateros por la noche.

—Ah, vale… pues me apunto.

Casi de la mano —tan cerca íbamos Lucy y yo— echamos a andar hacia la puerta del palacete, dejando junto a la piscina a una pareja de las más extrañas del lugar. Eran dos de los protagonistas de la historia de Elsa, aunque ellos no supieran que yo estaba al corriente de lo que había pasado aquel aciago verano.

«¿Lo ves, capullo? —le dediqué a Alberto un último pensamiento—. Me llevo a tu chica y tú ahí te quedas».

Segundos más tarde nos alejábamos por la acera que bordeaba los chalets, salpicada de farolas que emitían una luz amarillenta plagada de sombras.

*

Los primeros minutos caminamos en silencio. Rememoraba por dentro los momentos pasados aquella tarde. E imaginaba que Lucy también pensaba en ellos.

—¿Qué tal estás? —preguntó ella al cabo.

—Yo, perfecto, ¿y tú? —le devolví la pregunta.

—Yo genial, me ha sentado bien… eso… ya sabes…

Su sonrisa era inocente, y no me tomé a mal que mencionara lo que había sucedido unas horas antes en su cuarto.

En ella todo parecía natural.

—Me alegro… —dije.

—Y te lo agradezco…

—De nada, mujer…

Volvimos al silencio, pero ella lo interrumpió al instante.

—Lo único es que me preocupa que tú te hayas podido quedar a medias y… fastidiado…

Había bajado la mirada hacia mi entrepierna y capté al vuelo el sentido de su frase.

—Oh, no, no te preocupes… —respondí—. Bueno, no es que me quedara bien, pero ya está solucionado…

Lucy, como siempre sin filtros, buscaba saber más.

—Con Elsa, supongo… Espero que la hayas encontrado pronto, si no, menudo palo…

No sabía hasta qué punto podía sincerarme con ella, pero a su lado nada me avergonzaba, era como si estuviera hablando con una amiga de toda la vida.

—Oh, no, a Elsa no la he encontrado —le aclaré—. Me avergüenza decirlo, pero… he tenido que solucionarme el problema yo solo…

Se echó las manos a la boca y lanzó una risita nerviosa. A la tenue luz de las farolas la noté sonrojarse.

—¿No me digas que tú… que tú te has hecho… eso…? Y por mi culpa…

—Exacto —respondí sonriendo igualmente—. Justo lo que estás pensando… Pero de por tu culpa, nada, que lo sepas… Los dos somos ya mayorcitos.

Daba saltitos y reía excitada. Más pareciera una tímida colegiala que una prometida a punto de contraer matrimonio.

—Lo siento, de verdad… lo siento… yo no quería…

—Tranquila, no pasa nada, mujer… ya te lo he dicho…

—Pero habérmelo comentado, hombre, ¿es que no hay confianza? Yo podría haberte ayudado…

Tragué saliva, ¿qué me ofrecía Lucy, aunque fuera a destiempo? ¿Una mamada, un polvo?

—No fastidies, Lucy, ¿pero cómo iba a yo a pedirte eso…?

Intentaba que tradujera el «eso» por su oferta real, para saber a qué atenerme.

—Hombre, pero si no pasa nada… —dijo sin dejar de caminar —. Por ponerte de cara al lavabo y acariciarte un poco el… la… bueno, ya sabes… tampoco es que me vaya a quedar embarazada.

Tuve que reírme a carcajadas para disimular mi excitación. Ahora resultaba que la había tenido en mis manos y la había dejado escapar por no atreverme a preguntar. Que suerte tienen los chavales de hoy en día, me dije, si tienen ganas de sexo, tan solo se acercan a una conocida y se lo comentan. Y es muy posible que la

chica, si es una buena amiga, les eche un cable, aunque solo sea «como amiga».

Y me consta que los polvos «de amigos» suelen ser de los mejores.

De solo pensar en la posibilidad de haber tenido algo más con Lucy, mi erección se encontraba cerca del cenit. A pesar de andar con el depósito vacío, mi soldadito parecía pedir guerra.

Repentinamente, Lucy se detuvo.

Habíamos llegado a una bifurcación. A la izquierda se abría un camino de tierra que rodeaba los chalets por un descampado. Pero se hallaba muy oscuro y yo prefería seguir por la acera.

Lucy me corrigió, sin embargo, y me empujó hacia la zona oscura.

—Es por ahí —dijo—. Así damos una vuelta entera a la manzana de casas y volvemos al palacete por el lado opuesto al que traíamos.

Me santigüé mentalmente para que no hubiera ladrones por allí esa noche. Yo no tenía ni media bofetada e iba a quedar fatal ante una damisela como ella.

*

Tras un minuto recorriendo un camino donde solo la luna proporcionaba algo de claridad, mi imaginación comenzó a dispararse. Tal vez aquel era su camino habitual y tan solo seguía la costumbre.

O tal vez buscaba la oscuridad para proponerme algo.

Y yo no iba a poder negarme.

Cuando se colgó de mi brazo, el corazón se me disparó en el pecho.

—¿Qué tal con Elsa? —preguntó tras un paréntesis, bajando mis expectativas.

—Pues… bien… —respondí con un titubeo.

—Uy, uy, uy… —dijo burlona—. Has dudado…

—No, de verdad… —corregí a medias—. Estamos genial…

—¿Algún problema? —insistió—. Que se haya ido con amigos y te haya dejado solo no parece muy normal.

Lo pensé antes de responder. Decirle que éramos una pareja abierta desde hacía poco no me apetecía lo más mínimo. Si lo hacía, toda la familia se enteraría al día siguiente. Por algo la había bautizado como «la chica sin filtros».

Lo mejor era divagar y no entrar al trapo.

—Oh, no, no pasa nada… —respondí—. No siempre vamos a salir juntos… A veces salimos cada uno con sus amigos. ¿No sales tú con amigos algunas veces sin Alberto, y al revés?

Había intentado cambiar de tercio y que habláramos de ella. Y lo conseguí.

—Ah, bueno, claro… —dijo sin pensar—. Alberto es más así… de salir con sus amigotes… Yo menos… Tan solo a veces con alguna amiga de compras o a tomar un café.

—Jo, que suerte tiene tu chico… Eres una mujer de las de antes…

—Bah, no será para tanto… —rió.

Pero yo quería profundizar algo más en su vida privada, necesitaba conocer algún chisme sobre su relación con Alberto para luego presumir delante de Elsa.

—¿Y aquello de vuestro… pequeño enfado? —pregunté simulando desinterés—. ¿Se arregló del todo?

—Oh, sí… aquello ya se arregló… La verdad es que duró muy poco, fue tan solo una rabieta que se me pasó rápido…

—Claro, el amor… —le di la razón.

—Oh, no… —me corrigió—. El amor no tiene nada que ver… Lo que pasa es que a veces hay que saber cuál es el sitio de una, y quedarse donde se espera que esté.

Hablaba como una mujer madura, pero de una forma tan sumisa que me provocaba escalofríos.

—¿Es que… no estás enamorada de Alberto?

Se lo pensó un instante antes de responder.

—Bueno… enamorada, enamorada… tampoco es que lo esté… —respondió sin titubeos—. Pero es que tampoco hace falta… Mis padres nunca han estado enamorados y no les ha ido tan mal.

«Joder —me dije— ¿Está hablando de lo que creo que está hablando?».

No me cabía ninguna duda. Aquella chica había sido programada por su familia. Tenía que casarse con el hombre elegido para unir la fortuna de dos familias de linaje y todo lo demás sobraba. No había dudas que tener, ni sueños a los que aspirar. Hacía lo que le habían ordenado, le gustara o no: cumplir con el papel que tenía asignado desde la cuna.

Y callar.

Menuda putada. Me daba pena la pobre, no me cambiaría por ella —por mucho dinero que tuviera su familia— ni por todo el oro del mundo.

*

Seguíamos por el sendero de tierra, húmedo por la tormenta de la tarde, y en ese momento pasábamos por una regia construcción que bordeaba el camino durante decenas de metros. Estaba ésta protegida por una valla metálica de gran altura.

Lucy se detuvo, aún colgada de mi brazo.

—Mira, esta es la casa de mis suegros.

—Qué siniestra se la ve en la oscuridad.

—Sí, un pelín oscura por la noche —dijo, pero luego señaló un ventanal que acababa de iluminarse—. Mira, ahí acaban de entrar en una habitación.

—Es cierto, a lo mejor es Elsa que ha vuelto —apunté por decir algo.

—No, que va… vuestra habitación está en la otra esquina…

Señalaba la fachada para indicarme de lo que hablaba, pero yo ya no la escuchaba. Solo la miraba a ella. A su cuello largo y suave,

a sus pequeñas orejas, con tres aretes en cada una de ellas, a sus labios, que prometían besos dulces y húmedos.

Tan fuerte debía de ser mi mirada, que cuando Lucy volvió sus ojos hacia mí, se dio cuenta al instante.

Y supo que no iba a poder resistirme a sus encantos.

—Espera, espera, Sergio… aquí no, de verdad… pueden vernos desde la casa…

Le había desenlazado su brazo del mío y tiré de su mano. Di unos pasos hacia mi espalda sin soltarla, hasta que llegamos al cobijo de un frondoso árbol.

—Ven… niña… ven… —le susurraba jadeante—. Aquí no puede vernos nadie… Y solo quiero besarte…

Pero ella se resistía.

—No, de verdad, primo… otro día mejor, ahora no es buen momento…

Pero mi ansiedad no se calmaba con promesas.

Tiré de ella hasta tenerla en mis brazos y le eché los labios al cuello.

—Mmmm… —le decía—. Hueles maravillosamente… Si yo fuera Alberto, no te dejaría abandonada ni por un segundo… Y menos salir a pasear con un extraño…

—Jo… Sergio… porfa… —se quejaba, aunque sin hacer nada por huir—. No seas pesado… Esto no está bien, y lo sabes…

Antes de que se diera cuenta, moví mi boca hacia la suya y me fundí en un beso apasionado, labios contra labios, lengua contra lengua. Aún hizo Lucy un gesto por liberarse, pero en cuanto mi saliva se mezcló con la suya, se rindió sin condiciones.

Me echó los brazos al cuello y comenzó a responder a mis besos.

—Primo… primo… —suspiraba.

La apretaba de la cintura y nuestros sexos no podían estar más pegados. Me pregunté una vez más si se habría puesto las mismas bragas que se había quitado para mí o si se las habría cambiado.

Aunque también podría ir sin ellas.

Le acaricié el trasero, pero no pude aclarar el misterio, los tangas que usaba la jovencita se podían haber escondido en el valle entre sus nalgas y nunca lo sabría si no introducía las manos por debajo de la falda.

Aquello era una opción. Tenía la certeza de poder someterla si lo intentaba. De follarla en ese rincón oscuro si lo hubiera deseado. Pero no entraba dentro de mis planes. Me conformaba con besarla hasta hartarme de su boca.

—Niña, cómo me pones… —le decía al oído cuando liberaba sus labios—. No sabes cómo me pones…

Suspiraba ella igualmente, intercambiando besos y caricias, junto con la saliva que por el ímpetu había humedecido nuestras barbillas.

—Primo… primo… —jadeaba.

Me hacía gracia que repitiera la palabra «primo». No sabía si se trataba de una fijación o si es que su fantasía secreta era probar el incesto. Porque primos de verdad no lo éramos ni de lejos…

Y entonces me uní a su fantasía, aunque fuera tan solo por complacerla.

—Joder, prima… que bellísima eres… y qué buena estás… —le susurré entre jadeos y sobos a su trasero, al que apretaba como si quisiera aplastarlo.

La estimulaban mis palabras, y supongo que mi manoseo, y casi me rompía los dientes por el ansia con que me introducía la lengua.

En el silencio de la noche, únicamente quebrado por algún ave nocturna, solo se escuchaba el chapoteo de nuestras salivas. Pero poco a poco la intensidad de nuestros besos fue decayendo.

Era Lucy la que daba por terminado el encuentro.

—Debemos irnos ya… —susurró, aún colgada de mi cuello—. Alberto puede mosquearse si ve que tardamos.

—¿Crees que podría salir a buscarnos?

—Sería muy capaz…

Me moría por seguir besándola. Pero no podía permitirme semejante locura. Así que accedí a ponerle fin y nos separamos.

—Que guapa eres —le dije colocándole el pelo con una mano.

—Gracias… —me sonrió con dulzura.

Le acaricié una mejilla y ella me miraba con sus grandes ojos sin decir nada.

—Vámonos… —dijo y volvió al camino sin esperar a que la siguiese.

Mejor así —me dije—, me había pasado tres pueblos, iba a ser difícil volver a la normalidad entre nosotros tras los acontecimientos de ese día.

Pero no nos cabía otra.

La alternativa sería montar un follón familiar de los grandes. Ponerle los cuernos a un Molinaseca era algo que se podía pagar con la cárcel.

O con algo peor.

Las vísperas de un mal día

El resto del camino de tierra lo hicimos cogidos de la mano. Lucy caminaba con ligeros saltitos, parecía una colegiala enamorada. Pensé en la imagen que dábamos si se nos mirara desde fuera. Y comprendí que semejaríamos una pareja de adolescentes que se acababan de dar su primer beso.

El silencio que se había creado entre nosotros era, además, tan elocuente que no quise romperlo. Lucy, sin embargo, no tuvo problema en hacerlo.

—¿Hasta cuándo os vais a quedar en la casa?

No estaba seguro del sentido de su pregunta, pero quise creer que deseaba que nuestra salida se retrasara.

—Ni idea… —respondí—. Aún no tenemos ningún plan.

Se hizo de nuevo el silencio y esta vez lo rompí yo.

—¿Y vosotros? —pregunté—. ¿Vais a ir al crucero por el Adríatico?

—Sí, tenemos ya los billetes —respondió—, pero saldremos la última semana de agosto. Aún nos queda tiempo.

Una vez llegamos a la calle y retomamos la acera, las luces nos aconsejaron alejarnos entre nosotros. Pocos minutos después empujábamos la puerta del palacete y nos colábamos en el jardín.

Elsa había llegado ya y charlaba animadamente con los otros del grupo.

Al llegar hasta ella, me ofreció sus labios y la besé sin mucho entusiasmo.

Lucy besó igualmente a su novio y un pensamiento cruzó mi cabeza: «¿Qué, Albertito, te ha gustado el sabor de mi saliva? Porque es mi saliva la que lleva tu novia en la boca…».

La mirada del primo de Elsa era huraña, como si me leyese el pensamiento.

Una vez acomodados Lucy y yo, la reunión continuó durante una media hora. No pude quitarme de la cabeza a tío Juan, follándose a la chica desconocida en su santuario.

*

Llegaba a la habitación con Elsa minutos después con ansias de saber. Me había dejado abandonado sin avisar y eso escocía.

Pero ella fue más rápida en preguntar.

Lo hizo nada más cerrar la puerta del cuarto.

—Cuéntame lo que ha pasado con Lucy, me tienes en ascuas —me pidió—. Y mucho más con las miraditas que te echaba hace un rato cada vez que decías algo. Parecía una perra en celo mirando a su macho. La has debido de hacer maravillas…

—Vamos, no me vaciles —me defendí—. Tampoco ha sido para tanto…

Sabía que tenía que contarle algo de lo ocurrido con su prima, pero tampoco estaba dispuesto a contárselo todo. Que se fastidiara por dejarme tirado.

—Bueno, tú suéltalo, que ya me encargo yo de decidir si es para tanto o no —insistió—. Que le metías mano bajo la falda y que ella te arrimaba el culo pidiendo más lo he visto con mis propios ojos, te lo puedes ahorrar. Me he quedado en que os ibais juntos hacia las habitaciones.

Tragué saliva.

Y decidí contarle lo imprescindible.

—Pues verás… —comencé—. Hemos subido a su habitación y yo pensé que se iba a quitar el vestido nada más entrar, pidiéndome por favor que me la tirara de lo cachonda que la había puesto. Pero nada de eso, lo que ha hecho ha sido echarme la bronca por haberla tocado.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente.

—Pero tú, por supuesto has insistido… —hacía por tirarme de la lengua.

—Por supuesto, no me he dejado apabullar —mentí—. La he cogido de las manos, la he tirado sobre la cama y le he comido el coño hasta que se ha corrido como una cerda.

Daba saltitos y batía palmas, entusiasmada.

—¡Muy bien hecho, ese es mi niño! ¿Y qué más?

Pero tocaba bajarla a la tierra.

—Pues nada más. Cuando estábamos en plena faena ha llegado Alberto y me he tenido que esconder en la terracita. No me ha pillado por un pelo.

—¿No me fastidies que tú la has calentado y el que al final se la ha follado ha sido mi primo?

—Oh, no… —aclaré—. Tu primo ha venido a buscar algo y se ha largado al instante, por suerte.

—¿Y no has seguido hasta el final?

—Que va… —volví a mentir, aunque solo a medias—. Una vez cortado el rollo, me ha pedido que me fuera…

Suspiró, decepcionada.

—Bueno, no pasa nada… —sonrió pícara—. Si ya te ha dejado que la sobes y que se lo comas… Echarle un polvo será algo fácil, vamos, digo yo… Tienes tiempo antes de que nos volvamos a casa…

—Vamos, Elsa —protesté—. ¿No te das cuenta del peligro? Hoy casi nos sorprende tu primo. Si seguimos con los jueguecitos, al final me van a pillar y me van a ahogar en la piscina. Paso de más líos.

No pudo evitar la carcajada.

—Anda, bobo… deja de decir tonterías. Esta casa es muy grande y se pueden hacer cosas en muchos sitios sin que nadie te vea.

Me estaba poniendo de los nervios, no tenía claro si hablaba por experiencia.

Así que decidí cambiarle el tercio.

—Bueno, ahora te toca a ti… —le dije de malas maneras—. ¿Por qué leches me dejas plantado sin avisar?

*

Elsa se había desnudado, quedándose en bragas. Y me hacía carantoñas en el pelo y la cara para desviar mi atención. Pero yo no me dejé enredar y la insistí.

—¿Cómo es que te has ido con Chema sin decirme nada? ¿Sabías que estaba en Benidorm?

—Pues claro, cari —me reconoció—. Cuando supe que nos veníamos para acá, se lo comenté y él me dijo lo del amigo que le prestaba su ático en la ciudad de los jubilados.

—¿Y qué más…?

—Pues nada, no hay mucho que contar. Me ha llamado mientras os espiaba detrás de la columna. Yo le he dicho que no podía dejarte, te lo juro, pero es que ha insistido tanto que al final me ha convencido. Además, me ha facilitado las cosas, porque me ha enviado a un amigo para que me llevara en su coche. Y luego me ha traído de vuelta.

Imaginaba que me estaba contando una verdad retocada. Más probable era que ella se hubiera puesto cabezota y que Chema no hubiera tenido más remedio que claudicar. Si no la conociera…

—¿Y en la disco…?

—Pues en la disco lo de siempre. He tenido suerte porque ya conocía a la mayoría de los amigos de Chema. Así que solo ha tenido que presentarme a dos o tres personas. El resto del tiempo bailar, beber y charlar… Lo normal en estos casos.

No sabía si creerla. Aunque me fiaba de Chema y, si él me decía que todo iba bien, es que todo iba bien.

No tenía ni idea de lo que iba a descubrir en pocas horas.

*

Nos metimos en la cama y le pedí sexo. Ella respondió lo que me temía: que estaba rota de cansancio por las dos fiestas y que lo dejáramos para el día siguiente. Así que me dejó abandonado, inquieto y sin sueño.

Daba vueltas en la cama sin coger la postura, creyendo que ella estaba como una marmota. Pero cuando vi que daba la luz de su lamparita, me sobresalté.

—¿Vas a algún lado?

—Sí, voy a por un vaso de agua.

—¿Me traes otro a mí?

—Claro, cielo… ¿De dónde lo quieres, de la nevera o del tiempo?

—De la nevera, estoy sudando…

—Vale, vuelvo enseguida.

Eran las cuatro de la mañana. Y su «enseguida» se alargó hasta las cuatro y media. Nervioso como un león enjaulado, estaba ya dispuesto a bajar a buscarla cuando volvió.

—Perdona, cari… —se disculpó—. Es que me he tropezado con Alberto en la cocina y hemos estado charlando diez minutos.

Iba a decirle que habían sido más bien treinta los minutos. Y que además fuera con Alberto, me molestaba el doble al menos.

Después de beber, cada uno se volvió hacia su lado de la cama.

Dábamos ambos vueltas sin poder dormir por el calor, cuando recordé que no le había contado algo.

—Por cierto… —dije aburrido de esperar al sueño—. No te he comentado que esta tarde vino Nata por aquí y que hemos estado charlando.

Se incorporó en la cama y puso expresión de incredulidad.

—¿Nata ha entrado en la habitación? —torcía el morro—. ¿Y a qué ha venido?

—Oh, no, a nada especial…

Le expliqué lo del problema de los baños y se relajó. No entendía cómo se había inquietado tanto. ¿Se habría sentido celosa

de su amiga? No me parecía probable. Me empujaba hacia otras como si nada, ¿por qué habría de ser diferente con Nata?

—¿Y de qué habéis hablado?

—Pues de nada, lo normal, me ha preguntado por ti y eso… Por cierto, ¿es verdad que no tiene novio?

—¿Por qué lo preguntas? —replicó a una velocidad que me dejó pasmado.

Había algo que no me estaba diciendo, así que decidí fastidiarla para sacarla de quicio… y tirarle de la lengua de paso. Era una venganza por lo de Alberto en la cocina.

—Pues te lo pregunto porque creo que con ella lo puedo tener más fácil que con Lucy… —dije, vanidoso—. Si me lo propongo, estoy seguro de que con tu amiga podría conseguir algo antes del fin de las vacaciones.

Su inquietud se multiplicó y no lo pudo disimular.

—¿No se te habrá ocurrido entrarla?

—Bueno, un poco sí… —respondí presuntuoso.

—¡No me fastidies…! —parecía realmente preocupada, la tenía en mis manos. Ojalá fueran celos los que sentía, así me entendería mejor.

—Incluso he llegado a besarla… —añadí para echar leña al fuego—. Y eso que solo ha estado en la habitación cinco minutos. Dame una hora con ella y le pongo los pies mirando al techo… ja, ja, ja…

Saltó de la cama como un resorte. Se frotaba las manos con ansiedad. Yo la miraba atónito. Había reaccionado a mi vacile como si le hubiera dicho que pensaba casarme con ella.

—Por dios, Sergio… ni se te ocurra acercarte a Nata… —titubeó.

—Pero, ¿qué pasa? —me incorporé en la cama, preocupado.

—¿Es cierto que la has besado? ¿Te ha correspondido ella?

Lo pensé fríamente. Era mejor desdecirme que seguir viéndola comerse las uñas.

—Pues claro que no… —mentí—. Te estaba vacilando. ¿Pero qué pasa, es que tiene novio?

—Sí… bueno, no…

—¿Tiene o no tiene, en qué quedamos?

—No, novio no tiene… —confirmó tras unos segundos de duda —. Pero tiene un amante.

Me había quedado de piedra. ¿Qué más daba un novio que un amante? No era para ponerse tan nerviosa. Al fin y al cabo era el tío que se la follaba, ¿no? ¿Qué importaban las etiquetas?

—¿Un amante? —pregunté extrañado.

—Sí, un amante… —aseguró, antes de ponerme los pelos de punta con su siguiente comentario—. Es un tío poderoso y muy hijo de puta… Si te crees que Alberto te podría ahogar en la piscina, no te digo lo que podría hacerte el amante de Nata si se entera de que la has tocado un pelo de la ropa…

Piel de gallina cubría todo mi cuerpo a esas alturas. Había hablado del amante como si fuera un capo de la mafia siciliana.

—¿Estás hablando en serio? —estaba seguro de que sí, pero seguía sin poder creerlo.

—Totalmente… —confirmó—. Pero no hablemos más del tema. Simplemente olvídate de ella y no pasará nada. Prométemelo y vamos a dormir…

Vislumbré una posibilidad de conseguir algo de Elsa. Tal y como se había puesto, era vulnerable. Y yo experto en explotar sus vulnerabilidades.

—Sí, ya, a dormir… —me quejé—. Me has puesto tan nervioso que no creo que pueda dormir en toda la noche.

Me miró con ojitos de madre, más que de novia.

—¿Quieres que te haga una paja para que te relajes, amor?

La tenía en mis manos.

Pero una paja me parecía insuficiente para todo lo ocurrido en un solo día.

—Mejor una mamada…

Se metió en la cama y se arrimó a mí.

—Vale, pero no gruñas mucho que en esta casa se oye todo a través de las paredes.

Se metió bajo la sábana y tiró de mi pantaloncito de pijama.

Elsa sabía mamarme cuando se lo proponía.

Y en los siguientes minutos me hizo subir al cielo.

*

Por las mañanas, mi chica era de madrugar. Cuando desperté al día siguiente, ya se bajaba a desayunar con los demás de la familia. Yo preferí quedarme retozando en la cama.

—Pues si te vas a quedar en la cama un rato más, podrías echarle un vistazo a mi móvil —me pidió.

—¿Qué le pasa?

—Pues le pasa lo de la batería, que se descarga muy rápido, y también lo del wifi. Me estoy quedando sin datos y me vendría bien ponerle la clave del router de esta casa. ¿Me lo puedes mirar tú?

Me tendió el teléfono y se lo rechacé.

—Vale, te lo pongo, pero tienes que desbloquearlo.

Se dio la vuelta para que no viera el movimiento de la mano al dibujar el patrón de seguridad. Pero me incorporé hacia un lado y lo capté a la perfección.

«¡Genial! —me dije—. Por si necesito bichearle». No éramos ni ella ni yo amigos de espiar el móvil del otro, pero nunca se sabía.

Salió de la habitación y me quedé a solas.

Le puse la clave del wifi al aparato y le eché un vistazo a los ajustes para ver lo de la batería. Seguro que no le pasaba nada, habría sido una excusa para no hablar conmigo mientras estaba con sus amigotes. Me llevaría un par de minutos, como mucho, y podría olvidarme del tema. Me apetecía salir a correr ese día, desde que habíamos llegado al chalet no había hecho nada de ejercicio.

En ello estaba cuando un mensaje apareció sobre la pantalla.

Era un mensaje de *wasap* y procedía de Chema.

No pretendí leerlo —nunca había violado la intimidad de Elsa—, pero aunque cerré los ojos para no hacerlo, mi cerebro lo procesó sin querer. El salto que di sobre la cama casi me hace caerme de ella.

CHEMA: Ya tengo los plugs para tu agujerito de atrás. Te los he enviado por mensajero. Te lo van a abrir bien abierto, ya lo verás… jajaja.

Me quedé de piedra. Chema hablaba del culo de mi novia. Y de abrírselo con vete a saber qué oscuras intenciones.

De nuevo me resistí a la tentación. Leer los mensajes de Elsa no me cabía en la cabeza. Me parecía una traición. Así que le puse la clave wifi, lo apagué y lo dejé sobre su mesilla conectado al cable de carga.

Pero el mal ya estaba hecho.

El imán de aquel mensaje era muy fuerte.

Y al final venció sobre mi integridad.

Volví a desenchufar el móvil y lo desbloqueé, comprobando que el patrón que había espiado a Elsa funcionaba a la perfección. Después entré en el chat de Chema con temblor en las manos.

El mensaje que acababa de llegar era el último de una conversación más larga. Hice scroll hacia atrás y llegué al principio. Antes de éste, tan solo descubrí mensajes logísticos del tipo «quién me recoge?» «a qué hora?» y cosas parecidas. También había multitud de mensajes borrados.

Tentado estuve de seguir retrocediendo en el tiempo y buscar conversaciones anteriores, pero me estaba entreteniendo y Elsa podía volver, mejor ir al grano.

Volví hacia ese primer mensaje y leí con impaciencia. Era mi novia quien iniciaba la conversación.

ELSA: Bueno, ¿ya le has chivado a tu amigo Sergio lo que hemos hablado sobre mi culo?

CHEMA: Jajaja… No, todavía no… Pero ganas me dan por mala… Como se entere tu novio de lo bicho que eres y lo poco que le cuento me va a matar…

Joder, pensé, esas dos frases sugerían que Elsa conocía mi acuerdo con Chema. El muy cerdo se lo debía de haber contado. Mi plan para vigilarla con su ayuda se había ido al garete.

Y el siguiente mensaje lo confirmaba:

ELSA: Menudo espía estás tu hecho… Y las ganas que tienes tú de que traspase nuestras líneas rojas…

CHEMA: Eh, eh… a mí no me metas en vuestros líos… Que yo no te he tocado… Le soy fiel a mi amigo…

Esa frase me supo a gloria. Al menos Chema me respetaba.

ELSA: Anda que si se entera que no eres gay, sino «bi», le da un infarto.

Este mensaje, sin embargo, actuó como un choque de trenes. Si no un infarto, al menos un calambrazo en la columna sí que recibí.

CHEMA: De «bi», nada… Te lo he dicho mil veces…

ELSA: Ya, no eres «bi» mientras se trate de coños. O eso es lo que dices, que no sé si creerte. Pero cuando se trata de culos, te da igual el de un tío que el de una tía…

CHEMA: Eso sí… jajaja… A los culos no les hago ascos a ninguno…

Me estaba quedando en shock. La sangre se me había congelado en las venas. No tenía ni idea de lo que hablaban. ¿Chema, «bi»? Pero si desde que era un chaval era maricón como un palomo cojo.

ELSA: Bueno, me vas a ayudar con mi problema o no?

CHEMA: Problema? Yo no veo que tengas un problema… Más bien un deseo carnal… jajaja.

ELSA: Venga, Chemita, no me vaciles…

Se veía la confianza que había surgido entre los dos. No sabía si tomármelo por lo bueno o por lo malo. Tendría que darle un par de vueltas.

CHEMA: A ver, tú quieres dejar de ser virgen por detrás, eso no me parece mal… Lo que no me parece aceptable es que te empeñes en que sea yo el que te lo estrene…

Un subidón de ácidos me produjo un fuerte dolor de estómago.

Joder, Elsa estaba detrás de Chema para que le abriera el culo. ¡Sería zorra! ¡No estaba cumpliendo nuestro acuerdo, o al menos intentaba incumplirlo! Por suerte, Chema no infringía su parte, al menos en lo relativo a tener sexo con ella. A estas alturas Loren la habría matado a polvos.

ELSA: Bueno, pues si no quieres estrenármelo, al menos podrías ayudarme a hacerlo de una forma que no… no sé cómo decirlo… jajaja… de una forma "no lesiva", no sé si me entiendes…

Hijadesumadre, no iba a parar hasta que le reventaran el trasero.

CHEMA: Te entiendo perfectamente… Y creo que puedo ayudarte. Pero no te lo digo por wasap, mejor te lo cuento esta tarde cuando nos veamos.

Después de este mensaje se despedían y supuse que esa misma noche —la noche de la fiesta de tío Juan— habrían hablado del tema y habrían acordado lo de los plugs.

Se confirmaba que mentía cuando afirmó que había recibido un mensaje de Chema mientras yo le metía mano a su prima y ella vigilaba desde la columna.

Me quedé pensativo, mascullando lo que acababa de leer. El interés de Elsa por su virginidad anal me había descolocado. Llevábamos muchos años juntos y solo habíamos hablado del tema de pasada. Como mucho para hacer alguna broma.

Me sentía ofendido, ¿por qué, si tenía tanto interés por el asunto, no me lo habría confesado claramente? Podría haberme comentado que deseaba perder la virginidad y lo habríamos hecho juntos. ¿Es que le avergonzaba reconocérmelo a mí, al tiempo que le importaba un comino compartir su deseo con un extraño?

La pregunta era si Chema era aún un amigo mío de la infancia, y extraño para ella, o si era al revés a esas alturas.

La parte positiva, por otro lado, era que mi amigo me había respetado y se había negado a tener sexo con ella, comportándose de manera opuesta a Loren.

Y no era poco.

Al menos eso se lo tenía que agradecer.

*

Esperé unos minutos para tranquilizarme —leer aquella conversación me había afectado— y después bajé a desayunar. Iba vestido con la ropa de deporte para hacer unos kilómetros y así relajarme. En la cocina me encontré con el ama de llaves, aparte de Lucy y la tía de Elsa.

—Buenos días —saludé intentando que no se me notara el shock en que me hallaba—. ¿No está Elsa por aquí?

—No, ha salido al jardín —respondió Lucy—. La han avisado de que le llegaba un paquete y ha ido a buscarlo.

Imaginé que se trataría de los plugs.

—Ah, vale… —casi lo prefería así. Verla ahora, con la conversación de *wasap* tan reciente en mi retina, habría podido ser explosivo.

—¿Quieres que te prepare algo para desayunar? —preguntó Lucy, solícita—. ¿Un café? ¿Un zumo?

—Me vale con el zumo. Voy a salir a correr y prefiero no comer nada sólido, tengo que bajar los excesos de ayer.

Lucy sonrió y me llenó un vaso a partir de una jarra de zumo natural.

Me lo bebí de un trago y me despedí, no sin antes preguntar cuál era la mejor zona para salir a correr.

—Sal por la puerta de atrás —me dijo la prima de Elsa, siempre atenta a mis necesidades—, por ahí puedes coger el camino de tierra que bordea las casas. Es por el que paseamos anoche, ¿te acuerdas?

—Sí, claro...

—Pues ese camino es la mejor pista para correr, es circular y si le das dos vueltas habrás hecho un montón de kilómetros. Toma, llévate esta llave para salir y entrar por la puerta trasera.

—Gracias…

El corazón me pedía hacerle a Lucy una caricia en la mejilla o en el pelo. Entre los dos, y a pesar de la animadversión de Elsa, había nacido una fuerte amistad.

Pero delante de su suegra y el ama de llaves no me pareció muy acertado. Seguramente se liaría.

*

Troté a paso corto más de una hora. La carrera había aliviado mi tensión de la mañana. Me sentía genial. A la segunda vuelta —tras ocho kilómetros de marcha— volví a la puerta trasera y, tras dejar la llave en el colgador de la cocina, subí a la habitación.

Llevaba la intención de darme una ducha relajante, y esperaba no encontrarme con Elsa. Por suerte, mi novia no estaba por allí y pasé al baño. Al ir a entrar en la ducha, me fijé en el jacuzzi y en las sales que lo escoltaban en baldas colgadas de la pared.

La tentación fue irresistible y minutos más tarde me metía dentro mientras el grifo manaba agua templada a toda velocidad. Jugué con las sales un buen rato, respiré hondo hasta sentirme en la gloria y al final me adormilé.

No supe el tiempo que había pasado cuando desperté. Solo me fijé en mi pene que se había erguido por su cuenta, tal vez excitado por las burbujas del jacuzzi. Me acordé de Elsa, ahora para bien. Me había prometido hacerme algo más ese día, después de la mamada de la noche anterior.

No sería mala idea conseguir que se metiera conmigo en aquel maravilloso jacuzzi, casi una mini piscina. Tener sexo dentro de él debía de ser memorable.

Pensaba en llamarla sin decidirme, cuando mi móvil comenzó a canturrear.

Lo cogí al instante y respondí a la llamada, que provenía de un número desconocido.

Resultó ser Elsa con un teléfono prestado.

—¿Por dónde andas? —preguntó tras explicarme por qué me llamaba desde un aparato ajeno: el suyo se había quedado en la

habitación.

Lo pensé un segundo, quizá si me lo montaba bien podría darle una sorpresa.

—Estoy corriendo un poco, aún tardaré. ¿Tú dónde estás?

—Estoy en el jardín, me acabo de dar un baño en la piscina. Pero me aburro y pensaba subirme a la habitación. ¿Arreglaste lo de mi móvil?

—Sí, ya lo tienes a punto, cargado y con la clave wifi. A tu batería no le pasa nada, por cierto, solo necesita que la cargues de vez en cuando —repliqué y decidí que ese momento era el mejor para poner en práctica mi plan—. Y si subes a la habitación, podrías probar el jacuzzi a ver qué tal. Luego me cuentas.

Había fantaseado con que, si aparecía por el baño y me encontraba allí, con la polla dura y enhiesta, tal vez se metería en la gran bañera para ayudarme a relajarla.

Y pareció colar.

—Sí, es una buena idea… A lo mejor lo pruebo.

«A lo mejor» no me valía. Pero si insistía podría estropearlo. Así que preferí cruzar los dedos y dejarlo estar. Que el destino eligiera por los dos.

*

Esperé a que llegara y no tardó más de cinco minutos en hacerlo. Con los nervios en tensión, la imaginé entrando en el baño desnuda, dispuesta a hacerme feliz en cuanto me viera bajo la espuma.

Pero algo se entrometió y me fastidió el plan.

Y ese algo fue su móvil que vibró justo cuando acababa de entrar en el dormitorio, como si la hubiese estado esperando.

La escuché responder, alegre al descubrir quién la llamaba. Y sin esperarlo, escuché la voz del otro lado de la línea.

Había conectado el manos libres.

Esta vez no me anduve con remilgos. Salí del jacuzzi, me envolví en una toalla y me dirigí a la puerta del baño dispuesto a

espiar la conversación. Lo primero que deduje al escucharles fue que Chema era quien llamaba.

Un estremecimiento me recorrió el cuerpo. Aquella conversación podría ser aclaratoria sobre la relación entre los dos. Mucho más que la conversación de *wasap*.

Abrí la puerta con el máximo sigilo y por una rendija la vislumbré sobre la cama. Se había recostado con la espalda en el cabecero. Y aún vestía el bikini con el que supuestamente se había bañado minutos antes.

Agucé la oreja para no perderme palabra.

—Ahora se te oye… —dijo Elsa—. Hace un momento solo escuchaba ruido. ¿Qué decías?

—Decía que si has recibido el paquete —preguntó Chema.

—Sí, ya lo he recibido… y no solo lo he recibido, sino que ya lo he estrenado… ja, ja, ja…

Joder, me dije, pues sí que tenía prisa la señorita.

—¡No me digas! Parece que te apetecía probarlo…

—Sí, claro que me apetecía… Pero sobre todo porque sabía que llamarías y quería tener sensaciones que contarte. Aunque la verdad es que de momento solo lo noto como un supositorio tan grande que es difícil de insertar. No siento nada especial.

—Ya lo sentirás, ten paciencia, sobre todo cuando te crezca el agujero… —replicó Chema chistoso—. ¿Y qué tamaño te has puesto, el XL…?

—Ja, ja, ja… ni de coña, ¿crees que estoy loca? Me he puesto el más pequeño, por supuesto. Y no te creas que me ha entrado a la primera, he tenido que utilizar crema. Los otros dos son gigantescos, no quiero salir «lesionada» de la experiencia, ya te lo dije.

—Pues no tienes mucho tiempo, nena… —replicó Chema y no me gustó ese apelativo—. En una situación normal podrías ir poco a poco, una semana por cada plug, por ejemplo. Pero si lo que quieres es perder la virginidad en estas vacaciones, vas a tener que ser más agresiva. Empezar por el intermedio, por lo menos.

Suputamadre, mi amigo pretendía que Elsa se rompiera el culo a base de forzarlo. La piel se me ponía de gallina al oírles hablar. Empezaba a arrepentirme por estar espiándoles, escucharles no le sentaba nada bien a mi presión arterial. Pero ya era tarde. No iba a poder abandonar aquella conversación por mucho que me fastidiara.

—No sé… a lo mejor... Lo pienso y ya te digo… Tal vez el mediano, ¿Por qué no…?

Me esforzaba por divisar el plug dentro de su trasero bajo el bañador, pero en su postura —el culo contra el colchón— me era imposible.

Supuse que seguirían dando vueltas al mismo tema sin llegar a ningún lado, o que finalizarían la llamada, pero entonces la conversación dio un giro de ciento ochenta grados.

Y siguieron hablando.

Para mi desgracia.

*

—Mira el video que te he enviado —anunció Chema—. Prometí que te lo enseñaría y ahí lo tienes.

—¿Es el que me comentaste de tu amiga?

—Sí, ése.

Pareció que Elsa había pulsado el *play*, ya que se escuchaban voces provenientes del teléfono. Algunas de indicaciones, otras de gemidos femeninos. No me hacía una idea de que se vería en la grabación. Y casi prefería no saberlo.

Aunque me lo iban a radiar a continuación.

—Joder, pobre chica… —dijo Elsa abriendo los ojos como si no creyera lo que veía—. ¿Por qué está atada al cabecero?

—Ja, ja, ja… —soltó Chema una risotada—. Pues justamente para que no se eche atrás. Si te fijas bien, también tiene atados los pies. No sería la primera que se arrepiente en cuanto comienza el dolor.

—Qué cabronazo… ¿Y le dolió mucho a la pobre?

—Paciencia, espera y verás…

Por lo que comentaba Chema, aquello parecía una ceremonia de iniciación, quizá un desvirgamiento anal. Era lo que sugería el tema de conversación, al menos.

Pero lo peor para mí no era lo que ocurría en la pantalla, sino sobre la cama. Elsa había movido la mano derecha hacia su entrepierna y la había metido bajo la braga del bikini.

«*Hostiaputa* —blasfemé—, ¿se va a hacer un dedo?».

No me equivoqué. La mano de mi novia comenzó a moverse bajo la braga de una forma inequívoca. Para más inri, había entrecerrado los ojos y resoplado bajito, suspirando de placer.

Aquel video la había puesto cachonda.

—Mira, ahí le estoy sacando el plug —comentaba mi amigo mientras yo me irritaba por el súbito calentón de Elsa.

—Ostrás, Chema… es el grande… —dijo ella mordiéndose el labio y acelerando el movimiento de sus dedos.

—Ja, ja, ja… ¡Cómo lo sabes! Si no se hubiera puesto el grande durante quince días, mi polla no podría entrarle por ese agujerito…

—Venga, no te eches piropos sobre el tamaño de tu pilila, que no es el momento… Ja, ja, ja…

El video iba evolucionando y los comentarios eran cada vez más subidos de tono. Por otro lado, los movimientos de la mano de Elsa bajo la braga eran cada vez más rápidos y sus expresiones de placer escalofriantes. Mi estómago se revolvía a la velocidad de la luz. Era un verano de calor endemoniado, pero en ese momento tiritaba de frío.

—¿Qué le estás poniendo en el agujero? —preguntaba Elsa sin dejar de frotarse—. ¿Lubricante?

—Eso es… y ahora se lo estoy introduciendo con un dedo… luego con dos… y si esperas un minuto, verás que le entran hasta tres…

—Ufff… —suspiraba mi novia debido al calentón—. Pues no parece que le duela mucho por ahora… mmmhhh…

Un par de minutos más tarde, la cosa estaba más que caliente en la pantalla. Y Elsa, si no la conocía mal, a punto de llegar al cenit.

—¿Ya se la vas a… meter? —balbuceaba por el placer y abría las piernas para ofrecerse mejor ángulo a sí misma.

—¿Y qué quieres, que espere a Navidad? Ja, ja, ja…

—Pues no veo yo a tu amiga… muy convencida… mmmhhh…

—Ja, ja, ja… justo ahora vas a ver por qué la até… en cuanto le comience a entrar…

Los ojos de mi novia se ponían en blanco de forma intermitente.

—Por cierto, quién es… el que está grabando… —jadeaba bajito, no parecía querer que Chema se enterara de lo que hacía mientras hablaban.

—Su marido…

Una arcada me hizo retroceder y cerrar la puerta del baño. Si me daba por vomitar el zumo de la mañana iba a delatarme. «¿Qué anormal es capaz de entregar a su propia mujer para que le hagan semejante barbaridad?», me preguntaba. Yo no, desde luego. Aunque tuviera que soportar que Elsa hiciera locuras fuera de casa, ni borracho iba a presenciarlas en primera fila, con ella atada de pies y manos.

No como aquel imbécil que grababa a su esposa mientras Chema le rompía el trasero.

—Ahora, ahora, justo cuando empiezo a metérsela, ya verás que acojonada la tía… —decía Chema y desde el móvil llegaban gritos femeninos: «¡No por favor, para, para…! ¡No quiero seguir! ¡No quiero…!».

—Sí… ya veo… —replicaba Elsa con los ojos semicerrados, tanto que parecía imposible que pudiera estar viendo lo que sucedía en la pantalla.

A continuación se escuchaban risas de dos hombres y una pregunta de Chema: «¿Qué hago, tío, paro?». Y la respuesta del supuesto marido que grababa: «Ni de coña, colega, hemos venido para que le rompas el culo y de aquí no sale con el culo entero».

Nuevas risas y nuevos gemidos, aunque parecía que le habían tapado la boca a la chica virgen, ya que sus gritos eran ahora gruñidos ahogados.

—Qué cabronazos… —soltó Elsa con expresión de dolor—. Tu ahí dale que te pego… y el marido animando. Qué animalada… Si la chica no quiere, pues no quiere…

«Y tú pajeándote encantada al ver cómo fastidian a la pobre», la acusé para mis adentros.

—Que va, mujer… ja, ja, ja… Sí que quiere, es solo miedo a lo desconocido… Al final me abrazará y me dará las gracias, ya lo verás…

—Miedo, sí, pero dolor también, no te fastidia… —sentenció Elsa sin dejar de mover su mano bajo la braga—. Mmmmhhh…

*

Segundos más tarde, por los comentarios de Elsa y de mi amigo, parecía que la polla de Chema le había entrado a la chica hasta el fondo y la enculaba sin tapujos.

—¿Lo ves? —explicaba Chema—. Lo que antes era dolor, ahora es placer… Mira, mira como pone los ojos en blanco la muy puta…

—Oye, oye… —corregía mi novia mordiéndose el labio—. Lo de puta sobra…

—Ja, ja, ja… perdona, nena, es que se me ha ido la olla con el subidón…

Seguía considerando a Chema un amigo fiel —aunque tendría que hablar con él—, pero cada vez que llamaba «nena» a Elsa, los ácidos del estómago me llegaban a la garganta.

De pronto, mi novia sacaba la mano de debajo de la braga, se la llevaba a la boca y abría los ojos como nunca hasta ese instante.

—Pero, Chema, coño… —dijo con la expresión de sorpresa que se le había puesto—. Que eso no es el culo… que la estás follando el coño…

—Ja, ja, ja… —replicó Chema con una carcajada—. Es para compensar. Hay que ir follando un poco por delante y otro por detrás… Es para fomentar el orgasmo y que le quede un buen recuerdo de la primera vez… No todas os corréis por detrás al principio, hace falta ir cogiendo práctica.

—¡Y una mierda! —exclamó mi novia, que había abandonado la paja de momento—. Tú lo que pasas es que te lo estás pasando genial a cuenta de esos dos gilipollas. Con la tontería del culo, te estás follando a la chavala en la puta cara de su marido… ¿Así que decías que no eras «bi», que solo lo eres por detrás? ¡Y un cuerno…! Ja, ja, ja…

Dicho lo cual se humedeció los dedos con saliva y volvió a meterlos bajo la braga. Y sus dedos ya no se movían, sino volaban.

—Bueno, vale, me gustan algunos coños… Pero no se lo digas a nadie… Ja, ja, ja… Y es que, reina, el coño de esta tía era impresionante… No pude resistirme…

Entonces mi novia se mostró lo más desvergonzada que le hubiera visto nunca.

—¿Y el mío? —preguntó—. ¿Te gusta el mío?

Un nuevo latigazo de humores ácidos quemaron mi garganta.

Sobre todo al ver que Elsa comenzaba a correrse, con el cuello arqueándose hacia atrás y sus piernas estremeciéndose. Se agitaba con unas sacudidas que parecía que fuera a romperse.

—Pues ni idea, reina, cuando lo vea ya te lo diré… Ja, ja, ja… —respondió Chema.

Pero Elsa no estaba para nadie, la cabeza girada e intentando morder la almohada para no gritar y delatarse.

Al no recibir respuesta, Chema la llamó mosqueado.

—¿Elsa…? ¿Estás ahí…?

Mi novia seguía con su largo orgasmo, que no parecía acabar nunca. Y yo no entendía como podía haberse excitado tanto por un video que no parecía nada del otro mundo por lo que oía. Ella y yo habíamos visionado porno en ocasiones para calentarnos y tener

sexo después. Pero nunca la había visto tan cachonda por un solo video.

—¿Elsa…?

—Sí… —dijo por fin, aunque los temblores no se le habían disipado del todo—. Estoy… aquí…

—¿Se ha cortado la línea…?

—Sí, seguramente… —mintió con descaro, suspirando jadeante —, no hay mucha cobertura en esta zona…

—Te decía que no puedo valorar tu coño hasta que no lo vea…

Elsa se empapaba los dedos con la humedad de su coño y después se los llevaba a la boca para chuparlos con deseo. El orgasmo había pasado, pero la excitación seguía indemne.

—Pero si ya te envié… unas fotos… —replicó, aún trémula.

«¡No-me-jo-das! —exclamé para mí—. ¿También le mandas fotos? Si serás zorra…».

—Bah, en fotografía todos los coños parecen iguales —replicó mi amigo, que ya me empezaba a mosquear—. Hay que verlos en directo y probarlos para saber cómo huelen, cómo saben, si son secos o jugosos, las pielecillas que cuelgan… Ya sabes… Ja, ja, ja…

—Vaya, Chema… —saltaba mi novia impresionada, la voz recuperada tras la zozobra del clímax—. Si hasta eres un experto en coños…

—Ya ves, nena, en esta vida hay que saber de todo… Ja, ja, ja…

«¡Joder, Chema, deja de llamar «nena» a mi novia!», pensé y me tuve que morder la lengua para no gritarlo.

Una vez concluyó el video, las despedidas comenzaron. Aunque quedaba algo por cerrar, al parecer. Algo que me acabó de fastidiar.

—Por cierto, no quiero que faltes a la fiesta de pasado mañana —ordenó, más que pidió, Chema—. Es en mi ático esta vez, ya te lo comenté. Tengo una sorpresa para ti.

—Sí, tranqui, no me la pierdo. Y sobre todo si tienes una sorpresa… —respondió con una sonrisa de picardía.

Suputamadre, una fiesta más, pensé descorazonado. Y con el peligro de no saber de parte de quién estaba Chema. Iba a tener que maniobrar para evitar que aquella fiesta se convirtiera en un antes y un después.

Por lo civil o por lo militar.

Y a buen seguro que lo conseguiría, o dejaría de llamarme Sergio.

*

Tras colgar Elsa la llamada, dudé si volverme al jacuzzi. Quizá podría llamarla por teléfono y culminar mi plan. Si se había quedado con ganas después de hacerse la paja, tal vez conseguiría el sexo que había fantaseado tener con ella bajo la espuma de sales.

Yo lo necesitaba. Ojalá ella también, aunque fuera por culpa de Chema y su video.

Pero una nueva interrupción se cargó mis esperanzas.

Unos golpes en la puerta del dormitorio, seguidos por una voz que no distinguí, llamaron mi atención y la de Elsa.

No escuché lo que decían, la puerta estaba fuera de mi ángulo de visión y tampoco llegaban nítidas las voces desde el exterior. Pero en cuanto mi novia liberó el pestillo y abrió, la identifiqué sin duda.

Se trataba de la amiga de Elsa.

—Pasa, Nata, estaba a punto de meterme en la ducha… —saludó mi novia—. ¿Necesitas algo?

No podía verlas, pero ahora las oía nítidamente.

Nata pasó, pero se quedó junto a la puerta. Elsa se mantuvo a su lado.

—No, es que… —respondió—. En realidad venía a preguntarte si has aceptado la propuesta… Supongo que estarás indecisa…

No entendía a qué se refería la amiga de Elsa. En aquel palacete todo eran misterios.

—¿Te envía alguien a preguntar? —replicó mi novia sin responder, pero notándose que lo hacía con segundas.

—No, no… —intentó aclarar Nata pero no resultó muy convincente—. Es porque me gustaría saber lo que vas a hacer tú…

Se hizo el silencio. No las veía y habría dado un brazo por poder hacerlo. Las expresiones de sus rostros me habrían proporcionado una pista sobre de lo que hablaban.

Creía sentir, eso sí, el ritmo de sus respiraciones, lentas y pesadas. Aunque podría tratarse de un engaño de mi cerebro.

—No he tomado una decisión todavía… es la verdad —musitó Elsa al cabo—. ¿Y tú, lo has pensado ya?

Me pareció oír la saliva de Nata bajándole por la garganta, antes de responder:

—Viniendo aquí estos días ya he dado mi respuesta… Además, yo no puedo negarme… y lo sabes…

—¿Estás segura?

—Es lo que hay… —replicó—. Esta noche no me libra nadie de pasarme por…

—Espera, no digas nada —la cortó mi novia y la maldije por no dejarla terminar—. Las paredes oyen.

El silencio volvió a la habitación. Y al final lo volvió a romper Nata:

—¿Quieres que lo hablemos en otro sitio? —preguntó.

—Vale, salgamos de aquí… —respondió mi novia—. Dame un segundo que me pongo ropa y nos damos un paseo. Fuera de la casa lo hablaremos más tranquilas.

Un nudo se me había formado en el pecho.

Tras la conversación entre Elsa y Chema, ahora me encontraba con esto.

Un nuevo misterio, seguramente inconfesable.

En ese instante maldije el haber aceptado pasar unos días en aquella maldita mansión. Allí todo eran sombras bailando sobre las mujeres que habitaban bajo su techo. Fuera lo que fuera de lo que hablaba Nata, no me dio muy buena espina.

Mientras me lamentaba, Elsa entró en mi ángulo de visión y la vi ponerse un short vaquero y un top sobre el bikini. Acto seguido

escuché la puerta abrirse y volverse a cerrar.

Y después se hizo un silencio absoluto.

El mismo silencio que me invadía por dentro y que me impedía respirar.

¿Qué coños pasaba en aquella casa?

¿Sería necesario huir de ella lo antes posible?

Un mal día de vacaciones

Por encima de todo, sin embargo, la prioridad número uno era colarme en la fiesta de Chema. No lo dudé un instante y esa misma tarde le llamé.

—Hola, Sergio, que alegría escucharte…

Le hubiera tenido que decir un par de cosas. Por ejemplo, que si le era tan grato escucharme podría haberme llamado para contarme algo sobre los líos de Elsa. Aunque, claro, no podía contarme nada porque estaba metido en ellos de lleno.

Me interesaba callarme por el hecho de que si él se lo proponía, mi novia podía acabar peor que con Loren.

Había que actuar con sigilo, nunca de frente.

—Hola, Chemita… —le saludé, simulando desenfado.

—¿Llamas por algo especial? —preguntó mientras masticaba algo que le llenaba la boca—. Elsa no anda por aquí. Hoy no hemos quedado.

—Sí, ya… —repliqué—. En realidad te llamo por la fiesta de pasado mañana en tu casa.

Pareció que se le atragantaba lo que estuviera comiendo.

—Ah, vale… vale… —titubeó al sentirse pillado—. Pero, ¿cómo te has enterado de la fiesta?

«No por ti, amigo cabrón», pensé, pero me callé para variar. No podía decirle que había espiado a mi novia, así que le solté la trola que había preparado.

—Me lo ha comentado Elsa. Necesita un chófer, ya sabes.

—Ah, genial… —simuló alegrarse, pero se notaba de lejos que no le cuadraba—. Pues nada, ya nos vemos por aquí. ¿Necesitas la dirección?

—Sí, Elsa me ha dicho que como la han llevado, no sabe llegar.

—No problem, colega, te la paso por wasap.

—Perfecto.

Tras esta conversación, me fui a buscar a Elsa, que en ese momento salía de la piscina chorreando agua.

—Me acaba de llamar Chema…

—Ah, ¿sí? —dijo secándose el rostro con la toalla para que no le leyera la expresión de extrañeza.

—Sí… Me ha dicho lo de la fiesta y que, por supuesto, estoy invitado. Que nos espera a los dos.

—¡Genial! —sonrió con una mueca.

—Bueno, me voy a dar una vuelta… luego nos vemos… —dije y me dirigí a la puerta principal, dejando alucinada a mi novia. Seguramente se preguntaba el porqué de que Chema me hubiera metido por medio.

En cuanto hablaran entre ellos y descubrieran que ninguno de los dos me había dicho nada, se iban a llevar una buena sorpresa.

Si Chema no cuidaba de Elsa, ya lo haría por mí mismo.

¡Pedazo de cerdo!

*

El día de la fiesta salimos temprano. Aunque por temprano se entendían las diez de la noche. Programé el GPS y éste me anunció que llegaríamos sobre las once. Una hora genial, teniendo en cuenta que ya se habría puesto el sol y que la noche era más propicia para las fiestas de este tipo.

En el Volvo todo era silencio, hasta que me decidí a romperlo.

—¿Cómo suelen ser las fiestas de Chema?

—Pues, no sé —respondió Elsa—. Lo normal, supongo… Música, baile, bebida, mucha bebida, algo de comer…

—¿Eso es todo?

—Bueno, en realidad no… —explicó—. Ya sabes que no hay dos fiestas iguales. Todas empiezan de la misma forma, pero después cada una sigue su camino. Algunas son un muermo y otras se

desmadran. En esta creo que han montado un montón de juegos en la terraza. Es algo diferente…

—¿Juegos… de qué tipo?

—Ni idea… —respondió—. Ahora lo veremos.

—Ah… me encanta… —fingí estar emocionado—. Verano, sol, agua… y fiesta… Las mejores vacaciones.

—Si tú lo dices… —replicó ella y volvimos a quedarnos en silencio.

Estaba claro que yo sobraba en el lío de aquella noche. No era un invitado más, era la puta pasma, con el objetivo de controlar que no fuera mi novia la que se desmadrara.

*

Cuando llegamos a la puerta del edificio, la velada estaba en su apogeo. Desde la calle se escuchaban los sonidos provenientes del ático. Se adivinaba una tremenda fiesta. Cómo sería el evento que hasta habían contratado a un par de aparcacoches.

Les di un billete de diez y las llaves y seguimos a varios grupos que se dirigían hacia el mismo sitio que nosotros.

—¿Los conoces? —pregunté al ver que miraba a unos y a otros.

—Sí, a algunos… —respondió.

Esperamos varios turnos de ascensor y por fin llegamos a la planta del ático. La puerta de la casa estaba abierta e incluso allí había gente bebiendo, fumando y charlando. Elsa debía de haber enviado un mensaje a Chema porque nos recibió a la llegada. Imposible que nos hubiera intuido por obra del espíritu santo.

—Venid conmigo, os voy a enseñar la casa… —nos ofreció casi a voz en grito—. Veréis que es inmensa, así no os perderéis.

De repente, Elsa levantó el brazo y saludó a varias personas que estaban tras algunos grupos que nos cerraban el paso.

—Yo os dejo de momento, chicos —dijo separándose de nosotros sin darnos tiempo a reclamar—. Tengo que saludar a unas

amigas. Luego os veo. Chema, cuídamele.

—Descuida, reina, déjamelo a mí… —respondió mi amigo y tiró de mi brazo.

—Vente… Elsa ya conoce a la gente, pero tú eres nuevo en la plaza.

Minutos más tarde me había enseñado la casa que, a decir verdad, era espaciosa pero tampoco para tanto. Quizá no me lo pareció porque la comparé inconscientemente con el palacete. La que sí era inmensa era la terraza, y allí fue el último sitio al que me llevó.

—Mira, hemos preparado un montón de juegos. Son más bien para tíos: futbolín, billar, tiro a la rana… pero a algunas tías les encantan. Se han hecho equipos, si quieres te apunto a alguno de ellos. Se han preparado trofeos y hasta hay apuestas.

—Joder, Chema, ¿lo dices en serio? —me emocioné—. ¿Futbolín y ranas? Ya sabes que yo en eso era imbatible, ¿recuerdas?

—Vaya si recuerdo —me agarró de un brazo y tiró de mí—. Tú eras el mejor, no había quien te ganase. Ven, que te presento a gente y te ayudo a apuntarte a algún equipo de los buenos… Alguno donde las tías sean minoría, claro… ja, ja, ja…

Un hormigueo me recorría por el estómago. Habían dado en el clavo al elegir los juegos. Eran mis preferidos. En dos minutos ya estaba apuntado a un equipo y en cinco—el tiempo de conseguir un ron cola en la barra que habían improvisado en la terraza—comenzaban las partidas.

*

Un buen rato después, nos entregaban las medallas a los terceros. Mi equipo era bueno, pero los había mejores y no conseguimos el número uno. El ganador estaba compuesto por cuatro chicas, para callarle la boca a mi amigo.

Tras la entrega de premios, me encontré solo entre la multitud. Había estado con gente, pero no congenié con nadie. En cuanto los jugadores se dispersaron, me quedé solo y abandonado.

Miré el reloj, era más de la una. «Joder, hemos jugado dos horas, por lo menos», me dije.

Conseguí otro ron cola en la barra antes de estirar el cuello para buscar a Chema. Pero no lo vi por ningún lado. Lo último que recordaba de él era en las dos primeras partidas de futbolín. Había estado a mi lado animándome como fan número uno. Después se debía de haber esfumado, porque ya no había vuelto a verle.

Di una vuelta por la terraza, pero no había rastro de él.

Entré en la casa y seguí buscándole. Y de paso me fijé por si encontraba a Elsa, que se había marchado nada más llegar a la fiesta y no había vuelto.

Me acerqué a todo corrillo donde hubiera chicas, incluso salí al descansillo de la escalera. Pero no la vi por ninguna parte. Volví a entrar y me dirigí a la barra interior para pedir algo diferente. Esta vez en modalidad «sin», me empezaba a sentir mareado. No solo por el alcohol, sino también por la tensión de no encontrar a nadie conocido.

¿Dónde diablos se habría metido mi novia?, me preguntaba. Si al menos encontrara a Chema, quizá me ayudara a localizarla.

Al llegar a la barra hice cola detrás de un grupo de cinco tipos de más o menos mi edad, a excepción de un canoso que rondaría la cincuentena.

Cuando estos se apartaban y me dejaban el paso libre, uno de ellos hizo un comentario que me dejó helado.

—Pero bueno, ¿tú te la has follado, o no?

Un puñal de hielo se me clavó en el estómago. No sabía por qué, pero un presentimiento me había sobrecogido. En lugar de dejar mi ron cola y pedir algo sin alcohol, empuñé con fuerza mi copa, le eché un buen trago y me fui tras ellos.

El grupo se concentró junto a una columna y yo me situé detrás de ella para poner la antena.

—Venga, déjate de darle vueltas… —dijo uno de los más jóvenes dirigiéndose al canoso—. Confiesa: ¿te la has follado, sí o no?

El canoso rió y al final confesó:

—Está bien, yo no me la he follado… —explicó—. Solo se la han follado Chema y Paco… pero a mí me han dejado mirar con otros dos, que conste…

Una carcajada general provocó un doble estremecimiento en mi interior.

¿Estarían hablando de Elsa?

¿El Chema del que hablaban era mi amigo?

—¿Pero qué Chema es el que se la ha follado? —preguntó un tercero—. ¿Chema Torres o Chema el gay?

Una carcajada salió de los cinco a la vez.

—No, el gay, no… —aclaró el canoso riendo todavía—. El otro, Torres. Pero no le llames «gay» al *boss* que esta casa es suya. Si te oye te tira por la terraza y no vuelves a entrar en sus fiestas.

—Vale, vale… —sonrió el preguntón levantando las manos y pidiendo clemencia.

—A ver, que yo me entere… —saltó otro de ellos—. ¿La tía ésta no ha venido con su novio?

—Eso me han comentado —explicó el canoso—. Pero dicen que lo han enrollado entre bebida, juegos y tal para separarlo de la chica. Y que a ella se la han llevado a darle candela al cuarto principal de la casa. Es donde yo me he colado con los otros para ver si nos dejaban catarla, sin suerte.

—¿Y por qué no os han dejado?

—No sé —el canoso respondía a todo, y a mí me ponían los pelos de punta sus respuestas—. Porque ya os digo que por la tía no ha sido. A esa le daba igual ocho que ochenta. Se la han follado dos, pero si nos la follamos los cinco, la tía tan contenta. Menudo putón desorejado la muy guarra… No veáis como gritaba la chorva pidiendo que la follaran… Hasta que no la han dado por el culo no ha parado. Se moría por probarlo la muy puta…

—Pobre cornudo —dijo alguien—. Ese no entra por las puertas esta noche… ja, ja, ja…

—¿Y cómo es eso de que lo han enrollado para despistarlo? ¿Quién lo ha hecho?

—Ni puta idea —de nuevo el canoso contaba su versión—. Pero al parecer se lo han llevado a la terraza y lo han apuntado a uno de los equipos… Así lo han tenido entretenido mientras se follaban a su chavala.

—Ja, ja, ja… menudo panoli… —soltó otro del grupo—. ¿Cómo se le ocurre a nadie traer a su novia a una fiesta de Chema y dejarla sola? Yo a la mía, si la traigo, que ni de coña, no la suelto ni para mear. En estas fiestas hay mucho listo… Si te descuidas, te la llevas preñada para casa.

La carcajada fue de nuevo general.

Y a mí el estómago me daba vueltas y más vueltas. Me había equivocado de amigo en el que confiar. Por las señas que iban dando, todo apuntaba hacia Elsa y hacia mí. No sabía si podría contenerme. Estaba casi a punto de lanzarme sobre ellos y agarrar a alguno de la pechera para que me llevara a la habitación donde se habían follado a la supuesta «zorra», cuando un sexto se unió al grupo.

—¿Vienes de allí? —le preguntó el canoso.

—Sí, de allí vengo, y no te imaginas lo que ha pasado… —respondió el recién llegado—. Por cierto, no sé por qué te has largado antes de que se la acabasen de follar.

—Pues porque me he mosqueado… —respondió el canoso—. Para estar allí solo mirando mientras otros se la tiraban, me he largado y que les den por el culo. Además, me han pedido cien pavos por mirar. ¿A ti no?

—Toma, claro, pero los he pagado con gusto.

—¿Tú eres uno de los que miraba junto a éste? —hizo alguien la pregunta que yo llevaba haciéndome un minuto.

—Sí, él era uno de ellos —respondió el canoso en su lugar.

—¿Y qué ha pasado cuando éste se ha ido? —todos miraban al nuevo.

—¿Queréis saber, eh? —se regodeaba él.

—Sí, tío, cuenta, cuenta… no seas cabrón…

El recién llegado lanzó una carcajada y les miró a todos, escrutando el interés que mostraban sus ojos.

—Ni os lo imagináis…

—Cuenta, coño… —apretó el cincuentón.

—Pues lo que ha pasado —explicó sintiéndose protagonista— es que, cuando se han puesto a chorrearle la cara a lefazos, nos han dado entrada a los que mirábamos. Y la hemos puesto de leche hasta las orejas entre los cuatro…

—¿Y la tía?

—La tía abriendo la boca y sacando la lengua pidiendo más… Y a todo el que le arrimaba la polla se la mamaba hasta que le salía la leche. No os podéis imaginar el careto que la hemos dejado. Y luego van los *hijoputas* del Chema y el Paco y toda la leche que se le ha quedado fuera de la boca, se la iban recogiendo con los dedos y obligandola a chuparlos. Menudas risas nos hemos echado a su costa, pedazo de puta…

—¿Y la tía se dejaba? —abría los ojos uno de ellos, regordete y bajito.

—Bueno, a veces sí, a veces no… Lo de chupar lefa no parecía que le fuese mucho, pero al final se ha tenido que joder y tragar, si no que no se hubiera metido en el cuarto con un montón de tíos la muy guarra… ja, ja, ja…

—Bah… —negó el gordito—. Seguro que era una puta de pago… La habrán dado una pasta como en las despedidas de solteros.

—Ah, claro, y el zorrón va y se trae al novio al trabajo… —rechazó el canoso—No, yo no creo que sea una puta. Lo que creo es que es una infeliz a la que han engañado. Y el novio un cornudo que no sabe de qué pie cojea su queridita… ja, ja, ja…

—Ni de coña… —apoyó otro al canoso—. Esa tía no es profesional, las putas de Chema solo lo hacen con uno a la vez.

—Nunca se sabe… —retrocedió el gordito al ver a todos en contra.

Yo me había puesto enfermo al escucharles. Lo poco que había comido desde que había llegado me daba vueltas en el estómago y amenazaba con manarme por la boca como un río. Si no me largaba de allí y buscaba un baño a la carrera era porque necesitaba saberlo todo.

Y parecía que había más.

—Pero ahí no ha acabado la cosa —dijo el recién llegado.

—Ah, ¿no? —dijeron todos a la vez, poniendo cara de asombro.

—Cuando hemos acabado de lefarla, a alguien se le ha ocurrido que la lleváramos al baño. La excusa era que se limpiara la pobre. Pero al llegar allí, la han metido en la bañera y los que se la han follado han comenzado a mearla.

—Que hijos de puta… —dijo el gordito, maravillado—. ¿Y vosotros, los mirones?

—Pues el otro y yo al principio nos hemos cortado, pero cuando hemos visto que aquello iba bien, nos hemos sacado la polla y la hemos meado entre todos.

—¿Y la tía no ha dicho nada?

—La tía con un cabreo de la leche… Os podéis imaginar. La hemos dejado el pelo y el cuerpo chorreando… ja, ja, ja… Y porque la habían despelotado, que si no tiene que tirar la ropa a la basura. Menos mal que estaba en el sitio adecuado. Cuando nos hemos ido se ha quedado duchándose para quitarse la porquería de encima. Apuesto a que todavía está bajo la ducha la muy guarra… ja, ja, ja…

—Eso le pasa por puta —soltó el canoso—. Estas modernitas se meten en líos creyéndose «empoderadas» y acaban folladas por todos los agujeros… ja, ja, ja…

No podía más. O buscaba un baño o allí mismo vomitaba.

Estaba seguro de que la chica de la que hablaban era Elsa.

No me cabía la menor duda.

Y de que el cornudo era yo, tampoco.

*

Trastabillando salí de mi escondite y me lancé al primero que pasaba.

—¿Sabes dónde está el baño de tíos?

El chaval, uno de mis compañeros de equipo, me reconoció y me echó un cable:

—Los de esta planta están todos petados, mejor vete a la planta de abajo, ahí están mejor. ¿Te encuentras bien?

—Oh, sí, genial, no te preocupes… —mentí—. ¿Pero cómo es eso de la planta de abajo?

—Ah, vaya, otro que no se ha enterado… —sonrió y luego me aclaró—: Es que este piso es un dúplex, son dos plantas. Hay una escalera de caracol en la terraza, pero la han cerrado para que los borrachos no se caigan a la calle. Hay que bajar por la escalera interior del edificio. Si vas por ella encontrarás la puerta del piso abierta.

—Gracias, tío, me has salvado… —le dije y le di un par de cachetazos en la espalda. Luego me lancé a la carrera hacia la salida.

Por el camino me iba cabreando cada vez más. Resultaba que el cerdo de Chema me había enseñado la casa, pero me había ocultado que había un piso más. ¿Por qué lo habría hecho?, me lamenté. La respuesta era obvia: porque en ese piso se iban a pasar por la piedra a Elsa.

Y quizá cosas peores.

¡Suputamadre!

Logré llegar al baño y tras un par de arcadas sin resultado, eché una meada copiosa. Después salí a buscar a Elsa por el resto de la planta.

Me costó un buen rato, pero por fin la encontré.

Me saludó con la mano y me acerqué a ella a toda prisa.

Al llegar a ella me di cuenta de la situación: Elsa llevaba el pelo húmedo y olía a gel de baño. Recordé las palabras del canoso y su amigo: «Cuando nos hemos ido se ha quedado duchándose…».

Acababa de confirmarlo.

Elsa era la puta a la que se habían follado entre varios.

Y yo el novio gilipollas.

*

—¿Se puede saber dónde te has metido? —la espeté sin contemplaciones a modo de saludo—. Llevo buscándote dos horas.

—Por dios, Sergio, ¿has bebido?

Su estrategia de contrataque, no por conocida menos odiosa, me tocó las narices.

—No, no he bebido… Y tú, ¿cómo estás tú? ¿Vas cargada de «otra cosa»?

No me atrevía a acusarla abiertamente. Prefería hacer insinuaciones para que ella se avergonzara y terminara confesando.

—¿De qué otra cosa podría yo ir cargada, si puede saberse? —preguntó ceñuda.

«¡De lefa, zorra, de lefa!», exclamé para mí.

Pero lo que dije fue algo diferente:

—¿No tienes nada que confesarme?

—¿Yo? —se hizo la ofendida—. Por supuesto que no…

—¿Pues dónde has estado? —le señalé la cabeza—. ¿Por qué tienes el pelo mojado?

Se calló un instante y supe que no tenía escapatoria. Lo de que éramos una pareja abierta no le iba a servir de excusa. Estábamos en periodo de pruebas. Se había saltado todas las líneas rojas existentes. Incluso las inexistentes.

—¿A qué viene esto? —dijo con un enfado que se notaba fingido—. No te entiendo, Sergio, pero por si quieres saberlo, he estado en un jacuzzi con un montón de amigas. ¿No ves cómo huelo a sales de baño?

Había estirado una mano y me la había pasado por la nariz. En efecto, el olor que había identificado como de gel podía ser de sales.

—¡Eso no es cierto! —aun así la acusé—. Tú no has estado en ningún jacuzzi, porque seguro que no hay ningún jacuzzi, yo sé

dónde has estado de verdad.

—Ah, ¿sí? —se puso en jarras—. ¿Y se puede saber dónde he estado, según tú?

—Tú has estado en…

De pronto me callé tan deprisa que a punto estuve de tragarme la lengua.

Seis chicas aparecían en tropel por el pasillo con las melenas húmedas. Varias de ellas llevaban toallas de piscina al hombro.

—Mira, esas son mis amigas, las del jacuzzi que según tú no existe… —señaló y yo deseé que se me tragara la tierra—. Y ahora llévame a casa, que no quiero que me dejes en ridículo delante de gente que conozco.

Bajé la cabeza y la seguí hacia la salida.

Elsa iba delante de mí, ignorándome a la vista de todos.

Y yo, como un títere al que tiran de las cuerdas.

*

El camino de vuelta fue más silencioso aún de lo que había sido la ida. Elsa iba de morros y yo no sabía qué decir. Pedirle perdón era una posibilidad, pero solo en el caso de que me hubieran salido las palabras, que se negaban a abandonar mi boca.

Solo el sonido de las teclas del móvil de Elsa rompían el mutismo. Claramente chateaba con alguien, aunque no podía saber con quién. Ella se cuidaba de situar el aparato para que no pudiera cotillearle la pantalla de reojo.

—¿Con quién hablas? —le pregunté sin poder contener la curiosidad.

—Con nadie que te importe —respondió cortante.

Tras aparcar delante del palacete, el panorama no cambió demasiado. Elsa caminaba delante de mí, toda digna, y yo la seguía en total silencio.

Cenamos algo de pizza que había sobrado de la comida y después mi novia se fue al jardín con los de siempre. Eran las tres y

pico de la mañana.

A mí no me quedaban ganas de más fiesta, así que me fui a la habitación. Me metí en la cama y me dediqué a husmear en Internet a la espera de que volviera.

Me ponía nervioso saber que estaba con Alberto y su padre, aunque a veces se apuntaba alguien más. La desconocida a la que tío Juan se había llevado a la biblioteca días atrás andaba por allí. Esa noche habría fiesta igualmente, pensé, aunque quizá ya la había habido antes de que llegáramos.

No tardó Elsa en subir, sin embargo.

Dejó sus cosas sobre la mesilla y luego se desnudó.

Estaba preciosa, con su moreno veraniego, y mi cuerpo reaccionó a sus encantos. Era una puñetera desgracia no poder pedirle sexo, a riesgo de que me mandara a la mierda.

—Voy a darme una ducha —dijo sacando una toalla del armario —. Quiero quitarme las sales del jacuzzi.

Me alegró oír su voz. Yo esperaba no escucharla hasta el día siguiente por lo menos. Negarme la palabra durante horas era su manera de demostrar enfado.

No llevaba un minuto dentro del baño, cuando el móvil abandonado sobre su mesilla llamó mi atención. Esta vez no me anduve con zarandajas, me lancé a por él y lo desbloqueé en un segundo. Necesitaba leer lo que había chateado en el camino de vuelta.

Tal vez así descubriría quién era la chica de la que hablaban en el grupo de capullos a los que había espiado. En cuanto aclarara este embrollo, tenía intención de pedirle perdón, y de rodillas si hacía falta.

Pobre iluso.

No tenía ni idea de lo que me esperaba.

*

Busqué los chats más recientes y, como sospechaba, el primero de la lista era el de Chema. Por ello, y por las horas de los mensajes, supe que era con él con quien hablaba mientras regresábamos al palacete. Busqué el inicio de la charla, apreté los dientes y comencé a leer.

CHEMA: Por qué os habéis ido tan pronto?

ELSA: No sé, dímelo tú…

CHEMA: Pero Elsita, qué te pasa, estás enfadada?

ELSA: Pues me pasa que me has fallado, Chema. Menudo amigo estás tu hecho.

¿Chema, amigo de Elsa? ¿Y mío qué? Confirmado que había vuelto a equivocarme de camarada. Menuda puntería la mía.

CHEMA: A ver, a ver… Por qué no empiezas por el principio?

Entonces Elsa confesaba algo que me iba a doler.

ELSA: Joder, Chema, que no te enteras… que Sergio me ha pillado con todo el equipo!! Y menos mal que no me ha encontrado en la ducha oliendo a meado…

El tono sonaba lastimero, como si fuera la víctima.

Pero el cornudo era yo, no ella.

Se confirmaba lo que había sospechado. Así que mi intención de pedirle perdón por haberme equivocado se quedaba en nada. Y lo que más me fastidiaba era que la muy zorra se había hecho la digna durante el camino de vuelta.

¡Hijadesumadre!

CHEMA: Cómo que te ha pillado?

ELSA: Pues eso digo yo, joder… Quién coño se ha ido de la lengua? No, si ya sabía yo que no había que dejar entrar en el cuarto a los mirones, seguro que ha sido alguno de ellos.

CHEMA: No me jodas... no me lo creo… Si los he dejado entrar es porque son de confianza. Estoy seguro de que no han sido ellos. Se ha tenido que enterar de otra manera.

ELSA: Me da igual cómo haya sido, acepté hacer un trío con tus amigos, no sé a qué venía que nos miraran esos tres. Yo solo me

he prestado a esa guarrada por hacerte un favor, podrías haberlo montado mejor.

¡Hijodelagranputa! El cabronazo de Chema no solo no me la cuidaba, sino que se la pasaba a sus amigos para que se la tiraran.

CHEMA: Lo siento, nena, de verdad…

ELSA: Además, tampoco estaba en el guion que me chorrearan sus leches todos los cabrones uno tras otro. Solo iban a ser dos, pero de pronto me encuentro con cuatro, a cada cual más *hijodeputa*.

CHEMA: Que te han pringado todos? Y eso por qué?

ELSA: Cómo que por qué? Ni puta idea, Chema… tú sabrás… porque yo no podía pelear contra todos y he tenido que dejarles y simular que me gustaba por si acaso encima me zurraban.

CHEMA: Lo siento, de verdad… reina…

No me jodas. Lo que decía Elsa era una barbaridad sobre otra. ¿Sería capaz de hablarle de la traca final?

Seguí leyendo y vaya si se lo decía.

ELSA: Pero eso no fue lo peor.

CHEMA: No me jodas… Y qué fue lo peor?

ELSA: De verdad que no lo sabes, cabronazo…? Seguro que lo habías preparado tú, no te hagas el inocente que no cuela…

CHEMA, Que no, de verdad… Qué ha pasado?

ELSA: Pues ha pasado que me han llevado al baño y allí me han meado los cuatro *hijoputas*, Chema, eso es lo que ha pasado…

CHEMA: No-me-jo-das…

ELSA: No, tú no te preocupes, que a ti no te jode nadie, a quién han jodido ha sido a mí…

Se me estaban inflamando los vapores. El cerdo de Chema era el mismísimo diablo. Y lo peor de todo era que había sido yo el que había dejado a Elsa en sus manos. Había que ser gilipollas.

«Este cabrón es capaz de haberles cobrado a los fulanos —pensé dolido—. Con ese tren de vida que lleva, no me extrañaría ni un poco». También recordaba haber visto a algunos invitados esnifar coca en los lavabos. No sería raro que además traficara.

Putero y traficante, además de gay, no le pegaba nada. Al menos no al Chema que yo conocí de niño. Pero estaba claro que es lo que era.

El resultado era una situación dramática: yo hecho una mierda y Elsa follada y rabiosa. A ver cómo se arreglaba esto ahora.

Antes de tomar decisiones, decidí terminar de leer, ya no quedaba mucho.

CHEMA: Mira, reina, confieso que soy un gilipollas y es verdad que no te he cuidado. Pero te prometo por lo que más quiero que esto no vuelve a suceder. Como me llamo Chema…

La respuesta de Elsa era fulminante.

ELSA: No te preocupes, Chema, que es seguro que no va a volver a pasar. Porque de momento no vas a volver a verme.

CHEMA: No me digas eso, nena, que me da mucha pena…

ELSA: Pues te lo digo. Necesito enfriarme, estoy muy cabreada. No me llames y no me escribas hasta que yo te avise. Y no me fastidies, por favor, no me obligues a bloquearte.

CHEMA: Claro, reina, tú tranquila, que yo te dejo en paz… Relájate, ya verás como en unos días lo verás todo de otra manera.

ELSA: Eso ya lo veremos… Me lo tengo que pensar mucho…

La conversación acababa en ese instante. No había respuesta de Chema, y me extrañó. No era hombre de quedarse sin decir la última palabra. El cabreo de Elsa debía de haber hecho mella en él.

Shockeado como me encontraba, no quise darle vueltas en ese momento a lo que acababa de leer. Dejé el móvil sobre la mesilla de noche de Elsa y me di la vuelta en la cama. Al día siguiente reflexionaría sobre el asunto y trataría de buscar soluciones.

Ahora necesitaba dormir para resetear mi cerebro.

Lo sentía a punto de estallar.

*

Minutos más tarde sentí como mi chica se metía en su lado de la cama en completo silencio. Y pensar que la que tenía a mi lado

había sido la protagonista de una escena porno de alto voltaje, me decía. Su calor me llegaba y temí que sentiría asco si me acercaba a ella.

Por el contrario, descubrí que lo que me inspiraba Elsa no era repugnancia. Ni tampoco resentimiento. Solo un morbo alucinante. De buena gana la habría dado la vuelta y la habría follado como imaginaba que le habrían hecho en el dúplex de Chema.

Era como tener una puta en la cama a mi entera disposición. Tuve que morderme la lengua para resistir la tentación.

Lamentablemente, no podía confesarle lo mucho que la deseaba en ese momento. Habría tenido que darle explicaciones. Y si le admitía que la había espiado el móvil, las consecuencias serían nefastas.

Quizá fuera lo último que habláramos antes de echarme de la casa de su tío.

Decisiones y un notición

Por la mañana madrugué más que Elsa por primera vez ese verano. Necesitaba recapacitar y salí a correr antes de que la casa se llenara de gente yendo y viniendo por los pasillos.

Mientras corría con los primeros rayos de sol en el rostro, miraba al cielo para inspirarme y sopesaba la situación. La solución con respecto a Chema no necesitaba buscarla, Elsa me la había dado. Al darle portazo, aunque fuera algo temporal, me había facilitado las cosas por ese lado.

Conocía a mi novia y no era de las que se desdecían. Lo suyo con mi amigo no era una rabieta pasajera. Iba a costarle mucho perdonarle, si es que lo hacía alguna vez. Elsa tenía un carácter fuerte y difícil de manejar a veces. La prueba evidente era que dejó a su novio Carlos en menos de una semana después de tener sexo conmigo por primera vez.

Y eso que las invitaciones de boda estaban en el horno, a punto de enviarse.

En segundo lugar, me preguntaba si debía hablar abiertamente con ella. Y no con frases inconexas o insinuaciones, sino de frente: «lo sé todo, me duele, pero podemos superarlo entre los dos».

Mi instinto me aconsejaba que no lo hiciera, sin embargo. A partir de mi confesión, concebiría multitud de reproches que echarme en cara. Preguntaría cómo conocía tantos detalles. Y, como ya he dicho, ni loco podría confesarle que lo había leído en su *wasap,* eso sería un suicidio.

Por otra parte, podría acusarme de presentarle a personajes detestables. Loren había resultado un golfo de mucho cuidado —aunque eso ya se sabía de antemano—. Pero el caso de Chema era mucho peor. Estaba seguro de que el tipo era un mafioso, que

comerciaba con mujeres y droga en las fiestas que montaba. De hecho, esa debía de ser su forma de vida.

Y yo había dejado a mi amor en sus manos como si le hubiera dicho: «Toma, toda tuya, cuídamela para que no se la follen mucho. Pero si quieres tener unos ingresos extras, pues nada, chico, ponla a trabajar, mientras no la peguen algo puedes utilizarla a tu gusto». Esto sería de lo que me acusaría Elsa sin dudar.

Como mínimo.

*

Pero aún quedaba lo peor.

Necesitaba pensar en qué hacer con Chema si me llamaba. De entrada, aquella misma mañana lo había bloqueado en el móvil. Era la manera de evitar que me persiguiera con la intención de darme mil excusas y, probablemente, que me pidiera convencer a Elsa para que siguiera pasándose por sus fiestas.

Menuda joya se perdía al quedarse sin una chica como mi novia. Estaba seguro de que iba a luchar con todas sus fuerzas antes de darla por perdida.

Apostaba a que les habría sacado un dineral a sus amigotes por tirársela. Aunque más que amigos serían «clientes». Algunos de los mirones —a excepción del canoso— confesaron haber pagado solo por participar como artistas invitados, así que los dos que se la follaron debieron pagar varias veces más.

Decidido: de momento lo bloquearía y con el tiempo vería qué más hacer.

Tras tomar aquellas decisiones, me sentí mejor. Había establecido una base de partida. Solo restaba una cosa, aunque era vital: levantar los pilares que volvieran a soportar con firmeza nuestra relación.

De entrada, no podíamos seguir en el palacete. Si Chema se presentaba por allí, el cara a cara se podría embarrar mucho más que una conversación telefónica.

Había que huir más lejos, quizás a Madrid.

No, Madrid tampoco era una solución, demasiado cerca todavía.

Me devanaba los sesos aumentando la velocidad de la carrera.

La inspiración tendría que llegarme con el esfuerzo. Nunca me había fallado.

Y de pronto lo tuve. Acababa de encenderse una luz en mi cerebro.

Sin pensarlo dos veces, tomé la dirección de vuelta a casa y en pocos minutos entraba por la puerta de atrás.

*

No encontré a Elsa en la habitación, tal y como había presupuesto. Conocía sus horarios y sabía que era el momento de unos largos de piscina.

Trabajé en mi plan y media hora más tarde bajé al jardín.

Allí me encontré varios grupos. Entre ellos, el de Alberto, Lucy y Nata. A este se había unido uno de los invitados que andaba detrás de la amiga de Elsa. Mi chica le miraba con ojo avieso. ¿Sería el misterioso «amante» del que me había prevenido?

No aposté por él, la cara de panoli del chaval no parecía cargada de un peligro en plan película de espías.

Me acerqué al grupo y algunos me saludaron de viva voz. La primera, como siempre, Lucy.

—Hola, Sergio ¿has dormido bien? —preguntó la novia de Alberto.

—Sí, perfectamente… —respondí—. Pero no vengo de dormir, sino de correr unos kilómetros.

—Ah, qué deportista… —bromeó Nata.

—Sí… —corroboró Lucy para «alegría» de su chico—. Sergio es un tío que se cuida.

Elsa, por su parte, mantenía la mirada baja y no dijo nada.

Obviamente seguía enfadada.

Aun así, la desee tanto en ese momento que me la hubiera comido allí mismo. No lo entendía, pero el saber que se la habían repartido entre varios hombres la hacía más apetecible a mis ojos.

Como si fuera un trofeo de repente inalcanzable.

Tras servirme limonada en un vaso, busqué un lugar donde sentarme.

Alberto y Elsa se encontraban arrellanados en una de las tumbonas, los pies de ambos en el suelo. Lucy, tercera en la tumbona, se había sentado sobre las piernas de su novio y le rodeaba el cuello con los brazos.

En otra tumbona frente a ellos se encontraban Nata, y en una tercera su pretendiente. Elegí el hueco que dejaba el panoli y me senté a su lado.

La charla se había detenido, parecía que mi sola presencia silenciara los labios de todos en aquella casa. Al cabo, Lucy, para variar, saltó con una de las suyas.

—Pero, Elsa, ¿cómo dejas a tu chico tan solito? —le dijo, sin pelos en la lengua como siempre—. Anda, vete con él que lo estás deseando.

Mi novia levantó la cabeza y sonrió mirando al cielo.

—No puedo, hay algunos que ya no me ajuntan…

Lo había dicho suavemente, sin acritud. Eso significaba que se le había pasado el enfado.

—Que sí te ajunta, mujer… —insistió Lucy—. Mira con que carita te mira el pobrecito…

Le busqué la mirada a Elsa y la sonreí. Ella me devolvió la sonrisa. Y, sin esperarlo, se obró el milagro. De un salto, escapó de su hamaca y se vino a la mía, sentándose sobre mis piernas a la carrera, igual que lo hacía Lucy sobre las de Alberto.

Me echó los brazos al cuello y aproveché para darle un pico. Pero Elsa abrió los labios y nos dimos un morreo de campeonato. El resto del grupo comenzó a silbar y a aplaudir. Mi chica se refugió en mi cuello muerta de vergüenza y yo la abracé hasta casi hacerle daño.

Necesitaba aquel abrazo, y esperaba que ella también.

Habíamos hecho las paces sin articular una sola palabra.

Todo gracias a la ayuda de Lucy.

*

Minutos después, cuando las aguas se habían calmado, asumí que era el momento de soltar la bomba que llevaba preparada.

—Un momento, por favor —dije para atraer la atención del grupo—. Quiero daros una noticia.

Todos giraron sus miradas hacia mí.

—Algo bueno, seguro —dijo Lucy, siempre benévola conmigo.

Elsa me miraba con incertidumbre, no se fiaba de lo que pudiera decir. Y entonces lancé la buena nueva:

—Mi chica aún no lo sabe, pero nos vamos pasado mañana a Miami. Allí embarcaremos en un crucero por el Caribe, diez días y nueve noches…

Algunos se pusieron en pie y todos aplaudían mi discurso. Lucy daba saltitos de alegría y Elsa se cubría la boca con las manos, alucinada.

—¡Qué sorpresa!… —nos felicitó la novia de Alberto—. ¡Genial, primos…!

Elsa me miraba con los ojos como platos.

—¿Lo dices en serio? —preguntó.

—Totalmente —aseguré y saqué el móvil del bolsillo, desbloqueé la pantalla y le mostré un e-mail con los billetes que había comprado unos minutos antes.

—¿De verdad no lo sabías? —preguntó Nata, aplaudiendo también.

—No, ni idea… —respondió Elsa antes de quitarme el móvil de las manos y, poniéndose en pie, comenzó a dar saltitos emulando a Lucy—. ¡Me voy al Caribe! ¡Me voy al Caribe!

Las dos primas se abrazaron y me alegró ver que al fin y al cabo no se llevaban tan mal.

Por otro lado, era agradable descubrir que a Elsa le encantaba la idea. Había pasado unos minutos de zozobra sin saber cómo se lo iba a tomar.

Me puse en pie, Elsa se me echó en los brazos y me besó hasta que se le pasó la euforia. Después dijo algo habitual en ella:

—¡Y yo sin nada que ponerme…! —exclamó y miró a Nata y a Lucy—. ¡Chicas, esta tarde nos vamos de compras! ¡Yo invito a la merienda!

Amistades peligrosas

La jugada me había salido redonda. Había matado varios pájaros de un tiro. En primer lugar, alejaba a Chema de nuestras vidas. Solo era temporal, pero menos era nada. En segundo puesto, me quedaba a Elsa solo para mí el resto de las vacaciones. Esperaba que esto permitiera olvidarnos de todos los líos pasados.

Como si le hiciera un *reset* a nuestra relación.

Y en tercero, y no menos importante, Elsa se encontraba feliz porque un crucero por el Caribe había sido un sueño para ella desde siempre, aunque nunca habíamos encontrado la oportunidad de cumplirlo.

Al día siguiente madrugamos y salimos para Madrid. A mediodía llegábamos a casa y esa misma noche embarcábamos en el vuelo para Miami.

Llegamos de madrugada local a la *Magic City* y nos acomodamos en asientos de la terminal. Había que hacer tiempo antes de salir para el puerto. Allí conocimos a algunos de los que luego se convertirían en compañeros de viaje.

Antes de la comida del mediodía, nos encontrábamos instalados en nuestro camarote. Era éste una habitación no muy espaciosa, pero que contaba con un pequeño balcón al que poder asomarse a ver pasar el mar y otros barcos.

Era como estar en la gloria.

No era nuestro primer crucero pero, tras las desventuras pasadas, sabía cien veces mejor.

*

Los primeros días nos apuntamos a todas las excursiones que nos ofrecieron. En ellas hicimos algunas amistades. Entre ellas, tres

matrimonios que al igual que nosotros necesitaban alejarse de la vulgaridad de su vida cotidiana para relajarse. Sin niños, sin móviles la mayoría del tiempo y sin otros problemas a los que había que enfrentarse el resto del año.

De las tres, la pareja con la que más conectamos fue una de mediana edad un tanto peculiar. Ella era valenciana, ciudad donde residían. Él, libanés, era un tipo exótico de rasgos árabes y muy moreno.

Nina y Rami, «dos vividores en busca de un sueño», solían definirse a sí mismos. Vivían de vender en mercadillos objetos que fabricaban con sus propias manos. Y aseguraban que no les iba nada mal, sobre todo porque las garras de Hacienda no eran capaces de llegar hasta sus dominios.

—Es un tío muy guapo, ¿no os parece? —oí decir al grupo de amigas recién estrenado, cuando su mujer no estaba delante.

—¿Muy guapo? —replicaba otra—. El tío está como un queso… Yo me lo tiraba dos o tres veces al día… ja, ja, ja…

Las tres reían y Elsa no se quedaba atrás, además de poner unos ojillos que no me gustaban nada. Aquel tipo, a pesar de su edad —frisando los cincuenta— parecía atraerla más de la cuenta.

—¿No te parece guapa su mujer? —me preguntó mi novia en una ocasión—. Se ve que es una tía que los tiene bien puestos. Y de joven ha debido ser un bellezón.

—Un bellezón muy hippie, querrás decir…

—Bueno, pues hippie, ¿y eso qué importa?

—Pues claro que importa, cari —repliqué—, porque la buena mujer ha debido pasar muchas horas al sol fabricando pulseras y tiene la piel requemada. ¿No ves su cara la cantidad de arrugas que tiene? Por lo visto aún está en la cuarentena, los colegas dicen que por los cuarenta y cinco, pero se diría que tiene diez años más.

—Ay, hijo, que sibarita… —se quejó y rechazó mi intento de besarla.

El sexto día, hartos de excursiones que te dejaban baldado y veías más bien poco, el grupo en pleno decidió que disfrutaríamos

del barco desde la mañana hasta la noche.

—Especialmente por la noche —había dicho el sevillano, un tío muy salado—. Me han dicho que hay espectáculos para adultos, aunque hay que buscarlos bien porque son picantes y a los niños hay que escondérselos para que no se cuelen por error. No podemos perdérnoslos, seguro que se ven buenas tetas.

—Ja, ja, ja… —reímos todos a una.

Esa sexta mañana no me apeteció madrugar. El autoservicio de desayunos estaba abierto hasta la hora de comer, por lo que podía permitirme el lujo de levantarme tarde y aun así desayunar sin problemas.

Elsa, sin embargo, madrugó como era su costumbre.

Cuando terminé de comer algo y busqué a nuestro grupo por la cubierta donde solíamos tomar el sol, me encontré a los maridos —a excepción de Rami— cotilleando con una cerveza en la mano y sentados en sendas hamacas.

—¿Qué tal, chicos? —saludé.

—Ya ves, por aquí… —dijo el sevillano—. Cotilleando sobre los hippies.

No me gustó la expresión «los hippies», pero en el tono de broma que lo había dicho el guasón del «Sevi» no había forma de tomárselo a mal.

Dirigí mis ojos hacia donde miraban los suyos y con sorpresa me encontré a la pareja «hippie», pero no solos, sino con Elsa. Parecían mantener una conversación muy íntima. La intimidad la producía el hecho de que, de vez en cuando, tanto Nina como Rami se acercaban al oído de Elsa para hacerle una confidencia.

Elsa sonreía y asentía la mayoría de las veces.

—A saber de qué estarán hablando con tu chica… —dijo el tercero en discordia, un riojano bastante serio, pero que se ponía chistoso en cuanto bebía un par de tragos.

—Tú y yo lo sabemos, no te hagas el despistado, riojano… —le cortó el andaluz.

No estaba entendiendo nada, pero el hecho de que se burlaran metiendo a mi novia por medio me estaba poniendo bastante nervioso.

—¿Se puede saber de qué habláis? —pregunté, con el rabillo del ojo fijo en el trío, que se hallaba cerca de la barandilla de la cubierta.

—Díselo tú, Sevi, que sabes más de esto.

—Ni hablar, riojano, díselo tú que a mí no me va a creer.

—Al grano, tíos —me impacienté.

—A ver, Sergio —dijo el riojano acercándose a mí para no tener que hablar en voz muy alta—. ¿A vosotros no os han propuesto esos dos nada todavía?

No entendí a qué se refería.

—Pues… no… —dudé—. No nos han propuesto nada que yo sepa, ¿por qué?

El riojano hizo la señal universal de echar un polvo —un círculo con dos dedos de una mano y un tercero entrando en él.

—Pues eso —aclaró el sevillano a continuación—. Que esos dos están intentando liar a otra pareja para echar un polvo con ellos. Y ya hemos visto la fijación que tienen los hippies contigo y tu chica.

—Sobre todo el libanés con tu novia… —aclaro el riojano y un tembleque puso en marcha el habitual tic de mi pierna derecha.

—Aunque, todo hay que decirlo, a mí no me extraña nada —añadió el sevillano—. Porque tu chavala está como un tren… ¿A qué sí, riojano?

—Ufff, ya te digo, como un tren de mercancías, Sevi…

—Joder, tíos… —rezongué—. Que estáis hablando de mi novia, podíais cortaros un poco…

El Sevillano le dio un empujón de mentirijillas al otro.

—Calla, riojano, no seas tan capullo… —le soltó medio entre risas.

—¿Yo? —se quejó el otro—. Pero si has empezado tú…

Aquellos dos cabroncetes me estaban poniendo de los nervios. Tenía que cambiar de tercio como fuera.

—Joder, me estáis dejando de piedra, ¿estáis seguros de eso?

—Como hay dios —saltó el riojano—. El otro día el Sevi les oyó proponérselo a una pareja de franceses, pero estos les mandaron a paseo, ¿es así, Sevi?

—Como lo cuentas, riojano —replicó el andaluz—. Que yo el francés lo chapurreo poco, pero lo entiendo perfecto. Y los muy guarros se lo propusieron descaradamente. Habían congeniado en uno de los espectáculos nocturnos y se fueron directamente a por ellos.

—*Swingers*, los llaman —explicó el riojano—. «Guarros», los llamaría yo. Si a mi mujer le proponen algo así a mis espaldas, les doy un mamporro que los espabilo.

—Y yo… —dijo el sevillano y me echó un brazo al hombro—. Y te juego lo que quieras a que es lo que le están proponiendo ahora mismo a tu chica. La intentan convencer para que aceptéis follar con ellos.

*

La conversación con los recientes amigos me dejó tocado. Eran tipos muy simples, pero de los que no tienen pelos en la lengua. Y yo creía perfectamente lo que decían.

Tras dejarles en sus tumbonas, me fui directamente hacia el trío y, cogiendo a Elsa por un brazo, tiré de ella.

—Perdonad, chicos —les dije a la pareja de hippies—. Pero necesito hablar con Elsa, ya nos veremos.

Me la llevé a una cubierta superior con la excusa de tomar el aperitivo a solas.

—Es que ya estoy harto de que no nos dejen a sol ni a sombra —dije resoplando para justificar habérsela robado a los valencianos —. Parece que no vamos a poder disfrutar de nosotros mismos en todo el crucero.

—Bueno, no pasa nada —apuntó ella—. No creo que tardemos en volver a coincidir, el barco es grande, pero no tanto.

Me hice el remolón yendo a por bebida y, cuando me volví a sentar, le disparé simulando desinterés:

—¿Y de qué hablabais tan animadamente los tres golfillos? —le dije en tono de broma—. Seguro que ya estabais quedando para coincidir en Valencia y comprarles alguna pulsera en el mercadillo…

Elsa sonrió a mi chiste.

—Pues no, en realidad hablábamos de naderías. Del tiempo y poco más.

Me estaba decepcionando. Había pensado que la sinceridad se había instalado entre nosotros tras el asunto en casa de Chema, pero ahora veía que no. Hasta que se acercó a mí para contarme un chisme en voz baja.

—Pero no te pierdas lo que me ha dicho Nina esta mañana, mientras desayunábamos ella y yo a solas.

Una lombriz en mi estómago comenzó a ronronear.

—¿Qué te ha dicho? —pregunté aguzando las orejas.

—Siéntate bien, que te vas a caer del susto.

Tragué saliva y la animé a que continuara.

—Me ha pedido que nos lo montemos con ellos dos. Pareja contra pareja.

—¿Qué…? —me hice el despistado para que no viera que ya me lo esperaba.

—A ver, Sergio, que no te enteras… Quiero decir que me han ofrecido que follemos los cuatro, pero cambiando las parejas…

—No-me-jo-das… —no tuve que simular asombro, confirmar lo que sospechaba me había puesto la piel de gallina.

—Pues sí. Resulta que son una pareja *swinger*, sabes lo que es, ¿no?

—Joder, Elsa, hasta ahí llego.

—Pues eso… que me dice Nina que nos han conocido bien en estos días, que les hemos gustado, blablablá… Y que si queremos follar con ellos, que podemos montárnoslo un día de estos, antes de que acabe el crucero.

*

Era una situación peliaguda, porque las probabilidades de quedar mal por mi parte eran altas. Había que decir que no, por supuesto, pero a ver cómo me las apañaba. Porque la primera a la que había que convencer era a la misma Elsa, a tenor de los ojillos de deseo que se le ponían en ese momento.

Y me dispuse a ello.

La primera pregunta me vino a la cabeza sin meditarlo.

—¿Les has dicho…? —me corté a media frase, no quería hacer la pregunta de forma brusca, luego continué— ¿… lo de que somos una pareja abierta?

Elsa sonrió inocente.

—Pues… sí… —respondió, y al ver mi cara de fastidio, añadió —: ¿He hecho mal?

—Claro que has hecho mal, cari, lo has hecho fatal… —rezongué.

—Lo siento… —se disculpó.

—Sabiendo eso, ahora se pondrán más pesados… Si no lo supieran, podríamos darles cualquier excusa, que somos muy religiosos o algo así…

—Tienes razón, no lo había pensado… —confesó, pero a continuación volvió a sorprenderme—. ¿Por qué tú no quieres que lo hagamos, no?

Joder, me lo estaba esperando. Elsa no lo tenía claro. Es más, parecía que lo estaba deseando.

—Pues no, Elsa, claro que no… —respondí con mayor inquina de la que pretendía—. ¿A ver, es que a ti te gusta el libanés…?

Me arrepentí de haber hecho esa pregunta al instante, pero ya era tarde.

—Pues sí, cari, ¿Qué quieres que te diga? —respondió encogiéndose de hombros—. El tío está para mojar pan.

Si me hubiera dado una puñalada, no habría dolido tanto. Pero no se paró ahí, sino que siguió hurgando.

—¿Y a ti Nina? —me miró fijamente—. ¿Te gusta o no?

Tomé aire profundamente, iba a darle un disgusto.

—Pues por supuesto que no, cari… —la espeté con malas pulgas—. Esa tía está más arrugada que mi abuela. Ya, ya sé que me vas a decir que ha debido de ser muy guapa y todo eso, pero la mujer tiene al menos los cuarenta y cinco, y a mí con esa edad no me gustan para nada. Si le quitas la ropa, seguro que su cuerpo es como una uva pasa.

—Vaya —rezongó—. O sea, que yo tampoco te voy a gustar cuando tenga su edad…

Volvía por sus fueros, buscando rodeos para marearme y salirse con la suya.

—Ni de coña, cari, por ahí no vayas. Lo nuestro es diferente, no tiene que ver una cosa con la otra. Tú y yo nos queremos ahora, y nos amaremos igual aunque tengamos ochenta años. Pero eso no tiene que ver con que me entre una tía como ella y me diga: «oye, majo, ¿echamos un polvo?». A mí eso me da más repelús que otra cosa…

—Vaya, pues no le hiciste tanto asco a tu secretaria o a la enfermerita cachonda —me acusó—. Ni a la misma Lucy, si me apuras.

—Joder, Elsa, no compares… Igual es esta viejales que cualquiera de esas tres…

Se mordió el labio, desilusionada.

—Además —añadí—, lo de intercambiar parejas dijimos que se quedaba fuera de nuestro acuerdo…

—Eso no es verdad —me corrigió—. Dijimos que lo dejábamos en suspenso, y que lo hablaríamos si surgía la ocasión…

—Pues ya ha surgido y te repito que me niego a que follemos con esos dos…

Elsa frunció el ceño, malhumorada.

—Qué decepción —se dejó caer hacia el respaldo de la silla y puso cara de circunstancias—. Y yo que le he prometido a Nina que te iba a convencer.

Se volvía a hacer la víctima.

Pero no retrocedí ni un milímetro.

—Pues vas y le dices que me duele la cabeza o lo que sea, pero a mí no me metas en líos. Es mi última palabra.

*

Nos separamos y quedamos en vernos a la hora de comer. Ella tenía que pasar por el camarote para cosas de chicas. Para hacer tiempo, me dediqué a pasear por una de las cubiertas, rogando para no encontrarme con ningún conocido.

No me apetecía hablar con nadie.

Pero no iba a tener tanta suerte. Al rato me topé de frente con el libanés.

—Hola, Rami —le saludé cuando llegaba a mi altura. Se veía que venía directo hacia mí y no pude esquivarle.

—Hola Sergio, ¿podemos hablar un momento? —preguntó yendo al grano.

No me apetecía un cuerno hablar con él, pero el sentido de la educación me obligó a aceptar.

—Por supuesto… —accedí—. Pero si no te importa, hablamos mientras paseamos, me apetece tomar el sol.

—Claro…

Anduvimos unos metros en silencio. La tensión se mascaba, y el tipo no se atrevía a lanzarse. Al cabo lo consiguió.

—Mira, Sergio, no me voy a andar por las ramas —dijo haciendo gestos con las manos para hacerse entender, aunque hablaba un español de libro—. Nina le ha propuesto a tu novia que hagamos un intercambio.

—Sí, me lo ha comentado —hasta ahí no quise mentirle.

—Pero tu novia le ha dicho a Nina que a ti no te apetece.

Me enfadó saber que Elsa había ido corriendo a hablar con Nina, como si quisiera que su marido viniera a convencerme de inmediato. Ésta se la guardaba.

—Sí, eso también es cierto —respondí—. No me apetece.

Hizo un gesto con las manos como si yo estuviera loco por no aceptar.

—Pero, hombre, ¿por qué no quieres hacerlo? —dijo bajando el tono—. ¿Hemos hecho algo mal Nina o yo? ¿Te hemos enfadado por algo?

Me apresuré a responder, no me apetecía que se crearan malos entendidos.

—Por supuesto que no… —aclaré—. Entre nosotros todo está bien, espero que al revés también.

Aunque me hubiera apetecido, no me atreví a decirle que su mujer era un cayo y que si me acostaba con ella no iba a conseguir empalmarme.

—Pero hombre, entonces no entiendo por qué no aceptas. Elsa ha dicho que por ella encantada. Y los cuatro lo podíamos pasar genial. Os ofrezco nuestro camarote, que es más grande y tiene una cama enorme.

Me jodió saber que Elsa se había mostrado conforme ante ellos, eso me dejaba a los pies de los caballos. ¡Había que ser descerebrada! Aunque a saber si no era una trola del libanés.

De todas formas, había algo más que no me cuadraba.

—Ah, ¿quieres decir que lo haríamos todos juntos?

—¡Pues claro, amigo! —saltó feliz al pensar que eso me agradaba—. Los cuatro en una cama da para situaciones morbosas. Por ejemplo, se podrían montar tríos por un tiempo, o las chicas se besarían mientras nosotros las entrábamos por detrás. Ya sabes… cosas picantes…

Entendía lo que decía, aunque más por los videos porno que por experiencia propia. Él, sin embargo, parecía un experto en el tema.

Decidí descararme para zanjar el asunto. Como decía mi abuela: «más vale una vez colorado que ciento amarillo».

—Mira, Rami… —comencé mis excusas—. Elsa y yo os agradecemos vuestra amabilidad y que hayáis pensado en nosotros.

Pero tenemos que responderos que no. Y no es porque no nos caigáis bien, es que follar en grupo no es lo nuestro.

—Pero, buen amigo… —insistió—. Si tu novia le ha dicho a Nina que sois una pareja libre, o abierta, como se diga, y que cada uno tenéis vuestros rolletes…

Me fastidió el comentario, ya sabía yo que confesarle esto a la pareja de hippies iba a traer consecuencias.

Decididamente Elsa me iba a oír.

—Que no, Rami, que no… —le dije, esta vez cortante—. Que la respuesta es no y no vale la pena que insistas.

Cuando se alejó, echaba fuego por la nariz como un dragón.

Y no pude evitar sentirme mal, aunque no fuera culpa mía. Una vez más las vacaciones se habían ido a la mierda.

Me prometí que nunca más intimaría con nadie a quien conociera en una situación parecida. La gente suele ser muy simpática a primera vista. Pero, en cuanto rascas un poco, te encuentras con las diferencias y los líos son inevitables.

El resto del día lo pasamos Elsa y yo lejos del grupo. Y del tema del intercambio solo comentamos que el libanés había venido a verme y que le había dado largas.

Ni siquiera me molesté en echarle la bronca, prefería ignorarlo.

Tema zanjado.

O eso creía yo, iluso de mí.

*

Al día siguiente tampoco tocaba excursión. Al menos para Elsa y para mí. Creía que el andaluz y el riojano sí saldrían con sus mujeres, aunque no lo tenía claro. De la pareja hippie no tenía ni idea.

Por la mañana, Elsa se levantó más temprano que yo, para variar.

—Voy desayunando, cielo —me dijo—. Levántate cuando quieras y, cuando llegues, andaré por el comedor y allí nos vemos.

Con los ojos semicerrados todavía, me pareció que Elsa salía del camarote vestida de una forma inusual, aunque supuse que lo había soñado.

Una hora más tarde, me dirigía al comedor y la buscaba por todas partes sin éxito. Muerto de hambre, decidí desayunar y que apareciera cuando quisiera. Alguno de los dos encontraría al otro al final, como siempre.

Mientras mordisqueaba mi tostada y disfrutaba de un café cargado, sin embargo, la que apareció fue Nina, quien se sentó en la mesa frente a mí.

Instintivamente miré a su alrededor, tal vez Elsa venía con ella.

—No busques a tu chica, Sergio, no va a venir… —dijo por todo saludo—. Al menos de momento.

Su sonrisa irónica no presagiaba nada bueno.

—¿Qué ocurre? —Confieso que me alteré—. ¿Dónde está mi novia?

—Pues mira… —dijo ampliando su sonrisa—. Yo diría que ahora mismo se encuentra en la gloria.

La sangre se me congelaba a toda velocidad.

—¿De qué coño hablas?

—Pues es muy simple —replicó sin un parpadeo—: Elsa y mi marido están follando en este momento como lo que son: un lobo y una perra en celo.

Me fastidió la comparación. Aquella mujer era gilipollas, por no decir algo más fuerte.

—¿Dónde cojones están? —alcé el tono y me incorporé a medias, dispuesto a salir a detenerles—. ¿En nuestro camarote?

—Ni hablar, querido… —soltó, desvergonzada—. Están en el nuestro, mucho más confortable, donde vas a parar. Pero sobre todo porque tú no tienes ni idea de cuál es. Está claro que si estuvieran follando en el vuestro, aparecerías como un elefante en una cacharrería y les fastidiarías el polvo.

Desalentado, me dejé caer sobre la silla.

—¡Puta pirada…! —la insulté sin paliativos—. ¡Dime cual es vuestro número de camarote, o…!

—¿O qué...? —se burló—. Vas a pegar a una señora delante de tanta gente…

Me sentía impotente. No tenía nada que hacer. Lo único, estrangularla, pero necesitaba llevarla a un sitio desierto antes de hacerlo si no quería que me sujetaran y me dejaran a medias.

—Mira, Sergio —me dijo condescendiente—. Hazte a la idea de que tu chica está en estos momentos en el mejor sitio donde podría estar. Mi marido es un excelente amante, la dejará totalmente satisfecha. Ellos dos se gustan, pero tú te has puesto en medio, a pesar de que sois una pareja abierta. Y eso está muy mal… Tu novia es libre de hacer con su cuerpo lo que le plazca, mientras no rompa vuestras reglas, por supuesto. Y, tranquilo, porque están grabando la sesión para que tú y yo podamos disfrutarla después.

Me pregunté quién le habría hablado de las reglas. Elsa, por supuesto, quién si no. Mi novia debía de haberse vuelto loca, poniéndome a mí por detrás de gentes a las que conocía desde hacía una semana.

—Y en vuestras reglas —continuó— no hay ninguna línea roja que diga que no puede follarse a un libanés en un crucero por el Caribe. ¿Estás de acuerdo?

—¡Zorra…! —silbé más que dije.

—La verdad, es una pena que yo no te guste —prosiguió, inasequible al desaliento—. Los cuatro podríamos estar disfrutando de una sesión de sexo inolvidable en estos momentos.

Me lo había dejado a huevo.

Y me apetecía fastidiarla, al igual que me lo estaba haciendo ella a mí.

No era maldad, sino autodefensa.

—Mira, vieja loca… —le dije—. Me he follado en los últimos tiempos a tías con la mitad de edad que tú. Eres una puta vieja arrugada que no se la levantaría ni a un violador. Te pueden dar por

culo a ti y a tu puto libanés. Y cuando pille a tu marido, por cierto, le voy a arrancar las pelotas y se las voy a hacer tragar.

Si pretendía ofenderla, no lo había conseguido ni de lejos.

Su sonrisilla burlona no se le había borrado de la cara con mis insultos.

—Dudo que puedas hacerle nada a mi marido —mostró unos dientes amarillos por el tabaco al sonreír—. Lo siento, chico, pero no tienes ni media hostia. Antes de que tocaras a mi Rami, ya te habría tirado él por la borda.

Tocado. Tenía toda la razón y no pude objetar nada.

—Te propongo algo —dijo tras unos segundos de silencio—. Ya sé que no te hago tilín, pero aún puedo hacer algo por ti. ¿No te apetece una paja? ¿Tal vez una mamada? Si cierras los ojos te lo pasarás genial, pensando que estás con la que más te guste. ¿No tienes una cuñadita cañón con la que fantasear mientras te la chupo?

La miré incrédulo. La tía no se rendía de ninguna de las maneras.

—Te aseguro que hago unas mamadas de antología. Y, para hacerlo más emocionante, buscaríamos algún sitio en cubierta que pudiera no ser cien por cien seguro. No te imaginas el morbo que da la posibilidad de que te pillen.

Lo pensé un instante.

No podía creerme que me estuviera empalmando de semejante manera ante las alusiones de la puñetera hippie.

*

Cinco minutos más tarde nos encontrábamos en la cubierta de evacuación. Allí se apiñaban los botes de salvamento y estaba lleno de rincones donde, al menos, medio esconderse. El lugar era tranquilo. A penas se veía a un paseante cada varios minutos, y era difícil que desviara la mirada hacia el sitio donde nos habíamos cobijado.

Sin cortarse lo más mínimo, Nina se arrodilló frente a mí y echó mano a la cinturilla de mi bañador. Se había colocado de espaldas a la barandilla y yo delante, de esa manera la cubría y era difícil de discernir lo que ocurría entre los dos.

—Saca el móvil y graba la mamada —dijo con desvergüenza—. La quiero utilizar después para tocarme a solas o con Rami.

«*Suputamadre* —pensé—. Esta tía es guarra, pero guarra».

Dicho y hecho, comencé a grabarla en cuanto se metió mi polla en la boca y ésta comenzó a engordar. Tuve que reconocer que la mujer era una experta en mamadas, como había afirmado, y que me lo estaba pasando en grande.

—Hay una parejita de recién casados que nos mira —dijo en una ocasión—. Qué emocionante, ¿verdad…?

—¿Cómo sabes que son recién casados? —pregunté.

—Porque coincidimos en una excursión hace unos días. Son unos niños maravillosos. Follan unas cinco veces al día… Y se dejan hacer de todo cuando lo hacen con amigos…

Me pregunté si habrían tenido lio con ellos, supuse que sí, pero seguí a lo mío.

Cuando ya no podía más, se lo advertí.

—Estoy a punto, si no quieres que te pringue, quítate de en medio.

—No, no pasa nada —dijo elevando la cabeza y arqueando el cuello hacia atrás—. Échamelo en la cara, a Rami le pone muy cachondo que me pringuen jovencitos como tú. Intenta que no me caiga en los ojos, eso sí.

—Joder, Nina, me corro… me corro… *hijadeputa*… —rezongué mientras me la meneaba con una mano y sujetaba el móvil con la otra. Fantaseaba con Lucy con los ojos semicerrados mientras el orgasmo empujaba el semen hacia arriba—. Zorra… me corro… me corro… toma, puta… toma, toma…

Mi picha escupía como un grifo y en pocos segundos su cara era un poema de lefa por todas partes. Especialmente sobre los ojos, donde me había empleado a fondo para fastidiar.

Al finalizar, tras una breve higiene con algunos pañuelos que tenía a mano, decidimos irnos a buscar un baño.

—Necesito lavarme bien, voy medio cegata. Y todo porque te has cebado con mis ojos, cabroncete —la tía no perdía el humor ni en un entierro, al parecer—. Y pásame el video en cuanto puedas. Tu chica tiene los números míos y de Rami.

*

Cuando acabamos en el baño —yo también me limpié lo necesario—, nos volvimos al comedor del desayuno. Nos sentamos a esperar y un rato después, aparecieron Rami y Elsa.

Iban cogidos de la mano y bromeaban y reían como adolescentes.

No debían de haber esperado encontrarnos en el comedor.

Verlos así me infló los vapores. Con un latigazo, Elsa liberó su mano en cuanto me vio la cara de palo que le ponía. Pero lo que me dejó pasmado era su atuendo. Había visto algo raro cuando salió del camarote, pero era ahora cuando me daba cuenta de que lo que llevaba no pegaba en ese entorno: un traje de chaqueta gris, con falda de tubo por encima de las rodillas, una blusa de seda blanca de cuello varonil y unas medias negras de cristal. En los pies, unos zapatos de tacón.

No podía verlo, pero imaginé bajo la falda un liguero sujetando las medias a medio muslo.

Impactado como me hallaba, observé por el rabillo del ojo al andaluz y al riojano mirando entrar a la pareja en el comedor. Se habían sentado en una mesa del extremo opuesto y cuchicheaban burlonamente. Estaba claro de lo que hablaban: los puñeteros hippies nos habían llevado al huerto. Y les debía de hacer mucha gracia porque no paraban de reír.

El tamaño de mis cuernos sobrepasaba a esas alturas el marco de las puertas. El resto del crucero iba a tener que huir de ellos como de la peste si no quería ser el blanco de sus bromas.

*

En cuanto Elsa llegó a nuestra altura, me levanté de la mesa, la cogí por un brazo y la saqué del comedor de malas maneras.

—Me la has jugado, Elsa, me la has jugado… —le solté iracundo—. Tenemos que hablar… pero ya…

Sin contemplaciones y sujetándola de una mano la llevé al camarote. Aquello no podía quedarse así. Una vez dentro, se sentó en el borde de la cama y agachó la cabeza, como un cordero al que están decidiendo si llevar al matadero o perdonarle la vida.

Yo daba vueltas por el escaso espacio libre de la estancia sin saber por dónde empezar. Le tenía que decir muchas cosas. La más importante, que me había faltado al respeto. Pero no conseguía componer la frase para arrancarme, tan exaltado me encontraba.

Al final fue ella la que rompió el silencio:

—No sé por qué te pones así… —dijo con el susurro de un animal herido.

—Ah, ¿no sabes por qué? —la acusé señalándola con un dedo.

—Pues no… —se defendió—. He cumplido nuestro contrato sin saltarme una sola línea roja. Imagino que estás dolido por ser la primera vez que tengo sexo desde que lo firmamos. Pero alguna vez tenía que ser. Tu ya has tenido lo tuyo con al menos tres mujeres.

Me tuve que morder la lengua para no saltar. La primera vez que tenía sexo, decía la desvergonzada, como si yo no supiera de sus aventuras.

Aunque si no la había acusado anteriormente —la noche de Benidorm como mínimo—, no podía echárselo en cara ahora. Tenía que ceñirme a los actuales hechos, por mal que me sentara su caradura.

—Fantástico… —ironicé—. Pero no es que hayas tenido sexo con ese hippie… —me puse en jarras—. ¡Es que me has dejado en vergüenza delante de los amigos! A estas alturas todos saben que has estado follando con el muy cabrón. Porque, que lo sepas, ese tío

es un bocazas y seguro que se lo cuenta a todo el mundo. Si no le doy dos *hostias* es porque mide el doble que yo…

—Vale… lo siento… —volvió a bajar la cabeza, arrepentida.

Sabía que era teatro, pero si no lo aceptaba solo me quedaba el camino de la violencia o la separación, y eso jamás. Esas sí que eran unas líneas rojas que me tenía marcadas a mí mismo.

—Por cierto… —le señalé la ropa—. ¿De dónde has sacado esto? Porque que yo sepa no es tuyo…

—No… —reconoció—. Me lo han prestado. Es una fantasía de Rami.

—¡Cojonudo! —exclamé—. El puñetero señor tiene la fantasía de follarse a una secretaria. Como el muy gilipollas no ha pisado una oficina en su puta vida, le debe de poner cachondo por todo el porno que ha visto… ¡No te jode!

El silencio volvió a envolvernos.

Yo me iba tranquilizando poco a poco, a medida que me desfogaba con ella.

Elsa miraba al suelo, sumisa, pero sabía que lo único que pretendía era fingir debilidad hasta que me fuera enfriando.

Finalmente, se puso en pie y se acercó a mí.

Me abrazó con dulzura. Olía a sexo ajeno, pero no quise hacer sangre. Ya sabíamos que había follado con otro, no valía la pena repetirse. Por fin se separó de mí y me sujetó por los brazos.

—A ver, Sergio, tenemos que seguir con tus prácticas —dijo convencida—. Por mi parte no voy a seguir mintiéndote, voy a acostarme con otros desde ahora. El periodo de prueba está superado después de los ligues que has tenido tú. Pero aunque creía que estabas a punto, sobre todo tras la aventura con Lucy, veo que estás muy verde. Yo voy a seguir ayudándote, te lo prometo. Lo primero que vas a hacer es seducir a tu secretaria para acostarte con ella.

—¡Estás loca…! —fue lo único que pude decir.

—No estoy loca… —aclaró—. Estoy deseando que lo nuestro funcione… Ya te dije que el sexo con otros es fundamental en mi

vida… Y quiero que lo sea también para ti, de ese modo estaremos en sintonía y nos amaremos aún más.

Sin añadir palabra, se puso en cuclillas.

—A ver —musitó—. Cierra los ojos e imagina que estás con tu secretaria.

Se había remangado la falda para enseñarme el final de las medias, sujetas por un liguero como había imaginado, y me tiraba para abajo del bañador. Desde la altura podía verle el coño —sus bragas habían desaparecido—, y se le notaba encharcado. Rogué que se tratara de su propio flujo, no de secreciones ajenas. En ese caso habría sido asqueroso.

Mi polla salió al exterior pletórica. A pesar de que Nina me había vaciado los huevos poco antes, me encontraba en perfecto estado de revista. Si Elsa me la mamaba, como parecía que iba a hacer, iba a correrme tanto o más que con la hippie.

—Quítate los zapatos —la sugerí—. Quiero verte los pies bajo esas medias.

—Claro, cari… —asintió, recorriendo con su lengua mi rabo, empezando por los huevos y acabando en el glande, con el que se cebó al finalizar el recorrido.

—Hummm, joder… —gruñí con un estremecimiento por todo el cuerpo.

Los pies de Elsa bajo aquellas medias me sugerían imágenes de lo más excitantes. Nunca había sido fetichista pero, por alguna razón, esas medias oscuras en un entorno dónde no encajaban me estaban poniendo enfermo con tan solo mirarlas. Alababa el gusto del puñetero libanés, a pesar de la inquina que le tenía.

La mamada fue épica y duró lo indecible. Debido al reciente sexo con Nina, por un lado, y porque apretaba los dientes para no correrme y disfrutar de la sumisión de mi novia, por otro. El orgasmo se retrasaba y yo disfrutaba follándome la boca de la mujer a la que amaba.

Cuando por fin no pude resistir más, se lo advertí a Elsa, como esa misma mañana se lo había avisado a Nina.

—Voy a correrme… y quiero que te lo tragues. Me lo debes…

—No, eso no… —se puso en pie de un salto—. Ya sabes que el semen me da mucho asco. Ven, vamos al baño, que te la meneo en el lavabo para que no manches nada.

Segundos más tarde me encontraba con la cabeza apoyada en el armarito sobre el lavamanos. Elsa se había pegado a mi espalda y me rodeaba con sus brazos. Con la mano derecha me pajeaba a toda velocidad, mientras con la izquierda me amasaba los huevos para acelerar la eyaculación.

No aguanté ni un minuto.

Gruñendo como un cerdo, comencé a correrme sobre el lavabo, expulsando semen en doble cantidad del que había derramado sobre la cara de Nina.

—Hummm… Ogggg… Uffff… —gruñía con cada disparo.

—Así, así, cerdito… —me animaba mi novia sin dejar de masturbarme—. Córrete, mmmhhh… así, córrete para tu chica… Hummm… vamos, cari… córrete bien…

La tormenta cesó y Elsa limpió los restos de mi rabo bajo el grifo. Acto seguido eché mi meada post orgásmica habitual y me dejé caer sobre la cama todo lo largo que era.

—Vaya descarga has echado —comentó con una risita—. Y eso que te la ha chupado Nina hace un rato.

Me fastidió este comentario, aquellos tres —la pareja de valencianos y mi novia— parecían conectados al minuto. Aun así, no respondí nada.

—¿Te vas a dormir? —preguntó al verme entrecerrar los ojos.

—No creo, como mucho me amodorraré.

—Vale —replicó—. Yo voy a aprovechar para quitarme esta ropa y darme una ducha.

—De acuerdo… —murmuré y cerré los ojos completamente.

Cuando Elsa entró en el baño, tarareaba una cancioncilla de moda.

Parecía sentirse feliz.

*

Me había hecho el dormido, por supuesto. Y tan pronto como Elsa cerró la puerta, busqué su móvil con la mirada. No lo vi por ningún lado y supuse que estaría en el bolsito que llevaba un momento antes, a juego con el disfraz de secretaria cachonda.

Lo busqué allí y lo encontré a la primera.

Afortunadamente, aunque la cobertura móvil oscilaba según nos acercábamos o alejábamos de la costa, el wifi del barco nos mantenía conectados con el mundo y entre nosotros. Gracias a eso ahora podía chismorrear en su intimidad.

Con las manos temblorosas lo desbloqueé y cotilleé sus últimas conversaciones de *wasap*. La más reciente correspondía al chat con Nina.

Lo abrí y busqué el inicio del diálogo. Había tenido lugar la tarde anterior. Antes del primer mensaje había otros muchos, pero habían sido borrados. Me estaba acostumbrando a que Elsa eliminara mensajes de sus chats como medida de precaución, aunque estaba seguro de que no tenía motivos para sospechar de mí.

Leí el primer mensaje no borrado:

NINA: Mañana por la mañana te presto el traje del que hemos hablado.

ELSA: El que pone cachondo como un cerdo a tu maridito, no?

NINA: Sí, ese mismo… jajaja.

ELSA: Pues mejor no esperar a mañana. Casi que me lo pasas ya y así salgo de nuestro camarote con él puesto. Sergio es de dormir hasta tarde, ni se enterará de cómo voy vestida.

Suputamadre, blasfemé. Me habían tomado por tonto y actuaban a mis espaldas como si no me enterara de nada. Lo cual, todo hay que decirlo, debía de ser verdad. Yo iba siempre por detrás de sus maquinaciones.

NINA: Vale, pues te lo paso cuando me digas.

ELSA: Ok, en cuanto busque una excusa para ir al camarote yo sola, te lo digo y me lo acercas.

Por alguna razón que no entendía, aquellas intrigas, aparte de indignarme, me ponían tremendamente cachondo. *Lamadrequeloparió*, me lamentaba, ¿por qué coño me empalmaba al leer aquello?

Aunque estaba a pocos mensajes de que mi erección se fuera a la mierda.

NINA: Por cierto, se lo voy a decir a Rami, pero no olvides recordárselo tú también: que no se olvide de grabar la sesión. Luego solemos recordar nuestros encuentros y disfrutar juntos de lo vivido. Mucho más si alguno de los dos no está presente.

A la muy zorra de la hippie le encantaba el porno, por lo visto. Aunque más el porno familiar, en el que participaban su marido, ella o los dos a la vez.

Mi novia, sin embargo, parecía guardar reparos.

ELSA: No sé si me apetece lo de la grabación. Ya sabes lo que pasa, que esos videos privados acaban al final en un portal porno.

Por supuesto que aparecen en Internet, pensé. El porno está plagado de ese tipo de videos «inocentes» que les graban a las bobas que se creen empoderadas mientras se la meten. Por supuesto, las caras de ellos nunca aparecen en las grabaciones.

Pero Nina no era de las de rendirse a la primera.

NINA: Tú tranqui, amor, que yo le pixelo las caras para que no se reconozca a nadie.

ELSA: Ah, vale, si es así me quedo más tranquila.

NINA: Ok. Por cierto, se me olvidaba decirte que Rami te ha preparado una sorpresa.

ELSA: Ah, sí? qué amable… Y qué misterio… jajaja… Con lo que me gustan a mí las sorpresas…

NINA: Pues esta te va a encantar, te lo aseguro.

ELSA: Genial, nos vemos.

NINA: Chao, te veo luego.

La conversación acababa aquí.

Bloqueé el móvil y me dispuse a devolverlo al bolso.

No llegué a hacerlo.

Un mensaje que entraba en ese mismo instante llamó mi atención.

*

Lo desbloqueé de nuevo y fisgué lo que acababa de llegar. Se trataba de un video y dos mensajes de texto.

NINA: «enviando video»

NINA: Aquí va la grabación, que la disfrutes.

NINA: Las caras están sin pixelar aún, pero te prometo que en cuanto llegue a Valencia y la pase al PC, la dejo perfecta para que no se os reconozca a ninguno.

Mi corazón se puso al galope. La llegada de la prueba del delito me había dejado en shock. Si no sufría un infarto en ese instante, no lo sufriría jamás.

Miré el móvil como si quemara. Mi curiosidad me empujaba a reproducir el video, pero el instinto me avisaba de que sería un error.

Miré el reloj, Elsa llevaba unos diez minutos en la ducha. Podría salir en cualquier momento. Si me pillaba con su móvil en la mano, el cisma estaba cantado. Tenía que asegurarme de que eso no pasaba.

Abrí la puerta del baño y asomé la cabeza.

—¿Te queda, mucho, cielo?

—Sí, me queda bastante… —respondió—. Es que no sabía si lavarme el pelo o no, y al final he decidido hacerlo. ¿Te vas a algún lado?

—No, tranquila, no tengo prisa, espero a que acabes.

Cerré la puerta del baño, me alejé lo más posible y pulsé el play de la grabación.

Lo primero que se veía era un camarote vacío, segundos antes de que entrara Elsa dentro del plano. Adiviné que el que grababa era el cerdo de Rami.

—Hola, jefe —saludaba Elsa moviendo una mano—. He venido a traerle unos documentos que se ha dejado en la oficina.

Putos cabrones, me lamenté. Estaban escenificando una película porno con desvergüenza.

—Vale, linda, déjalos sobre la mesa y ponte cómoda, voy a prepararte algo de beber.

Elsa dejaba los papeles y el bolso y se quitaba la chaqueta, colgándola de una silla.

Se notaba que el móvil con el que grababa el libanés era abandonado en un soporte —tal vez un trípode— y la acción continuaba. Ahora se les veía a los dos en la pantalla, Rami preparando bebidas sobre la mesa frente a la cama, y Elsa jugueteando con su pelo, simulando una timidez que estaba lejos de sentir.

—No me ponga mucho alcohol, jefe —decía mi novia—. Me sienta fatal. A veces me pone muy caliente…

—Pues si te pone caliente, a lo mejor te doy doble ración… ja, ja, ja…

Guarra asquerosa, me lamenté. Estaba viendo a mi novia, la que «tanto me amaba», actuar para un desgraciado que se la iba a follar como a una puta de burdel. Y yo me lamentaba porque mi polla estuviera a punto de reventar, a pesar de que no paraba de pedirle que se encogiera.

El libanés se acercaba a Elsa y le pasaba un vaso con un licor transparente, tal vez vodka. Mientras ella bebía, él le acariciaba el pelo, luego las tetas —pellizcándole los pezones— y luego el culo, atrayéndola hasta rozarse con el bulto de su entrepierna.

—Ay, jefe, no sea bruto… —protestaba la secretaria cachonda cuando los pellizcos sobre los pezones le dolían.

—Calla, nena, si te quejas ahora, no te imaginas como vas a gritar dentro de un rato…

—No, jefe, no me haga nada… soy una mujer casada…

De forma inconsciente relacionaba esta escena con el comentario de Elsa unos minutos antes, previos a la mamada que

me acababa de regalar.

«Tienes que empezar por follarte a tu secretaria cuando volvamos», había dicho. Y me daba la sensación de que su propuesta estaba basada en la película porno que había protagonizado por la mañana.

¡Lahijadesumadre!

Cuando el libanés arrimó su boca a la de Elsa y comenzó a besarla de una manera tan grosera que me revolvía el estómago, mientras con una mano le levantaba la falda y le acariciaba el coño sobre las bragas, detuve el video y arrojé el móvil sobre la cama con violencia.

*

Había tenido suficiente. No podía seguir mirando a riesgo de vomitar el desayuno. Por fortuna, este gesto me salvó de problemas. Acababa de arrojar el aparato, cuando Elsa asomó la cabeza por la puerta del baño y me pidió con su voz de no haber roto un plato:

—¿Te importa pasarme el secador, cari? —dijo señalando hacia el armario—. Lo he dejado sobre una de las baldas.

Lo recogí y se lo pasé. Después cerró la puerta y siguió con su toilette.

Una vez solo, busqué el móvil de reojo. Había caído debajo de una almohada y por eso Elsa no lo había descubierto. Ahora lo miraba y lo veía como mi mayor enemigo. Mucho más que el libanés, su mujer o que la propia Elsa.

No quería volver a verlo en la vida.

Pero mi sentido de la curiosidad era muy fuerte. Demasiado. Necesitaba saber. Y, sin decidirme, me preguntaba si no podría mirar un poco más, solo un minuto, tal vez menos. Después lo devolvería al bolso de mi novia y no volvería a pensar en ello. Al fin y al cabo lo que había sucedido ya no tenía remedio. Había echado un polvo con un fulano, ¿y qué? Al fin y al cabo, a partir de ese día iba a follar con muchos más, para mi desgracia.

Nuestro acuerdo de pareja abierta no parecía tener vuelta atrás.

Elsa tenía razón. Si la amaba, tenía que acostumbrarme a que tuviera sexo con otros. Lo contrario sería el fin de lo nuestro.

Al final no pude resistir la tentación y tomé el móvil entre las manos. Si éstas me temblaban un rato antes, ahora eran un puro flan.

Busqué el chat de Nina y reinicié el video.

Este comenzó desde el principio y no era eso lo que pretendía. Así que puse mi dedo sobre la línea de reproducción y la llevé hacia adelante. Al instante la solté y comencé a visionar en un punto al azar.

Fue una de las peores decisiones que he tomado nunca.

Y esta vez el infarto me amenazó con una fuerte taquicardia.

Porque en el video no aparecía Elsa y el libanés, solamente.

Aparte de ellos dos, había un tercer actor y alguien que sostenía la cámara y grababa la escena. Éste era también un hombre, porque de cuando en cuando en la parte baja del plano aparecían sus velludas piernas desnudas y su polla a media asta.

La escena amenazaba con matarme. Los tres hombres se hallaban desnudos de la cabeza a los pies. Elsa se hallaba a medio vestir, la falda remangada, con las medias pero sin bragas, y la blusa desatada y con las tetas al aire. Para rematar su disfraz de secretaria, la habían añadido unas gafas de pasta.

Mi novia se encontraba tumbada en el borde de la cama y el libanés, de rodillas sobre la moqueta, la follaba con fiereza sujetándole las piernas por los muslos. Y ni siquiera llevaba condón, lo que me dejó noqueado.

El segundo actor se corría en ese momento sobre la cara de mi novia. Su corrida era blanca y copiosa, y se aplicaba con maestría para que le cayera sobre las gafas y la boca.

Elsa tragaba y relamía el capullo del muy *hijodeputa* con glotonería.

Al cámara se le veía pajearse mientras filmaba para conseguir una erección, pero no parecía conseguirlo.

Un cuchillo se me clavó en el corazón. Aquel atropello a Elsa era culpa mía. Había cabreado al libanés y éste me había pagado añadiendo dos actores a la sesión. Y se la estaban follando a muerte entre los tres.

Los dos actores extra, aunque no se les veía el rostro, estaba claro quiénes eran. A buen seguro esta era la «sorpresa» que le había anunciado Nina en el mensaje de *wasap* de la tarde anterior.

¡*Hijademilputas* la valenciana!, me lamenté destrozado.

Solo fue una fracción de segundo lo que visioné aquella escena. Tal que apareció apagué la grabación lo más rápido que pude. Pero no pude evitar contemplar la enorme polla del libanés entrando y saliendo del coño de mi novia, con la suavidad de un pistón bien engrasado.

Y tampoco conseguí acallar a tiempo una parrafada fatídica.

Una parrafada que se me clavó en el corazón: «Joder, menudo putón la golfa ésta. No vamos a conseguir que se canse ni follándola los tres a la vez. Y mirad como traga lefa, la *hijadeputa*. Parece que…».

No pude evitar comparar estas frases con la que me había dicho Elsa unos minutos antes mientras me mamaba y le había pedido que se lo tragara: « No, eso no… Ya sabes que el semen me da mucho asco».

Al parecer solo le repugnaba el mío.

Y el acentillo andaluz del que había hablado era inconfundible.

*

Cerré el móvil, esta vez definitivamente, y lo devolví al bolsito. A continuación salí a la terraza, necesitaba respirar aire puro. Y sujetar el estómago de paso para no vomitar. Bastante malo era saber que se la había tirado uno, pero verla como la manipulaban entre tres, follándola y mofándose a la vez, era demencial.

Y, con todo, lo peor no era eso.

Los tres que se la habían tirado eran los del grupo de amigos. ¿Cómo diablos iba a aparecer ante ellos a partir de ese día, sabiendo que sus burlas irían dirigidas hacía mí?

Imposible, me iba a morir de la humillación.

No se suponía que yo hubiera visto la grabación, y ojalá no lo hubiera hecho. Porque dos o tres días más los habría pasado sin enterarme de nada y después cada cual a su casa.

Pero al haberla visto, era tan humillante que me sentía incapaz de permanecer delante de ellos sin desear que me tragara la tierra. Mucho peor, iba a resultarme imposible no echarme contra cualquiera de ellos a la menor indirecta.

¡Putos cabrones!

Me habían asignado el papel del más tonto del crucero.

Y el más cornudo.

Por otra parte, ¿quién me decía que no volvían a follársela? No era de extrañar que los muy cerdos lo intentaran de nuevo, y Elsa no parecía capaz de oponerse. Como decían en la grabación, no había forma de saciarla. Si la arrastraban a otro camarote para tirársela en grupo, tal vez hasta participaría la mismísima Nina. Y a saber quién más.

Tres hombres y una mujer, como mínimo, para dejar bien follada a la golfa «insaciable».

Este apelativo coincidía con alguno de los que había mencionado Loren la noche que me confesó su aventura con Elsa. «No hay forma de saciarla por más rabo que le des. Siempre quiere más». Y ahora comprendía que tenía razón. Demasiado tarde.

O quizá no, quizá era aún tiempo de detener el atropello y arreglar los problemas.

¿Quién podía saberlo en ese momento?

*

Tras unos minutos respirando el aire fresco del mar, entré en el camarote. Me sentía reconfortado, a pesar de todo. Estaba dispuesto

a trazar un nuevo plan, al igual que lo había hecho tras la fiesta de Benidorm. Aunque en ese momento me sintiera cercano al suicidio, confiaba en mí mismo y tenía la esperanza de poder superarlo.

Entonces dos pitidos anunciaron la llegada de un nuevo mensaje.

Esta vez a mi teléfono.

Me extrañé, era el primero que recibía desde que habíamos embarcado.

Extraje el móvil de un bolsillo y lo desbloqueé.

El mensaje llegaba de un número desconocido, debía de tratarse de publicidad. Aun así, decidí leerlo de inmediato.

Accedí al chat correspondiente y me encontré con la cruda realidad: No se trataba de un mensaje de texto, sino de una grabación. Aunque se veía borrosa por no haber sido descargada, estaba claro de qué grabación se trataba.

Ciego de cólera, lancé un dedo para seleccionar el video y borrarlo con inquina. Me lo habían enviado para reírse de mí y no iba a darles esa satisfacción.

Algo no funcionó, sin embargo. Con las prisas pulsé donde no debía y el video, en lugar de desaparecer, comenzó a reproducirse.

«Hola, jefe. He venido a traerle unos documentos que se ha dejado en la oficina», se oyó en el camarote a un volumen demasiado alto.

Me volví de espaldas, buscando alejar el soniquete de la puerta del baño mientras intentaba detenerlo. Pero con los nervios me hice un lio y, antes de que consiguiera acallarlo, una voz a mi espalda me sobresaltó.

—¡¡Para eso, Sergio, por dios, para eso!! —gritó Elsa desencajada.

Conseguí por fin detenerlo y me volví sobrecogido. Los ojos de mi novia se mostraban acuosos y su gesto de desesperación hablaba por ella. Había terror, además de angustia, en su mirada.

—¡No lo veas, mi amor, te lo pido por favor…! —rogó.

El sollozo que surgió de su garganta la obligó a callar y a tragar saliva. Después continuó con su ruego:

—Lo que hay en ese video es horrible, si lo ves vas a odiarme de por vida… —su gimoteo se había convertido en un llanto en toda regla.

—Ah, ¿sí? —le dije con un tono de reproche que me salió del alma—. ¿Y qué se supone que voy a ver si lo reproduzco?

—Sabes lo que es… no finjas que no… —hipaba y sollozaba sin consuelo—. Pero no debes verlo… Me han engañado… No tenía que haber dejado que se grabara… Y no sé por qué te lo han enviado a ti. Me prometieron que nunca lo verías…

Mi respiración se entrecortaba. Me encontraba entre dos sentimientos totalmente contrapuestos: el de abrazarla y consolarla, y el de acusarla de ser una golfa descarada, que no solo gozaba de un amante, sino que disfrutaba como una perra cuando las pollas que la ultrajaban iban en grupo.

Me lo callé.

A pesar del desgarro que me había provocado aquello, quizá podía sacarle alguna utilidad.

—Si lo borras y no lo miras, te concederé lo que quieras… —suplicó uniendo sus manos.

Ufff, suspiré, era una propuesta más que atractiva, quizá podría arrancarle que se olvidara de la locura de la pareja abierta. Acto seguido me di cuenta de que me había pasado de optimista.

—¿Qué me concederías? —exclamé con mala baba—. ¡Habla! ¡Habla ya porque estoy a punto de salir por esa puerta y que no me vuelvas a ver jamás!

Se limpió las lágrimas con el dorso de una mano y carraspeó antes de responder.

—Si lo borras, no volveré a salir con nadie en dos meses —dijo, ahora sin llorar—. Ni siquiera como amigos…

Me pareció una propuesta humillante.

Pero era menos que no tener nada.

Aun así, decidí tirar de la cuerda.

—¡De dos meses, nada…! —contrataqué—. ¡Cuatro por lo menos!

—¡Tres! —exclamó ella, aunque en un tono comedido, sabía que no estaba el horno para bollos—. Y tú no tendrás que dejar de salir con quien quieras, y hacer lo que te apetezca…

¿De verdad estábamos regateando sobre si follábamos por ahí o no?

Lo pensé antes de responder.

Lo único bueno de un acuerdo semejante era que conseguía lo que necesitaba: tiempo. Tiempo para pensar en soluciones más duraderas. Una vez más esta era mi máxima: el tiempo es el bien más preciado. Con el tiempo las ideas se multiplican o las soluciones aparecen por si solas.

Creía haber conseguido esto al sacarla del palacete, pero me veía obligado a poner a cero el contador y volver a empezar.

Qué remedio.

—Está bien, tres… —dije al fin, y añadí a toda prisa—: Pero hay algo más. Como tú comprenderás, no puedo salir ahí fuera y someterme a la humillación de todos los que hayan visto el video, que a estas horas serán multitud. Así que hoy no saldremos del camarote en todo el día, pediremos que nos traigan comida. Mañana saldremos con alguna de las excursiones, pero no volveremos. Nos dirigiremos a Miami de la manera en que podamos, cambiaremos los billetes de avión y nos volveremos a casa. Y vas a bloquear a todos los del grupo de forma inmediata. No hay condiciones: lo tomas o lo dejas.

Se sentó en la cama. Todavía se secaba los ojos con la mano de cuando en cuando.

—De acuerdo… pero borra primero el video, necesito ver cómo lo haces, por favor…

Hice lo que me pedía delante de sus ojos —dejando el archivo en la papelera de reciclaje, cosa de lo que ella no tenía ni idea—, y se dio por conforme.

Nunca se sabía para qué podía servirme una prueba semejante.

—¿Te vale así?

—Sí, me vale así, cari… y lo siento… te lo juro… soy una mala novia, no te merezco… —suspiró de forma teatral y no me lo creí.

Después intentó abrazarme, pero me zafé de ella.

Y antes de que pudiera darse cuenta de lo que hacía, cogí el disfraz de secretaria y el bolsito, extraje el móvil de su interior y, saliendo a la terraza del camarote, lo arrojé al mar.

La versión de Elsa

ELSA

Salí del baño después de ducharme y lavarme el pelo a conciencia. En la sesión de sexo con los tres cerditos me habían pringado lo suficiente como para necesitar restregarme de los pies a la cabeza.

Lo que me encontré me provocó un escalofrío. Casi un infarto. Sergio estaba viendo el video que habían grabado en la habitación mientras me follaban. Aquello era una hecatombe. Si mi novio veía la grabación al completo, nuestra relación estaba muerta.

Todo había empezado por la mañana, sobre las ocho. Había quedado con Rami para follar a solas en su camarote. Sergio se había negado a hacer un intercambio de parejas y tanto él como su mujer, Nina, me habían convencido para que mantuviéramos sexo entre nosotros. Que al menos uno de los dos lo pasara bien, había dicho guasona, y yo había aceptado.

No pretendía engañar a mi novio, ni mucho menos. Había planeado comentárselo tan pronto como hubiera ocurrido. No quería decírselo antes, porque se habría opuesto —Rami y Nina le caían fatal—, pero estaba dispuesta a confesárselo al acabar. Habría tenido sexo, era cierto, pero siempre manteniéndome dentro de las líneas marcadas en nuestro acuerdo.

Se lo vendería como mi bautismo de fuego, la primera salida con sexo tras nuestro acuerdo. No debería tener problemas en colarle la trola, ya que él desconocía el resto de mis encuentros —por más sospechas que tuviera, no conocía la realidad— y eso me daba ventaja.

Para nuestro encuentro, Rami me había pedido que me pusiera un vestido de secretaria putilla, uno de sus fetiches preferidos. Y me pasaron la ropa junto con un guion escrito a mano. Se me hacía

extraño, pero tampoco era para tomárselo a mal, quizá fuera divertido.

Lo que no me gustó nada fue que se empeñaran en grabar la sesión. Al principio me negué. Este tipo de videos acaban en Internet y vete a saber quién los puede ver. Pero Nina me dio todo tipo de garantías para convencerme. El video era solo para su disfrute personal. Además, las caras de los participantes las ocultarían pixelándolas.

Al final accedí, como una boba.

Y la fastidié.

Del todo.

*

ELSA

Cuando llegué al camarote de Nina y Rami, pasadas las ocho de la mañana, el libanés me esperaba con una erección bajo la ropa que se le veía a kilómetros. Estaba claro que me deseaba, y eso me puso a más de cien. Me venía genial ese plus de calentura. A pesar de que yo también iba cachonda, para follar a tan temprana hora me hacía falta un acicate, como ver porno o algo parecido.

Pero con descubrir el bulto en la entrepierna del libanés tuve suficiente para comenzar a mojar las braguitas.

Me pasó unos documentos —el único atrezo para la grabación —, y comenzó a filmar con el iPhone. Yo seguí lo que recordaba del guion, que había leído muy por encima.

«Hola, jefe…».

En pocos minutos me encontraba medio desnuda, besándonos de pie y Rami metiéndome mano por todo el cuerpo. Las fases del polvo se fueron cumpliendo una tras otra. Tras magrearnos, me encontré de rodillas mamando aquella polla gruesa y larga —algo curvada en la punta— de la que el libanés presumía con razón.

Con aquel magnífico rabo, añadido a su atractivo físico, el tipo debía de haberse hartado de follar. Y esa experiencia se le notaba en

cada movimiento, en cada gesto.

Muy a mi pesar, ya que me apetecía avanzar despacio, él parecía tener prisa. Y cuando esperaba que me comiera el coño, me dejó con las ganas. En lugar de ello, me llevó en brazos hasta la cama, me recostó en el borde y comenzó a follarme sin preámbulos. Alcé las piernas y me las sujeté por las corvas, quería que se olvidara de ellas y que se dedicara a lo importante: follarme bien follada. Las medias negras y los zapatos de tacón —con hebilla para que no se soltaran de los pies— miraban al techo del camarote, como reclamando atención.

Me folló sobre la cama con su maravilloso rabo, él de rodillas sobre la alfombra. No se había puesto condón, pero no me importó. Cuando aquella gorda polla, dura como una piedra, se adentró en mi vagina, pude ver las estrellas, literalmente. A pesar de que me hallaba encharcada desde hacía rato, el mazo de carne del libanés necesitó de varios empujones hasta que las paredes de mi coño se fueron amoldando a su grosor y forma.

No es que no me hubieran metido rabos gruesos —el de tío Juan, el primero—, pero quizá por la forma curvada de la punta necesitaba hacerse mayor hueco para entrar y salir sin impedimentos.

Una vez abierto el camino, el placer que me provocaba hizo que mereciera la pena el dolor inicial. Aquel rabo tocaba zonas de mi interior donde nadie había estado nunca. Eran deliciosos los micro orgasmos que me provocaba aquella picha, no terminando con uno cuando empezaba el siguiente.

¡Cómo follaba el libanés!

Era un auténtico empotrador, digno de películas porno de primer orden.

No me dio tiempo a alcanzar una corrida larga y demoledora como esperaba, sin embargo. Cuando estaba a punto de conseguirla, la puerta del camarote se abrió y no pude evitar incorporarme sobre los codos, asustada.

¿Quién coño llegaba a interrumpirnos en el mejor momento?

Si era Sergio se iba a liar parda.

*

ELSA

No se trataba de él, por suerte. Aunque quizá era peor. Los que entraban por la puerta eran Nina y los maridos de las otras dos componentes del grupo: Sevi y el riojano.

Me escabullí de Rami, me tapé las vergüenzas, pudorosa, y corrí hacia la terraza. Me miré de arriba abajo, preocupada. Estaba a medio vestir y quizá pudieran verme desde otros balcones del barco. Pero Rami había tenido la delicadeza de no desnudarme del todo, necesitaba verme con ropa para excitarse, había comentado. Y por ello mantenía la falda y las medias. Y la blusa, aunque desabrochada, si me cruzaba de brazos me cubría las tetas lo suficiente.

Nina salió tras de mí y me abrazó.

—¿Qué te pasa, mi niña? ¿No te gusta la sorpresa? La he preparado para ti.

—Jolines, Nina, te has pasado —gruñí—. ¿A esto le llamas tú una sorpresa? ¿A qué vienen esos gilipollas, a mirar? Se va a enterar todo el barco de que he estado follando con tu marido.

—Tranquila, guapa… nadie se va a enterar —respondió—. Y no vienen a mirar, sino a follarte viva. Si te los he traído es porque sé lo mucho que te gustan los rabos. Y más si son de dos en dos o de tres en tres.

No sé cómo ocurrió, pero se veía que Nina sabía manejar no solo a los hombres, lo hacía igualmente bien cuando se trataba de una mujer. Sin saber cómo habíamos llegado a eso, la muy zorra me estaba besando y me magreaba como había hecho minutos antes su marido, aunque con una suavidad y una delicadeza desconocidas para mí.

No en vano jamás había tenido sexo con una mujer.

—Vamos dentro —le rogué—. Aquí nos pueden ver.

Para cuando quise darme cuenta, Nina había tirado de mí, me había sentado en la butaca y me estaba comiendo el coño como solo una mujer puede hacerlo: tocando en los puntos clave donde todas sabemos que se encuentra el verdadero placer.

Mientras me centraba en correrme, dos pollas aparecieron —una a cada lado de la butaca— y tomaron mi boca al asalto. Eran las pollas de Sevi y el riojano que, aunque no eran nada del otro mundo, se peleaban de forma deliciosa para ser el que más me follaba la boca.

Los dos cerditos se disputaban el turno para que se la chupara tirándome del pelo. Si notaban que me resistía, me soltaban una bofetada que me obligaba a someterme.

—Deja las manos, guarra —decía alguno de ellos cuando intentaba liberarme de una polla que me ahogaba—. Dale a la puta, Sevi, es tu turno.

—A ver, zorra, abre bien la boca que no te entra bien —decía el otro.

Me follaban por arriba los dos cerditos, me comía por abajo Nina, y me insultaban con ligeras bofetadas los tres si me resistía.

Los ataques a mis tetas, además, eran continuos. Las amasaban, las pellizcaban y me propinaban intermitentes cachetes en ellas haciéndome suspirar de gusto.

Aquello era la gloria.

Iba a morir de placer.

Y, mientras me corría como una cerda en la boca de Nina, Rami lo grababa todo en su iPhone, sin perder detalle alguno.

*

ELSA

Aún me encontraba bajo los efluvios del orgasmo, cuando Nina se levantó y se dispuso a marcharse. Rami le había pasado el móvil a uno de los otros dos, me había cogido en brazos como al principio y me había devuelto a la cama.

—Hasta luego, chicos, que lo paséis bien con la zorra —dijo Nina al disponerse a salir del camarote.

—¿Te vas? —preguntó Rami mientras apuntaba el rabo entre mis labios vaginales.

—Tú verás —respondió ella en voz baja, como si no pudiera oírla igual que los demás, aunque me encontrara adormecida por el orgasmo previo—. Alguien tiene que entretener al cornudo mientras le dais caña a la guarra.

Los insultos de Nina me pusieron aún más caliente, aquella tía sabía someter a una mujer, me dije.

A partir de ese instante, la sesión de sexo se descontroló. Me follaban por turnos: dos me lo hacían mientras el tercero sujetaba la cámara y lo grababa todo. Y ninguno se había puesto condón, lo cual a esas alturas me importaba muy poco, aunque al principio me molestó.

El que más me folló fue Rami, como era de esperar. El riojano me la metió varias veces, pero aguantaba poco y le daba paso al libanés enseguida. Se le notaba que confiaba poco en su aguante. Y, efectivamente, en cuanto se corrió —llenándome el coño de su escasa leche— se quedó vacío y el resto del tiempo se dedicó tan solo a grabar.

Sevi tampoco me folló demasiado, pero en su caso no fue porque no tuviera aguante, sino porque se divertía más llenándome la cara de leche y obligándome a tragarla. No sé cómo se las apañaba el muy cerdo —en mi vida había visto cosa igual—, pero se la meneaba un par de minutos, se corría en mi cara, y volvía a empezar. De esa manera se corrió tres o cuatro veces, cada una de ellas disparando gran cantidad de una leche blanca y espesa, que le olía a rayos y sabía aún peor.

Rami, por su parte, se corrió varias veces dentro de mi coño. Cuando le tocaba el turno de follarme, se mantenía hasta el final, corriéndose siempre, y provocándome unos orgasmos que los otros dos idiotas eran incapaces de regalarme.

La única vez que el libanés se corrió fuera de mí, fue para echármelo en las tetas, a horcajadas sobre ellas y rozando el glande

en mis pezones para vaciarse bien.

*

ELSA

Los insultos y las chanzas a mi cuenta habían sido desde el principio humillantes, como a mí me gustan, poniéndome de lo más perra.

Por eso no me extrañó cuando uno de los cabroncetes soltó:

—Ojo, riojano, no saques nuestras caras en el video.

—Tranquilos —replicó él—, que solo estoy sacando la cara de la zorra… Y menuda cara, se corre una vez cada tres minutos, es para morirse del calentón al verla. Menudo putón la hija de su madre. Va a aquedar genial en mi móvil, la de pajas que me voy a hacer a su salud.

En eso llevaba razón. Ellos me follaban sin descanso y yo no sabía —ni quería— oponerme, solo me dejaba hacer hasta correrme una vez más. Y el número de orgasmos fue infinito. Imposible contarlos.

Que me hicieran lo que quisieran me importaba muy poco. Estaba demasiado ocupada en gozar de aquellas pollas que me subían al cielo por todos los agujeros.

El último que quedaba por probar era el de atrás. Pero solo al riojano había parecido interesarle y, como había perdido el virgo en la fiesta de Benidorm, consiguió metérmela y darme fuerte un par de minutos. Enseguida se rindió, sin embargo, soltando una frase que, de lo grosera, me encantó:

—Joder, esta tía tiene el culo demasiado estrecho, si sigo follándoselo me voy a correr en un segundo. Os lo dejo, chicos, yo prefiero el agujero de delante.

Como ningún otro mostró interés en mi trasero, éste descansó el resto de la sesión.

*

ELSA

Acabada la faena, los tres hombres —con las pelotas vacías—, decidieron dedicarse a jugar.

Y yo les dejé que jugaran conmigo.

Me desnudaron completamente, a excepción de las medias, y empezó su juerga particular.

Lo único que me causaba pánico era que me llevaran al baño y me mearan entera, como había ocurrido durante la fiesta de Chema. Lo demás me daba igual, que me hicieran lo que quisieran. Pero si aparecía meada hasta la médula delante de Sergio, el lío iba a ser monumental. Por suerte, esto no ocurrió y me sentí feliz, aunque fuera con tan poca cosa.

Sus juegos consistieron, sobre todo, en mantearme sobre la cama y zurrarme a conciencia. Me lanzaban al aire y caía sobre el colchón, rebotando varias veces. Mientras volaba aprovechaban para azotarme el culo, las tetas o cualquier parte de mis piernas.

—En la cara, no —recordaba el libanés—, que eso deja huellas que saltan a la vista.

—Claro, Sevi —decía el riojano—, no le des a la chavala en la jeta, cabronazo, que la vas a desgraciar.

—Serás *hijoputa* —respondía Sevi—, si eres tú el que más la zurras.

Y todos reían, mientras yo ya no sabía lo que hacían conmigo.

Ni me importaba.

Estaba en la gloria.

Sentirme manipulada de tal manera por un grupo de hombres es mi mayor fantasía. Y que me pegaran me causaba micro orgasmos que me mataban de gusto.

—Mirad, mirad a la puta… —decía alguien a quien ya ni reconocía—. Si se está corriendo otra vez la muy guarra.

Y volvían a mantearme y yo seguía gozando.

El último juego lo inventó Sevi y fue de lo más excitante. Consistía en escupirme en la cara y acertar dentro de mi boca. Yo la

abría para retarles y a veces la cerraba justo cuando el salivazo me llegaba. Alguna bofetada que otra me llevé por fastidiarles el acierto.

—¡Zorra! —decía el que había fallado por mi culpa—. ¡No cierres la boca que voy perdiendo!

Y yo reía y reía y el juego volvía a empezar.

A pesar de todo, una lucecita en algún rincón de mi cerebro era aún capaz de avisarme de que aquello no podía verlo Sergio.

—Por favor, dejad de grabar… —les pedí—. Y borrad lo que hayáis grabado. Si lo ve Sergio me va a matar.

—Tranquila, reina, —respondió Rami—. Que este video no lo va a ver nunca el cornudo. Te lo prometo.

*

ELSA

Cuando se cansaron de jugar, Sevi y el riojano se marcharon y Rami y yo nos quedamos a solas. Nos habíamos tendido sobre la cama y, desnudos, nos besábamos y nos tocábamos sin ver la forma de parar.

El iPhone seguía grabando, ahora sobre el trípode frente a la cama.

—Por mucho que sigas pajeándome —dijo el libanés— no vas a conseguir sacarme una gota más.

—Tonto… —me reí y le besuqueé con mi lengua dentro de su boca—. No te pajeo para que te corras, que ya sé que estás seco. Lo hago para gozar de este pollón.

—¿Quieres mamarlo otra vez?

—Me encantaría —respondí—. Pero se va haciendo tarde, tengo que irme.

—Te acompaño.

Nos aseamos lo justo en el baño de su camarote, bromeando sobre lo que acababa de suceder.

—¿Te ha gustado, eh, guarrilla?

—Sí, ha estado muy bien.

—¿Quieres que lo repitamos?

—Por mí, sí —respondí con un cierto picorcillo entre las piernas.

Me limpié someramente la cara y el cuerpo de todos los efluvios que había recibido. El pelo era otra cosa, o me daba una buena ducha o nunca desaparecería la leche que me habían echado los tres hombres, sobre todo Sevi.

Lo cepillé lo mínimo indispensable y procedí a vestirme.

Las bragas no llegué a encontrarlas por mucho que las busqué, por lo que imaginé que alguno de los dos cerditos se las había llevado. Deduje que habría sido el riojano, le había visto olerlas en más de una ocasión mientras grababa con el iPhone.

Menuda putada, eran bragas de las caras.

*

ELSA

Salimos del camarote y nos dirigimos al comedor del desayuno. Caminábamos de la mano, sonrientes y juguetones, como dos adolescentes. Al llegar al comedor, sin embargo, nos dimos de frente con Nina y Sergio que nos esperaban sentados en una mesa. Solté la mano de Rami como si quemara y me puse colorada hasta la raíz.

De ninguna de las maneras me esperaba que mi novio anduviera por allí. Nina era la encargada de entretenerle, ¿cómo diablos nos esperaba allí con él, sabiendo que lo primero que haríamos sería bajar a desayunar? Tenía que habérselo llevado a alguna de las cubiertas superiores.

Enseguida lo entendí.

Me habían engañado.

Aquella era una nueva sorpresa.

Estaban castigando a Sergio por haberse opuesto al intercambio.

Y de paso me castigaban a mí.

Los muy cabrones.

*

ELSA

Un rato después, al sorprender a Sergio visionando el video en nuestro camarote, el corazón se me desgarró al comprender de lo que eran capaces. Me habían jurado y perjurado que el video no lo vería mi novio, pero se habían apresurado a enviárselo. Era un plan preconcebido. Me habían jodido bien, en todos los sentidos.

Por fortuna, la grabación debería de acabar de llegarle, ya que había escuchado salir de su móvil mi primera frase: «hola, jefe…». Recé para que fuera así, o que como mucho hubiera visto la primera parte, cuando en el camarote estábamos el libanés y yo a solas.

Si Sergio visionaba la segunda parte, o mucho peor, la parte final —cuando me habían vapuleado como a un objeto—, se iba a armar la marimorena. El pobre de mi novio no tenía ni media bofetada, pero iba a intentar matar a aquellos tres. Y corría el peligro de acabar arrojado por la borda.

Por ello me humillé ante él, le supliqué para que lo borrara, y le ofrecí algo a cambio. Por supuesto no podía ofrecerle acabar con la apertura de la pareja. Eso habría supuesto el final de nuestra relación. Por suerte, se mostró receptivo y aceptó un acuerdo intermedio —tres meses sin que yo saliera con nadie, ni siquiera como amigos—, a cambio de que eliminara el video sin mirarlo.

Mi alma descansó cuando vi que lo borraba.

Y yo también lo borré de mi móvil para evitar riesgos.

Acepté por mi parte el resto de condiciones —irnos del barco de inmediato— y al día siguiente salimos para Miami, camino de Madrid.

Nuestra relación estuvo a un tris de romperse, por culpa de mi mala cabeza… y mi inclinación al sexo crudo. Pero al final la situación se había reconducido.

*

ELSA

Durante días, sin embargo, me lamenté por haberme dejado engañar. No sé en que estarían pensando Nina y Rami para hacerme aquello. Habían antepuesto los deseos de vengarse de Sergio sobre el placer de una buena sesión de sexo.

¿Quién es capaz de entender los pensamientos de una mente como la del libanés? Lo único que se me ocurría era que no disfrutó conmigo. Y que con una vez había tenido más que suficiente. O que su mentalidad árabe le empujaba a cobrar venganza sobre cualquiera que se opusiera a sus deseos.

Si no hubieran enviado el video a mi novio, podríamos haber repetido la sesión de sexo una o dos veces más en los días que nos quedaban de crucero.

Apuesto a que los otros dos se lamentaron tanto como yo.

El sexo con los dos idiotas era una perfecta mierda, pero el picante que añadían al buen sexo del libanés —con sus continuos vapuleos, insultos y bofetadas— era delicioso. Era una magnífica guarnición para un plato fascinante: el rabo de Rami hurgando en mis entrañas y matándome de placer.

Durante mucho tiempo, solo con pensar en la polla enorme y traviesa de Rami, por fuerza tenía que masturbarme. Una pena no poder hablarlo con Sergio, habríamos disfrutado los dos recreando en nuestra cama aquella mañana de crucero.

Como colofón, de fondo, quedaba el temor a ver publicado el video en algún portal de Internet. Sergio era un habitual del porno, y a veces lo mirábamos los dos para excitarnos antes de hacer el amor. Si algún día se topaba con la grabación del crucero, no tenía ni idea de cómo podría reaccionar.

Mejor era no pensarlo.

De vuelta a casa

SERGIO

Mi plan salió como estaba previsto. Pasamos un día de encierro, del que solo salí un rato para contratar la excursión que más nos interesaba desde el punto de vista logístico. Tenía que tratarse de un lugar desde el que ir a Miami de forma directa. No hubo problemas, por suerte, y encontré el destino adecuado.

Y, aunque por momentos tuve algún presentimiento, ninguno de los tres matrimonios mal llamados «amigos» eligió para ese día la misma salida.

Desembarcamos del crucero sobre las ocho y llegábamos a Miami sobre la una, utilizando un ferri como medio de transporte.

El cambio de vuelos también fue sencillo.

Tras unas horas de gran ajetreo, la calma llegó cuando nos sentamos en nuestras plazas del avión, donde pude respirar por fin.

Tocaba volver a casa.

El comandante del vuelo Miami-Madrid anunció una duración de ocho horas y media poco antes de despegar. Era un vuelo largo, demasiado para la inquietud que sentía, pero nos habían tocado plazas cómodas junto a una salida de emergencia y en una fila de solo dos asientos. Eso lo estaba haciendo bastante cómodo.

Comimos, bebimos y dormitamos la mayor parte del tiempo. El resto lo empleamos en navegar por Internet, gracias al wifi del avión.

Mientras Elsa chateaba en directos de *Tiktok*, yo planeaba cómo decirle lo que llevaba varios días rumiando y que ahora se sumaba a los últimos acontecimientos. Simulaba visualizar video tras video en *Youtube* cuando en realidad estaba cavilando la forma de comenzar la conversación pendiente.

Una vez comenzada, quizá todo rodara sin esfuerzo.

Pero había que medir la primera frase. No había que mezclar temas, lo cual lo hacía más difícil todavía.

Cuando estuve confiado en que tenía un guion aceptable, esperé a que abandonara *Tiktok* para entrarle. Cuando la vi extraer los airpods de sus oídos para introducirlos en el estuche de carga, supe que era el momento.

Respiré profundamente y me lancé al ruedo.

—Quiero pedirte otra cosa: que no vuelvas a ver a Chema.

Giró la cabeza y me miró sorprendida. Ni de lejos se imaginaba que le hablaría de ese tema. Lo había ido posponiendo y ella debía de pensar que ya no me inquietaba y que lo había olvidado. Ni de lejos pretendía dejarlo pasar, era un asunto que me preocupaba, y ella se daba cuenta ahora.

—¿Y eso? —dijo con expresión seria—. ¿No tendrá que ver con lo ocurrido en el barco?

—No, de verdad, no quiero mezclar —respondí y no mentía.

—Te he prometido que no volveré a ver a nadie durante tres meses, eso incluye a Chema.

—No es suficiente, lo que te pido ahora es que no vuelvas a verle nunca más.

—¿Lo dices en serio? Recuerda que fuiste tú quien me lo presentó.

—Totalmente —me reafirmé—. Es por lo de la fiesta en Benidorm… me enteré de cosas…

Tragó saliva y me apresuré a explicarme para no confundirla.

—Algunos de la fiesta me dijeron que Chema es un traficante, o camello, o como se diga…

La vi suspirar disimuladamente. Seguro que esperaba que le hablase de su aventura con varios tipos durante la fiesta, echando leña al último fuego que aún nos quemaba, y se relajaba al ver que no iba por ahí.

—¿Traficante? —arrugó el entrecejo—. ¿Estás seguro?

—Pues sí… —confirmé tajante—. Bueno, no es que solo me lo dijeran, es que los que me lo comentaron me invitaron a coca y estuve con ellos en el baño mientras esnifaban. Se la habían comprado a los subalternos de Chema.

—¡No me fastidies! —exclamó con preocupación no fingida—. ¿No me digas que la probaste?

—Por supuesto que no, ¿por quién me tomas…?

—Uf, menos mal…

Se lo estaba tragando, el asunto iba bien. Así que tiré para adelante.

—Pero eso no es todo —proseguí—. Por lo visto también vende pastillas.

Abrió mucho los ojos, pero esta vez no dijo nada.

Quizá fuera intuición, pero me di cuenta de por qué no hablaba.

—¿¡No me digas que tú lo sabías…!? —dije más preocupado por Elsa que ella por mí unos instantes antes.

Bajó la mirada, aceptando la culpa.

—Sí, bueno… lo de las pastillas sí lo sabía… —respondió—. Pero lo de la coca, no, te lo juro…

Había levantado la mirada y resultó convincente.

—Puto Chema… —me indigné—. ¿Tomaste alguna de esas pastillas? Y no me mientas, por favor…

—Me temo que sí… —volvió a bajar la mirada, culpable—. Pero solo una vez… Tomé dos pastillas… Pero fue en Madrid, no en Benidorm, y solo ese día, te lo juro por lo que más quiero… Me sentaron tan mal que no he vuelto a probarlas nunca más.

—*Hostias*, Elsa, no me jodas… Que tú sabes lo peligroso que es entrar en ese mundo. Tú misma lo has dicho siempre…

—Ya, ya lo sé… —reconoció compungida—. Y te pido perdón por ello. Te prometo que no voy a hacerlo nunca más.

Una vez más me pedía perdón. Ya había perdido la cuenta de las veces que lo había hecho en los últimos meses.

Callé unos instantes. Necesitaba procesar lo que acababa de oír. Me había inventado algo y había resultado ser cierto. Aunque quizá no era solo un invento de mi mente, sino intuición. Chema era capaz de eso y de mucho más.

Pero aún no había acabado.

Tocaba la segunda parte.

Y esta era más peliaguda.

*

Volví a inspirar largamente y rompí el paréntesis que se había creado.

—Pero eso no es lo peor…

Volvió a mirarme con la expresión de inquietud que se le había instalado en los ojos.

—¿Hay algo más?

—Sí… y mucho más asqueroso —hice una pausa dramática y luego me lancé a la piscina—. También comercia con putas.

La escruté los ojos para leer su reacción. Lo que vi en ellos fue sorpresa genuina. Eso podía significar dos cosas: o que mi invención era absurda o que no sabía nada del asunto si resultaba ser verdad.

—¿Putas? —preguntó anonadada—. Eso sí que no me lo creo. ¿Estás seguro?

—Sí, y soy testigo… —mentí con desvergüenza—. Porque esta vez no solo me lo contaron, sino que lo viví en persona.

Ahora su expresión era de incredulidad y asombro.

—¿¡Estuviste con una puta!?

—¡Por supuesto que no! —rezongué—. Pero podía haberlo estado si hubiera querido… Las había por todas partes…

Volví a callar, quería dejar crecer su curiosidad y que fuera ella la que preguntara. Por supuesto, lo conseguí.

—A ver, como es eso de que pudiste… no te calles ahora, por dios… termina…

Carraspeé y la noté tragar saliva.

—Lo que ocurrió es que se me acercó una chica mientras tomaba una copa. Era jovencita y guapa a rabiar. Daba la sensación de ser una modelo, ya sabes, una profesional. Pero resultó ser «profesional» de otra cosa.

»Me abordó ella, te lo juro. Yo estaba buscando a Chema y me tropecé con la chavala, aunque claramente se había puesto en medio para llamar mi atención. Se presentó, dijo llamarse Soraya y después se interesó por mí, por mi nombre, por lo que hacía… Era un auténtico encanto, todo muy dulce, como de cuento de hadas. Te juro que no sospeché nada, yo no estoy acostumbrado a esas cosas.

Iba inventando sobre la marcha. Y notaba que Elsa se lo tragaba a pies juntillas.

—Total, que fueron quince minutos deliciosos. La forma de actuar de la chica parecía de película: había sentido un flechazo al conocerme y desbordaba interés por mí. Esa fue la trola que me soltó. Y entonces me propuso ir a un sitio más tranquilo, un lugar que conocía donde se podía hablar y tomar una copa sin tanto ruido.

—¿Y aceptaste? —me interrumpió Elsa con los ojos muy abiertos.

—Espera, que ahora viene lo mejor… —me rasqué la coronilla buscando inspiración—. Cuando le dije que sí, sin imaginarme de qué iba la cosa, pasó otra chica a nuestro lado y Soraya se disculpó diciendo que quería hablar con ella un segundo. Que por favor no me fuera, que enseguida volvía.

»¿Y quién apareció mientras la chica hablaba con su amiga? Una señora mayor que apareció de vete a saber dónde. Parecía un fantasma, ahora estoy, ahora no estoy.

La cara de Elsa era un poema.

La pobre se lo estaba creyendo todo, casi sentía pena por ella.

Pero peor se sentiría cuando llegara a la segunda parte de mi cuento sobre las putas.

—La vieja era la Madame. Y de forma sutil me desplegó el menú de la jovencita y el precio de cada opción. Desde solo charlar, hasta sexo de muy variado tipo. Los precios de los servicios llegaron

justo al final. No era lo mismo un polvo de media hora que una mamada de diez minutos. O que un trío con otra chica más, por ejemplo.

A esas alturas Elsa no sabía dónde meterse. Estaba imaginando cosas, cosas relacionadas con ella misma y los amigos de Chema con los que había follado, y yo me iba a encargar de que las sintiera como reales. Sería la forma de empujarla a huir de Chema de forma definitiva.

Si es que todavía se la podía rescatar.

Mantenía la esperanza de poder hacerlo.

—Salí corriendo, por supuesto —continué—. Pero más tarde, cuando lo comenté con los que me ofrecieron la coca, los tíos añadieron algo más. Me dijeron que, efectivamente, Chema gestionaba una legión de putas de lujo que asistían a sus fiestas y que follaban por precios mareantes. Pero que hacía cosas peores.

»Les pregunté por ese tipo de cosas y me contaron algo que me puso los pelos de punta. Si te digo la verdad, no sé si me lo creí del todo. Eso es algo que por supuesto no pude comprobar.

—¿Qué… te contaron…? —preguntó mi novia con un brillo en los ojos que rezumaba expectación. Quizá se esperaba lo que venía.

—Me contaron que Chema vende a algunas de sus amigas sin que ellas lo sepan. Son chicas normales, no putas. Los clientes pagan dos o tres veces más por ellas justo porque no son profesionales, sino *amateurs* engañadas.

—¿Qué…? —Tragó saliva Elsa, se le estaba atragantando mi relato a todas luces.

—Sí, por lo visto las camela, las invita a fiestas, las rodea de atenciones… —expliqué con gesto serio—. Y cuando llega el momento, les pide que se acuesten con este o con aquel, supuestos amigos suyos a los que debe un favor. Por supuesto, no se trata de amigos, sino de clientes. Y el muy cerdo, además, invita a mirones mientras sus «amigos» se tiran a la ilusa de turno. Los mirones pagan también, por supuesto. No tanto como los otros, pero pagan.

Notaba como se le desencajaba la cara según avanzaba mi relato. En esos momentos se encontraba a punto de llorar. Si no lo hacía era porque no quería delatarse.

—Es por eso que no quiero que vuelvas a ver a Chema, por favor —le pedí suavemente tras haberle causado una explosión en el cerebro—. No me gustaría que el muy cabrón pudiera hacerte algo así. El tío no es un *hijodeputa* normal, como puede serlo Loren. Este tipo es más peligroso porque vive de ello. Su profesión por la que volví a coincidir con él después de años debe de ser solo una tapadera. Y que sepas que el ático no se lo ha prestado ningún amigo, sino que es suyo. El cabronazo nada en dinero.

Esto último lo había improvisado sobre la marcha, pero había posibilidades de que fuera tan cierto como todo lo anterior, así que no me sentí culpable.

Elsa lo meditó un instante y carraspeó antes de responder.

—Claro, claro… —titubeó—. Si es así, por supuesto que no vuelvo a verle. Ahora mismo se me está poniendo la carne de gallina solo de pensarlo.

Exclamé un «¡Eureka!» internamente.

De momento había conseguido lo que buscaba.

Solo faltaba el toque final.

—Yo ya lo he bloqueado en el móvil. Tú deberías hacer lo mismo.

—Por supuesto —respondió—. En cuanto lleguemos a casa lo bloqueo.

No entendí por qué no sacaba el aparato y lo hacía en ese mismo instante. Era una operación sencilla. Pulsar sobre el nombre de Chema en las agendas de las *apps* de teléfono y de *wasap* y seleccionar la opción del menú correspondiente.

No tardaría en descubrir por qué no lo había hecho.

*

Tras la charla, volvimos a centrarnos cada uno en su móvil. La miraba de reojo y notaba como le temblaban las manos. Estaba hilando temas y apostaba a que en ese instante se sentía como una puta más, una de las amigas engañadas por el cabronazo de Chema.

Me dolía que se sintiera así, pero tenía que pasar por ello para desligarse del muy cerdo antes de que fuera tarde.

Diez minutos después se puso en pie.

—Voy un momento a hacer pis —dijo.

—Vale, te espero y luego voy yo. También lo necesito, pero no quiero dejar nuestras cosas abandonadas…

La vi caminar hacia el baño, situado a varios metros por detrás de nosotros, agarrándose a los asientos según pasaba. Debía de sentirse mareada por la tensión, ya que el avión no se movía ni un milímetro. Después se unió a la cola del aseo, que era larga.

Acababa de hablar con la última de la fila, tal vez para preguntar por el orden que llevaba la cola, cuando desbloqueó el móvil y comenzó a teclear sobre él.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

Había hecho Elsa lo que menos me esperaba. En lugar de bloquear a Chema, debía de estar preguntándole por la verdad que había en la historia que acababa de contarle. Lo imaginaba por la velocidad a la que tecleaba, leía y volvía a teclear. No cabía duda de que chateaba con alguien. ¿Con quién iba ser, sino con Chema?

¡Qué mala suerte!, me lamenté.

Al final, el que iba a quedar como un canalla era yo. En cuanto Chema la convenciese de que todo eran mentiras, vendría a pedirme explicaciones.

La conversación duró mucho rato. Cuando Elsa entró en el baño, aún no había terminado. Y una vez dentro tardó una eternidad en salir.

Finalmente reapareció y llegó hasta nuestra fila.

Cuando pensaba que comenzarían los reproches, Elsa dejó el móvil sobre su asiento y me soltó un lacónico mensaje.

—Voy a buscar otro baño por la parte delantera, el de ahí detrás está atascado y no he podido hacer casi nada.

Suspiré aliviado y la vi alejarse.

Caminaba igual que antes, titubeando, solo que ahora hacia delante. A gran distancia la vi unirse a otra cola, al menos tres veces más larga que la que acababa de soportar.

*

No pude esperar ni un solo segundo, en cuanto la vi apoyarse en el respaldo de un asiento y charlar con dos turistas de aspecto español, me lancé a por su teléfono.

Necesitaba leer la conversación que acababa de mantener.

Con un ojo puesto en el baño al fondo del pasillo y con el otro en la pantalla, abrí *wasap* y me dirigí sin dudarlo al chat de Elsa con Chema.

Lo encontré a la primera y comprobé con aprensión que efectivamente acababa de hablar con él. No quise empezar por el final —aunque hubiera sido lo más rápido—, sino que busqué el comienzo y leí por orden.

ELSA: Oye, Chema, estás por ahí?

Mi amigo había respondido al instante, como si la estuviera esperando.

CHEMA: Hola, nena, qué alegría saber de ti! Cómo estás? Espero que bien, que te lo hayas pensado y que vuelvas a quererme.

Mi novia no pareció con ganas de aceptar el peloteo y se fue al grano sin preámbulos:

ELSA: Pues mira, no sé cómo estoy… Eso dependerá de lo que tú me aclares sobre unas dudas que me han surgido.

CHEMA: Pregunta, guapísima, para qué están los amigos, si no…?

ELSA: Esta es mi duda: Cuánto les cobraste a tus amigos por los polvos que me echaron? Y a los mirones?, porque supongo que

ellos también pagarían por llenarme la cara de leche y luego mearme, no?

CHEMA: Cómo??? Quién te ha contado esa majadería…? Cómo iba yo a venderte, si eres mi princesa…?

ELSA: Ah, dices que no es verdad…? Vale… Entonces tampoco será verdad que en tus fiestas metes a un montón de putas para que se vendan por los pasillos, no?

La respuesta de Chema se había hecho esperar, señal de que se la había tenido que pensar.

CHEMA: Pero que bobada es esa…?

Esto no aclaraba nada. Chema hubiera negado en cualquier caso, ya fuera aquello verdad o solo un invento mío.

Nada que no esperara.

Y la desesperación comenzó a embargarme.

Pero la situación giró ciento ochenta grados tras la respuesta de Elsa.

ELSA: No me jodas, Chema, que me lo ha chivado gente de tu confianza… No mientas, coño, da la cara como un hombre, aunque seas maricón…

Chema volvió a dudarlo antes de responder. Un minuto más tarde soltaba el bombazo.

CHEMA: Bueno, vale… lo de las putas es cierto… Pero te prometo que no son cosa mía. Me las ofrecen las agencias porque conocen mi prestigio. Yo solo las dejo pasar y me llevo un porcentaje. Te lo juro por lo más sagrado, es lo único que hago. Y por ti no cobré, créeme, por favor…

«¡Eureka!», exclamé para mis adentros al tiempo que di un bote sobre el asiento. No era imaginación mía, sino la intuición de un puto abogado. Aunque a decir verdad, la pista me la había dado el gordito cuando dijo que no se creía que Elsa fuera una tía normal, que debía de ser una puta. Y es que era lógico sospecharlo. Que una tía permitiera que la hicieran tantas barbaridades y con tanta facilidad no era propio de chicas, digamos, «normales». Por fuerza

tenían que ser putas. Algunas por su cuenta y riesgo y otras engañadas.

Elsa, por lo que pude leer en el siguiente mensaje, se había alterado tanto o más que yo al leer la confesión de mi amigo, y se había lanzado a degüello.

ELSA: No me mientas, Chema!! Me vendiste a esos *hijosdeputa*. Lo que me hicieron al final no tiene nombre… Mearme como a una furcia barata… *Mecagüenlaleche*, Chema, cómo pudiste hacerme esto? Creí que éramos amigos…

El siguiente mensaje de Chema dejaba de pedir excusas y pasaba al contrataque.

CHEMA: No me jodas, Elsa. Y no me cuentes milongas, que yo sé que te lo pasaste de puta madre con mis amigos. Me consta porque ellos mismos me contaron las seis veces que te corriste.

ELSA: Serás cabrón, no estamos hablando de eso…

CHEMA: Cómo que no? Claro que hablamos de eso, igual que de lo demás. Te follaron bien o no te follaron bien, confiesa?

ELSA: Pedazo de cerdo… De sobra sabes lo bien que me follaron. Los cabritos sabían lo que se hacían. Me hicieron todo lo que les apeteció, quisiera o no quisiera. Y eso me pone muy perra. Pero yo pensaba que lo que hacíamos era por gusto, no por tu puto negocio.

CHEMA: No sigas por ahí, reina, recuerda que me lo debes. Hasta te inauguraron el culo, eso que tanto deseabas.

ELSA: Sí, en efecto, me lo rompieron mejor que lo hubieras hecho tú, con todo ese rollo de los plugs. Ellos no se anduvieron con bobadas, me la metieron y me mataron de gusto. Pero no gracias a ti, sino a los billetes que te embolsaste.

CHEMA: Piénsatelo bien, reina, me debes mucho…

ELSA: No te debo nada… y menos sabiendo quién eres… Te vas a tener que olvidar de mí. Confiesa al menos y quedemos como amigos.

Quizá por la presión o tal vez porque todavía la consideraba recuperable para su clan, Chema decidió cambiar de estrategia, dando un paso atrás y rebajando el tono, ahora quejumbroso. Y terminó por confesarlo todo.

CHEMA: Lo siento, cielo, te juro que lo siento… Pero es que no tuve elección. Los dos tíos con los que estuviste son mis mejores clientes. Te habían conocido en fiestas anteriores y querían hacerlo contigo a toda costa. Te juro que me esforcé para ofrecerles otras chicas, pero no aceptaron. Te querían a ti!!! Por dios, nena, deberías estar orgullosa por ello, no enfadada… Esos tíos están locos por tus encantos y ese día se quedaron aún más locos. Pagarían una fortuna por volverte a ver… No me digas que no, amor, te necesito… Tú y yo juntos seríamos más fuertes, ganaríamos una fortuna. Yo te llevaría a los sitios más exclusivos del mundo. Pasarías buenos momentos con banqueros, políticos, CEOs de tecnología, Jeques árabes… Serías la reina del mundo!

Se me había revuelto el estómago. El muy cabrón había planeado emputecer a Elsa. Y no lo había conseguido por muy poco. Con coca y pastillas podría haberlo logrado el muy cerdo con facilidad, por eso se las dio en una ocasión. Por suerte, lo había desenmascarado a tiempo.

Elsa, por su parte, ya no se mostraba enfadada. Tampoco decepcionada. Lo que parecía en su siguiente mensaje era más bien triste.

ELSA: Ya veo, Chema, ahora sé lo que soy para ti… solo una puta… una más de tu colección. Otra de esas zorras a las que desangras mientras te generan beneficios y cuando ya no lo hacen les das la patada. Pero sabes lo que te digo, métete a tus jeques árabes por donde te quepan. Voy a bloquearte en todas mis redes sociales y no quiero volver a saber nada de ti en la puta vida. Ni se te ocurra acercarte a mí porque te denunciaré a la policía. Seguro que estarían muy interesados en saber de ti.

Era el último mensaje.

No había más, estaba claro que Elsa le había bloqueado después de enviarlo.

Y yo me encontraba en shock.

No me alegraba por haber adivinado de que pie cojeaba Chema. Me alegraba por haber llegado a tiempo de salvar a Elsa.

Y esperaba que ella hubiera aprendido la lección.

Esto es lo que se ganaba con esas modernidades de las parejas abiertas.

Segundos más tarde apagaba la pantalla y dejaba el móvil donde mi novia lo había abandonado. Había conseguido hacerlo a tiempo para que no me lo encontrara entre las manos al volver.

Nada más sentarse, Elsa me hizo una confesión.

—Ya está hecho —señaló a su teléfono—. He bloqueado a Chema. ¿Te parece bien?

La abracé y le di un fuerte beso en la mejilla.

—Sí, amor, me parece genial, gracias….

En esos momentos el comandante anunciaba que en unos minutos aterrizaríamos en Madrid.

Nos abrochamos los cinturones y nos cogimos de la mano.

La paz del hogar antes de nuevos líos

Una vez en casa, la paz volvió a nuestras vidas. Aún nos quedaban unos días de vacaciones y los aprovechamos para dedicarnos el uno al otro. Pasear, hacer ejercicio, comer por ahí, salir de compras. Ese tipo de cosas que las parejas realizan para perder el tiempo juntos.

Además, quizá fuera por casualidad o porque Elsa buscaba que la perdonara, hicimos el amor a diario. Con más o menos entrega en cada encuentro por su parte, pero con plena satisfacción, al menos por la mía.

Entretenidos como estábamos, el día uno de septiembre se nos echó encima sin avisar. Tocaba volver a la oficina, el madrugón mañanero, las prisas, el estrés.

Pero, si otros años la vuelta al trabajo había conllevado un ligero síndrome posvacacional, en esta ocasión se agradecía la vuelta a la «normalidad».

Durante los primeros días tras el retorno, sin embargo, tuvieron lugar ciertos sucesos que, por salirse de lo habitual, a la larga supusieron un antes y un después en nuestra relación.

Acontecimientos que me congelaron la sangre mientras sucedían o poco tiempo después.

Intentaré resumirlos brevemente.

*

El primero digno de mención fue una llamada que nunca hubiera esperado. Se trataba de Lucy, que me llamaba a última hora de la tarde de un día entre semana.

—Hola, Lucy, cuánto tiempo… —la saludé con alegría no fingida.

—Hola, Sergio, ¿qué tal os fue en el crucero? —saludó ella—. Como después de volver no habéis pasado por casa de tus suegros, no hemos podido comentarlo.

—Oh, fue genial —improvisé. De ninguna de las maneras quería que sospechara lo dramático que había resultado a la postre —. El Caribe merece la pena, es muy diferente al Mediterráneo. Tenéis que hacer un crucero por allí, os lo recomiendo.

—Cuánto me alegro…

—¿Y vosotros? —pregunté a mi vez—. ¿Qué tal el crucero por el Adriático?

—También maravilloso… —respondió—. Mucho sol, excursiones fantásticas… ya sabes, esas cosas…

Se notaba que no me había llamado para hablar de barcos y puestas de sol a la orilla del mar. Y yo le seguía la corriente a la espera de que se soltase.

—A ver si un día de estos nos vemos e intercambiamos fotos —propuse sin mucho interés.

—Sí… —se burló—. ¡Qué planazo…! Ja, ja, ja…

—Planazo total… Ja, ja, ja… —me reí con ella.

Un silencio de tres segundos precedió a la causa real de su llamada.

—Verás, en realidad te llamaba para otra cosa.

«Ya me lo imaginaba, bonita», pensé para mí.

—Tu dirás… —repliqué.

—Es que quería que te enterases por mí, no que te lo contaran otros —hizo una pausa teatral y al final lo soltó—: Alberto y yo hemos fijado la fecha de la boda. Será en febrero. No tenemos claro el día, dependerá de la agenda del párroco.

Cielos, aquello sí que era una noticia de primer orden. Al fin los herederos de un emporio multimillonario iban a unir sus fortunas. Iba a ser la comidilla en los mentideros sociales.

—¡Guau…! —exclamé y no tuve que fingir la sorpresa—. Madre mía, estarás nerviosa, ¿no?

—Sí, muy nerviosa —respondió sin pizca de emoción en su tono—. Pero, ¿no tienes más que decirme?

—Pues… no sé… —respondí—. ¡Enhorabuena!, por supuesto. Te deseo lo mejor, te lo mereces…

No pareció muy satisfecha con esta respuesta.

—¿Solo eso?

Por más vueltas que le daba, no encontraba más que añadir.

—¿Qué más puedo decirte? —intenté imprimir emoción a mis palabras—. Que me alegro un montón por los dos, por ti sobre todo. Y que en cuanto coincidamos en casa de los padres de Elsa habrá que brindar por ello.

No pareció ser esta tampoco la respuesta que esperaba.

Así que decidió acabar la conversación.

—Bueno, vale, espero que nos veamos cuanto antes —dijo y su tono me resultó algo tristón—. Ya lo celebraremos como se merece.

En cuanto colgamos, repasé mentalmente la conversación. Pero por más vueltas que le di, no conseguí encontrar dónde había estado el fallo.

Lucy, la chica sin filtros, era tan imprevisible como todas las demás.

Y yo nunca las había entendido del todo, tenía que reconocerlo.

De cualquier manera, tras unas horas de no quitármelo de la cabeza, mis asuntos de trabajo ocuparon cada rincón de mi cerebro y al final lo olvidé por completo.

*

El segundo acontecimiento fue algo más fugaz. Tuvo lugar en el ascensor del edificio donde trabajábamos tanto Elsa como yo. Y, por supuesto, Sofía.

Ese día había quedado para comer con mi novia. Casualmente, coincidimos en el mismo ascensor cuando bajábamos al restaurante, y Sofía la acompañaba.

—Sofi va a comer con nosotros, ¿te importa? —preguntó Elsa mientras nos acomodábamos en el ascensor, repleto de gente por la hora.

Le di un par de besos a nuestra amiga, no la había visto desde antes de las vacaciones.

—Por supuesto que no —respondí—. Encantado de que volvamos a las viejas costumbres.

Entró más gente en el ascensor y tuve que moverme hacia atrás. Delante de mí se encontraba Sofía, enlatada entre todos los que en ese momento llenábamos el escueto espacio. La pobre, con su mediana altura, me mostraba su espalda desde una perspectiva casi aérea.

Entonces me fijé en algo inusual.

Corría el mes de septiembre, como ya he dicho. Había refrescado, pero aún estaba lejos de hacer frío. ¿Por qué entonces Sofía llevaba un jersey de cuello alto? Tenía que tener calor a la fuerza, sobre todo rodeada de tanta gente.

Repentinamente, un gesto de su mano confirmó mi sospecha: la pobre iba asfixiada. Se llevó unos dedos al cuello del jersey y se lo aflojó para aliviar el sofoco que debía de estar pasando.

Y entonces lo vi.

Se trataba de una marca de un tono rojo oscuro, una señal en la piel del cuello que lo rodeaba casi por completo. A la memoria me vino una marca del mismo tipo que había visto durante las vacaciones. Era la marca que había descubierto en el cuello de Nata.

«Joder, ¿qué pasa? —me pregunté—. ¿Es el tatuaje de moda, o es que de pronto a todas las chicas les apetece el sexo movidito?».

No en vano, pensaba, entre los videos de las plataformas porno estaba subiendo el número de ellos con un perfil agresivo, casi salvaje. Simulaciones de violaciones que a veces parecían demasiado realistas como para ser consentidas. Al menos para mi gusto, eran demasiadas y cada vez más asquerosas. Y yo las pasaba sin visionarlas cada vez que me aparecía una de ellas.

Durante toda la comida tuve que sujetarme para no preguntar por aquella marca. Finalmente lo conseguí y me alegré de ello.

Mejor así, pensé, mucho me temía que habría podido destapar una caja de los truenos con resultados imprevisibles.

Tiempo después aquella marca volvió a la palestra.

*

El tercer acontecimiento fue mucho más peliagudo. A la larga iba a afectar a nuestra vida en común durante unos días, la de Elsa y la mía, revelando una parte de nosotros que ignoraba que existía.

Ese tipo de *mister Hyde* que todo *doctor Jekyll* lleva dentro.

Ocurrió una tarde de lunes. Había llovido durante todo el día y regresaba a casa con ganas de ponerme las zapatillas y estirarme sobre mi sillón favorito. Quizá le pidiera sexo a mi chica, aunque fuera una vulgar paja. Algo así me relajaría del día de perros que había tenido.

Al llegar a casa escuché murmullos en el salón.

Recuerdos de situaciones pasadas me erizaron la piel.

Sin hacer un solo ruido, me descalcé, dejé el paraguas y el abrigo en el armario del recibidor y caminé con cautela hasta la estancia.

Una sorpresa mayúscula me asaltó cuando descubrí de quienes provenían los murmullos: Elsa y una gimoteante Amy se encontraban sentadas en uno de los sofás. La chavala iba de uniforme, un uniforme idéntico al que yo había manchado durante el curso anterior. Mi novia la abrazaba rodeándola con un brazo, prestándole el hombro para que se desahogara.

No tenía ni idea de lo que podía significar aquella escena.

De hecho, no podía asegurar que Elsa y Amy hubieran coincidido antes, al menos no en mi presencia.

Tuve la tentación de dar un paso atrás y volver a salir por la puerta, quizá volviendo un par de horas más tarde el problema que

parecía subyacer en aquel abrazo se hubiera resuelto de forma espontánea.

La curiosidad, sin embargo, me retuvo en el umbral de la puerta.

Un «hola» ahogado fue lo único que me salió al saludar.

Las dos mujeres levantaron la cabeza y me descubrieron a la espera, sin atreverme a entrar en el interior.

—Hola… —correspondió Elsa a mi saludo.

Amy, sin embargo, sin decir nada se puso en pie, corrió hacia mí y me rodeó con sus brazos por debajo de las axilas. Me apretaba tan fuerte que no me dejaba respirar. Había apoyado su cabeza sobre mi hombro y lloriqueaba, esta vez con fuerza.

En ese instante recordé la conversación telefónica que había mantenido con ella la tarde en que salimos hacia Jávea. «Estoy pensando en irme de casa», había dicho entre otras cosas. La había convencido de que no lo hiciera para conseguir una prórroga, y ahora me daba cuenta de que había hecho mal en olvidarme de ella.

El pasado siempre vuelve, dicen los sabios.

Y el «pasado» era quien me abrazaba ahora junto a los brazos de Amy.

Mis brazos, a su vez, la habían rodeado de forma instintiva, aunque apenas la rozaban. Elsa se había puesto también en pie y me miraba con expresión de extrañeza. Con las manos parecía preguntar qué diablos pasaba, a qué venía el abrazo con tanta confianza de la chiquilla.

La miré estremecido.

Y con gestos igualmente le expliqué que no tenía ni idea.

Mentía, por supuesto, pero qué más podía hacer. En cuanto se enterara de lo que había hecho con ella se iba a armar la de San Quintín.

La zozobra me inundaba, un temblor en mis rodillas amenazaba con dejarme caer sobre el parqué.

Iba a tener que dar muchas explicaciones para salir del lio en el que Amy acababa de meterme sin saberlo.

Continuará…

No te pierdas la tercera parte de esta saga:
MENTIRAS Y CUERNOS 3

Agradecimientos

Muchísimas gracias por haber llegado hasta aquí. Sinceramente aprecio de todos mis lectores que estéis ahí, vosotros sois los que hacéis que mis novelas sean posibles. Si tenéis alguna duda, comentario, sugerencia o crítica, podéis escribirme a mi correo (abel.santos90@yahoo.com) o dejar un comentario en mi dirección de Twitter (@AbelSantos90). **Prometo responder**.

Como siempre os digo, os agradecería si **valoráis el libro en Amazon**, mucho más si dejáis una **reseña.** Es muy importante para nosotros, los autores, así podemos llegar a más lectores. Solo os llevará **unos pocos segundos** y a mí me supondrá un gran apoyo.

Dentro de poco estaré por aquí con nuevas historias, así que os espero.

¡Un fuerte abrazo!
Abel

NOTA: Este eBook incluye contenido sexual explícito y no es apto para menores. Las historias son fantasía del autor, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Los personajes son todos mayores de edad y, al igual que el contenido, son ficticios.

Otras novelas del autor en Amazon

La chica de la guardería

www.amazon.es/dp/B0CKQ87WFD



Mentiras y cuernos

www.amazon.es/dp/B0G82K8DXK



Atrapadas en la oficina

www.amazon.es/dp/B0FV9CSBFV



El paraíso del cornudo

www.amazon.es/dp/B0FJTYBKDN



La chica del guateque

www.amazon.es/dp/B0F9XBFN2K



Sara es el precio

www.amazon.es/dp/B0F2J7RX89



Los pecados de mi esposa 3

www.amazon.es/dp/B0F4PZ7M8V



Hay una zorra en ti

https://www.amazon.es/dp/B0DQH83LSS



Hay una zorra en ti 2

https://www.amazon.es/dp/B0DQLV1K24



Hay una zorra en ti 3 (Spin-off)

https://www.amazon.es/dp/B0DRSX42N2



Los pecados de mi esposa 2

https://www.amazon.es/dp/B0D9J1SPGD



Los pecados de mi esposa

https://www.amazon.es/dp/B0D7TXJTH8



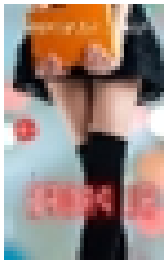
Clases de sexo para Fran

https://www.amazon.es/dp/B0DH8M1T17



El Profe

https://www.amazon.es/dp/B0CW1FVMQP



El verano de la mujer infiel

https://www.amazon.es/dp/B0CFX8199Y



El verano de la mujer infiel 2

https://www.amazon.es/dp/B0CGB33Y6Y



Cuatro hombres para Blanca

https://www.amazon.es/dp/B0CQK7JQRV



Cuatro hombres para Blanca 2

https://www.amazon.es/dp/B0D46S3PF9



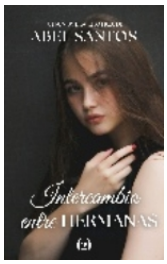
Intercambio entre hermanas

https://www.amazon.es/dp/B0BSSDVMYK



Intercambio entre hermanas 2

https://bit.ly/42ppjjF



Historia de una mujer fácil

https://amzn.to/43i2Xkx



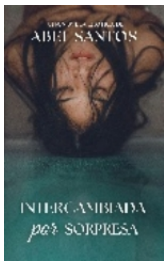
Historia de una mujer fácil 2

https://bit.ly/3qeMVbK



Andrea intercambiada por sorpresa

https://bit.ly/3R3qyxY



María, intercambiada en un coche

https://bit.ly/3DGzhDb

